

EL CANDIDATO



ROGER MENDIETA ALFARO

Para mi estimado
amigo historiador y
ex-presidente don Enrique Bolaños
Mazo, en el oficio del autor
Enrique Bolaños
Mazo 23 de 2013

EL CANDIDATO

Novela de

Róger Mendieta Alfaro

EL CANDIDATO

Róger Mendieta Alfaro

Derechos reservados de acuerdo a la Ley.

Portada de Manuel Guillén

Contraportada:

Jorge Eduardo Arellano

Corrección de pruebas:

Carmen Cajina de Mendieta

Carmenysol Mendieta de Vallejo

Diagramación de Texto:

Raymur Cárcamo V.

Impreso en los Talleres de

Industrias Graficas Minit Print,

Managua, Nicaragua.

**Al p. Rafael Porras
de la Orden de los Carmelitas
(en el eterno gozo
de la paz de Cristo)
como testimonio de amistad**

Temática y personajes de esta novela, forman parte del mundo de la imaginación del escritor, o se emplean como ficción. Cualquier parecido con sucesos o personas se dan por mera coincidencia.

I

Estaba inmensamente feliz, dentro de la infelicidad degradante pero necesaria de la vejez, que cada día se le volvía inmanejable y dispendiosa, pero amaba la vida y se mantenía pegado a ella, como con goma de zapatería. No cabía de gozo. Acariciaba la sensación de que aquel pedazo de gloria que había comenzado a tocar con las otoñales alas de la ilusión, era como una lámpara de mil voltios iluminando lo más recóndito de su encarrugado mundo doméstico, hasta ahora tan distante de los resbalosos y oscuros vericuetos de la política. Atado al cementerio de relojes en el que se movía a sus anchas las veinticuatro horas del día, caviló frente a la brillante carátula octogonal del suizo.

Quedó extasiado en el examen de los números romanos estilizados, y los cordoncillos dorados que caían bordeando los lados desde el cucurucho en donde asomaba el cucú, y pensó sonriente, mientras corregía mentalmente los rasgos de cargada fosforescencia en los extremos de las agujas: "Ahora sí que vas a dar la hora". Como un perro antes de echarse, giró tres veces alrededor del mueble, le sacudió el polvo con el mismo plumero con que se rascaba la espalda, deslizó las yemas de los dedos sobre la superficie brillante, color caramelo de sus costados, y como fácil fardo que le recordó sus tiempos de estibador de bananas y café en los puertos del Pacífico, lo tuteó hasta el pequeño gabinete en donde estaba la cafetera, la cocinilla de alcohol y los mínimos accesorios de bar que los fines de semana, le habían servido

de alcahuete en sus memorables días de pachanguero."¡Al que Dios se la ha de dar, San Pedro se la bendice!", pensó. Y con una regla metálica de colegial, midió el octógono del suizo, el que le pareció ideal para arrancar con la parte inicial de aquel "disparate de viejo", como se burlaba su mujer, cuando se refería a la campaña presidencial de su marido.

La verdad fue, que desde que los cuatro locos, amigos suyos de la Isla de Trago Amargo, dispusieron lanzarlo como su candidato a la Presidencia de Ostocal, don Cándido Valpulso tenía la absoluta seguridad de que había nacido para eso. "Esto de la Presidencia es como lo del matrimonio --se decía a sí mismo--. Algo providencial, sorpresivo, como si ya estuviera escrito: ¡Pues, casamiento y mortaja del cielo bajan!".

Recordó cómo el día del lanzamiento de su candidatura había sido tan corto por el frenesí de la sorpresa en las que abundaron bromas de los parientes, las notas solidarias de los amigos y las más inauditas recomendaciones como sabios aportes a la campaña.

Y claro, no se hizo esperar, el que en la misma celebración de la proclama, saltaran las peticiones y compromisos de toda especie. Hubo nombres de sobra para cargos de toda naturaleza y calibre: vice-presidentes, ministros, diputados, senadores; embajadores, magistrados del Tribunal Electoral y la Corte Suprema de Justicia; contralores, directores de aduana, superintendentes de bancos, recolectores fiscales y hasta jefes de ejércitos, porque para poder mandar, había que quitar al que estaba. "Usted no va a ser como Doña Blanca --dijo el doctor Ronco Calvo--. Tiene que nombrar su Jefe de las Fuerzas Armadas, su Director de Inteligencia y un Cuerpo de Seguridad que sea el suyo. Usted debe mandar a su guardia. Yo me voy a encargar de eso". Las expresiones de los aspirantes de alguna manera, tenían que ver con la situación anárquica que vivía Ostocal. Don Cándido estaba realmente extrañado. Hasta después de la proclamación, había tenido la real percepción de lo mucho que valía, y de cuánto significaba para esa pobre gente que lo apoyaba.

Antes sólo sabía que podía componer relojes, o hacer

de fotógrafo ambulante, que fue su primer oficio. De pronto, le endulzaron el oído con tantas enjundiosas frases de elogios: "Don Cándido Valpulso, el hombre que va a dar nombre a esta Villa; don Cándido Valpulso, el hombre que va a sacar a Ostocal del abandono en que lo tiene la Gobernadora Blanca Ilusión con la política de Cleto; don Cándido Valpulso, el milagroso ángel providencial que surge para que gobierne al pueblo. Y muchas cositas con las que simpatizantes y seguidores del relojero trataban de justificar la escogencia: "¡Cualquiera que realmente lo quiera puede ser buen Presidente! ¿Por qué no? ¿Acaso no está ahí Doña Blanca que es un genio de nada?" Los peticionarios de puestos públicos iban diariamente en aumento. Los activistas políticos que necesitaba el candidato: pintadores de vivas en las paredes o palabrotas contra el adversario; tenedores de pancartas y mantas, repartidores de hojas sueltas y animadores de claques: "¡Cándido sí, Comején no!"... Arregladores de cantos con los mismos sonos. Pronunciadores de discursos, propaladores de infundios y servidores de trago de la Casa de la Presidencia. Deberían ser gente de fiar, conocidos y honorables; con la misma ambición social y el mismo pensamiento político que el candidato. Esto tenía su razón de ser. La clase política no se quedaba a la zaga en Ostocal. Era de lo más adelantada en materia de turbias señales. En UPESCA usaban las mismas armas y tenían las mismas mañas que practicaban en otras partes: golpes bajos, mordiscos, cabezazos, cáscaras de mango en el piso del adversario, guatuzas de oro en la bolsa del chaleco y del enjuague de manos en el lavatorio de Pilatos.

De las experiencias de otros, había mucho de que hablar, aunque nadie aprende en cabeza ajena: la triste historia del coronel Silvano Murillo "que murió de amor" -- como decían los soldados haciendo chistes de su tragedia sentimental--, cuando acosado por la pena y la vergüenza, tomó la decisión fatal de suicidarse, después de la escapada de su mujer con el raso que le quitaba las pulgas y ensillaba la yegua de la campaña militar; o del sangriento encuentro de Siete Pañuelos y el General David Patria, que selló la

despedida del General con un sangriento abrazo de traición que lo llevó a la tumba. Dice la lengua de la historia, que mientras asesinaban a Patria, el torcido e inocente mister Siete Pañuelos, asistía a un recital de poesía en uno de los cuarteles del nuevo ejército que todavía gobierna en Ostocal con otro nombre.

"¡Qué bien te veo ahí, Cándido!", viendo la carátula del suizo, se dirigió a sí mismo. "Estás cómo a la medida", insistió satisfecho. Y se preguntó si estaba en sus cinco sentidos. Desde el día de la borrachera candidatural --como decía preocupada doña Candelaria-- algo estaba pasando en él. Había descubierto que tenía carisma. Antes ni siquiera sabía qué cosa era carisma. Esas frases y situaciones no parecían interesarle. Pero, ahora, lo de carisma significaba más que una frase. Era como un golpe fulminante al mentón en una pelea de boxeo, si uno es quien gana la pelea; o como un loteríazo de los grandes, si es uno, quien obtiene el premio. Carisma era una palabra sagrada, encantadora. Olía a poder y mando, olía a aplauso y oro, olía a éxito y triunfo, pero ¿De dónde venía? ¡A la mierda! ¡Venga de dónde venga, a mí que me importa!", pensó.

Suspiró con timidez, dentro del regocijo interior que le retrotrajo días de sobresaltos que estaban dormitando en las celdas de la memoria, y que saltaron de pronto, como espíritus burlones, para reírse de aquellos relojeros que no habían creído en sus habilidades políticas ni en su capacidad de entrega, y de los que hacían menosprecio de los sentimientos de un hombre de su calibre: hombre de una sola pieza que aunque con cierta oscuridad, tenía trazado el rumbo, sin escondrijos ni gaveterías extrañas, como las que acostumbraban manejar en el roperón del alma los otros precandidatos."¡Cómo a la medida!", suspiró empinándose para medir in situ el flamante retrato que según cálculos conservadores, debería ser impreso por miles para lograr el objetivo final.

--"¿Cómo lo ve usted doña Candelaria?", pensó en su mujer.

--"¿Cómo quiere que lo vea señor Presidente? ¡Como confites en el infierno! No como lo ve usted", se respondió el candidato, haciendo un alto en lo que suponía podría ser la opinión de doña Candelaria.

Este tipo de monólogo en el que don Cándido experimentaba una especie de desdoblamiento psicológico, era cosa frecuente, y formaba parte del menjurje de debilidades de cabeza, en el que lo había sumido el aislamiento del oficio; de tal manera que los colegas relojeros, los amigos íntimos, los vecinos y hasta los hijos, le habían inventado cuentos un poco crueles para hacerse eco del hábito del monólogo, que a don Cándido tenía sin cuidado, contestando: "¡Fui creado por Dios para entender a los relojes!". Lo que a doña Candelaria ponía preocupada y con el carácter turbio, a don Cándido le sacaba socarronas sonrisas y enrojecimientos de mejillas.

"A mi papá no le hace falta nadie. Cuando no tiene con quién hablar, habla con los relojes", decía el que estaba en París, estudiando política con una beca suave de la Embajada Americana.

--Vos sos masoquista --lo increpaba doña Candelaria.

--¿Qué cosa es eso? --preguntaba él.

--Algo así como que te gusta que te molesten.

--No me molestan.

--Es lo que digo, que vos sos masoquista --repitió.

--Fui relojero. Ahora soy candidato a Presidente --contestó y siguió arreglando el suizo para encasquetar el retrato, como decía la doméstica haciendo chistes del patrón.

Era tal el impacto que había recibido don Cándido con la nueva onda de candidato, que después de aquel lunes negro --como lo había llamado doña Candelaria, recordando las devaluaciones semanales de la moneda de Cleto Orlacha, en el que los amigos de la Isla de Trago Amargo le proclamaron Presidente--, hasta se olvidó de darle cuerda a los relojes que permanecían en el período de prueba mientras se aparecían los dueños. La cantidad de sonidos de campanillas, de silbatos de cucúes, de timbrazos de teléfonos, de rebuznos de burros y del lloriqueo de la famosa muñeca alemana del Arzobispo

Alejandro, que le llevaron al taller para que le ajustara la cuerda por donde brotaban las lágrimas que daban la hora-- diseñada por uno de los más famosos relojeros de la Selva Negra-- parecía haber desaparecido como por encanto. El taller estaba sumido en el más profundo silencio. El candidato se había olvidado de todo, y sólo tenía ojos y oídos para atender el octógono del suizo, en donde pensaba encasquetar el retrato. Esto alarmó el buen juicio de doña Candelaria. Llamó su atención que al otro lado del biombo que servía de división entre el taller y la casa, desde el zaguán hasta el pon pon construido en el fondo del patio, no se pudiera escuchar ni el ruido de una mosca; y sólo de vez en cuando, el ronroneo solitario y extraño del monólogo candidatural en el que estaba inmerso el candidato. La preocupación fue mayor, cuando se percató que el reloj de la parroquia, el único al que en aquella mañana tenía acceso su conciencia del tiempo, dio los doce campanazos del medio día, el de la una, los de las dos, y los angustiantes campanazos de las tres, sin que el candidato diera muestras de preguntar por el almuerzo. Fuera de los límites de tolerancia, a la que respondía bien casi por costumbre, a esto ya no encontró justificación. De tal manera, que con la piel de gallina erizada por el disgusto, y predispuesta en la calidad total de su ejercicio del matriarcado, cambió las chinelas por los zapatos de ir a la misa de madrugada, se compuso la redecilla de la moña en la parte posterior de la cabeza, se ajustó las enaguas, y con su típica decisión de lideresa del vecindario familiar, penetró por el pasillo del pon pon al interior del taller de la relojería. El candidato no levantó siquiera la cabeza.

--Con el estómago vacío te va a salir una úlcera --le dijo.

--El orologio --le contestó instintivamente, recordando al cura italiano de la comunidad eclesial de la Villa.

--¡Qué orologio ni qué orologio! Con el estómago vacío te va a salir una úlcera.

--Esa es enfermedad de ricos, no de presidentes

--contestó él.

--Pero yo tengo hambre --reprochó doña Candelaria.

--Comé vos. Yo estoy ocupado con esto --señaló el retrato que lucía coquetón dentro de la esfera metálica del suizo--. Esto debe estar listo para la próxima reunión de los jueves, sino quién aguanta al mayor crítico de mi campaña.

--¡Qué crítico ni qué crítico! ¿Cuál crítico?

--Tío Emiliano.

--¡Ah! El jefe de tus asesores.

--Si. ¿Y qué?

--Nada. Sólo acordate que los viejos para no enfermarse deben de comer a tiempo.

--Mejor Acordate vos. A mi edad el que come mucho vive poco. además, no sólo de pan vive el hombre.

--Allá vos --dijo doña Candelaria. Y regresó a la casa por donde había llegado, dispuesta a calentar la sopa de carne de res y el arroz con tomate y yerbabuena, para almorzar sola.

"Vea don Cándido, no se inquiete --le había señalado el doctor Ronco Calvo, aspirante a Ministro de la Presidencia en el nuevo gobierno que estaban, según él, y a ojo de buen cubero, casi a cinco años de que fuera realidad, con la entrada del Siglo XX--. Haga de caso que este problema del retrato es su primer asunto de estado y deberá ser ventilado en una reunión de alto nivel".

Y así fue considerado la cuestión, a la que por fin se dio respuesta, casi a los once meses justos, en los que don Cándido Valpulso comenzó a empeorar del juicio, a entotorotar a los relojeros y a los vendedores de relojes de toda la Gobernación de Ostocal, incluyendo a míster William Davenport Lois, negro de Bluefields, llegado desde Jamaica en el último lote de esclavos, traídos por tratantes ingleses y vendidos en la Costa Atlántica.

Además, el futuro presidente había aprovechado la oportunidad para observar la cancha política, y aprender los miles de trucos a los que acostumbraban echar mano los candidatos de los otros partidos.

Con el enredo mental de la política, el silencio de los relojes continuaba en su apogeo. Mientras tanto, se dio a la tarea de organizar sus cuadros de apoyo. Pensó, que para los

logros positivos de la venta de su imagen de hombre público, era necesario contar con la formación de juntas directivas de base, con el objeto de lograr el contacto con el verdadero pueblo, que era lo que a don Cándido interesaba. Para esto, reflexionó: "Nadie mejor que los relojeros, los aprendices del oficio, y por último, los vendedores de relojes al crédito, o los con tarjetas de abonos semanales, que abundaban por todas partes".

--Para esta operación necesito dinero, mucho dinero --le manifestó a su Ministro de la Presidencia.

--Así es --confirmó éste--. Si no hay llanto no hay muerto.

Fue entonces, cuando una vez más, se le encendió el foco al pre-candidato, lo que según el doctor Ronco Calvo, fue la idea genial: hipotecar la finca de café y las tres casas vecinas de la iglesia que doña Candelaria había heredado de la abuela; lo mismo que la de la relojería, que estaba localizada a cuatro cuadras del parque, y era de tan buen tamaño, que tenía salida en la parte trasera a la calle del mercado, en donde el suegro de don Cándido había cercado un corral con alambre de púas, construido un pozo, acondicionado una pileta para abreviar el ganado cuando llegaba del potrero, y modernizado un establo para ordeñar las vacas, y explotar el negocio de la leche y la mantequilla, que era en donde se originaba la luminosa renta fija de la que hacía alardes doña Candelaria diariamente, a la hora de contar los billetes. En materia de hipotecas, a doña Candelaria sólo le quedaban libres, los ciento y un chanchos que tenía engordando en la finca.

Después de la operación hipoteca, en la que diligentemente, le asesoró el Ministro de la Presidencia, con su consabida experiencia de leguleyo, comenzó a reunirse con quienes formarían el grupo de apoyo de la obsesiva candidatura presidencial. "Ahora sí --sonrió el satisfecho asesor acomodándose en la silla--. El que tiene plata platica". Y continuó, casi como ausente de la reunión, inmerso en el cuaderno de notas que había repartido el candidato. Escribía nombres y dibujaba multitudinarios desfiles políticos:

activistas gritando, niños haciendo pipí o pupuseando, caricaturas del candidato, rostros grotescos y pequeñas marchas de cabezones, llevando pancartas y coreando slogan. De vez en cuando, entre los esbozos de dibujitos, detenía la dinámica de la política y cambiaba de tema. Delineaba voluminosos cuerpos de viejas desnudas, mostrando los enormes senos vacunos y los vientres flácidos; o se ponía a hacer circulitos: proyección de miles de circulitos que cobraban formas de rostros tristes, alegres, extraños. En cierta ocasión, casi se le rompen las arterias al enrojecimiento súbito de la frente en una estampida de presión, cuando estalló en la compulsiva carcajada que llamó la atención del grupo de apoyo, con un ingenioso punto y toque final a la fila de enanos albinos, cabezones y gordos, sentados desnudos sobre ponpones, que con gestos de cantores de feria, simulaban gritar a coro: "¡Viva don Cándido Valpulso, futuro Presidente de la República! ¡Viva el candidato del Gobierno del Reloj!". Después de ofuscadas deliberaciones en el abordaje de puntos tan delicados como: ¿Quiénes deberían ser los ministros del nuevo gabinete de gobierno?, ¿Quién el Embajador en Washington?, ¿Quién el Presidente del Banco Central, y quién, el depositario de la llave de la bóveda en que se guardaría celosamente la maquinita de hacer los billetes? ¿Y si falleciese el Presidente Valpulso, convendría acaso que doña Candelaria asumiera la gestión del Gobierno, o habían antecedentes en los anales políticos de Ostocal, en que gobernadoras metían la pata y se dejaban mandar por el yerno?.

En la discusión de este punto de la agenda, por poco hace agua el barco de la candidatura del Presidente Valpulso. Pues Ernestito Solacero, yerno de don Cándido, se enfrascó en una lucha verbal, que más pareció libre que ideológica, en la que los contendores se tiraron de todo, y el nepotismo y la sucesión familiar, salió como perro apaleado con el rabo entre las piernas. Mientras que a otros miembros de las diferentes comisiones de relojeros, recaudadores de ayuda y

colaboradores gratuitos, se les erizó el cabello, cuando se conoció la información de que el susodicho yerno del candidato a la Presidencia --platanero de La Concha, apaleador de mujeres, en la discusión por un Rollex de oro empeñado, y el problema de unas vacas lecheras que quería canjearlas por plátanos--, había escapado de malmatar a doña Candelaria. La preocupación fue mayor cuando se tuvo información del calculado regreso de Solacero, a la casa de la suegra, para pedir perdón y hacer las paces. El Lavandero Popular publicaba la información a todo despliegue con el evidente titular tendencioso: "REGRESA MALMATADOR DE SUEGRA A ASESORAR CAMPAÑA DE CANDIDATO". La fuente noticiosa se originaba en Los Chinamos, El Guachipilín, San Juan de las Tuzas y el Oscuro Valle de los Mocosos --llamado así por la estacional lloradera de la población, que era provocado por el uso de insecticidas para el control de las plagas del tabaco, y las abrumantes malezas de pica pica, que quedaban flotando en el ambiente cuando arreciaban los vientos--, y el Barrio de los Chapiollos, en donde doña Candelaria tenía localizada la finca en que engordaba los chanchos, y en los que el candidato Valpulso era el hombre fuerte, le rendían el sombrero, y se había convertido en un connotado huracán de popularidad política. Se tenía por seguro, que en la zona no había quien le metiera las manos en su decisión de alzarse con la Gobernación de la Villa. "Si de la primera se salvó! ¿Cómo le irá con la otra? Corresponsal Peña, en donde se rasca el tigre". terminaba el periodista, refiriéndose al incidente de doña Candelaria.

"¡Vamos con la hora exacta en el camino del poder!", marcaba el slogan, con el que Plácido Sarmiento, sempiterno sacristán, antiguo aprendiz de relojero y pintor de faroles del alumbrado municipal de Nandasmo, había gastado noches enteras y verdaderos ríos de café negro, para producir el grito clave de guerra, que lideraría la logística de la campaña política.

Después de horas enteras de deliberaciones en las que

salió a relucir de todo, y en las que los asistentes acabaron con las reservas de rosquillas, pan dulce, pinolillo, güirilas y queso con tortilla y cuajada de doña Candelaria, fue necesario recurrir al favor del vecindario para aminorar la crisis de refrigerios, que muy entrada la tarde, había hecho tiritar de terror a la primera dama del gobierno. Al fin se tomó la decisión de recurrir al consenso asambleario, para planear el trabajo en la acción política del futuro.

Se concluyó que el domingo era el día ideal para los relojeros por ser éste, una especie de día libre, de ir a misa, de jugar a los gallos, apostar a la taba, asistir al beisbol, quitarse la goma, visitar a los parientes y echarle una ojeada a la travesura que se tenía fuera de la casa, con eso de la facilidad dispensada por los enamoramientos con relojes. Pero aunque el día venía como anillo al dedo para los relojeros del interior, resultaba verdadero engorro para los cobradores semanales y los repartidores de relojes con tarjeta. Pues cuando les tocaba hacer la cobranza los lunes por la tarde, los empleados de la alcaldía, los artesanos de los diferentes oficios, los picapedreros borrachos y los campistos de las haciendas de ganado, se lo habían gastado todo y no les quedaba un centavo.

De tal manera que para esta clase de militantes se trasladó la reunión al martes. Por supuesto, después de aclarar el candente problema del nepotismo y la sucesión dinástica, los brillantes y experimentados planificadores de la campaña de don Cándido, pospusieron para más adelante, a fin de tratar en una reunión muy especial, debido a lo sensible de la materia, el espinoso y resbaladizo asunto del retrato.

Dos meses más tarde, en los que don Cándido vivió sumido en el sopor profundo del silencio sepulcral, que generaba su absorbente y alucinante trabajo de orfebrería en la esfera del suizo, fue cuando una vez más, se evidenció el sensible problema de la fotografía, que como cuando se abordó el asunto del nepotismo y la sucesión familiar, amenazó con desestabilizar la campaña política que aún no había arrancado.

El caso se escapó del ámbito familiar para proyectarse al tendadero público, cuando al doctor Ronco Calvo para sapear la vanidad de don Cándido, decidió iniciar la sesión del Consejo Candidatural Conjunto --como habían dispuesto bautizar a esta instancia de máximo calibre--, para la develización del retrato. Cubierto con el mantel floreado que doña Candelaria acostumbraba sacar a luz pública el día de su cumpleaños, estaba el suizo en medio del círculo de correligionarios y militantes.

Era cosa sabida que además de doña Candelaria, sólo el Ministro de la Presidencia estaba en las profundidades del secreto. De tal manera, que aquella extraña cosa tapada en el centro de la sala, mientras a los vendedores de harina y moldes de panadería que complementaban su mercadería con relojes, se les ocurrió que podría tratarse de un queque, a los que sólo repartían relojes al crédito les sacó ciertas risitas maliciosas, y más de uno, junto al que apodaban Paquito el Dundito, salieron en dirección al pon pon, pensando que se iban a orinar de la risa; mientras que al venerable y circunspecto maestro masón del alto Grado 33, hermano Sinforoso Sánchez, le olió a una especie de juego de Güija, al bullanguero vate y cantaor de poesía pornográfica, bachiller Cecilio Argüello, argumentaba que era de lógica suponer, que aquello que estaba en el centro del Consejo Candidatural Conjunto, era alguna especie de tómbola, con la que don Cándido esperaba aliviar los gastos de la campaña.

Pasado el momento de guiños de ojos, hincones de costado, carraspeos y risitas nerviosas, fue develizado el retrato. El primero que pegó el brinco en la silleta, fue el maestro Casimiro Chávez --El Brujo--, secundado por el maestro Arismendo López, hombre serio, reposado, de una sola pieza, que del susto se escapó de caer de la silla de ruedas.

--¡Qué perdone nuestro candidato --habló con voz suave, tensa y entrecortada por la emoción--. Pero nuestro querido don Cándido, deberá recordar que aquí, algunos somos Masaya, y que el retrato se parece más a San Jerónimo que a

nuestro querido Presidente!

--Además --agregó el maestro López--.¡Para ser sincero, a su edad, y en un hombre de color albino como usted, no luce ese pelo teñido!

"¡Aquí está la madre del cordero!", pensó el Ministro de la Presidencia, y se quedó en silencio esperando el momento oportuno para hablar con el Presidente, y decírselo en secreto.

La observación del maestro López hizo montar al candidato en las alas problemáticas y conflictivas de la retrospectiva. Se vio retocando fotografías, en los que rememoró sus días de fotógrafo de caballito. En las ferias populares era capaz de convertir muchachos feos y flacos en encantadores niños lindos, rosados y bien comidos, capaces de sacarle lágrimas de gozo a las madres, y muchos pesos a las abuelas. No era importante que la criatura se pareciera a alguien de la familia. El niño era el niño y ahí estaba el retrato. Era su técnica. La que en su momento de fotógrafo, él llamaba una industria para el sentimiento. Imitaba, según sus propias palabras, a aquello que le había dado resultado a un medio pariente suyo, después de la Guerra Nacional. "No lo he inventado yo", decía con exagerada humildad de vendedor de ilusiones. "Niños lindos o feos al gusto de las mamaces o de los papaces, fotografiados por don Cándido, el mejor fotógrafo de caballito del mundo", gritaba el tuerto ayudante suyo, que cargaba el cajón de retratar en las ferias de Santo Domingo de Guzmán, en las que luego de embadurnarse el rostro, con aceite negro revuelto con carbón molido para bailar al Santo, se colocaba en un lugar estratégico frente a la Iglesia, a hacer su feria fotográfica con retratos a granel de niños lindos. En las Fiestas de San Marcos, también le bailaba al Patrono del Pueblo, disfrazado de Macho Ratón, promesa con la que se endeudó después de una petición de milagro al Santo, suponiendo que éste le había salvado la vida, cuando el Comandante Municipal a ruegos del cura del lugar, desistió de bajarlo a balazos del cucurucho de la torre por haber sido sospechoso del robo de las primeras lámparas eléctricas que había tenido la iglesia.

No comprendía como una simple y vanal observación sobre el pelo teñido, hubiera sido capaz de removerle el alma, desde las raíces. "Después de todo, todo mundo tiene su cola", se confortó, recordando lo que sabía del viejito Tarantino Rivadiava que tenía más hoyos y tumbas morales que un cementerio.

Otra observación que a don Cándido había calado hondo, pero a la que no dio mente, por venir de doña Candelaria, fue la que escuchó a través del biombo: "En esa fotografía estás como si estuvieras mamando todavía". Lo que al principio le pareció un espontáneo y manifiesto juicio de aprobación ante el sacrificado comportamiento en que se veía envuelto con la candidatura, ahora sabía que se lo había soltado con sorna.

Otros dos meses necesitó el Consejo Candidatural Conjunto, después de la solemne instalación, para dar su visto bueno a la famosa fotografía de la campaña. Durante todo ese tiempo, en que el candidato permaneció recluido, y casi siempre en ayuno en la parte posterior del taller de relojería, se aprobó el Plan de Gobierno del Reloj: El número de ministros que conformarían el gabinete, la cantidad de diputados y senadores que responderían a cada circunscripción electoral, el período del Presidente en la Constitución Reformada para el ejercicio del gobierno, y claro está, hizo los cálculos financieros acerca del dinero que debería buscarse para el financiamiento de la campaña. Pues, tal y como iban las cosas, los billetes de las propiedades de doña Candelaria habían sido tan pocos, que apenas podían soportar el arranque.

--Ahora sí --dijo el maestro Manzanares, examinando el retrato--. Me siento más o menos satisfecho. Ya estamos en donde debemos estar.

Sin embargo, para el relojero matagalpino Paquito el Dundito, vendedor de relojes al crédito, relator de chistes y cantador de tangos en bares de medio pelo, la imagen del candidato desde la esfera del suizo, parecía una torta de leche recién horneada, más que la sugerente fotografía para una campaña electoral. Obviamente, aunque esto no había

sido tratado en la reunión del crucial Consejo Candidatural Conjunto en toda la dimensión que el caso ameritaba, examinado a nivel de ronroneo, y haciendo a un lado el cariño y la admiración que se tenía por el futuro Presidente, era verdad supina, lo difícil y controversial que resultaba planificar algo que diera en el clavo, que fuera capaz de trascender más allá del interés familiar y del escaso círculo de los amigos, y no convenía poner oídos sordos a una opinión de claro sabor pragmático, como la del doctor Ronco Calvo:

--"Es una tarea de titanes hacerle propaganda a un albino", expresada confidencialmente al bachiller Benito Cacho de la Vaca, especialista en enredos electorales, y Jefe de la Comuna de Chontales.

Y abundó en argumentos. Bastaba con leer la historia de las candidaturas presidenciales, no sólo de la Gobernación de Ostocal sino que del mundo entero, para darse cuenta que no existían registros estadísticos que hablaran de algún albino que hubiera llegado a Presidente de la República. "Además que el sol de por estos lados no está para andar jugando", estuvieron de acuerdo ambos.

Los únicos dos domingos que el futuro Jefe de Estado había sufrido las severas caricias del astro rey, tuvo que requerir de las habilidades de enfermera de doña Candelaria, para rescatar al rostro de torta de leche de la flamante postración en que lo había sumido la política. Algunas veces, las opiniones del doctor Ronco Calvo, solían ser tan burlescas y extrañas, que dejaban el amargo sabor de estar aflojando el hombro al candidato.

--En vez de torta de leche parecía un atol de pitahaya --se carcajeó el Ministro de la Presidencia, y agregó haciendo chacota de la ocurrencia--: Y que no se dé cuenta el Presidente que estamos hablando de él, porque nos saca del presupuesto de gastos de doña Candelaria.

"Yo preferiría los mítines bajo techo. Son mejores y no tengo que arrugar el ojo que aparece al lado de sol", comentaba don Cándido, cuando se abordaba el asunto, y remarcaba: "No son pocas las veces que he oído decir, que en

otros lugares, los grandes alborotos políticos se hacen de noche".

"El hombre tiene razón --afirmaba con visos de seriedad, el Ministro de la Presidencia--, pero aquí no se puede. La noche se usa para dormir, o para cualquier otra cosa". Sin embargo, a pesar de los pesares y los enormes escollos que veía venir sobre los hombros de su candidatura, don Cándido Valpulso estaba absolutamente seguro, de que convendría seguir adelante. Todavía no estaba muy claro de lo que debería ser su plan de gobierno, pero no podía darse el lujo que se le adelantaran otros, por lo que comenzó con el canturreado ofrecimiento de uno que otro ministerio estratégico. Y aunque tenía como primero en la lista al doctor Polito López, no se sentía muy convencido de que aquella decisión era la correcta, pues todavía lo mantenía sometido a la consulta de la almohada para no dar palos de ciego. Recordaba que hablando con la carismática y experimentada dirigente del Partido de los Florentinos, doctora Sara Mangolla, ésta, mujer de mucho tino y gran acierto en materia de olfato, discrepaba de las calidades y hasta de las intenciones del doctor Polito López, recomendando a los más allegados de los amigos políticos: "Si vas a pedirle consejos a Polito López, para que todo te salga bien, hacé exactamente lo contrario de lo que él te aconseje. Así, podés estar seguro y no tenés donde equivocarte", insistía la doctora Mangolla, remarcando sus frases con el parpadeo permanente de sus enormes ojos de águila.

De tal manera que el futuro Presidente, aunque no descartó de plano, al doctor Polito López, pensó que la agudeza proverbial de la doctora Sara Mangolla, no debería tomarse a la ligera, y que convenía a la solución de la orfandad de consejos que le planteaba el gobierno, la urgente incorporación de este talento maquiavélico, a su cuerpo de asesores. Así las cosas, lo apuntó en la agendita desactualizada que había tomado del baúl en el que doña Candelaria guardaba para secula seculorum, el Almanaque de Bristol, los calendarios que no quería colgar en el aposento, las escrituras

recientes, y muchas también de las que estaban botando las letras, junto a las fe de bautismos y los recordatorios que repartían en los aniversarios de las misas de difuntos.

Generalmente, apuntaba y apuntaba, y no se volvía a acordar de nada. Era su estilo, lo que le sucedía todo el tiempo. De tal forma, que aunque tenía señalado con una aguja de reloj, el día en que doña Candelaria cumplía años, algunas de las caras fechas de los matrimonios de los amigos, y los tantos lustros de martirio del suyo propio; así como el mapa del lugar en que su futura Primera Dama, tenía el entierro de la olla de barro en la que escondía la plata --para capearla de los cateos de los democráticos durante los sucesivos levantamientos armados y las amenazas de guerras civiles--, doña Candelaria siempre estaba atenta a sacarlo de apuros, en lo relacionado con el calendario. "Para eso de las fechas, yo soy un desastre y vos sos un talento, aunque no me vas a negar, que lo que recuerdo lo recuerdo", se defendía y atacaba don Cándido, haciendo las veces del boxeador de estilo no muy ortodoxo, que pega mordisco, lanza golpes bajos y codazos. Don Cándido recurría al viejo truco de las puntas anudadas en los pañuelos, que antes del matrimonio con doña Candelaria, le habían servido para llevar la cuenta de los sábados intermedios en los cuales tenía acceso a la visita.

A pesar de la sospechosa nitidez de la memoria, don Cándido tuvo la certeza de que algo habían olvidado quienes manejaban la logística de los consejos: el nombre y la divisa del Partido que era asunto vital, y que aún a él mismo se le había escapado. "No ha existido un solo movimiento o agrupación político, que no haya tenido que responder a un lema, y a los colores de una bandera", reflexionó.

Para no abundar en detalles, ahí estaban todavía partidarios de Timbucos y Calandracas, de Mechudos y Desnudos, de Iglesias y Olanchanos. No se necesitaba ser un ratón de biblioteca, o el relator de oficio de oportunas anécdotas políticas, para estar informado, de que en 1854, mientras el general Máximo Jerez bautizó a su facción partidaria con el nombre de Democráticos, y zurció una divisa

colorada sobre la manga de la cotona de sus combatientes descalzos; el general Fruto Chamorro, abrazó el controvertido lema de Legitimista, y puso una divisa blanca en el mismo sitio, de los soldados de caite de su partido.

A casi un año de la proclamación del candidato, el primer domingo de mayo de 1894, el Consejo Candidatural Conjunto emitió un acuerdo en el que se anunciaba a los correligionarios y militantes del Partido del Reloj --tal el nombre que el Ministro de la Presidencia, con la aquiescencia del Presidente Valpulso, había escogido para nominar el movimiento--, de las decisiones y las ordenanzas siguientes: "Acuerdo Número Uno. Se hace saber a los amigos, correligionarios y simpatizantes del Movimiento que encabeza don Cándido Valpulso, el Presidente actual del Partido, y nuestro futuro Presidente de la República, que en esta misma fecha y con la consabida ordenanza que requiere la disciplina, acuerda: Primero: Que nuestro movimiento, conocido como el de los relojeros, desde hoy deberá ser llamado el Partido del Reloj; Segundo: Que nuestro candidato, el intachable, distinguido y probo hombre público, don Cándido Valpulso, deberá ser tratado como su condición lo exige, única y exclusivamente, con la dignidad de Presidente; Tercero: Publíquese y hágase del conocimiento de los simpatizantes, correligionarios relojeros y pueblo de Ostocal en general, para su debida implementación y cumplimiento. Dado en la Villa de Ostocal, a los tres días del mes de mayo de 1894. Cándido Valpulso, Presidente del Partido del Reloj, Ronco Calvo, Ministro de la Presidencia.

Después del brindis respectivo con legítimo cognac francés para comenzar, benedictini de la casa cural para seguir cambiando impresiones, y el bamboleante aguardiente lija --venido de los cañaverales de Chinandega, para agarrar velocidad y hacer perder el juicio al más santo--, llegó a su punto final la fiesta del bautizo del Partido.

--Que Dios los lleve con bien. Váyanse directo a la casa. No cojan para donde las mujeres malas --recomendó el Presidente con su jocosidad de relojero, ahora alimentada con

el argot del político y las mañas y la palabrería del candidato.

Entusiasmado abrazaba saludando a los que pasaban, y daba buenas noches a los correligionarios desde el portón del corral, mientras que doña Candelaria, entre amaneradas sonrisas de cortesía y obligatorios saludos a la familia, pero llena de furia y echando sapos y culebras por dentro, se colgaba de la faja del Presidente para que no se le fuera de parranda.

Entre los simpatizantes, la acertada escogencia y aprobación del nombre del Partido, cayó como bomba zaganera. En el parque, en las peluquerías, en el círculo de chismorreos de la Cofradía de San Andrés de la Palanca --al que pertenecía de por vida y no fallaba jamás doña Candelaria--, en las salas de rompopé, las relojerías y hasta entre la Asociación de Bailadores de Macho Ratón y Chingros, el movimiento generó tales comentarios y fue percibido con tan grandes expectativas, que se convirtió en la esperanza y salvación de los pobres, en el terror de los ricos, y en la felicidad y el descocamiento de los correligionarios del Partido del Reloj, o de don Cándido Valpulso que era lo mismo; los que comenzaron a hacer planes para el futuro y repartirse los puestos públicos y los préstamos de la Casa de Préstamos a espaldas del Presidente.

Ya con el cobijo del nombre, fue todo un éxito la primera reunión convocada para tantear la popularidad del candidato. A eso de las once de la mañana, cuando don Cándido comenzaba a ver de todos colores, asediado por el calcinante sol del lago, bajo el famoso el Espino Blanco, en las rondas de la Villa de Ostocal, dio comienzo el mítin con el ofrecimiento del Alcalde Municipal de la Villa, licenciado Coquimbo Arteaga.

--Señor Presidente. Perdón. Ya voy a terminar --aclaró, después de una hora de estar hablando de las panzas de los niños llenas de lombrices, de la escasez de manteca de choncho, porque la que se producía, la estaba consumiendo la empresa del alumbrado público para sustituir el aceite de los faroles; del costo alto y exagerado de la vida, de los ladrones

de Cleto Orlacha que todavía se metían en las fincas que no eran suyas; de la falta de probidad administrativa, de las zanganadas de Sansón Pelayo, el hombre de confianza de doña Blanca Ilusión; de la falta de sal en los frijoles, de los caballos viejos y enfermos que halaban las diligencias de Masaya a Managua y obviamente, de todas las lindezas que no tenían paralelo en la historia de la humanidad de aquel partido sin bandera ni símbolo: "hijo de la fulgurante inteligencia política del candidato don Cándido Valpulso". Para terminar, dijo:

--Repito, usted me va a perdonar, don Cándido, mi querido candidato, pero todas estas alabanzas mías para usted, son y serán, mientras yo no tome la decisión de lanzarme al ruedo...

Una lluvia de carcajadas y aplausos obligó una pausa en el discurso del Alcalde.

--Siga, siga, don Coquimbo, que está en su derecho --lo estimuló Ronco Calvo.

--Para terminar, quiero hacer una recomendación a mi amigo, don Cándido Valpulso: Partido que no tiene bandera ni símbolo, es como mujer que no tuviera corazón, una casada que no tiene chichas o una niña vieja que no tiene historias con las que pueda hacer abrir la boca a las amigas de su tiempo. No se olvide de esto: a un partido político hay que ponerle nombre, hay que darle un corazón. ¡Viva don Cándido Valpulso! ¡Viva el Presidente de la República del Reloj!.

Un mes más tarde --después de la recuperación del rostro del Presidente, en la que tuvieron que intervenir curanderos de Diriomo y Diriá, pomaderos de toda clase, y hasta un tal mister Marvin Thomas, famoso brujo negro de la Costa Atlántica, reapareció en público la bendición del cielo, el predestinado del destino manifiesto de la Gobernación de Ostocal, el providencial diamante en bruto de la política de la Tercera Vía, la esperanza de los comesalteados y predicador de la teoría nueva y revolucionaria del Partido sin partido en la posición democrática del Gobierno del Reloj.

Como era lógico, mientras convalecía de la quemada de

película que se había dado en la costa del lago de la Villa, estaba como siempre a su lado, el Ministro de la Presidencia, y como invitado de honor, el de Relaciones Exteriores --que era secreto a voces, ya lo tenía nombrado, desoyendo las advertencias de la doctora Sara Mangolla--, y a quien se le criticaba de entrometer su complejo de Obispo, en el diseño del perfil de la campaña.

Después de una serie de bocetos presentados por el grupo de relojeros dibujantes, en donde destacaba el de Roberto, uno de los hijos del maestro López, llegaron a la conclusión de que la bandera debería ser a doce colores, y tener la forma de un reloj cuadrado, para facilitar su enclave en cualquier tipo de escenario; y que el símbolo debería ser un alcaraván, por ser el pájaro que da la hora. Aún cuando los relojeros más tercicos dieron su voto por el burro, el que según los chontaleños daba la hora con más exactitud que el alcaraván, quien de acuerdo al testimonio de los entendidos del campo, de vez en cuando se atrasaba por las noches, cuando lo encerraban con las gallinas. Algunos de los relojeros madrugadores propusieron al chanco, argumentando que éste chillaba temprano, a eso de las cuatro y media, sirviendo notoriamente, como eficiente despertador en el campo, sin necesidad de cuerda.

--Hasta hay un famoso verso sobre el reloj de chanco
--dijo el proponente, uno de los repartidores de relojes con tarjeta.

--A ver. A ver, recítele para que lo sepamos los demás.

Lo cuchicheó al oído del doctor Ronco Calvo, quien clavando los ojos en el techo, y levantando las canillas a la altura del sombrero del relatante, se dio una sonora palmada sobre los muslos, frunció el entrecejo y desparramó las arrugas del rostro en medio de una hilarante carcajada.

--Que lo diga en voz alta...

--Y para todos --protestó el del alcaraván.

--Rempújelo, maestro Pepe --secundó Ronco Calvo.

--Ahí les va, pues: Cuando el gallo canta, el chanco chilla y el indio caga, es de día...

Después de desternillarse de la risa, se continuó con la discusión de la Agenda:

--Volviendo al asunto de los símbolos. Esa bandera, con esos doce colores parece un paraguas chino --objetó el maestro Salazar, quien era relojero con vocación de publicista, y en su juventud había laborado en Radio Bla Blá, emisora que enganchada en un carretón de caballos, recorría el pueblo, daba la hora, anunciaba las misas de año, pregonaba los entierros, amenazaba con el diario bando municipal para el cobro de la boleta de vialidad, hacía la propaganda a los políticos, y servía de carro funerario, para cargar los ataúdes cuando se morían los ricos de alcurnia, a quienes enterraban con dos carretas: la de música de viento, y la que llevaba al difunto, pintada con aceite blanco brillante, y en la que no faltaba la vistosa cola de pato, con la que se uniformaba al carretero.

En el Plan de Gobierno del Reloj, el Consejo Candidatural Conjunto, no era como el Tribunal Electoral o la Corte Suprema de Justicia: un tigre de papel pintado en la agujereada pared de la Constitución Política. Al contrario, había sido diseñado a punto de símbolos, para que estuviera de acuerdo con el espíritu del reloj, en cuanto a su concepción y su mensaje en el tiempo; y además, interpretaba el mandato y la toma de decisiones en la intrincada y compleja planificación del estado --como no lo registraban las memorias carcomidas por las polillas en el museo histórico del registro municipal--, y esto desde que el barrio de Tepantepe, en la Villa de Ostocal, en donde vivía el candidato, era el barrio de Tepantepe; y desde que la Villa de Ostocal era la Villa de Ostocal, con sus calles empedradas con piedras de bola de los ríos que convertidos en quebradas, aún desembocaban al lago; su alumbrado de faroles andaluces, su filarmónica los domingos por la tarde, sus famosas cantinas de Pancho Melodía, El Danubio Azul y Noche Criolla en los alrededores del Mercado San Miguel, en las que se libaba guaro destilado in situ, con aditamentos especiales para favorecer el regreso de los poetas y periodistas: los mejores y

más guapos clientes del estanco, por la calidad de sus chistes, lo mentiroso de sus cuentos, la abundancia de sus rumores y sus asfixiantes adeudos de cantina, los que al final se saldaban con anuncios de muertos o notitas sociales de las niñas o de las niñas de los dueños del negocio con las que hacían los poetas el relevo. Además, la vieja Ostocal, con sus casas de putas super decentes, recatadas, esperando por los corazones abatidos de los sin cariño, curioseando en las hendiduras de las puertas del Polo Sur, la Conga Roja, Las Grandes Ligas y otros famosos e inolvidables lugares en los que los marinos de tiempos de la intervención americana, se daban gusto con las putitas criollas, nuestras inditas tacón alto--pintadas al estilo de las putitas de la época con enseñanzas de experimentadas putonas de Costa Rica--, las sacaban a pasear en coche, y hasta se casaban con ellas.

Y era natural, que ni siquiera se tuvieran apuntes del período del gobierno importado de William Walker, pues a decir verdad, dentro del esquema nacional del Gobierno del Reloj, absolutamente todo, debería responder a este espíritu de jeroglífico, sobre el que se avanzaría en el ejercicio del estado. Por ejemplo, los doce colores de la bandera del Partido, no pretendían ser una imitación del arco iris o algo que se le pareciese, sino recordar a los trabajadores del tren de aseo, especialmente, y a los gremios que andaban con la cola parada invitando a la clásica vagabundería del socialismo de Saint-Simón, que el día de trabajo tenía como mínimo doce horas; que a las doce del día en punto era hora del almuerzo y no antes, como lo querían implantar los seguidores de Marx y Lenin, después de la revuelta de Cleto Orlacha; que el año tiene doce meses, que doce eran las famosas tribus de Israel que todavía sacan canas a los árabes en el Medio Oriente; doce los apóstoles que siguieron a Cristo hasta las últimas consecuencias con la excepción de Judas, quien de todas maneras las afrontó. Unos dicen que ahorcándose, y otros que bebiendo desesperadamente, la cicuta; y que doce y no diez fueron las plagas que estuvieron enfiladas para azotar Egipto, quedando las dos últimas en el tintero de Dios, cuando el

incrédulo Faraón --rindiéndose y humillándose al final, como usualmente lo hacen los gorilas de galones y charreteras, a quienes trastorna hacer el papel de dictadores--, depuso los carros de guerra, los látigos, el cepo, y clausuró las fábricas de bloques y ladrillos, suspendiendo las torturas de trabajos forzados y azotes, en el preciso instante en que se dio cuenta, que el Supremo Comandante del Universo, apenas comenzaba a experimentar las armas secretas que Miguel, Rafael y Gabriel --asistidos por una legión de ángeles espadachines--, habían venido desarrollando en las armerías del Cielo; y que no quedaba más camino, que el recurso final del gorilato de kepis tiesos y zapatos brillantes: bajar la guardia, ponerse humilde y dejar que Moisés saliera de Egipto a la cabeza de su pueblo, tal y como estaba previsto en Las Escrituras, rumbo a la Tierra Prometida. Esto por el momento, lo salvaba de la operación comando que se había planeado arriba para secuestrarlo, y llevarlo vivito y coleando, a las ergástulas del Infierno.

Ahora sólo faltaba afinar el plan, y buscar entre relojeros íntimos, y uno que otro de los amigos, que no siendo del gremio, les pudiera interesar la idea y el Plan de Gobierno del candidato. Pensó en el reverendo Simón Cruz, cura de la Iglesia del Silencio, amigo suyo y confidente, quien en cierta ocasión había manifestado curiosidad por el asunto de su candidatura. Así las cosas, decidió visitarle en el día de su cumpleaños.

II

El cumpleaños del padre Simón Cruz además de social, fue un acontecimiento político de lo más concurrido. Desde la noche anterior, los ciento cuarenta y cuatro compadres del cura se hicieron presentes con los respectivos ahijados. Llevaron como obsequios al cumpleaños: pavos, venados, cabras y cochinitos tiernos cocinados al horno; gallinas ponedoras vivas para la casa cural, y ganado caballar y vacuno, los que ya estaban marcados con el fierro del Círculo y el Punto en el centro, con el que se registraba el ganado de la Comunidad de la Iglesia del Silencio para el famoso Jubileo de los Pobres, que el padre Simón Cruz programaba una vez al año, para dar de comer a los indigentes de Ostocal. Ahí estaban reunidos todos los sectores de las comarcas en donde el padre Cruz realizaba sus diligencias misionales: la gente de Cuajachillo y Cedro Galán. La de las comunidades de El Salto, Río Chiquito, El Recreo, Piedras Cagadas, El Apante, Tepetate, Loma Linda y Pío XII, Gutiérrez Uno y Gutiérrez Dos, en las que había levantado sus famosas escuelas parvuleanas, de cuarenta arriba, a fin de hacer el intento de desencocar el techo a esa gente, como lo expresaba sonriente, apoyado en su mirada angelical, y los diáfanos vertederos de su alma de cura bueno. Habían levantado las enramadas en donde se instalaría la repartidera de nacatamales, indio viejo y chicha bruja. En las que se presentarían bailes del Macho Ratón, Chingros y San Vito; y bajo la cual también, se amontonarían las ofrendas con patas y plumas destinadas a

alegrar por el resto del año, el espíritu, y dar vitalidad al cuerpo del señor cura.

El padre Simón Cruz tenía tanto carisma, y la fiesta de su cumpleaños era tan apetecida, que los curas jóvenes de otras villas, estaban pendiente del acontecimiento natalicio, para hacerse invitar por el padre Simón Cruz, intrigados por la extendida fama de la fiesta. No eran estos los casos del padre Jeremías Yurinda de Santa Teresa, y del reverendo Carlos José Vílchez Membrillo y Bobadilla, cura politiquero y gavetero de la Iglesia de San Jerónimo, de Masaya, vecinos del mismo barrio, amigos de seminario y compañeros de infancia; así como camaradas del alma en el Círculo de Curas Jóvenes del movimiento ecuménico antiinquisicional, que el adelantado Josefo Irrapahueta --mejor conocido como Monseñor de los Pobres, por su inveterada inclinación a nadar en contra de la corriente tradicional de la Iglesia--, y quien en la época de Cleto Orlacha, a espaldas de la jerarquía, organizó en el convento: "Curas por el cambio social", en donde se llegó al colmo de apostar estolas y gorros de monseñor, desafiando la ira del Arzobispo, si es que la fiesta del padre Cruz no era capaz de superar a la del año pasado.

Se tenía como cosa cierta, que el cumpleaños del padre Simón Cruz, pasara lo que pasara, estuviera Chamorro o Jerez al frente de las cañas huecas del gobierno, la famosa zarabanda llegaba al final dentro de un soberano alboroto.

Desde la sombra del tamarindo, en donde colgaron la piñata de burro, traído por otro famoso conspirador clerical, un brillante seminarista Carballo, de Catarina. Y mientras se cambiaban puntos de vista acerca de las alternativas de la candidatura del marido, de los amigos en quienes se podía confiar y de los apremiantes notas de la Casa de Préstamos para la amortización de los intereses hipotecarios, el Ministro de la Presidencia observaba, como don Cándido Valpulso, dialogaba animadamente con el bachiller y afamado periodista Fileberto Moreno Mínguez, propietario de Radio Serrucho, famoso por su lengua de alacrán. Era éste el eterno candidato a la Presidencia de la República por el Partido de los Mancos.

Apodo con el la proverbial jococidad popular había bautizado al pretendido movimiento mesiánico de una de tantas facciones de Los Chiribiscos, nombrecito también, con que el pueblo embromaba a los viejos verdes que aprovechaban sus andadas en la política para tener aventuras de faldas. Lo recordaban por sus discursos violentos. Su intervención final, en ocasión del funeral de un amigo suyo del Grupo de los Alcalderos, muerto de un hipo prolongado, le había puesto la tapa al pomo.

Como no perdía ocasión para expresar cualquier crítica en contra Doña Blanca Ilusión, o contra quien fuera, que tuviera en frente, despotricó contra los ladrones del erario público y contra los sinvergüenzas y léperos de Radio Basín, Radio Tango y Radio Matraca; y amenazó con cortar las manos --si es que llegaba a Presidente--, a quienes se metían en la bolsa el presupuesto de prensa del estado. Según la opinión sesuda e imparcial del orador, éste debería distribuirse, equitativa y justicieramente entre todas las emisoras. "Quiero que quede constancia --había dicho en cierta parte de la cruda intervención funeraria--, que Radio Serrucho y Radio Bla Blá, no reciben un sólo penique de ese oprobioso y vulgar nacatamal del gobierno".

Cerca de la porra de chicha bruja, el doctor Ronco Calvo, escuchaba atentamente a doña Candelaria, que giraba sobre el tema favorito, desde la llegada de Pepa Torrentes: de las cegas que asustaban a los maridos noctámbulos en los caminos que llevaban a las casas de las mujeres malas; y el de los hombres sin cabeza, que en los mismos sitios, desnudaban a las bandidas que se acostaban con los hombres casados. Cuando el Ministro de la Presidencia tuvo la percepción de que la prolongada conversación entre el periodista Fileberto Moreno Mínguez y don Cándido, había alcanzado niveles de sospechosa efusividad de aparentes acuerdos políticos, frunciendo su boca de escarapate, y tentado por el entusiasmo conversacional de los candidatos, dejando a un lado a doña Candelaria Azafrano con la palabra en los labios, y haciendo sonar un estridente silbido para llamar la atención de los

candidatos rivales, gritó:

--Ya los vi. Se están repartiendo el cuero antes de matar el venado.

--Tenga la generosidad de acercarse, doctor, que aunque sea de los huevos le vamos a dar su parte --respondió con voz entorchada el meticuloso y juguetón periodista, quien con su urbanidad de velorio, tenía fama de suave, cortés y caballeroso en el manejo del lenguaje.

--Gracias, mi querido candidato.

--Este hombre sí que es oro en polvo --señaló Moreno Mínguez al Ministro de la Presidencia, interrumpiendo el diálogo del cuero y el venado--. Se lo recomiendo. Es un magnífico consejero. Y le aseguro que lo va a conducir muy lejos. Pero tenga mucho cuidado.

--¿De qué licenciado? --sonrió el doctor Ronco Calvo.

--De su velocidad --contestó--. ¡Pues, aunque es usted un buen timón, le da por manejar muy de prisa!

Comenzó a hablar frente a él de las virtudes, y de las lindezas del futuro Ministro de la Presidencia. Virtudes y lindezas que comenzaron a desvanecerse cuando el doctor Calvo dio la vuelta, alejándose de los candidatos en dirección del burro, de donde colgaban los cántaros de aguardiente que habían bajado de la sierra. Después de un trago de hombres, para entonar la garganta --como alardeaba el doctor Calvo en el hablar del pueblo, cuando se refería al aguardiente--, se sumó al grupo de doña Pompa y doña Candelaria, quienes con gran animación seguían hablando de hombres.

Claro --dijo el candidato Moreno Mínguez, siguiendo el hilo alrededor del doctor Calvo--, no todo lo que brilla es oro. No todos los mortales son como usted y como yo, que estamos llenos de virtudes, aunque es natural también, que no dejemos de tener algunos defectos. Uno tiene que deducir que la carne es débil, mi querido señor Presidente. Y agregó con cierto sentido de culpa que era una llamada al recuerdo tanto para su simple "colita de alacrán" --como pensaba de sí mismo--, como por la "enorme cola de dragón" de don Cándido: "Los ángeles están en el cielo. Nosotros somos animalitos de tierra".

Era una de sus frases favoritas. Y agregó, ya con la mirada ceremonial y la severa humildad de fraile, en la que se enganchaba con frecuencia para ponderar sus virtuosismos radiales y sus preocupaciones populares: "Bien, ya lo escuchó. Así es él. No se cansa de volarle brocha al que tiene a la orilla. Es su estilo. Lo tuve a mi lado. Ayer fue conmigo y hoy con usted. Téngale más cuidado que confianza, que a fin de cuentas, el que sale perdiendo es uno".

Fue una plática larga y tendida, que de tanto decir lo mismo, aburrió a don Cándido, pues mientras Moreno Mínguez, que era un pretendido candidato de funerales y de pachangas de cumpleaños, preguntaba al futuro Presidente Valpulso, por la fecha y el día del mes y la semana en que habían instalado el reloj de en Catedral de Ostocal, y el nombre de la tienda y el país del extranjero en donde lo habían comprado. Si el reloj había sido traído por la Ruta del Tránsito, o siguiendo el mismo camino que habían utilizado los filibusteros de William Walker, que desembarcaron en el Realejo. ¿Y de cuál el tamaño de la cuerda que servía para mover las agujas? Se dio el momento en que el socio de Radio Bla Blá llegó al colmo, y siguió patinando tanto, que el Presidente --así insistía que debería llamarlo doña Candelaria--, ya no escuchaba nada de lo que quería decirle el ilustre periodista, pues en lo único que tenía interés, era en su plan de gobierno, en las pomadas que le estaba preparando el boticario de Granada, recomendado por la ilustre comadre doña Angélica Chamorro contra la exposición solar de la piel; y el truco que había preparado la noche anterior para involucrar al padre Simón Cruz en su campaña electoral, y en dar vueltas y más vueltas, a la maravillosa idea de la gran guatuzza que necesitaba amaestrar, para que en el caso de ofrecer mucho y no cumplir nada --como ocurría con todos los candidatos--, no le pasara las del Director de Estado y prócer de la Independencia Nacional, licenciado Manuel Antonio de la Cerda, quien con su famoso Bando del Buen Gobierno en mayo de 1825, mientras obligaba por una parte, a los padres que enseñaran a los hijos algún arte u oficio, el incremento

para la población de mayores cargas fiscales, la defensa de la Religión Católica a como diera lugar, la no publicación de pasquines que hablaran de cañonazos de que pudieran ser víctima los funcionarios públicos, ni del buen nombre de las personas honradas. Y por otro lado: prohibía los juegos de azar, el abuso del aguardiente, el amancebamiento de los enamorados, lo mismo que los bailes y paseos escandalosos a altas horas de la noche. Después de semejante bando, fue derrocado del gobierno, y el país se desgastó --como hoy--, en una sangrienta guerra civil que duró cien años y todavía estamos en ella.

Ya no soportaba don Cándido al candidato del Partido de los Mancos, con las insinuaciones de una alianza electoral para salir al paso de cualquier otro pre-candidato que viniera a contrariar sus planes, y el cual, podría ser un gallo viejo, ennavajado en las filas de los Mechudos. Para Moreno Mínguez esto significaba un reto a su popularidad, a la acrisolada integridad moral de esa lucha que viniendo de las catacumbas y la propia esencia del pueblo, apuntaba hacia la luminosidad de una patria de ensueño, donde todos nacieran con un vestido nuevo, aunque fuera de tela de bramante; y una barra de pan bajo el brazo. Era seguro que había pocos como él, dentro de los avatares políticos, y casi nadie con un pedigrí tan completo.

Orgulloso del parentesco en línea directa con el general Tristán Moreno, del Tradicionalista Partido de los Mechudos, quien luchó hombro con hombro, al lado de los generales Fruto Chamorro y Joaquín Zavala. Por donde se le buscara, era un huevonazo de primera marca. Especialmente recordado por muerto que nunca muere, por la ejecución de la ordenanza en la expulsión de los eternos alborotadores de la Compañía de Jesús, en el caso del levantamiento de los indios de Matagalpa. Y continuaba embelesado con su supuesta ingeniosa fortaleza de alma, y en su capacidad de mando. Decía que su gran dolor de cabeza eran los niños callejeros ahogados por la miseria en Ostocal, además de su fluida y permanente relación con los demás, cuando todo mundo sabía

que no tenía amistad con nadie, que la gente del vecindario sólo lo conocía por los chismes, y que se mantenía dentro del aislamiento rutinario en la impenetrable y sólida cárcel de la costumbre: de la cama a la mesa, de la mesa a la radio, de la radio a la casa, de la casa a la mesa y de la mesa a la hamaca: círculo vicioso, que sólo lo rompe la política con sus ambiciones de Presidente.

--"La política hace milagros. Es capaz de hacer caminar a los muertos"

-- decía el ingeniero Sansón Pelayo cuando se refería al asunto.

Don Cándido dio gracias a Dios y a San Goloteo, cuando en medio del charranganchanga, y del grupo de beatas que hacían corro y sonaban palmas y chischiles al ritmo de los temblorosos del baile del Santo Cachón, llegó el cura a hacer compañía a los candidatos. El Presidente echándole el brazo al cura por el hombro, se despidió del propietario de Radio Serrucho. Le dijo, sonriente:

--Me voy con Simón Cruz que en este pueblo es el único bendito. Y agregé, ya camino de la olla de sopa de chanco con albóndigas que estaba popeando encima del cocinero--: Créalo que me ha salvado usted.

Después de horas enteras de jolgorio popular, en el que las gentes se comportaban como si no existiera diferencias sociales, el candidato del Gobierno del Reloj, manifestó su preocupación al cura por el estado en que se encontraba el reloj de la Iglesia del Silencio.

--Para serle sincero --contestó hipócritamente, secándose las lágrimas de la pena--. Con unos meses más de uso, el reloj de la Iglesia del Silencio, le va hacer honor a su nombre.

--Usted me dijo que tendría reloj para rato --contestó el cura.

--Es cierto. Se lo dije hace trescientos sesenta y cinco días, pero es bueno que sepa, que el reloj es como la política: en menos de lo que canta un gallo puede descomponerse, y no seguir dando la hora.

--Pero, ¿ Dónde voy a coger plata? ¡Aquí las limosnas no

ajustan ni para las candelas de cebo! Es necesario que muera alguien como usted, o como don Paco Quieto, con esposas buenas, interesadas en los apremiantes gastos de la iglesia para poder comprar una banca.

-- ¡Amable de su parte! --protestó el difunto en ciernes, mientras le tiritaba la espina dorsal por la comparación con el muerto.

Preguntándose sobre lo que pensaría el cura acerca de la plática del reloj, se atrevió a sugerirle:

--Tal vez con el aporte de su amiga, la Alcaldesa de Tepatlán.

--¡Qué va a poder la pobre, si me dijo que cuando tomó posesión del cargo, encontró las arcas vacías, pues se robaron hasta los sellos para falsificar las boletas de vialidad, las partidas de nacimiento y las otras entradas de la Alcaldía.

--De todas maneras, no se preocupe usted --comenzó don Cándido, esgrimiendo veladamente el argumento de los cañonazos, que en la Gobernación de Ostocal, se habían hecho famosos en boca del Arzobispo--. Es mejor tener amigos que reales, proverbializó, retirando el estuche de satín con bordes dorados del fondo de la bolsa del chaleco para entregarlo al cura:

--Feliz cumpleaños --dijo, dándole un fuerte abrazo que al padre Simón Cruz, le pareció el de Judas cuando le tocó entregar a Cristo.

--Gracias --contestó el padre Cruz emocionado, enjugando las lágrimas con la manga de la sotana.

--No crea que es gran cosa. Usted se merece más --recalcó el engolado protector de la Iglesia del Silencio.

Pero las lágrimas de Simón Cruz no eran de reloj con estuche de satín y bordecitos dorados, sino de lástima y dolor por el alma de don Cándido Valpulso, que se estaba volviendo loco: una locura encubierta, que parecía normal dentro de la zoografía social del loco común y corriente. Una locura que a simple vista, era más bien, un estado de arrobamiento anímico, encubierto con el aparente cayado de su inocencia de relojero, para dar solución a los enormes problemas

económicos y sociales, dejados al garete por el gobierno de los revolucionarios de Cleto Orlacha, entre los que estaban los relojes en las torres de las iglesias.

La actitud del Presidente lo había hecho meditar tan seriamente, que corrió a manifestar sus preocupaciones al superior jerárquico de la diócesis:

"En la Villa de Ostocal se estaba cocinando una extraña conspiración en favor del chantaje moral y la concupiscencia".

Pero, lo realmente trágico del asunto, era que por primera vez en la historia de la Villa, un hombre decente, de buen corazón, retirado de los violentos senderos del vicio, comprometido con una vida cristiana de hogar, y el cumplimiento de los obligatorios preceptos de la Religión Católica, estuviera entregando su alma al diablo, tratando de convencer curas a cambio de relojes nuevos en los cucuruchos de los campanarios. Y aunque pareciera increíble, la podredumbre había llegado al extremo, de que tanto el padre Yurinda como el reverendo Vílchez Membrillo y Bobadilla, estaban comprometidos en el escándalo de las torres. Con la historieta de la famosa y Santa Cofradía de Ayuda a Hermanos Legos, habían tenido la ocasión de visitar las parroquias, conspirado con la mayoría de los sacristanes dando mayor presión a las cuerdas de los relojes, con tan demoníaco resultado, que en todas las iglesias de la gobernación a cargo del Obispo Renato Pitote, no había un sólo reloj que diera la hora exacta. Este imprevisto acto de terror maquiavélico, trajo como consecuencia que se arruinara la única planta eléctrica del real alumbrado público selectivo de Ostocal, cuando los motores se excedieron en el tiempo que deberían estar funcionando: no les hicieron el cambio de aceite en el momento indicado, se agotó la vida útil de los famosos filtros soviéticos traídos desde el otro extremo del Golfo Pérsico, junto con los rústicos y desfasados accesorios que marcaban la regulación del calor, y el funcionamiento sincrónico de las plantas. Fue ese el momento en que el Gobierno de Reconciliación y Paz de Doña Blanca, decretó el estado de emergencia: los relojes de sol y agua, y los de vela y arena,

volvieron a brillar iluminados por los candiles y los hachones de ocote. El día de trabajo fue reducido a cinco horas, porque a la seis de la tarde ya era de noche, y había que estar en la cama.

--Sólo tenemos dos alternativas --dijo el Obispo--. O nos aliamos con el candidato del Gobierno del Reloj, o invocamos a Dios para que se lo lleve el Diablo.

--Dos alternativas son muy pocas --protestó el perjudicado Simón Cruz--. Debemos recurrir a nuestros amigos. Creo que en esa denuncia, Radio Bacín y Radio Serrucho, podrían darnos una mano, poniendo algo de su parte.

--Es buena idea y debe ser puesta en práctica --aceptó el Obispo Pitote--. Creo que además, conviene invitar a Radio Bla Blá para que sirva de refuerzo a nuestros amigos de las otras radios.

--En última instancia llamamos a doña Candelaria, y la amenazamos con excomunión --agregó el padre Simón Cruz, apoyando al Obispo.

Solamente setenta y dos horas necesitó la campaña encabezada por la Alianza Radial de las Emisoras del Despegue, para develar el complot de los relojes, rescatar del vulgar chantaje a las iglesias, y suspender a los infieles sacristanes que se habían prestado a la perversa jugada política de los campanarios.

El hablatón comenzó el día siguiente, antes de la primera misa dominical. Calle por calle, barrio por barrio, ronda por ronda, recoveco por recoveco. No hubo un solo sitio que quedara olvidado por el bombardeo de palabras de las conspicuas emisoras. Los políticos aprovecharon la ocasión para improvisar discursos, y algunos hasta llegaron a la desvergüenza de solicitar el voto honesto, el voto santo y cristiano para sus partidos. El chirriante ruido de bocinas provocó controversias de toda clase. Como los niños del Flautista de Hamelín iban encantados tras las melodías de la flauta, los sordos que no lo fueron ante el trueno de los parlantes, saltaban llenos de felicidad tras el embrujo de las carretas.

Don Cándido fue el primero que se personó a la casa cural para felicitar al padre Simón Cruz, manifestarle su preocupación, testimoniarle su solidaridad y ofrecerle todo el apoyo a su alcance para conjurar de una vez por todas, la barbaridad de que se estaban valiendo con el aporte del maligno.

--¡Hasta yo, mi querido hijo, pude haber sido víctima de tan aberrante estafa moral! --lo lamentó don Cándido, con una sencillez desconcertante que rayaba en la humildad. Y fue tal la sumisión de aquella alma prisionera por la congoja, tal su ansiedad y tal su aparente tormento, que conmovieron el corazón del cura, y de nuevo, por poco le saca lágrimas.

"Vos formás parte del equipo de los llorones", recordó el cura al profesor de latín y lenguas muertas, padre Doroteo López. Mientras tanto, el candidato a Presidente y sus relojeros ayudantes, comenzaron a hacer el trabajo de reparar los relojes que ellos mismos habían desajustado.

"El diablo es el diablo", se alegró don Cándido. De todas maneras, el efecto reloj serviría para lo mismo. Aceitando el mecanismo de las pesas, retocando los números romanos con pintura de oro mate, limpiando la carátula con acabado de porcelana cristalina, los relojes de los campanarios iban quedando como nuevos. Viendo el reloj de la Villa, y totalmente feliz de como lucía en la torre, se dijo a sí mismo:

--¡Más vales Cándido, por viejo, que Cándido por diablo!

--Así es. Se respondió al momento.

Mientras tanto en la Casa de Campaña del Gobierno del Reloj, en que estaba transformado el taller de relojería, el Consejo Candidatural Conjunto, asistía al examen de una serie de planes y recomendaciones salidas del tintero del Presidente Valpulso: "Como bien decíamos en la sesión del día del hablatón radial, que quedó suspensa por el ruido de los parlantes de las Emisoras del Despegue, es necesario aclarar que, tiene soberano sentido lo de la planificación del destino de un pueblo alrededor de un reloj", leía el Ministro de la Presidencia en su función de Secretario del candidato.

Luego, interrumpió don Cándido con otros argumentos escritos:

"Es asunto de meterle la cabeza a la cosa. Pues así como el hombre fue creado por Dios a su imagen y semejanza, el reloj fue inventado por el hombre de acuerdo con su manera de ver la vida".

--El Papa Silvestre II, en el Siglo X, fue el autor de tal maravilla --explicó.

Y comenzó a dar su famosa cátedra sobre relojes. Habían de toda clase y servían para todo evento: de sol, de cuerda, de martillo, de pesa, de oro, de latón, de agua, de vela, de pared, de iglesia, de ojo, de despertar, de bolsillo de mesa, de pájaro de registro y de chanco. Y así como le recordaban a uno el tiempo de ir a misa, el minuto de tomarse las medicinas y la forma de estar en punto a la hora de entrar al trabajo, con él también podían contarse los minutos de un condenado a muerte, y las pulsaciones disparatadas de un corazón enamorado. "El reloj es todo", enfatizó.

Tenía una concepción tan respetable del reloj y de la relojería, que el Gobierno del Reloj debería estar calcado, y funcionar como lo hacía este instrumento providencial creado y elevado a la categoría casi humana por su inventor y santo patrón de los corredores maratónicos. Había llegado a la conclusión, después de casi místicas y metafísicas meditaciones sobre la condición real del país, y la concepción real del reloj, que doce deberían ser los ministros del gabinete de gobierno, doce al cuadrado los diputados y senadores al Congreso Nacional, doce las horas de trabajo en el día, doce los días de vacaciones semestrales y doce por uno elevada al cuadrado, la paridad de la moneda, para ser congruentes con la producción de divisas, ya que después de la administración de Cleto Orlacha, la diligente población de la Villa de Ostocal, continuaba bajo el efluvio adormecedor de la vagancia, y vivía cifrando esperanzas en el inalcanzable despegue económico que nunca llegaba.

"El reloj soy yo", suspiraba el Presidente hablando solo, mientras reflexionaba sobre los efectos del cabildeo, el que

había venido manejando con insistencia después de la crisis del complot de los campanarios.

Había cabildeado con todo mundo. Presidentes, secretarios generales, secretarios políticos, jefes de asociaciones mutuales, barberos domiciliarios, padrinos de plata, diputados de todos los partidos, y hasta bajo el alero del corredor de la casa de unas niñas solteronas, visitadas por los políticos de la época, conocidas como las Princesas del Dólar. Eran como veinte los partidos medio partidos, para una población electoral de trescientos mil, entre los que había algunos, que gozaban de la seguridad de una clientela cautiva por su participación protagónica dentro de las guerras civiles. Tales los casos del Partido Democrático, el Partido Legitimista y el Partido Revolucionario de Cleto Orlacha, que tenía un cisma de cúpula y buscaba cambiar de nombre. Como era lógico suponer, dentro de las estructuras políticas y las ansias de poder de cada enamorado loco del destino de Ostocal, se hacía sentir la resultante de la contradicción señalada por las internacionales de Lenín, que no eran más que un disfraz de las ambiciones personales de cada aspirante de gobierno. Sin embargo, para los dinosaurios de la tradición, no todo era color de rosa en el panorama de Ostocal. En el enredado universo político merodeaban otros partidos: Partido de los Mancos, Partido de los Sacolargo, Partido de los Protestantes, Partido de los Sin Partido, Partido de los Rabiosos. Partido de los Colorados, Partido de los Florentinos, Partido del Candil, y el más importante de todos, porque tenía una verdadera división de artillería anti-aérea derribadora de montañas; y junto a sus cañones, era famoso por el ruido de sus matracas: el Partido del Embudo, que se remontaba al Siglo XVIII, en los tiempos de Fernando VI, y a la primera invasión de zambos y piratas ingleses bien armados, que entrando por el Río Coco, sorprendieron a los vecinos de Jinotega, y raptaron a las chelas lindas, de ojos azules y pelos rubios, descendientes de alemanes, holandeses y españoles.

Los restantes partidos --de acuerdo a la opinión pública que era el mejor encuestador de Ostocal, cuando no había

novelas violentas ni predicadores radiales--, juntos todos, alcanzaban en un sofá. Les llamaban los Partidos del Sofá.

Los comejenes de sofá --como los bautizó el candidato del Partido del Patriarca, o Partido del Embudo--, eran los mejor entrenados, con cohesión --espíritu de cosa nostra, además del consabido apoyo político de la Internacional de los Comejenes, que --como su idem patientae--, venían trabajando muy despacio, pero bailando su propio trompo y equilibrándose en su propio alambre. Con sus zapatos tacón de hule, se tomaron el Parlamento Nacional, y con la asombrosa habilidad de un maestro de judo, llevaron hacia adelante la famosa estrategia del comején, bajo el fino y rimbombante éxito de bisutería política, en lo que sin duda alguna, tenía gran experiencia la Internacional del Comején.

En su olfateadera de cabildeo, don Cándido se encontró con un escenario de lo más sorprendente. Mientras Moreno Mínguez, postulado por sí mismo, como candidato del Partido de los Mancos, tenía fe en la mesiánica salida milagrosa de que Santo Domingo y San Goloteo, le llevarían en hombros al triunfo. Pues, según los vaticinios de un cartomanta amigo, podría contar con la seguridad de sacarse la lotería de New York, para costear los gastos de la campaña; y quien era conocido de todo mundo, no daba sueño a los ojos especulando en silencio, planeando con su propio yo --el consejero de almohada--, acerca de lo que podría ser su viaje a la capital del dólar: llegar a Washington el mismísimo 4 de julio, Día de la Independencia yanki, participar de la fiesta de gala, brindar con champán o whisky de maíz --como gustara al Presidente--, y además llevar de presente, una hamaca de Monimbó para impresionar al Secretario de Estado. A Paco Quieto, candidato de los Dinosaurios, todo le valía cero a la izquierda, y hacía honor a su nombre: mantenía cerrada la boca. En medio de esta debacle de posiciones confusas de aserruchaderas de piso de toda especie, dimes y diretes, amenazas de expulsiones en el Partido, el grupo de los Mechudos --Mechudos eran todos--, llegó a la consensual solución bajo el conciliador punto de vista: cada cual con su

óptica. Fue cuando Moreno Mínguez juró: "Si el Santo me hace el milagro, me enfilo a los promesantes, y con cara pintada y taparrabo me pongo a bailar al Santo, en la Bajada de las Sierras". El inquieto Paco Quieto, resentía lo del viaje a Washington del candidato del Partido de los Mancos. "¡Invitarlo con todo y los gastos pagados! --decía, dándose golpes en la calva--. ¡No puede ser. Algo anda mal en este Partido! Las exageraciones las había filtrado el Presidente de la Asociación de Aserruchadores de Piso, licenciado Tarantino Rivadiava, que como no tenía nada que hacer, andaba inventado nadas. A lo que Paco Quieto, haciéndose caso omiso de la jugada, como si le importara un bledo, contestó: "Ve hombré, todas esas son puras sonseras. Hay que tener calma, saber esperar y confiar en el padrino. Recordá: "Con paciencia y saliva se la metió el burro a la hormiga".

Cuando don Cándido llegó a casa del Partido de los Democráticos, su confusión fue mayor, porque daba por un hecho que la tan mentada unión de las facciones, serían una irrefutable realidad política, y que en la susodicha alianza, estarían amarrados como en un nudo ciego. Pero no fue así. La bochinchera facción del Grupo de los Libertinos --como el doctor Coquimbo Arteaga llamaba a los rosados disidentes--, estaban en guerra a muerte, contra la facción del Grupo de los Alca尔德os --como se expresaban los Libertinos de los seguidores del Alcalde de la Villa, que era nada menos que don Coquimbo, que ya estaba metido de lleno con la cola parada en el alboroto político y la matadora obsesión de ser Presidente. En otro orden, la Facción de los Diletantes Rojizos, resentía las movidas de los Tradicionalistas Comepatos, que con el retorno del éxodo que se había dado en el gobierno de Cleto Orlacha, amenazaban con tomar estratégicos y reconfortantes espacios políticos, que a la postre, venían a ser perjudiciales y a reducir el ámbito de poder del grupo de los aguantadores desteñidos. Tal escenario hizo confesar a don Cándido:

"Ahí no hay unión ni hay ni mierda --le dijo al Ministro de la Presidencia--. Lo que encontré fue una venta de maderas.

Cada facción tenía su sierra, y mutuamente, se aserruchaban el piso".

De los otros era mejor no hablar, porque alcanzan en una colchoneta. Pero don Cándido estaba realmente maravillado y sorprendido con todo lo que había descubierto en su primera ronda de cabildeo. "Y yo que me las daba de Tarzán --se reprochaba a sí mismo--, cuando ni siquiera llego a la mona de la película".

Y su sorpresa fue in crescendo cuando visitó a la doctora Sara Mangolla, Presidenta del Partido de los Florentinos. Lo dejó hablar de todo, incluso de lo que no debería decir por prudencia. De los candidatos de los otros partidos, de las calumnias que había tejido el padre Simón Cruz en su contra, con el asunto de los relojes en los campanarios; de los disparates de su suegro, prohibiéndole visitar la casa de doña Candelaria, cuando se daban cita en el corral, detrás del establo de los terneros; de los celos exagerados de la dundeca de su mujer cuando viajaba a Costa Rica a buscar los repuestos de los Elgin y de los Rollex; y sobre todo de su Plan de Gobierno. Sobre éste, se extendió casi por tres horas seguidas, sin parar, sin dar chance siquiera de un parpadeo a la doctora Sara Mangolla, que se sentía como oyendo el cuento de El Gato con Botas: puro cuento.

"El Plan de Gobierno del Reloj es el mejor de todos --le dijo con una sinceridad rayana en la inocencia política--. La invito para que me acompañe en la fórmula ganadora. Le ofrezco la Vice Presidencia".

"Váyase usted al diablo --le contestó, brazos en alto y con el dedo índice del anillo, señalando hasta más allá del otro extremo de la calle--. Usted no tiene nada que venir a ofrecerme. No soy una ignorante, para que me venga con tonteras. Salga inmediatamente de esta casa que es un templo a la inteligencia y no a la dundera", le gritó. Y cuando le tocó golpear la puerta de los dirigentes de los otros partidos, no pudo continuar con el cabildeo, porque creyeron que les iba a cobrar la mensualidad del reloj, la que ya se había vencido.

Su sorpresa no tuvo límites, cuando después de esperar

casi un mes por la entrevista de cabildeo con el Obispo Renato Pitote, monseñor después de escucharle pacientemente, con su mirada de pájaro carpintero y su paciencia de chino, respondió:

--¡Ya veo que usted es de los que tienen su cielo en el séptimo piso! --comenzó el Obispo. Luego, agregó--: Hay hermanos que creen que el cielo del que habla la Santa Madre Iglesia, es como una casa de apartamentos. Se expresan de los demás, como si ellos fueron los buenos, y los demás los malos; el mismo cuento de los demás con relación a ellos. Yo mismo he oído críticas contra los pobres, como la que lamentablemente escuché en contra del maestro carpintero, el que según muchos ricos y acomodados, tiene y no da, a la hora que pasa el plato de las limosnas. Esta es una actitud farisaica. Este hombre de Dios, sin andarlo publicando, nos ayuda en la reparación de las bancas y en la limpieza de los altares. Sin embargo, muchos teniendo más que él, o más que ellos --para ser más exactos--, se hacen los dundos y vuelven a ver a otro lado, cuando pasa la niña Chicha colectando la gabela de la misa. Dicen: "Llegó la hora de la pedidera". Sin embargo, ustedes lo vieron ayer, el pobre padre Simón Cruz, no tenía con qué pagar el pasaje de regreso del director de los cursillos. Esto es una vergüenza para la comunidad eclesial de Ostocal. Como a usted le consta, señor Presidente --dijo con sorna el Obispo, cuando al fin se le escapó la prudencia fuera de la sotana--, al padre Simón Cruz: en el centro de Ostocal, en el propio parque, en la plaza de armas, o en el sitio mejor que tenga la Villa, deberían levantarle un monumento al sacrificio por su entrega a este pueblo. No es fácil hacer lo que él hace, para transformar la casa de Dios de Ostocal en un lugar decente, en el que no anden los chanchos cagándose a la orilla de los altares, ni vengan a dormir los vagos que han quedado después de la guerra. El padre Simón ha pedido a todo el mundo, casi les ha llorado en favor del templo de ustedes. Ha promovido rifas, montado kermeses, instalado bailaderas y comederas dominicales. Ha viajado a Granada y a León, a poner su alma en vergüenza --no digo su cara,

porque ya no la tiene el pobre--, pero sobre todo a León, en donde hay gente de buen corazón que se mete la mano a la bolsa siempre, en cualquier necesidad de la iglesia. Y esto, que son pueblos que se están quedando solos con el problema del desplazamiento de la población, a esta capital de la política y la cultura, a este refugio de vagos y desmovilizados de guerra, a este alboroto demográfico, en el que está convertido Ostocal con la llegada de tanta gente que viene huyendo de la inseguridad y la pobreza. A ido a suplicarle al Ministro de la Presidencia de Doña Blanca Ilusión, que nos ayude al menos a través del Ministerio de Acción Social --MAS--, que dicen que ya anda de menos, como todo en Ostocal --aclaró--. Yo le digo al padre Cruz, que aunque sea con tallarines, fideos, harina, colchas, zapatos chinos, tejas de zinc y aceite de tiburón: cosas de las que mandan los hermanos ricos de otros lados. La experiencia que como Obispo de la Diócesis de Ostocal tuve ayer, al contar los centavos de las limosnas que recolectó el pobre padre Cruz, en la misa de clausura de los cursillos de cristiandad --a pesar de que estos estaban repleto de almas con reales: hermanos que tienen su cielo aparte, y hasta su infierno con abanicos--, fue realmente desconcertante, para un pobre hombre de Dios como yo: ¡Las limosnas de las misas de los tres días de cursillos, sumadas a las colectas especiales, apenas alcanzaron para pagar el pasaje a Méjico del padre Tormento de la Cristiandad, lo que realmente fue un tormento para el padre Simón Cruz, cuando cayó en la realidad, y se dio cuenta de que en Ostocal hay más pobres de espíritu que pobres de plata; y que de nada sirven casas, fincas de ganado, compañía de petroleros, ollas con monedas de oro enterradas bajo la cama, y ventas de leche y cuajadas diariamente, si ni siquiera son capaces de aumentar la colecta de las misas, olvidando miserablemente, que había que pagar el pasaje del cura que vino a predicar desde largo.

En los cursillos de cristiandad, y en las reuniones de los miércoles por la tarde, en el pequeño auditorio ceremonial de la Iglesia del Silencio, los que con tan buen suceso, impulsaba

doña Candelaria y el grupo de señoras colaboradoras del templo, bajo la conducción de monseñor Renato Pitote, se habían montado charlas alrededor del Juicio Final, del que los Testigos de Jehová y otras famosas sectas y movimientos religiosos de toda índole, habían venido hablando.

Según algunas de las últimas pastorales católicas, lo hacían con tal determinación y tanto fanatismo, que bastantes de estos profetas, iluminados por la locura del caballo bermellón del Apocalipsis, aburridos de tanto vaticinio frustrante, preparaban el suyo propio. Las sagradas bestias del mundo, de acuerdo con las Profesías de Nostradamus, y las interpretaciones de San Juan, estaban confabulando para desarrollar dos guerras mundiales con pájaros de vuelo largo, bombas atómicas, iglesias populares, jesuses prefabricados, anticristos enloquecidos por ideas satánicas y gases venenosos para trastornar y acabar con el mundo. Bombos y platillos se encargaban de anunciar un famoso Harmaguedón. Hablaban de él a toda voz y hasta decían que lo veían claramente, en la bola de cristal de los mensajeros del Diablo. Lo anunciaban como si fuera el premio de 140.000.000.00 de dólares de la Lotería de New York. Eran las predicciones que tenían fuera de quicio al padre Simón Cruz, y con las que el padre Simón Cruz alteraba la adrenalina y hacía subir el azúcar, a Monseñor Renato Pitote, sacándolo de su tranquila y ceremoniosa vida de Obispo.

La pavorosa e infernal debacle, estaba programada en los libros Harmaguedónicos, para los finales del milenio. Y en todas partes del mundo, pero sobre todo en Ostocal, la veían venir inmóviles, sin hacer nada especial, balanceándose en las mecedoras a las propias puertas de la Villa. Esta había sido una de las razones, por las que fue traído desde el Seminario Mayor de Méjico, el sabio filólogo y santo predicador Harmaguedónico, padre Tormento de la Cristiandad S.J.

En la última homilía de Misa Mayor, con motivo de la celebración de Santo Domingo de Guzmán, Santo Patrón de Ostocal, Monseñor Renato Pitote, expuso sobre el mismo problema del Juicio Final, aludiendo al retrato hablado que le

había dibujado el padre Simón Cruz de los habitantes de la Villa: "Como dice el párroco de esta Villa, el hombre del campo, pero sobre todo, quienes damos vida al mundo cristiano, somos como el zacate jaragua: con poco tenemos. Con sólo divisar el invierno comienza a retoñar en los llanos. Es tan agradecido, pero tan agradecido, que incluso crece sobre las rocas. Este es el peligro: la sencillez de nuestra gente puede ser comida del maligno. Yo les repito: ante tanta secta y tanto profeta que anda queriendo embrollar al pueblo de Dios, buscando cómo dar imagen, cómo fabricar un Juicio Final: un Harmagedón, o cualquier otra falacia como ésa, hay que estar alertas y tener mucho cuidado. Dios no está en el desempleo para pensar en matar el tiempo como nosotros lo hacemos en este mundo de locos: guerras que sólo traen muerte, miseria, y no solucionan nada. No es que los quiera meter en miedo, pero hay que recordar el zacate jaragua: ¡Mucho cuidado! ¡Somos zacate jaragua, no demos chance al maligno! De tal manera, que pongan aceite en las lámparas y colóquenlas en buen lugar --tal y como dice la Biblia--, para que el día, el minuto o el segundo en que llegue la hora de la venida del Hombre, no nos agarre en la oscurana. "Alabado sea el Señor, hermanos" --dijo persignándose. Dio media vuelta y fue a ocupar la silla obispal para continuar la misa.

El padre Tormento de la Criandad, se había explayado alrededor del concepto de bestia apocalíptica: "Todos llevamos una bestia en nuestro propio corazón. Ni uno mismo lo sabe. Puede que esté adormecida, pero ahí está dispuesta a venírse nos encima, y hacernos una mala pasada, posesionándose de nuestra alma y haciendo que caigamos en la abominable condenación del pecado. Siempre es un dragón, aunque tenga formas de lagartija. Agregó, con voz fuerte, y sonora modulación de las palabras: Acuérdense de lo que dicen Las Escrituras, cuando se habla del hombre poderoso en maldades: "Es más fácil que entre un camello en el ojo de una aguja, que un rico en el Reino de los Cielos". Esto no lo digo por nadie en especial --quedó viendo a don Tristán Pelado, que se hacía el tonto, cada vez que pasaba el sacristán con la

bolsa de las limosnas--. Pero me da tristeza ver las ofrendas de ropa vieja que mandan en nombre de Dios, para repartir a los pobres; cuesta más el hilo y la aguja para que las remienden esos desgraciados de la fortuna, que lo que valen las tales ofrendas. No voy a pasar hablando todo el día, pero lo del pasaje del padre Tormento de la Cristiandad me ha hecho reflexionar seriamente, acerca de la clase de alma que queremos salvar, y en la clase de cielo que creemos. Es necesario tomar conciencia de que al cielo, no se puede llegar con las bolsas del alma vacías. No bastan rosarios, misas, ejercicios espirituales, golpes de pecho y cursillos de cristiandad, practicados del diente al labio. El viaje al Cielo no se puede comprar con un tiquete como quien va a una velada de la Compañía Encanto de Paco García, o al juego de beisbol del Bóer, del San Fernando o de cualquier otro equipo. Ahí, el que no tenga el tiquete firmado por Dios, no lo deja entrar San Pedro. Así que: hermanos en Cristo, hay que buscar como comprarlo ahora, antes de que sea tarde".

Lo de cielo de siete pisos, con apartamentos especiales según fuera la condición social del creyente, y la influencia económica de su grupo, fue una reprimenda y crítica del padre Tormento de la Cristiandad, la que había espontáneamente nacido en su corazón, cuando recorrió el telón anímico de aquellas almas de Dios que estaban planeando una especie de villa turística en el cielo.

"¡Ja, ja! ¡No creo que Dios ponga el alma del limosnero de la esquina, en el mismo almarío en donde descansará el alma de míster Flash Gordon, el millonario inglés que está comprando los bonos que está pagando el gobierno como justa compensación de las propiedades confiscadas --dijo con desdén de sabelotodo, la virtuosísima beata doña Sábila Mengambrea, una de las señoras que estaba conduciendo el cursillo--. Si fuera así, yo no creería en el Cielo!"

Don Cándido recordaba que doña Candelaria le había llegado con el cuento del infierno con abanicos de doña Sábila, en el que los buenos como el abuelo millonario de Pimpinela Castro, gerente y propietario de la fábrica de

bloques de lodo "La Providencia", tenía asegurado su lugar en el Cielo Privado del Décimo Piso, con comida a la carta, dormida al sonido musical de los querubines violinistas, y vista al mar galáctico del romancero de Dios; mientras que don Cándido Valpulso, con eso de la loquera de andar metido buscando la Presidencia, a lo más que podría aspirar, era a un cuchitril en el Cielo Público del Tercer Piso, un helado catre de hierro sin colchones ni almohada, y el único privilegio de tener ventanas a la cara fría del infierno."Es algo así como el limbo", había recalcado doña Sábila Mengambrea. Los abogados y los pobres de los presidentes, sólo que sean ricos, cheles o de muy buenas familias, tendrán posibilidades de salvarse. Dicen que al Diablo no le gustan los ricos, porque con ellos no le funcionan los cañones.

--¿Qué opina de eso el Presidente? --preguntó doña Candelaria intrigada.

--Que doña Sábila Mengambrea no conoce al Diablo, y que además, desde hace un buen rato, anda hablando babosadas.

--Pero doña Sábila...

--Está más enredada que los menjurjes medicinales que hacen con ella --la interrumpió el Presidente.

Habían pasado algunos meses, pero doña Candelaria todavía resentía las intenciones perversas de doña Sábila. No la saludaba los domingos por las tardes cuando acompañaba a don Cándido a dar paseítos al parque; y ni siquiera en la misa de ocho, en la que tenían que encontrarse por fuerza.

En cambio, el Presidente que tenía piel de elefante y todo le resbalaba, cuando se encontraba con doña Sábila Mengambrea, la hacía sonrojar, recurriendo a la artificiosa cortesía de inclinar el espinazo ante ella, ofrecerle la silla mejor dispuesta en las reuniones sociales, preguntarle por la próxima misa de su difunto marido para no olvidar el compromiso de la amistad cultivada en la etapa de los días duros; y aunque no sabía nada de fincas --más que lo que le llegaba de oídas, por la necesidad de hablar de cualquier cosa de doña Candelaria--, le hacía tal o cual recomendación, de lo

que había leído en la Revista del Ganadero, para mejor rendimiento de las tierras altas, en el engorde de los hatos de carne que había heredado del difunto. Hacía un recorrido mental por el escenario del cabildeo, cuando de pronto, le vino a la memoria la entrevista con monseñor Renato Pitote, quien lo había confesado a la hora del saludo de despedida.

Lo había urgido por aquello de las tentaciones de faldas a las que están expuestos los candidatos. La confesión duró una hora más que los cinco minutos común y corrientes, a lo que normalmente acostumbrado. Le había expresado tanta humildad, jurado tanto arrepentimiento y manifestado tanto deseo de cambio, que Monseñor Renato Pitote --que era águila en pleno vuelo para ver la carroña desde arriba--, al oír tanta miseria y tanta mentira encubierta de pecado venial, y tanto arrepentimiento con lágrimas que amenazaban con empapar la manga de su sotana, dijo: "¡Hombre! ¡Hombre! ¡Está usted absuelto! ¡Ya más que un fuerte candidato a la Presidencia, parece usted un judío arrepentido al pie del Muro de las Lamentaciones!".

Pasaron los meses y don Cándido seguía adelante con la idea de ser Presidente a como diera lugar. Continuaba con el cabildeo a los líderes de los otros partidos. Regalaba estatuillas de barro con su nombre, graciosamente pintadas por artesanos de San Juan de Oriente. En los rezos de difuntos se había metido a enseñar el rosario. Se iba de farra con los otros candidatos, y mientras la crédula de doña Candelaria pensaba en que el pobre albino se andaba sacrificando por la política del Reloj, el Presidente sin dejar rastros trataba de ver a Pepa Torrentes. Leía los periódicos importantes del país para estar informado de todo. Comenzaba con El Lavandero Popular, el periódico del pueblo, que era el mejor informado con los últimos chismes de todo el mundo; seguía La Tertulia, de Masaya; El Diario Nicaragüense y El Centro Americano, de Granada, y El Termómetro, de Rivas. Además, de la lluvia de panfletos y ofensas que pululaban en la clandestinidad hablando de los candidatos, en los que todavía no salía su rollo con Pepa. La

verdad era que desde que tuvo uso de razón, y le hicieron suspirar las mujeres, casi como real obsesión, experimentó una terrible atracción por las negras. El mismo se había cuestionado, tratando de justificar el enigma de los enamoramientos raciales que le hincaban el entendimiento, y le quitaban el sueño, cuando llegaba a alborotarse. Consultó enciclopedias, preguntó a varios curas psicólogos, leyó a Freud y examinó por todos lados, tratando de dilucidar el problema que lo asechaba. Y en vez de desenredar el mecate, éste se le había vuelto un nudo. Llegó a tener la presunción que alguna china negra le había amamantado de niño. Reflexionando sobre el asunto, concluyó, que de acuerdo a la inexorable ley de los contrarios: era lógico suponer que a un albino lo atrajera una negra negra; y que entre más negra ésta fuera, a la negra la embobara un albino. Lo de Pepa Torrentes apenas le confirmaba de alguna manera, lo que había experimentado a través de sus sesenta y cinco años de existencia: entre más distante embiste el chivo, es más fuerte el topetazo.

Su mayor problema de conciencia, era que se le planteaba una clara situación de toma de decisiones verdaderamente escabrosa. Ahora que estaba enrolado con la obsesión de Pepa, no veía cómo había sido capaz de soportar por tanto tiempo a doña Candelaria: "Una descolorida dama de copete ahumado, tirando a ratón adulto", como la veía hoy con los ojos de Pepa, según la opinión que le había llegado a través de Vicenta Santi.

Pepa Torrentes arribó a la Villa bajo una terrible tormenta y en medio de un aguacero. Desde el sábado en la madrugada que comenzó la lluvia, había llegado al miércoles y estaba como al principio: caía con tanta furia, que de los caballetes de las casas se estaban descolgando las tejas, y con la llena de los ríos y las correntadas de las sierras que bajaban a la Villa, los niveles del lago alcanzaron condiciones de desastre. Desde los tiempos del aluvión y la erupción del Cosigüina, no se tenían noticias de una desgracia semejante.

La emergencia dio lugar a que se tomaran medidas para ayudar a los pobres. La niña Nicolasita Serrano, activa

colaboradora de la Parroquia del Silencio y el grupo de caritativas Señoras de Hermano a Hermano, en la que se enfilaba doña Candelaria para ayudar al padre Simón Cruz, se movilizaban por las casas de los ricos y acomodados, invitándolos al sacrificio de cualquier cosita que pudiera servir a los damnificados: una tortillita con queso, una rodaja de pan, un par de zapatitos para niño de los que puedan aguantar el remiendo, cualquier chaleco viejo de los que devoraban las polillas en el fondo de los cofres para ancianitos friolentos; un purito chilcagre para entretener a los viejecitas que no pueden vivir sin puros: "Hoy por mí, mañana por ti", era el lema de la campaña.

--Tiene razón la niña Nicolasita --especulaban el propietario de Radio Serrucho y su consocio de Radio Bla Blá, haciendo sus propios juicios, con relación a la escasez de provisiones para enfrentar la catástrofe--, el culpable es el gobierno. Con tanta robadera y con tanta falta de probidad, hay que volarle las manos a los ladrones del erario público. Sólo gente honrada como usted y como yo, tienen derecho a aspirar para presidentes.

Y mientras las señoras solicitaban ayuda para los pobres, y políticos como Fileberto Moreno Mínguez pegaban el grito al cielo, hablando de su República de los Mancos, el héroe del Presidente llevando en brazos a Pepa Torrentes le servía de chino para cruzar las correntadas.

Semanas más tarde recordaba la aventura que sacudiría las fibras de la existencia hasta el último de sus días. "Fue una atracción fatal en puro otoño", escribió en la primera página de "El Arquero Divino", libro de poemas de Amado Nervo, en el que se deleitaba leyendo versos de amor a escondidas de doña Candelaria, mientras recordaba a Pepa. Le parecía mentira y añoraba cómo aprovechó la ocasión para tocarle las nalgas: toda ella hecha una sopa en el tambaleante chineo de la corriente. Con la ropa de seda empapada, dejaba al ojo libre todo, y él hacía de Tarzán, con la película que lo estaba haciendo vivir la tormenta que había llegado el mismo día y en la misma fecha, que los buscadores de petróleo. Cuando

Pepa Torrentes para darle las gracias, se despidió con un beso en la boca del héroe de Ostocal, don Cándido Valpulso sintió que por su espina dorsal le recorría un extraño sopor de cielo, y trastabó, escapando de caer en el agua. Como decía el padre Tormento de la Cristiandad: "El accidente lo agarró viejo y pendejo, y en el tiempo de la reflexión".

Hecho también sopa como Pepa, y tiritando de frío, entró a la sala de doña Candelaria. Le contó una mentira piadosa sobre la aventura de la corriente, le pidió un trago de guaro con miel, se fumó un puro de los que regalaba el padre Simón Cruz a los amigos, y se quedó pensando en Rubén Darío: "Juventud divino tesoro, te vas para no volver..." habían sido los últimos versos antes de quedarse dormido.

III

La llegada de los petroleros a Ostocal, fue como la llegada de los buscadores de oro al Oeste Americano: una verdadera revolución. En el fondo, se convirtió en un soberano alboroto que trastornó toda la vida social y económica de la región. Fue imperativamente necesario que la Gobernación de la Villa, construyera nuevos caminos para descongestionar el tránsito de las diligencias de lujo, que como quien llega a una feria, entorpecían la rutina del pueblo, entrando y saliendo a todas horas de Ostocal. Por Acuerdo Municipal se dispuso ampliar las trochas para facilitar las vías de acceso, de carretas haladas por bueyes, y carretones por burros, cargados de provisiones, y muebles de toda clase: sillas, mesas, comedores, roperos, espejos y toda suerte de cachivaches, junto a los correspondientes chanchos, gallinas, patos y loros, vacas y bueyes, que formaban parte del menaje familiar. Los accionistas ostocalenses de la Ruta del Tránsito, que controlaban el uno por por ciento de las acciones de la Compañía, viajaron a New York y Chicago, para hablar de inversiones con m^{rs} Cornelius Vanderbilt y m^{rs} Frederick Morgan, pensando en que tales magnates podrían estar interesados en la construcción de caminos y diligencias, para toda clase de pasajeros, como las que se veían en las películas de cowboys. Causaba verdadero resquemor, que las del servicio público selectivo, estuvieran monopolizadas por los turistas locales, que viajaban gratis, gozando de las franquicias oficiales de diputados y senadores para una sociedad de privilegios. Por falta de adecuado mantenimiento, con cada

nuevo día que pasaba, y el pesado trajín de la viajadera, el parque de diligencias aumentaba su condición de ruina y se volvía obsoleto. De tal manera, que fue necesario tomar serias medidas para resolver el lío del transporte que habían formado las señoras que insistían en viajar de choña, a turistear a Ostocal.

Se había armado una viajadera a comprar espejos de cristal de roca, bombachos de tafetán y medias de Can Can a colores, de París; chalinas y abanicos con dibujos de toreros y bailarinas de flamenco de Andalucía; toda clase de corsetería británica, dando la sensación de que las vanidosas damas de Granada y León, las más entusiastas y asiduas visitantes de los tenderetes, pretendían volar como avispas; así como lujosas bacinillas de porcelana, con bellas grabaciones de querubines, tulipanes, claveles, cuentos de hadas como Blanca Nieves y La Bella Durmiente, embarcadas en Amsterdam. Tocó a la Villa de Ostocal, además de sentirse como una confusa y bullanguera muchacha en domingo --aunque despeinada y llena de extrañas ilusiones y delirios de grandezas--, transformarse en una verdadera metrópoli, con la invasión de transatlánticos y el olor a fenicio.

--El Apocalipsis va a comenzar en Ostocal --exclamó el Obispo Pitote--. Lo primero que llegó fue el caballo negro, que con la plata, quiere llevarse en el alma a esta Villa.

Fue su reacción a los complejos problemas que comenzaron a generarse con la invasión masiva de extranjeros: la especulación de los usureros, el desplazamiento de la población de las ciudades del interior, y la viajadera de las damas, ávidas de cualquier aventura que tuviera que ver con la disipación del inveterado aburrimiento que venían sufriendo por décadas.

Lo primero que salió a flote fue la plaga de las moscas. Estas se apoderaron de la ciudad en un abrir y cerrar de ojos, debido a la falta del adecuado servicio sanitario en las estaciones de los descansos: todo mundo hacía sus necesidades en cualquier parte, o dejaban los excrementos metidos en cualquier bolsa, contaminando los caminos. Esto, lógicamente,

fue empeorando por los repetidos sacudones de las diligencias en los estómagos de los usuarios, y la ingestión de comidas raras, preparadas con recetarios impresos en todas partes. Era usual ver a las señoras de corsé, agachadas tras un guanacaste para salir del apuro.

Fue una verdadera avalancha. Por vez primera, los ostocalenses pudieron ver, como tras la interminable fila de tenderetes, la gente se embobaba con toda clase de cosas. Ni siquiera habían soñado con llegar a días como estos.

Con los propios ojos y sin que nadie se los contara, eran testigos de la venta de la pulga del fraile para los riñones cansados; de la caña fistola para las parturientas; del apazote para el estómago de los lombricientos de cualquier edad, y del té de orégano para espantar hipo de la goma de los borrachitos consuetudinarios. Los turistas de Masaya, atacados de la risa se cogían el estómago y cuchicheaban, casi frente a los pregoneros de la botánica:

--Están locos estos turcos de Turquía --dijo la joven.

--Venden lo que aquí nace como monte y que todo el mundo lo regala --agregó la señora entrada en años.

--Son capaces de vender cualquier cosa --continuó la joven.

--Hasta a una la pueden vender --volvió la señora.

--No me casaría con turco jamás --rió la joven, pensando en lo creída que era la vieja, asumiendo que todavía podría encontrar compradores.

Cuando hablaban de un comerciante, siempre decían lo mismo. Lo afirmaban jurando, como dos y dos son cuatro. Tenían la convicción de que quien quiera que fuesen los comerciantes, venían no sabían cómo, pero seguramente de Turquía. La municipalidad de Ostocal no encontraba solución para encarar la situación que comenzaba a hacer crisis con el alza de los alquileres.

--¡En Ostocal, por allá se vendía una casa! --decía don Coquimbo Arteaga, señalando el pasado con el dedo del tiempo--. Porque, antes, hasta las regalaban. ¿Y qué le parece amigo? ¡Qué barbaridad! ¡Ahora, hasta las alquilan!

El Presidente tuvo la sensación de que el Alcalde exageraba en materia de regalos de casas, cuando vio llegar al padre Simón Cruz que cruzaba el parque.

--¡Esta gente que ha venido nos va a comprar a todos!
--dijo el padre Cruz.

--Hay que hablar con doña Benigna Prestamista para que abra muy bien los ojos, y no se deje tentar por los turcos
--sugirió el Presidente.

--Sobre todo, que no se atreva a tocar lo que es de la Iglesia, porque eso ya no es de ella; es de la Iglesia --reaccionó el cura.

--Así es --contestó el Presidente.

--No ha llegado usted a visitarme --recordó el cura a don Cándido.

--Llegué, pero no estaba en la casa cural.

--¿Cuándo? ¡No tuve el honor!

--Ayer en la tarde. Cuando usted no estaba.

--Qué extraño. No salí a ningún lado. Estuve haciendo el sermón del próximo domingo sobre el Juicio Final. Con tanto desplomado que anda amenazando al mundo, ahora sólo se habla de Juicio Final.

--Eso era entonces. El Juicio Final. Con razón escuché un alboroto --agregó el Presidente.

--¡Ah! --lo quedó viendo el cura.

El Presidente había mentido innecesariamente. El cura no le había creído. Sintió vergüenza por su calidad de candidato, y porque se trataba del cura. En realidad había pasado el día entero tratando de ver a Pepa Torrentes, que le había enviado el siguiente mensaje:

"Quiero ver a usted mañana. Me urge. Pepa".

Pero don Cándido que no tuvo paciencia para esperar tanto tiempo. De tal manera, que desenfundándose el vestido de dormir que entraba por la cabeza y abotonaba en los tobillos, neutralizando lo agrio de los sobacos con la toallita que no abandonaba nunca, y peinando la coquetona cabellera de gallo de pelea desplumado, descolgó el chaleco recién aplanchado, y se fue directo, hacia la oficina de los petroleros.

"Ahora o nunca", pensó.

Desde hacía meses le había sido imposible hacer contacto con Pepa Torrentes. La última vez que la vio, fue en la reunión de la Compañía del Petróleo con los concejales de la Gobernación de Ostocal, para dilucidar el asunto de las perforaciones petroleras.

Pepa era la Comisionada de míster Noescondes Coto, para tratar sobre los montos de la inversión, y la forma en que el capital social de la Compañía estaría representado en las acciones. La amistad de don Cándido con el Jefe de la Comuna, más que por sus calidades cívicas, habían hecho posible que fuera escogido para asesorar a la parte contractual representada por la Alcaldía.

La eventual entrevista con Pepa Torrentes, no sirvió más que para remover las pasiones vividas con la famosa experiencia de la chineada, cuando ya la estaba olvidando. Ultimamente, hasta comía en el mismo plato con doña Candelaria. "Pero el diablo es diablo, las carne es débil --pensó-- y la tentación le vino a enfriar el almuerzo" De la reunión en donde había estado con Pepa, salió hecho un cohete con la cabeza y el corazón encendido de ardientes deseos y desaforadas pasiones, que lo obligaron a rebuscar en la memoria, con inolvidables detalles, la aventura de la correntada en el día del vendaval; y de cómo, por el famoso beso de Pepa lo había escapado de arrastrar la corriente.

"Usted es un gran chino", le había recordado Pepa en la entrevista fortuita.

"Por una mujer bella y sensual como usted, soy capaz de hacer cualquier cosa", había contestado el Presidente.

Y no lo dijo con otras palabras, como: "por una negraza bella, sensual y caliente como etc, etc...", como hubiera querido que le sonara, con toda la exuberante pasión de la palabra, porque le pareció que Pepa podría interpretarlo de otra manera, y además, por aquello de las publicaciones en la sección "notitas calientes" de "El Lavandero Popular", en dónde habían hablado de ella.

--Para que vea que yo soy agradecida y que no olvido

jamás-- reaccionó Pepa, dándole otro beso en la boca como aquel del día de la correntada. Por eso corrió como desesperado tratando de adelantar el reloj de sus travesuras de amor, que últimamente lo había andado atrasado.

A pesar de la desesperación, y de la montada de guardia en las aceras de la cuadra de la oficina de los petroleros, y aunque saludó en la misma ruta suya, a Paco Quieto, Tarantino Rivadiava y al poeta Cecilio Argüello, por los mismos contornos vio merodeando al doctor Polito López, al Presidente del Partido de los Comejenes, y hasta al candidato del Partido de los Mancos, que había dejado la hamaca. Al Presidente, le resultó imposible ver a Pepa.

Después de aquella lucha devastadora, en los entretelones del propio yo, que lo sitiaba en un callejón sin salida, en donde el relojero sin carlancas de ambiciones ni infundados prejuicios de imagen, se adelantaba al ego del candidato, queriendo ganar la partida; el Presidente, con cinco y medio sentidos políticos, y el sexto de autoridad, ponía en su lugar al relojero, evitando que cometiera disparates. Después del largo enfrentamiento mental de retorcidos y sofisticados dimes y diretes ambulatorios, al fin salió ganando el temor a Pepa, y al riesgo de salir trasquilado por una falta de prudencia que dejara en entredicho al Presidente. Dio media vuelta, y regresó, avergonzado por la compulsiva indecisión en la que se había visto enredado toda la mañana. Cuando pasó por la iglesia, se quitó el sombrero reverente, y regresó a la cita que tenía con su Ministro de la Presidencia, al que por días, había rehuido por estar pensando en Pepa.

"¿Si Bruto puso en su lugar a César, por qué el candidato a la Presidencia de la Gobernación de Ostocal, no va a poner en su lugar al relojero?", musitó, todavía confundido, con la gran duda de no saber quién había ganado la partida.

La había ganado Pepa Torrentes, que pasó toda la mañana pegada al vidrio de las ventanas, espionando a su chino desde las hendijas reventadas de la oficina del petróleo.

Y además, riéndose y gozando como nunca, de las divertidas expresiones y del comportamiento de los viejos

rabos verdes de Ostocal --sin exclusiones de ninguna clase--, los que habían convertido la manzana de la Compañía del Petróleo, en una especie de bulevar del Malecón del Lago. Sin embargo, a Pepa Torrentes no le interesaba nadie de los caminantes de a diario, más que el albino amoroso y seductor del Presidente. Y no precisamente por su dignidad de candidato, como se lo hizo saber la última vez, cuando se enfrascaron en los altibajos de la corriente. No, no era seguramente por eso. Aún no estaba muy clara si se trataba del fogonazo de un pretendido enamoramiento, o el sosegado rescoldo de admiración por el héroe del chineo. Repuesta que le pesaba como un enigma. Algo que debería descifrar.

"A lo mejor estoy enredada en el complejo del abuelo", suspiraba Pepa, mientras se encontraba tecleando la primera máquina de escribir que había funcionado en la Villa de Ostocal.

Era este el famoso complejo del que le había hablado su madre, antes de embarcarse en Jamaica, alimentado por el angustiante dolor de no haber tenido el amor del padre.

Se le ocurrió también, que a lo mejor la rondaba por la misma razón, el encantador y divertido complejo de la viejitis aguda, en el que se metamorfosea el del abuelo, cuando una menos lo espera. "Todo este complicado recetario psicológico lo he oído de algún bobo", pensó. Sin embargo, si de algo estaba segura, era de la famosa tesis candidiana de la atracción fatal, que tenía loco al candidato: fuerza impulsora sin fronteras, brutal, avasalladora e incontrolable, gravitando alrededor de los contrarios: polos iguales se repelen. Y ella y el Presidente eran exactamente otra cosa.

Hasta esos extremos de realidad coyuntural, había calado su atracción por el albino, aunque muchos de los caminantes del malecón, al tener información precisa del beso en la boca, que tuvo su punto de ebullición en la chineada, le mandaban anónimos a Pepa, poniendo a don Cándido, como homosexual e impotente. Pero nada ni nadie hizo cambiar el criterio de la negrita. Inevitablemente, esto dio pábulo a la cita del Presidente y Pepa en la diligencia.

Pasaron semanas enteras esperando que se consumara tal acontecimiento. Mientras tanto, el Presidente sin dejar de pensar en Pepa, hacía que politiqueaba con los miembros más interesados del Partido. Y aunque no le prestaba atención a nada, un acuerdo presidencial ratificado por el Consejo Candidatural Conjunto, nombró a doña Candelaria, delegada del Presidente, para que tomara posesión del cargo de Jefa de la Campaña.

"Mato dos pájaros con la misma piedra: mientras lo de la política sigue, lo de Pepa va como viento en popa. A Candelaria le hago un merecido reconocimiento a su comprensión de la situación que vive su marido, y además la tengo entretenida", maquinó don Cándido, rascándose la cabeza.

En primera instancia, a la nueva Jefa de Campaña, le pareció un poco extraño la decisión del nombramiento. La noche anterior había soñado con culebras, y estaba segurísima, de que algo raro la podía tomar de sorpresa. De tal manera, que cavilando sobre la duda de su sospecha, a la hora del almuerzo, cuando enfriaba la sustancia de garrobo recetada por el negro Marvin Thomas para el cabello albino del candidato, dándole mente a las razones del nombramiento, concluyó:

--A otra dunda con ese cuento.

Fue entonces, cuando don Cándido, recordó aquella famosa experiencia de los cuarenta años atrás, en la que tuvo que emplearse a fondo, para conquistar el corazón de doña Candelaria; o como cuando la entotorotó, para sacar la relojería del mercado y meterla en la casa. Se deshizo en halagos con la Jefa de Campaña. Le habló de los tiempos de su juventud, cuando el famoso paseo en carreta a las Sierras de Santo Domingo; del bello poema de amor de Pablo Antonio Cuadra, que había aprendido de memoria para cantárselo al oído; de esa rara inteligencia en mujeres lindas como ella, que son como un regalo del cielo, y del tremendo dominio que las mujeres metidas en política, han ejercido sobre los hombres providenciales en los grandes momentos

históricos: Cleopatra con César y Josefina con Napoleón, le refrescó la memoria. Ella la quedó viendo extrañada, y el candidato continuó hablando de lo lúgubre que habría sido el Paraíso, si Adán no hubiera tenido una Serpiente que lo tentara hasta los huesos para comerse la manzana; y del sexto, maravilloso y pluscuamperfecto sentido de doña Candelaria, que no era el sexto, sino que el séptimo, o el octavo, porque no había nacido mujer sobre la tierra, como la que el Presidente había escogido para que lo acompañara por siempre y para siempre, como lo habían jurado en el templo el día de la boda: "Lo que Dios unió no lo separe el diablo", le susurró al oído. Y apretó el paso, hasta que a doña Candelaria se le puso la piel de gallina, se le iluminaron los ojos, la hizo pensar tímidamente en la cama, y no pudo esconder una sonrisa de aprobación:

--Está bien. Acepto solemnemente, el nombramiento de Jefa de tu campaña.

La alegría del festejo de bendición e inauguración de la Casa de la Campaña --que fue la misma casa de doña Candelaria--, se interrumpió violentamente con el tan esperado e inesperado mensaje de Pepa, poniendo hora y lugar a la cita. "A las ocho en punto en la diligencia. El santo y seña: tres silbidos".

Se terminó la fiesta al instante. Casi sacando de la casa a los invitados, echó una ojeada al reloj. Sintió, que de la emoción algo se le retorció en el vientre. "No es para menos --se dijo--. Esto ya lo había olvidado". Y corrió al tocador de doña Candelaria a buscar el peine, la Marie Farina, el pañuelo blanco de seda, los botines de charol negro, y el chaleco de casimir inglés a rayas, al que llamaba "el afortunado", porque lo tenía en el ropero de honor, sólo para ir a los entierros, las celebraciones de los días patrios y a ciertas de las misas pontificales en los días de Semana Santa. Tratando de alcanzar las cosas dentro de un completo desorden mental, pues mientras tomaba la mariposa negra del corbatín, y estiraba la otra mano para alcanzar la grasa para domar el cabello, descolgaba la camisa y sacudía el frasco de agua de

colonia. Con el posesionamiento del papel de Don Juan rezagado, salió a toda prisa, como alma que se la lleva el diablo, sin dar siquiera una excusa a doña Candelaria. Esta lo quedó viendo confundida. Sólo le había oído decir:

--Voy contra reloj. Ya regreso.

Ella no entendió lo que insinuó el Presidente. Le pareció chistosa la repentina exclamación sacada como sale el conejo del sombrero del mago. Se encogió de hombros y decidió tomar posesión mental de su jefatura de campaña: "Si no me enchufo yo, no me enchufa nadie", pensó con resignación de mujer bíblica, y continuó examinando las recomendaciones político estratégicas, y las otras clases de consideraciones que hacía el Consejo Candidatural Conjunto.

Cuando llegó el Presidente al lugar de la cita, se quedó esperando por la señal que había convenido con Pepa. No había sido fácil llegar hasta ahí. Los linderos de Ostocal no eran los mismos de antes, que pasaban a la orilla del parque. Ahora había que andar duro para visitar a un médico, y era una verdadera lata, ir a pagar la boleta de vialidad al tesoro de la Alcaldía con esa complicada descentralización de las oficinas, que era algo así como una forma de crear nuevos puestos para ayudar a los amigos políticos. La Villa se había hecho larga, ancha y tediosa, con el nuevo problema de los fenicios buscando como hacer pingües negocios: ofreciendo mordidas, traficando influencias, planeando compañías raras con funcionarios cercanos a Doña Blanca Ilusión, además del incalculable número de pordioseros, ladrones y desocupados, que trataban de sobrevivir con toda clase de suertes y fechorías.

"No hay plata para pagar la policía local --decía el Jefe del Tesoro del gobierno de Doña Blanca Ilusión--. Nos van a comer vivos los asaltantes. Estamos en el fondo del barril".

"¿Cuál fondo? ¡El barril ya no tiene fondo!", criticaba el Presidente del Partido de los Mancos.

"Es necesario las Reformas a la Constitución, porque con una Constituyente, no vamos a llegar a ninguna parte, y hay que aprobar la venta de la Compañía de las Candelas de Sebo,

para que vengan los tres millones de dólares del financiamiento de Míster Yanki, para soportar la moneda", demandaba el Presidente del Parlamento, y candidato a Presidente de la República por el ala dura del Partido del Comején.

"Hay que apoyar a los constituyentistas", recomendaba don Cándido.

"No se entusiasme mucho. Acuérdesse de lo que opina la doctora Sara Mangolla... y esa es la tesis del doctor Polito López".

Con el problema de la arteriosclerosis, en un lapsus mental, el Presidente olvidó cuál era el objeto de su prisa. Eso motivó, que en vez de ponerse un pantalón de finca para la cita con Pepa, se hubiera vestido como si fuera al entierro de algún político, u otro ciudadano importante. De tal manera que cuando se percató que andaba de saco y corbata, zapatillas de charol y el famoso sombrero de enterrador regalado por Pitote --como se burlaba el envidioso Paco Quieto, atacando su imagen de Presidente--, quiso volar de regreso, pero ya era tarde. Mas, reaccionó al instante: "Así por lo menos, Pepa Torrentes se podrá orinar de la risa".

Estaba en estas cavilaciones cuando le llegó el primer silbido de Pepa que le hizo pegar un salto. La tensión de la espera le bajó la presión y se estaba poniendo helado. "¿Qué pasa Cándido Valpulso? --se increpó a sí mismo--. No te pongás temeroso, que más vale tarde que nunca".

Siguió pendiente de que se repitiera el santo y seña. Trataba de ver en la oscuridad, por el lado de la diligencia de la Compañía Petrolera. Vio el Elgin de bolsillo que le colgaba del chaleco. "Cuarenta y cinco minutos y nada todavía", susurró. Acurrucado en la sombra de la banca de la Estación de Diligencias, le ardían los lacrimales de tanto pelar los ojos. Casi a su lado, dos mujeres pasaron hablando de hombres.

--Sólo llega, me mete en la cama y no da ni un cinco para la leche del muchachito. Nos tiene como la chancha de tía Lacha, amarrada y sin comer --se quejó la gorda.

--Mandalo a la mierda --aconsejó la compañera.

--No es lo mismo verla venir que platicar con ella
--refutó la mujer que se venía quejando, pensando en las salvajes apaleadas que le daba el hombre.

--Entonces, ponle el lomo y no te quejés. La que nació para chanco del cielo le llueve mierda --agregó la otra con disgusto.

--Es el tercer hombre que tengo. Con todos me ha ido mal. Soy torcida hasta la pared del frente --se lamentó la mujer.

--Así dicen todas las que les gusta que las apaleen --volvió la consejera--. Mandalo a que le vaya a apalear a su mama.

Cuando las mujeres se fueron perdiendo entre la bruma de la oscuridad, susurró de nuevo el Presidente: "Ya no vino esta negra jodida".

Pasaron dos horas. Pero, todavía quedó haciendo cuclillas por un tiempo más, mientras le llegaba el segundo silbido. De vez en cuando, su sentido del oído parecía engañarlo: oía silbidos por todas partes. De pronto, comenzó el cielo a esconder las estrellas, y las primeras gotas de una lluvia gruesa y repentina, pusieron al Presidente en desbandada. Al cruzar el parque, ya estaba lloviendo a cántaros, y un ave nocturna cagó y le ensució el sombrero: lo sacudió con furia. La caca voló en el aire regresando a la solapa del saco. "Ahora caigo: ese silbido fue de lechuza", pensó el amante frustrado.

Casi a gatas, y por el corral, entró a la casa de doña Candelaria, quien de reojo, lo recorrió de pies a cabeza como si no viera nada. Todavía estaba releendo los reglamentos de su cargo. Lo desnudó:

--Ya estás de regreso.

--Sí.

--Andá cambiate antes que te dé una gripe.

--Sacame la ropa.

--A eso voy. ¿Dónde andabas?

--Viendo a Monseñor Pitote que llegó hoy.

--¡Sos un mentiroso! En la casa cural no hay hojas de guanacaste con caca de gente.

--¿Cuáles hojas de guanacaste?

--La que traés colgada en el tacón de los zapatos.

--No son de guanacaste. Son de zapote --aclaró el Presidente cayendo en la trampa de doña Candelaria.

La mañana siguiente antes de las diez, el Presidente recibió el mensaje de excusas de Pepa:

"Lo siento. Llegué tarde a la cita por culpa de la oficina. Lo peor es que me quedé con los colochos hechos. Quemá este mensaje para que no te quemen a vos. Solamente tuya. Pepa".

Se vistió de prisa. Recordó que para las once estaba programada la primera reunión para hablar de la Alianza que se estaba cocinando en Ostocal para enfrentar las elecciones de 1896. Ahí estaría la crema de todo el revoltijo de partidos y grupos políticos, interesados en administrar cuotas de poder, aunque fueran a contrapelo. Era una cita importante. Muy lógico intentar la continuidad democrática del gobierno, siendo que era la primera vez que un Presidente llegaba al poder, sin la ayuda descarada de los fusiles, sino que bajo el mesurado disfraz del silencio de los votos. Se esperaba que estuvieran todas las representaciones de los partidos: Legitimistas y Democráticos, que según Radio Serrucho, planeaban cambiar el nombre; la facción mechuda del Partido de los Mancos, el Partido Renovado Cletista, el Partido del Comején, el Partido de los Florentinos, y gran cantidad de facciones y grupos de la famosa Alianza de Partidos del Sofá.

El cambio de impresiones se inició con la intervención de un delegado del Grupo Rojo Encendido --facción de los democráticos-- el que comenzó criticando las misas negras que tenían algunos partidos con la Presidenta Blanca Ilusión, en la propia Casa de la Presidencia:

--Aquí mismo hay comejenes --no agraviando lo presente, aclaró de inmediato, viendo de reojo, al delegado del Partido del Comején--, que se entienden por debajo de la mesa con el poder, y son los culpables de la corrupción de este gobierno.

Cuando tocó la hora de hablar al candidato a Presidente por el Partido de los Mancos, el avisado promotor del gobierno de cotos, estaba engoladamente feliz al darse cuenta

de la ausencia de su contrapartida, el comandante Paco Quieto, As de Oro en la bolsa del chaleco del Partido de los Mechudos, y con el lógico soporte de la facción de los Dinosaurios. Ya le habían llegado noticias de las habladurías del comandante, en relación a sus aspiraciones de llegar a Presidente.

--"Es un loco de mierda --había expresado--. Sólo él, es capaz de creer que va a ser el candidato del Partido".

De tal manera que rumiando las frases y los conceptos que se venían a su mente, ajustó su gran faja de vaquero y se tamborileó la panza. Comenzó:

--Honorables representantes de los partidos aquí presentes: Honorable señor Presidente del Partido de los Mancos. Perdón por el lapsus linguae --se detuvo--. Luego, continuó: "Hay veces que a uno se le van las cosas y no sabe ni lo que quiere decir, reconoció.

Y se quedó hundido en un trastabeo mental. Luego salió a flote: los señalamientos del honorable delegado del Grupo Rojo Encendido, hay que tomarlos muy en cuenta, y no dejarlos pasar desapercibidos. A mí también, me ha llegado información confidencial, que nuevamente están usando los cañonazos para corromper conciencias. No quiero ir muy largo. Ayer mismo, un famoso comandante que se las da de gran político --no quiero decir el nombre--, estuvo en una misa negra. Conspiró contra la democracia en Ostocal, en el mismo despacho del ingeniero Sansón Pelayo, y del grupo de arribistas, ambiciosos y desalmados que quieren llevar la Gobernación de Ostocal a la ruina del despeñadero político. Es de sobra conocidas las intenciones del candidato del Partido del Embudo.

Les advierto a ustedes, sin temor a equivocarme, que esto huele a cañonazos. Hay que tener cuidado. No vaya a pasar lo de la famosa UPECSA, que ganó las elecciones en las urnas y las perdió en el gobierno. Si vamos, vamos juntos y no mal acompañados. Abundó en detalles en donde salieron los chismes de Radio Serrucho, Radio Basín y Radio Bla Blá -- con el espacio abierto a los oyentes--, en las que había un

locutor que tenía lengua de carnicero, y si no le daban plata, gozaba destazando a la gente.

Habló largamente y concluyó dando las gracias por la entereza y la sobrada paciencia de los delegados políticos. Después se pasó a consideración de los representantes de los partidos, el oportuno pronunciamiento que debería mandarse al Nicaragüense, al Termómetro y a la Tertulia, que eran los medios escritos; así como a Radio Bacín, Radio Bla Blá y Radio Serrucho, como los de mayor audiencia radial, que eran los que oía el pueblo, por la veracidad de sus informaciones, y el alto índice de analfabetas. Un representante de los del Partido del Sofá, creyó que sería conveniente, mandar una de las copias al Lavandero Popular: pasquín en el que se lavaban los trapos sucios que no alcanzaban en el lavandero de la casa.

--¿A quién se lo vamos a mandar? --preguntó inocentemente, uno del grupo de los Dinosaurios Renovados que apenas le quedaban cuatro pelos en la cabeza.

--Esa pregunta ni se pregunta --le contestó malicioso el representante del Partido del Comején--. Déselo a cualquiera de nosotros, porque aunque no se lo dé a nadie, va a salir a todo despliegue en El Lavandero Popular.

El Comunicado debería abordar el tema de la peligrosidad del rompimiento de relaciones diplomáticas con los países amigos, y de la suspensión de las inversiones extranjeras con el asunto de la venta y el tráfico de armas del que se quejaban por todos lados: en El Mercurio, de Chile; El Tiempo, de Bogotá; El Japonés, del Perú; La Cucaracha, de México; El Trompo, del Ecuador; El Cachipil, de El Salvador; La Momia, de Guatemala y El Catracho, de Honduras. Los gobernantes de esos estados hacían gravísimas acusaciones en contra de los rescoldos del Ejército de Cleto Orlacha. El embalaje de los embarques y la numeración de los equipos, eran suficiente evidencia de que estaban traficando con armas.

Por toda la cordillera andina, desde la Tierra del Fuego hasta el mar de las Antillas: a pie, en burro, a lomo de caballo, sobre pipantes, en ataúdes como si fueran difuntos; barcos de pasajeros, y hasta en el doble fondo de la piel de un

elefante de circo con la que hacían un número los payasos del Dumbar --el más famoso de los que venía a Ostocal en ese tiempo--, trasegaban fusiles de chispa y aguja, de los tiempos de Napoleón; además de rifles guatuseros de Jinotepe, mosquetes, mosquetones y bombas zaguaneras de Monimbó; granadas hechizas, de Estelí, y morteros de tubos de caldera, marca Sindicato de Diligencias de Ostocal; más accesorios terroristas de toda clase, con los que el piromaníaco fantasma ambulante de Cleto Orlacha, quería incendiar el infierno latinoamericano.

Entre los peligros que estaba temiendo Ostocal, era el de alguna alianza entre guardias armados de Honduras, El Salvador y Costa Rica --cosa corriente entre generales pendencieros-- para buscar un pretexto y echar del poder al otro.

--Qué miedo ni qué babosada. Si vamos al pleito, vamos al pleito --dijo el Director de Radio Basín, representante de la Unión Civilista de los Fusileros, pensando ya en limpiar el hueco bajo la cama para el ensayado final de la operación cusuco--. No vamos a permitir que cuatro gorilas nos continúen chantajeando para darnos miedo.

--Apoyo la moción del periodista Israel Oidor --intervino el Director de Radio Serrucho--. La razón le asiste. No hay que olvidar, que siempre hemos sido víctimas de los vendepatria, de los chupamedias, de los alma de cántaro, de los malnacidos, que todo lo quieren arreglar en las cúpulas con sus famosas negociaciones políticas.

De opinión en opinión, se volvió un pandemonium lo del pronunciamiento al pueblo. No fue posible ponerse de acuerdo con los términos del comunicado. Mientras algunos proponían soluciones aparentemente lógicas, otros saltaban en contra, poniéndolas en ridículo. Fue una de perros y gatos. Más bien, como la discusión en un parque, o una plática de presos, que no terminaba nunca. Los candidatos de la Alianza del Partido del Sofá, eran los que más estaban en desacuerdo con los otros. Fue entonces, cuando entre bostezo y bostezo, desentumecimientos de piernas y tazas de café negro, los

honorables miembros de la todavía en ciernes, famosa alianza **UPCORE**, la que se suponía debería ser una unión verdadera, decidieron suspender la maratónica sesión, por aburrimiento.

--El problema de aquí, es que cada cual tiene su trompo enrollado --dijo amenazando nuevamente con tomar la palabra, el candidato del Partido de los Mancos.

--Esto de las armas no sólo es un problema de buenas y satisfactorias relaciones internacionales, para que el país despegue --examinó la situación general, el delegado del Grupo de los Libertinos, facción rosada de los Democráticos--. A decir verdad, esos fusiles, esas bombas, esas mulas aerodinámicas traídas del desierto de Irak, de las que se dice que uno se siente como en un tractor cuando va montado sobre ellas --volvió a ver al delegado del Movimiento Civilista de los Fusileros que estaba parado en un banco--, y esas candelas de dinamitas, y esa cantidad de detonantes en manos de los restos de Cleto Orlacha, y de los pobres huérfanos de Paco Quieto, también son un peligro para los que no creemos en armas. Hay que pensar en esos pobres campesinos de Chontales y esa gente de las montañas de Las Segovias y del Atlántico, que viven con una pata en la finca y la otra en el cementerio.

Las últimas noticias hablaban de los buzones de armas que había dejado el filibustero William Walker en su huida hacia Honduras, perseguidos por las tropas del general José Dolores Estrada; y de unos fusiles de chispa, que fueron desenterrados en una cueva de La Virgen, olvidados por el coronel Félix Ramírez, pariente de Rubén Darío, en su escapada a Costa Rica. La última en tomar la palabra, fue la doctora Sara Mangolla, Secretaria General del Partido de los Florentinos. Comenzó con una sonrisa sarcástica, pelando los ojos y moviendo los brazos, dando la impresión de que tenía su trompo enrollado; o al menos, algo entre manos, relativo a los famosos cañonazos que --de acuerdo con la autorizada opinión de Pitote--, estaban dando en el blanco. Poniéndose de pie, y con cierta sardónica mirada, fustigó:

--He oído decir sólo dunderas. Tengo cincuenta años de

andar oyendo estas cosas en donde no se llega a nada. Allá en mi casa, vamos a sacarle la punta al lápiz y arreglar este alboroto. Tengo una alternativa. Además, ofrezco mi residencia para la próxima reunión. Les adelanto, que todos quedan invitados a comer pizza.

--¿Ya, doctora?

--¡No, señor! ¡Qué barbaridad! ¡Sólo hambrientos vienen ustedes! --dijo la doctora Sara Mangolla, mientras agitaba los brazos acompasándolos con el juguetón timbrazo de su famoso parpadeo, señalando a cualquier lado con el dedo. Y dando el colazo hacia la calle con el carterón bajo el brazo, concluyó--: Confirмо la invitación. Ya hablé claro. No es hoy, sino en mi residencia, para la próxima reunión.

El Presidente apenas había intervenido en el cambio de impresiones de los partidos, cuando abordaron el problema de la privatización del Instituto del Candil. Doña Candelaria estaba interesada, pensando en la manteca de cerdo que había alcanzado un precio exorbitante con la escasez de las importaciones de aceite, provocada por la deuda externa. Doña Blanca no había podido salir del estado de merienda de negros, propiciado por la improductiva y regalona política, con la que había vivido especulando Cleto Orlacha. La oportunidad de hacer negocios, trajo tranquilidad al Presidente; pues cuando doña Candelaria, caía en la agonía de la tristeza provocada por la falta de entradas, debido a la baja en el precio de la manteca de chanco, y a la vagancia politiquera en la que perdía su tiempo don Cándido, tomando conciencia de su condición de deudora morosa de los prestamistas particulares, solía repetir angustiada:

--Me siento estresada.

--Tenés toda la razón, mi vida --le susurraba don Cándido al oído, haciéndole sobijos de cabeza. Y pensaba para sí--: "Qué suerte la mía que sólo tengo dos estreses: el de Presidente y el que me ha venido dando Pepa con sus requiebros amorosos".

Y volvía con el asunto de la negrita, que según lo que había aprendido en la iglesia: era como Satanás, pues vivía

pensando en ella, soñando con ella, esperando la cita con ella, y como un mal pensamiento que no desechaba nunca, se le metía por todas partes. Hasta se había acostumbrado al sospechoso hábito para un viejo solitario, de ir a dar vueltas al parque; lugar, que antes de que llegaran los petroleros, tenía fama de que asustaban: salían duendes de día y carretanahuas de noche. Desde la llegada de Pepa, hasta daba la apariencia de que alguna emergencia tenía lugar en los alrededores del kiosco. Pues, el talento de Pepa, la belleza de Pepa, la gracia de Pepa y la fama de Pepa, tenía trastornado a la población de ancianos de la ciudad; así como, más que un enredado garabato, al rabo caliente del Alcalde.

Con el correr de los meses, llegó al fin, la segunda cita con Pepa Torrentes. Fue a las cuatro de mañana, en la oficina de los petroleros, casi a la misma hora del ordeño.

Preparando la coartada, inventó que quería hacer ejercicios mañaneros para endurecer los músculos de las piernas. Le cayó en gracia a doña Candelaria la ocurrencia del Presidente. Ya entrada la tarde, estuvo ajustando unas pesas de reloj, y comenzó tanteando el peso frente a doña Candelaria.

--Te va a salir una hernia. Acordate que ya estás viejo.

--Ya me hubiera salido. Vos pesás más que el suizo del retrato, y no me has sacado nada.

--Atenete, pues. Ya no está Magdalena para tafetanes.

--Yo sé lo que hago.

--Yo te conozco mejor que vos.

--Vos creés que conocés a todo el mundo.

--Yo sólo te lo advierto. Aprendé a oír. Ya es tiempo.

--Date por oída --dijo el Presidente.

Y comenzó a dejar la cama a las cuatro de la mañana, cuando antes la dejaba a las ocho. Se levantaba tanteando en la oscuridad, dando traspiés, chocando con la bacinilla y el pichel del agua que dejaba en la mesita de noche para aplacar su martirizante fuego de diabético. Las tres primeras madrugadas se fue de bruces sobre la puerta del corredor. Se enredó con los muebles que doña Candelaria dejaba junto a

la cerradura para provocar algún ruido, si es que se querían meter los ladrones. No era que hubiera muchos en los días posteriores a la Revolución Cletista, pero con la llegada de los extranjeros que sólo traían una calzoneta, y el desplazamiento poblacional de la Gobernación a la alborotada metrópoli de Ostocal, comenzaba la cosa a ponerse color de hormiga. Había escogido, el establo de los terneros para hacer ejercicios. A doña Candelaria no se le ocurriría jamás pensar en cruzar el corral para ir a espiar al Presidente. La parte del establo era famosa. El viejo dueño de la casa, abuelo de doña Candelaria, lo había usado para enterrar a los mozos de la hacienda, en los días en que Ostocal carecía de cementerio.

--"Allí sale el hombre sin cabeza", le había recordado al Presidente cuando habló de los ejercicios.

--"Yo se la pongo" --había respondido el Presidente, y siguió ajustando las pesas.

--Acordate que ahí enterraron a Procopio.

--No creo que haya cambiado de manera de ser. A Procopio no le gustaba andar de noche --refutó.

Pasó ocho días dando brinquitos, tocándose los lados de las pantorrillas con las palmas de las manos, y haciendo sentadillas para quitarse la pereza. Primero se colocó frente a la ventana del patio. Era un lugar ideal para espiar los movimientos de doña Candelaria. La conocía muy bien, como la palma de la mano, y casi estaba seguro de que no se perdería la oportunidad del risible y original espectáculo de don Cándido. Lo sabía él.

--Entre más viejo vas, más loco te ponés. Ahora hasta se te ha metido el complejo de Charles Atlas --dijo doña Candelaria, soltando la carcajada.

"Lo hago por vos --contestó el atleta--. Quiero evitarte el trabajo de que me andés en silla de ruedas.

--No te vas a dar ese gusto. Yo me voy a morir antes.

--Sos como mi abuela con mi abuelo, desde el día en que se casaron, mi abuela lo vivió amenazando con morirse. Se moría todos los días, y él se murió primero.

--Tu abuelo era de carne y hueso. Vos no sos tu abuelo.

"Las mujeres son jodidas" susurró dando saltitos salió para el corral. Volvió: "Uno las espera por un lado y le salen por el otro". Seguía con los saltitos. Se hizo la reflexión: "A lo mejor apaga el candil, para evitar que Cándido la vea" --habló en tercera persona.

Por fin amaneció. Relinchó la yegua y mugieron las vacas, cuando salió tras la casita del ordeño. Pasó el Presidente por la cocina tomándose un café negro y se metió en la cama, tratando de no molestar a doña Candelaria que se hacía la dormida. Casi a la hora del almuerzo se despertó el Presidente con el reloj enredado.

--¿Qué tal te fue con los ejercicios de Charles Atlas?
--preguntó la Jefe de Campaña.

--¡Formidable! --contestó para no dar su brazo a torcer.

--Pero, amaneciste tieso.

--No es nada. Así es eso. Mañana te saco de la cama para que los hagás vos también.

--¡Qué lindo! Vos creés que vivo de vaga. Aquí cocino yo, aquí lavo yo, aquí surzo yo, aquí aplancho yo, y para colmo de males, ahora soy la Jefa de tu Campaña. Estás loco. Al mismo tiempo, no se pueden dar los repiques y andar la procesión. Con sólo la caminadera en la casa, hago más que vos con tu maroma de los ejercicios.

--Allá vos.

Y se fue a examinar la musculatura del brazo derecho en el espejo del ropero, porque los del izquierdo, según el criterio de su vanidad, todavía estaban flojos. Se los veía más firmes y fortalecidos que los del izquierdo.

Suspiró lleno de satisfacción. Le dio gracias a Pepa por la forma que iban tomando los tendones de los bíceps: "Lógico y normal el resultado, si lo ejercitaba más que el otro. Al fin y al cabo, vale la pena el sacrificio de la desvelada y el martirio de los ejercicios. Lo crucial es Pepa", pensó.

Después de todo, hacía lo suyo. Ponía en práctica su estrategia de ver la vida. Matar dos pájaros con el mismo tiro: preparando la coartada para engañar a doña Candelaria, se pondría además en forma, para la gran zarandeada que

esperaba darle a Pepa. Fuera dónde fuese y estuviera dónde estuviese, el mismo día de la cita. De tal manera, que a la semana, ya le sentía gusto a los ejercicios de Charles Atlas, y hasta se creía Charles Atlas, de acuerdo con el instructivo que le pasaron regalando los promocionadores de milagros, y los vendedores de cursos casa por casa.

--Me veo y no me creo --volvía resoplando, apretando los dientes, inflando los pulmones y reflejando el tembloroso tórax de atleta, en el espejo de cristal de roca del ropero.

Doña Candelaria ya estaba acostumbrada a "esos arranques de loco vivo". Las comillas son del benemérito e ilustre apóstol de la docencia, profesor don Fernando Rojas Zeta, Director del Instituto Nacional de Varones de Ostocal, quien lo reafirmaba claramente, pero en voz baja, al oído de doña Candelaria, sin que fuera lo suficiente fuerte, para que lo escucharan el resto de las señoras reunidas en el centro docente para ayudar a los cieguitos de guerra de Ostocal: "No hay loco que se coma su mierda".

El día antes de la cita con Pepa, fue viernes de gatos negros para el candidato Valpulso. Los periódicos desplegaban la noticia del crimen del italiano Francesco Frito: "ASESINAN A VIEJO VERDE", informaba El Termómetro y La Furia. Luego agregaban, narrando las incidencias del crimen: El marido celoso, el viejo hostigoso, la libido sólo en la mente y marcada impotencia sexual. De acuerdo con el dictamen del forense, caía dentro del rango de los delincuentes potenciales del síndrome sexual de los agotados: "SSPM".

Como a doña Candelaria le olían mal las idas y venidas del Presidente, y el montón de disparates que se le ocurrían, ahora más a menudo que de vez en cuando, después de leer las noticias, lo increpó:

--¿Leíste lo del italiano?

--¿Cuál italiano?

--Ese caso de Francesco Frito que ya estaba frito.

--Ya lo leí. Sólo sos locuras vos --dijo, sospechando que ya sabía algo de Pepa.

--No es por nada. Acordate: el que va para viejo, va

para pendejo. El Presidente tenía la sensación, que en los últimos meses, doña Candelaria estaba perdiendo la dulzura de su carácter. Sólo se iba en chifletas y admoniciones extrañas y fatalistas. Debido a la noticia de El Termómetro y La Furia, toda la mañana había estado hablando con la vecina en la sala de la casa, alrededor del crimen del italiano.

"¡Ay, doña Alicita! --decía doña Candelaria, cerrando aún más sus pequeños ojos de china--. Figúrese usted: ¡Se las daba de Romeo y encontró a su Julieta que le cortó, primero la yugular, y después la que usted sabe!"

Lo decía en voz alta, casi a grito partido, para que la escuchara don Cándido. Pero éste, no se daba por entendido. Se ponía a componer relojes y a silbar La Cucaracha, usando la tonada como un mecanismo de defensa. Cuando no era una señora, era la otra. Doña Celestina Morales, doña Merlisa Sequeira, doña Pentagrama Ramírez y hasta doña Pianola Lacayo --que nunca salía ni a la puerta, más que para la procesión del Viernes Santo--, llegaron a la reunión de la "ULA", en la sala de doña Candelaria, y en un abrir y cerrar de ojos, la convirtieron en un Tribunal Contencioso Familiar para juzgar asesinatos de viejos verdes descarriados. Doña Pompa de Jabón que se había sumado al grupo de alarmadas señoras de la sociedad de Ostocal, que estaban yendo más allá, imaginándose las cosas más terribles del crimen de Francesco Frito, se apareció en chancletas, a todo correr y alarmada con el rollete de las medias en la mitad de los tobillos. Hablaba jadeante, con las manos en la cintura y tratando de cuchichearlo muy en secreto. Preguntó a doña Candelaria:

--Usted que está metida en política y conoce tanto de lo que dicen los periódicos, ¿por qué no nos aclara una cosa?.

--Si, doña Pompa.

--¿Qué clase de síndrome es ese del SSPM? ¡Acuérdese que nosotras tenemos maridos, y sería trágico, si nuestros esposos ya viejos, cayeran con esa peste!

Doña Merlisa Sequeira interrumpió:

--Tal vez hay vacunas para ese tipo de plaga.

--No hay vacunas ni nada. Ni siquiera huevos crudos con sopa de cangrejo, garrobo y aguacate veranero --sonrió con picardía doña Candelaria.

--Estoy hablando en serio --protestó doña Merlisa.

--Yo también --replicó doña Candelaria--. ¿Que qué quieren decir las siglas del SSPM. Pues eso. --¿Y qué cosa es eso?

--Eso. SSPM: Sólo Sirve Para Mear.

Soltando las carcajadas se quedaron viendo unas a otras, pero más a doña Lichita Sánchez, a quien se le llorosearon los ojos, porque apenas llegaba a los cuarenta años de edad, estaba vigorosa, lucía esbelta, super dotada, y tenía un esposo de ochenta. Fue el plato del año, después de que se despidieron las señoras. Cuando el Presidente se fue a la cama, le dio por maldecir los relojes, creyendo que estaban malos porque el tiempo no pasaba, y él quería volar con la hora. Pensando en Pepa, se puso a desvariar con las excentricidades del tiempo. "¡Si uno quiere que vaya rápido, no camina! ¡Si querés que vaya despacio, va en carrera! ¡No creo que Dios haya inventado el tiempo! ¡Dios inventó el Paraíso. No me cabe la menor duda, pero el diablo inventó el tiempo. ¡El tiempo es algo que no se sabe que es! Para darse cuenta del tiempo, uno tiene que usar relojes. ¡Qué disparate haber inventado el reloj! ¿Y qué jodido son los relojes para que le midan la vida a uno? "¡Con eso de medir el tiempo no tenés tiempo para nada!", dice mi mujer. ¿Cómo no va a tener tiempo quien repara aparatos que miden el tiempo? Increíble pensarlo, pero así es. Veces hay, que uno no tiene tiempo ni para no tener tiempo.

--Dormite --se quejó doña Candelaria.

--Ya estoy dormido. Vos me despertaste.

--Te movés más que el vapor Victoria.

--Callate.

--Si no te dormís mañana renuncio a la Jefatura de Campaña. Sólo vivís pensando en esa chochera de la Presidencia.

--Estoy pensando en otra cosa.

--Dormite. Si no dormís te vas a volver loco.

--Mi apellido es Valpulso, no Azafrano. Cerrá la boca y dormite vos.

--Buenas noches. Hasta a mí me vas a volver histérica

--se tomó una cucharada de valeriana, y se hizo un motete en la cama, enrollándose la colcha en la cabeza.

Aunque estaba desvelado, a las cuatro en punto, lo despertó el reloj de la costumbre entrenado en los días de Charles Atlas. Su primer pensamiento fue para Pepa Torrentes. Era seguro que lo estaría esperando frente al muelle, en la oficina del petróleo. A toda prisa, tomó el saco, la camisa, el sombrero de enterrador, y la leontina de oro con el reloj para ir chequeando la hora. Como no había más tiempo, se metió el pantalón sobre el camisón de dormir con perniles, le echó una mirada a doña Candelaria que seguía hecha un motete, quitó la tranca de la puerta y salió disparado, como un cachinflín, a la ansiada cita con Pepa.

Lo que estaba viviendo, le parecía un sueño cuando vio la puerta entreabierta. Con nitidez de oscuridad, brillaba la luz de la Côleman. Se sintió descubierto por el vecindario del parque, cuando un leve destello tubular se fue deshaciendo en su sombra. Con esa voluntad de gato casero que le había nacido de pronto, se arrimó a la celosía del dormitorio de Pepa y rascó con el lápiz el barandal de la ventana. Cuando contestó Pepa, le dio un ataque de hipo y le temblaron las piernas.

--Ya voy, mi Presidente. Dé la vuelta por detrás y métase por la cocina. Pero el Presidente, no tuvo tiempo para nada. Azorado relataba a Pepa las incidencias de su llegada hasta la puerta de la cocina, lo penoso y aventurado de la espera y sus experiencias con los ejercicios: "Es algo grandioso que ni te lo puedes imaginar", insistía, calentándose las manos con el tubo de la lámpara.

--¡Ajá! ¡Esas tenemos! ¿Con qué haciéndole de Charles Atlas? --exclamó bromeando Pepa--. ¡Hoy vamos a ver si es cierto! ¿Qué dice usted de eso, mi Presidente?

--Aquí estoy. Soy todo tuyo, negrita linda --tembló de pies a cabeza.

--Vamos a ver don Charles Atlas, si como dobla repica --le dio un jalón Pepa, arrastrándolo a la cama.

Fue en ese preciso momento, en que comenzó a temblar el suelo, saltó la cama, traquetearon las paredes, cayeron al piso los cuadros de desnudos y las adorables fascinantes fotografías retocadas del bello mister Noescondes Coto, abrazado a una gran máquina de perforación en una famosa tienda de New York, en donde de acuerdo a los felices potentados, funcionaba la casa matriz de la Consultora Petrolera, que había sido contratada por el agente cero siete del gobierno de Doña Blanca.

Los roperos patinaron con el sacudón, se desplomó el techo y la caja de herramientas vacía que estaba en la esquina, los salvó de morir aplastados. Se quebró la Cóleman. Regándose el querosín sobre el mantel, comenzó el incendio por la cocina.

--¡Terremoto, jodido! ¡Terremoto! --salió el Presidente dando gritos, como alma que se la lleva el diablo, con los pantalones en las manos.

IV

Antes de meterse a político, el candidato del Partido del Reloj, había sido un militante cualquiera en la famosa alianza UPECSA. Casi daba por seguro que ahí, era en donde le habían comenzado los primeros síntomas del alboroto que estaba viviendo ahora con sus inquietudes de Presidente, porque antes, ni siquiera lo había soñado. En la UPECSA había participado en toda clase de actividades: pegando papeletas, pintando paredes, mandando anónimos, vendiendo bonos, inventando cuentos, haciendo rifas de premios imaginarios, cargando a santos que no eran propios, y desnudando a Cleto Orlacha. El y doña Candelaria, habían expuesto el físico y no habían fallado en nada.

Al llegar la repartición de curules en el Congreso Nacional, rechazó la postulación de su nombre para el cargo de diputado. "Soy un militante cualquiera. Me mueve el interés de la patria. No me pongan en nada. Ni siquiera en las listas de concejales", había alardeado en la UPECSA. Daba por seguro, que de cualquier modo, se perderían las elecciones. Para sorpresa de todos, la alianza en la UPECSA salió triunfante, con la candidatura presidencial de Blanca Ilusión. De tal manera, que después de la guerra de Cleto Orlacha, se vino un tiempo perdido: el controversial y exótico gobierno de la Presidenta Blanca Ilusión, con su decisión de olvidar el compromiso con la Alianza en UPECSA, y ponerse a gobernar sola.--"Los políticos son un lastre, pues sólo enredan las cosas", le había susurrado al oído el ingeniero Sansón Pelayo, yerno preferido y Ministro de la Presidencia.

--"Ya lo sabía --dijo ella--. Me lo ha dicho la experiencia".

La voluntad real de la gobernante comenzó con increíbles y fantásticas expectativas de dar saltos con garrocha, como lo había externado su Ministro de la Moneda en el retiro de UPECSA:

--En cien días vamos a arreglar la economía y la crisis en la Gobernación de Ostocal, para que el pueblo no se siga comiendo las uñas. En vez de miseria, vamos a repartir comida --juró a pie juntillas, el expositor de la recién descubierta teoría monetaria del hiperespacio: "Moneda dura sin Producción", sabio grafometrólogo y especialista en bancos, doctor José María Monetario. La nueva teoría hacía traquetear, y dejaba en total obsolescencia, todas las políticas macro-financieras ortodoxas y funcionales, en el manejo de reservas para los bancos centrales. Por supuesto, la política Moneda Dura sin Producción con el transcurrir de los días, estaría en total contradicción con la "Política Monetaria del Agua Limpia en el Tanque", la que meses más tarde, desempolvó el ingeniero Sansón Pelayo, Ministro de la Presidencia de Doña Blanca, y quien ya había adquirido filtro, manguera, tanque y cloro, desde que estaba planificando la campaña.

Pero claro, al momento de los alucinantes planes financieros, la alegría fue nacional. El pueblo sonó pitos, tiró triquitraques, golpeó cacerolas, baldes, pon pones y bacinillas para manifestar el júbilo: el córdoba había subido de precio.

Y no era para menos, después de que un dólar se compraba con un millón de chancheros, un chanco se llegó a comprar con un dólar. La fiesta de la revaluación de la moneda, la celebró doña Candelaria bajo los chilamates, en la finca de la chanchera, y hasta invitó a bailar y a beber a todo el mundo. Fue una verdadera algazara, seguida de descomunal borrachera que levantó críticas en la comunidad, muy a pesar del prestigio y la seriedad de doña Candelaria. Hubo alcohólicos anónimos, como el parquero de El Carmen, que volvieron a la zafra, pues terminó la fiesta de la moneda, y aún la seguía celebrando.

En realidad, todo mundo estaba enloquecido con la olímpica dureza del córdoba. El colmo fue que los viejos se daban bromas al hablar de sus travesuras: "Estoy más duro que el córdoba", le decía el Presidente a doña Candelaria. "Eso de que estoy, ya pasó de moda --respondía con ironía doña Candelaria--. Hasta hace apenas un año, valías tanto como el billete de Cleto".

Como siempre sucede, después de que la alegría nos lleva a niveles no calculados de irracional paroxismo, suele emboscarnos el trágico sabor de una realidad de tristeza. Los que decían: "Después de la confiscación de la plata por la Revolución de Cleto Orlacha, el banco soy yo", lo perdieron todo, y se quedaron sin nada. Hicieron un abanico de billetes devaluados para soplarse la pobreza, y echaron sapos y culebras contra la política bancaria inventada por el doctor José María Monetario.

Por otro lado, todo era inusitada alegría en la Casa de la Presidencia de la Gobernación de Ostocal. Aires de sosiego se posesionaron del espíritu esperanzado de los políticos. Hasta en la atmósfera se experimentaba una especie de paz acariciante. Las misiones de países amigos acudían de todos lados: chinos, árabes, indúes, rusos, ingleses, alemanes, franceses, latinoamericanos, y hasta un grupo de monjes levitadores del Tíbet, sonando sartenes, chischiles y panderetas, se hicieron presentes al Palacio de Doña Blanca, a manifestar su beneplácito, dando saltos inverosímiles, verdaderamente en el aire.

Los japoneses, fueron los primeros que tomaron en serio el Gobierno de Doña Blanca Ilusión. En la tierra del "Paraíso en Ostocal", como lo bautizó la Presidenta, aterrizaron los primeros globos y zepelines de los hijos del Sol Naciente. ¿De dónde vendrán estos, en esos aparatos extraños? ¿Quiénes serán los visitantes que vienen asomando esos rostros llorosos, a través de las ventanas, en esas cosas brillantes de aluminio?, se preguntaba en Ostocal todo el mundo. Sólo estaba en el secreto, la Presidenta Ilusión, su ministro Sansón Pelayo y el doctor José María Monetario, inventor de la nueva teoría

sobre la emisión de billetes de oro.

En el Banco Central de Ostocal: primer banco emisor que abrió sus puertas en la Villa, los misioneros fueron recibidos con toques de fanfarrias y bailes folklóricos. De los 33 globos y zepelines que descendieron de las nubes y flotaron en el aire, desembarcó una misión de cuatrocientos. Lo más granado de la representación del Yen. Descendientes, nada menos, que de la gran nobleza nipona de emperadores guerreros y dinastas imperiales: Tairas y Minamotos, los de los grandes clanes; los autoritaristas Go-Daigos; los reaccionarios Tokugawas; Kamakura, el generalísimo. Además de los Yorimoto, Ashikagas, Hideyoshia y gran Motsu-hito, líder de la revolución Meiji, trastornadora de los privilegios de clase, impulsora de la Reforma Agraria del Sol Naciente sin fronteras, y sembradores de la famosa semilla nipona que iba a germinar en el mundo, conquistando el mercado del hierro, sin tener ni siquiera indicios del metal; y protagonistas de la más grande y masiva producción de automotores, a punto del reciclaje de la chatarra olvidada en los basureros de los bienaventurados pobres ricos, del tercero, cuarto y quinto mundo africano, y de América Latina. Bisabuelos todos, de la Toyota Corporation, la Mitsubishi Motor Corp., la Sanyo Electronic Enterprises, la Sony, la Yamamoto, la Honda, la Casio y la Toshiba. No faltó nadie. Era tan manifiesto el interés de los asiáticos, que si se sumaban los capitales que estaban representados entre los embajadores del virtuoso Yen, había suficiente plata, no sólo para la inversión soñada por Doña Blanca, sino que muchos millones más, para comprar Centro América. Miami, San Francisco y New York, ya eran un testimonio del empuje del Yen, en su famosa política de "Paso adelante, que aquí venimos los que no perdemos el tiempo".

La primera noticia que sorprendió a los japoneses, fue la paridad de la moneda: al uno por uno, como la más internacional de las divisas.

--¡Oh, qué bueno, señor Yamamoto! ¡Córdoba ser más duro que Yen! --exclamó el señor Kasaka Tume,

representante del Banco Emisor de Tokio.

Y no se hizo esperar el desesperado y esperanzado telefonema de la Presidenta Blanca Ilusión, a los ministros necesitados de financiamiento externo, y a los organismos encargados de la lógica planificación del crecimiento económico, y la producción exportable; así como a los hermosos, simpáticos y diligentes gorditos de los planes turísticos obviamente, a fin de que presentaran proyectos alternos de toda índole a los emisarios del Yen, para dar forma, de una manera veloz, al aprovechamiento de la inversión japonesa.

Y ahí, estaban todos sentados, alrededor de la gigantesca Mesa de Peticiones diseñada y bendecida en los años de Cleto Orlacha --irónicamente frente al pie del póster de Cleto Orlacha, bajo la mirada y el espionaje del retrato--, escuchando al doctor José María Monetario, explicar sobre las áreas en las que se presentaban verdaderas oportunidades de multiplicar el dinero.

"El país es tan rico que donde se pone el dedo, sale oro --afirmaba el expositor--. Sólo puede ser comparado con las minas del Rey Salomón. Estoy hablando conservadoramente --agregaba, levantando la punta del lápiz, para señalar los campos que la Revolución de Cleto había dejado vacíos--. El país es rico", afirmaba, pensando, para sí: "Los verdaderos pobres somos nosotros".

"Lo que he narrado a ustedes es algo que todavía tiene vigencia, a pesar de la depredación de que fueron víctimas los recursos de la Gobernación de Ostocal en el gobierno de Cleto" --continuó.

Los sabios de la economía del Yen, apuntaban y apuntaban, y tomaban fotografías. Como mánagers de beisbol se hacían señas, y parecían satisfechos con los gráficos y las cantidades expuestas en el proyector de Okeda Hito, corresponsal del Sunday Time of Tokio.

Y la Presidenta Ilusión --lo mismo que los politólogos y los presidentes de los partidos políticos, estaban seguros, de que la salud económica y la abundancia laboral, estaba

golpeando al fin, las ruinosas puertas de Ostocal. Y que los tiempos de Cleto quedaban en el basurero despellejado de la historia, para entrar a las vacas gordas de la abundancia, que era el sueño dorado de la República de Blanca Ilusión, y el incansable, desesperado y lejano sueño imposible del pueblo.

Los japoneses estaban haciendo sus cálculos: un millón, para convertir la caca en pan. Otro millón, para hacer una raya en el aire. Dos millones adicionales, para convertir las aguas servidas del lago de Ostocal en leche y miel exportable; y veinte millones más, para financiar la Escuela de Presidentes.

--¡Veinte millones! ¡Pero si la deuda externa apenas llega a tres millones! ¿Y solamente para una escuela? --preguntó alarmado el doctor Polito López.--Podría ser hasta más --aseguró el sabio planificador social, señor Nagashumo Ticomoro-- Nuestras investigaciones han llegado a la conclusión, de que el gobierno de Doña Blanca, ha dado pie a la plaga del "Síndrome de la comezón del candidato". Y siendo este mal peor que la lepra, sólo se puede combatir de dos maneras: con el adiestramiento educativo de la conciencia, y poniendo los pies sobre el suelo. Para lo primero: es necesaria la plata; y para lo segundo: es de vida o muerte, la escuela.

--Comprendo, señor Ticomoro.

--¿Acaso no ve usted que cualquier samurai de pacotilla, y hasta los aprendices de kamisakes, quieren ser presidentes en Ostocal? Es necesario hacer un lavado de cerebro con un injerto de letras, de gran textura neuronal, y por cierto, a niveles profundos para salirle adelante al síndrome de la plaga.

La presidentitis era el Mal del Siglo en Ostocal. Se había propagado como la viruela o el tifus, teniendo como punto de referencia genético social, la Presidencia de Doña Blanca Ilusión. Era tal la gravedad del caso, que todo mundo quería imitar el salto. Lo bautizaron como la enfermedad de la Presidenta. Era cómico leer a los tramoyistas de la Real Academia de la Lengua, y ver cómo los politos locos y los

sajurines de la política, trataban de jugar con el Síndrome. Hacían memoria del magnicida de Siete Pañuelos, recurriendo a sus propios juegos semánticos: "Desde que Blanca llegó al poder, cualquier Pérez cree que puede llamarse Rigoberto". Todos estos, eran comentarios chistosos en la reunión con los misioneros japoneses, que a la hora del té los hacía orinarse de la risa.

--Esto va de viaje --dijo con infantil entusiasmo el doctor José María Monetario--. Situación nueva y plata nueva para teoría monetaria nueva.

De pronto cambió la atmósfera de la reunión. El aire se insufló de olor a cacho quemado. Los visitantes apenas estaban terminando el almuerzo, cuando llegaron noticias alarmantes, de que los obreros del Sindicato del Transporte en Diligencia, estaban quemando ruedas y levantando barricadas. Los pacíficos misioneros inversionistas, vieron el humo negro de las bombas de la Caimana, el fuego abrasador y resinoso de los troncos de ocote, y las sábanas ardientes, de los famosos tenderetes en llamas. Los temerosos burócratas del banco nuevo para un peso nuevo, corrían tensos de uno a otro lado, mientras las uniformadas secretarias de ojos rasgados para alegrar a los nipones, estaban nerviosas, botando el agua caliente de las vasijas y atropellando las tasas de café en las bandejas de Masaya.

--Es sólo una pequeña protesta --comentó azorado el doctor José María Monetario--. Por la tarde todo estará tranquilo.

No fue así. Las bombas de los protestantes arreciaron sus explosiones, y más capotas de diligencias fueron lanzadas al fuego. A las barricadas, los pobres caballos viejos, llegaban arrastrando piedras. Y en el Banco Emisor se anunció el fin de la visita.

"Aprovechémonos saqueando para mientras viene la plata" --gritaban en la protesta, las turbas cletistas llevando garrotes en alto. "Peguémosle fuego a esta mierda para que venga el yanki" --invitaban los que habían sido confiscados por Cleto Orlacha y no les devolvían nada.

Fue una verdadera asonada, la primera protesta contra el gobierno gallo gallina de Doña Blanca Ilusión, como en los últimos días del bandido Siete Pañuelos --que le cambiaron el nombre cuando le comparaban con Cleto: "San Siete Pañuelos, El Mártir" --decían. --Todo muy interesante --dijo al despedirse el Jefe de la Misión de los cuatrocientos, dando gracias con corteses flexiones de cuerpo y amigables saludos de cabeza.

--Parabienes al Emperador. Díganle por favor, que no se olvide de Ostocal. Que le envía saludos Blanca, y que estoy planeando un club. --Muy bien, honorable Presidenta --y volvió la ronda del cabeceo, y una más, y otra, y otra, y otra más, de la delegación asiática.

Fue una tarde inolvidable para la vida diplomática y oficial de la Presidenta Ilusión. Eso de los zepelines y los globos. Lo de la espada de samurai que le habían traído de presente; lo de los cálculos del ingeniero Sansón Pelayo haciendo cuentas con los yens del financiamiento; lo de la invitación del Emperador para visitar el Azuma, y el saludo de la Princesa Imperial, que vivía escribiendo versos de amor para un chino ostocalense. Al salir del aeropuerto de Ostocal, inaugurado con la brillante y luminosa llegada de los globos y los zepelines, sonrió la Presidenta a Pelayo:

--En eso de los saludos con la cabeza, me la ganaron los japoneses.

--Se las ganó usted --refutó el Ministro de la Presidencia con su mirada clerical, de seminarista retirado.

--¡Qué vas a creer! Ya no aguantaba la espalda. Me hicieron saludar como cuatrocientas veces.

--Ya ve pues que se las ganó. Ellos seis veces cada uno: multiplicados por cuatro, suman dos mil cuatrocientas veces.

--¡Qué dunda soy! Tenés razón --aceptó la Presidenta.

Y terminó la historia de los inversionistas japoneses, porque no volvieron nunca en el período de Doña Blanca Ilusión. Con el correr de los meses, el candidato del Partido del Reloj comenzó a pensar en los japoneses. Por supuesto, que no había habido más planes de inversiones venidas del

otro extremo de mundo: el millón de la caca en pan quedó olvidado para siempre; el de la raya en el aire, en el basurero de la historia, y los yens de las aguas servidas, ni siquiera fueron mencionados en la ayuda memoria del banco. Luego, oyó decir que el Gobierno de Doña Blanca tenía en su mira a Europa:

--Es necesario negociar esa deuda externa de Cleto --urgió el Ministro de la Cartera, alarmado por la caída de los préstamos orientales.

--Viene lo del Club de París --recordó Sansón Pelayo.

--No hay que faltar, y debemos ir preparados para pasar el plato, como en la iglesia.

--¡París! ¡París! Bien vale una misa--suspiró la Presidenta.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo cuando al Yen se le había olvidado. La Presidenta Ilusión, el ingeniero Sansón Pelayo y el doctor José María Monetario, preparaban el viaje a París. No se oía de otra cosa que no fueran el Bulevar de los Italianos y el Barrio Latino, en donde estudiaban y se divertían los sobrinos de la Presidenta. Muchas de las esposas de los ministros acompañantes, tomaron clases de Can Can, por aquello de que era mejor estar preparadas, para cualquier eventualidad. "En todos lados se cuecen habas: pudiera ser que en el gobierno francés hubiera ministros descocados", comentó Martina de la Traba, asistente dactilógrafa de la Secretaría de Prensa. A la Casa de la Presidencia comenzaron a llegar los encargos de huipiles de Monimbó y sombreros de Camoapa, para la Alcaldesa de París; hamacas de Masaya y fajas de cuero de lagarto, para el Primer Ministro y el Secretario del Tesoro; nacatamales, además de pinolillo y queso de Chontales, para mitigar el hambre de melancolía del Embajador de Ostocal en Francia. Hasta el color del plato en que se recogería el dinero de cada país, haciendo juego con la tonalidad de la bandera, fue debidamente escogido. De tal forma, que todo estuvo listo y mentalmente dispuesto, para el Club de París. Sólo quedaba la inquietud de la Presidenta: "¿En qué clase de armatoste vamos a hacer el viaje?".

Se convocó a una reunión especial en la que se darían

los últimos toques de la ausencia de la Presidenta: "¿Era lógico dejar la casa de la Presidencia abandonada? ¿Convendría inadvertir las amenazas de los rescoldos sindicales que había entrenado Cleto?".

Cuando se abordó el asunto del vehículo del viaje, mientras la Presidenta dijo: "¡Lo que soy yo, me voy en zepelín!". El ingeniero Sansón Pelayo sugirió viajar en barco: "Es mejor en barco. Por la noche, podemos subir a cubierta y encontrarnos con los gitanos. En barco, viajan payasos, enanos y toda clase de artistas, animales inteligentes: ¡Elefantes amaestrados que bailan y tiran puñales con el moco! ¡Monos que andan en bicicleta y burros que manejan barcos! "Es un espectáculo de película, Doña Blanca! --insistió Sansón Pelayo--. No se arrepentirá, Presidenta!". --A mí me gustan los zepelines. ¡Había que ver la cara de los japoneses! ¡Se les veía en los rostros que venían gozando! Todavía cuando bajaron a tierra, se escuchaban sus carcajadas.

--Es que usted no se dio cuenta, señora Presidenta --dijo el doctor José María Monetario.

--Claro que no se dio cuenta --confirmó el ingeniero Sansón Pelayo, diciendo algo al oído de la mandataria.

--¡Qué horror! ¡Qué desastre, Dios mío! --se carcajeó Doña Blanca, con el humor lindo con que encantaba a presidentes.

--Ya ve pues, y usted quiere ir en zepelín.

--¡A mí qué me importa! Yo soy amiga del aire, y me voy en zepelín --insistió.

Pero no pasó a más. Todos tenían miedo al aparato de aluminio de los asiáticos. "Para qué exponer a la Presidenta al peligro. ¡Hasta en diligencia podemos llegar a París! Más adelante, nos montamos en cualquier cosa", había sugerido el venezolano de oro y diamantes, edecán y conductor de la diligencia de Doña Blanca.

El viaje a París se había llevado a cabo en el Vespa, un viejo barco pirata traído por William Walker, en 1855. Una experiencia inolvidable para los bisoños embajadores del

Gobierno de Doña Blanca Ilusión. Ya montada en el barco, a la Presidenta se le ocurrió llevar a un experto en relojes para comprar uno gigantesco que le había prometido al Obispo Renato Pitote: "Va a ser el más grande de Ostocal. Los números se van a ver desde que usted venga bajando por el Crucero", le afirmó. De tal manera, que con la delegación oficial había viajado don Cándido.

--Vea, mi muchachito --le aclaró Doña Blanca con el consejo de Sansón Pelayo--. Aquí, usted no me va como candidato de ningún partido ni de nada. Aquí, usted va como el relojero de la Casa de la Presidencia.

Para los votantes comunes y corrientes de la Gobernación de Ostocal, el viaje del candidato del Partido del Reloj en la comitiva de la Presidenta Blanca Ilusión, fue visto con verdadera sospecha. Lo primero que se imaginaron los del Partido del Comején, y los del Partido de los Mechudos, fue que se hurdía una macabra y maquiavélica componenda, preparada por Pelayo.

--¡Caramba! ¡Yo no sabía que los franceses hablan francés. Creí que era como en Ostocal, que los indios no hablan indio, sino que el puro español! --advertía el peluquero presidencial que acompañaba al peludo del ingeniero Sansón Pelayo.

--¡Qué bella expresión la del maestro Hernández! --decía el doctor José María Monetario--. La inocencia, como la ignorancia, es la madre de las virtudes.

Y se fue la Presidenta Ilusión en un barco casi de carga, sin enanos ni loros que rebuznaban como burros, o burros que pintaban con la cola, como el genio americano de Francisquito. Cuando regresó del Club de París, la Presidenta ya traía entre manos la fundación del Club de Blanca. Fue una idea que se le vino de repente, entre una broma y la otra del Ministro Monetario. En el restaurante de la Torre Eiffel, le puso su propio sello. En la Tumba de Napoleón le juró al Emperador que la idea de la fundación del Club no se quedaría en idea. "Es una idea de altura" --pensó, cuando bajó de la Torre. Y la insistencia del club fue invadiéndola de tal manera, que no pensó en otra cosa. Ni cuando dio el paseo en

el barquito del Sena, saboreando deliciosos pedacitos de salchicha con vino tinto y pan francés, para recordar a Salomón González, de San Marcos, que sin ser francés hacía pan de ese nombre.

--Aquí venía monsieur Toulouse-Lautrec a pintar casitas-- comentó la secretaria privada, con la guía turística en la mano.

--¿Quién es ese señor?

--Un famoso pintor francés.

--¿De Francia? --preguntó don Cándido, que había entrado en gran confianza con la Delegación del Gobierno.

--¿Y de dónde pues? --amonestó la Presidenta dándole un bastonazo en el zapato.

--Este fue el río de Toulouse-Lautrec --afirmó Monetario.

Aquí se instalaba esa maravilla de hombre con su pincel y su paleta, a terminar los cuadros de las bailarinas de Can Can, que comenzaba pintando en el Mouling Rouge.

Después de la recepción oficial, vino una de visitadera por todas partes. A las seis de la mañana, la delegación abandonó el jolgorio, cuando Doña Blanca se retiró a su habitat de Presidenta.

Y fue algo increíble cómo tomó prestigio y fama el Club de Blanca. De todas partes del mundo venían solicitudes de presidentes y de reyes. El Príncipe de Holanda, el bisabuelo de Juan Carlos, pariente de Don Carlos Quinto. Los descendientes de Nabucodonosor. Todos ansiaban estar representados en el Club de Blanca, y hasta míster Gero Williamson, ahijado de Abraham Lincoln, hizo formal solicitud para ser aceptado en el Club.

Con semejante escenario que tenía en frente, el gobierno de Doña Blanca fue de buenas intenciones, bromas y sobresaltos. Un harakiri permanente, y una guerra tremenda con el pasado, al que parecía condenado hasta al final del mandato. Cuando no era el Sindicato del Transporte en Diligencia, el que inventaba asonadas, era la Asociación de Bailadoras de Palo de Mayo, la que iba a la huelga de hambre, porque al conjunto le habían robado la música, y culpaban a la Presidenta de falta de "Alcalde en el pueblo".

Y cuando no era el retumbo de los bombazos terroristas frente a la Asamblea Nacional que ponían la piel de gallina a la mandataria, la culpa la tenía el cañoneo sostenido de Sansón Pelayo en la propia Casa de Gobierno, el lloriqueo de la Cooperativa de las Señoras del Mercado, que se estaban organizando para no pagar los impuestos de la Alcaldía, el maremoto o la erupción del Cerro Negro. Además, de los desmovilizados del comandante Paco Quieto, y los del ejército heroico, glorioso y soberano de Cleto Orlacha --que habían sido dirigidos a control remoto por peludos, pelados, barbudos y toda suerte de gentes y soldados de fortuna--, hasta quienes habían estado escondidos bajo la oscuridad de sus camas, y reclamaban privilegios: una gama de héroes y mártires para quienes la Asamblea Nacional debería aprobar una partida presupuestaria, muy superior a los gastos totales de la Gobernación de la Villa.

--¿Esa es la recua de locos que querés gobernar vos?-- decía doña Candelaria espantada, cuando los trapos sucios de Cleto Orlacha comenzaron a colgarse al aire libre, en el alambre de la historia.

--Esa es --contestaba el Presidente.

--Mejor seguí comprando muñecas. ¿No te das cuenta que esta carambada de la política, no es una relojería?

--Es una relojería. Nada más que el reloj anda loco, o con la cuerda enredada. Hay que componérsela --sentenció el Presidente.

Y por supuesto, que con las expectativas del viaje al Club de París, las acciones del Presidente del Partido del Reloj, alcanzaron niveles de verdadera preocupación entre los otros partidos. La primera que se dio por enterada, fue Pepa Torrentes, quien el mismo día del regreso de París, le dirigió una misiva:

"Sigo enferma de amor por ti. Pepa".

Después de los saludos de los correligionarios, los secretos que deberían compartirse con ellos, del acercamiento estratégico con Doña Blanca, de los macabros planes del ingeniero Sansón Pelayo, del cabildeo estratégico alrededor

del contacto con la delegación del Club de París y de la visita al Papa, el mismo doctor Ronco Calvo, se había puesto más ronco de la sorpresa, cuando el Presidente por su madre muerta que era lo que más había querido en la vida, le juró haciendo las cruces:

--Soy el hombre escogido. Hasta recibí la bendición de Su Santidad.

--Con mucha mayor razón, tenemos que cuidarlo ahora, señor Presidente --le contestó el Ministro de la Presidencia--. Y esto por dos razones: Primera: le van a sobrar los amigos falsos; segunda: le van a espantar a los amigos buenos. Y acuérdesese, que entre esos, estoy yo.

--Ojalá que no.

--Lo mismo digo yo. Pero, así es la política --advirtió el doctor Ronco Calvo.

Desde que recibió el nuevo mensaje, estaba planeando lo de Pepa, aunque en París casi la había olvidado. Y no era para menos, viendo a las francesas lindas y viviendo todo el alboroto del mundo en el Café de la Paix, y en la maravillosa calle de Saint Dennis, en la que se le fueron los ojos en los zaguanes; y en los kioscos de Mortmatre, y en los alrededores del Arco del Triunfo, y en Saint Michael; y en el Barrio Latino, que fueron las primeras visitas que hicieron antes de llegar a la Plaza Pompidou, en donde vieron a los fakires indúes, comer vidrios y navajas de afeitar: los ministros de Doña Blanca apretando los dientes y transpirando helado de la tensión, cuando los cadavéricos malabaristas se dormían en sus camas de filosos clavos, y otros echaban fuego por las bocas; y más allá, los que con sus encantadoras flautas, se dormían durmiendo serpientes en una especie de arrurrú musical, cual si las cobras de la India, fueran niños de pecho.

Con tanta diablura viviente, como si se tratara del propio infierno, con tanta rubia de todo color, y con tanta negra de todo matiz de negro, y con tanta Pepa de todo estilo y por todos lados, era lógico suponer, imperativo pensar que el candidato no tuviera tiempo de pensar en Pepa, como ahora estaba volviendo a pensar en ella.

Claro, Ostocal no era París. Ostocal era el doméstico ámbito funcional del amaestrado animal doméstico, que era el Presidente, aún con la calentura de Pepa Torrentes. Por eso fue que Pepa volvió a ser Pepa, y él, Cándido, volvía a ser el Presidente del Partido del Reloj, que con el viaje a París había aumentado su fama: el político que había trascendido las fronteras de la Gobernación de Ostocal. Hombre viajado como esperaba que lo comentarían los otros candidatos, que apenas salían a la calle, y sólo conocían los tenderetes que ya estaban llegando a Granada.

El candidato del Partido del Reloj, ahora podía decir en las reuniones políticas: cuando yo estuve en París, tal y tal; cuando visité la Tumba de Napoleón, en París, así y asá; cuando la Presidenta Ilusión me dio el bastonazo en la chimpinilla, por esta o aquella opinión. Ya tendría material lingüístico para platicar con Pepa, si es que tenía tiempo de verla. Ya no sería sólo ella la que le hablaría de la liberación de Jamaica en 1838, ni de la reciente gloriosa sublevación de 1865, en la que había muerto su padre, apenas a los tres meses de que la había parido su madre. No sería pues, la lucha sorda y ridícula, del Presidente del Partido del Reloj, con los dientes apretados y la mirada perdida en la sinrazón de una impotencia potente, intentando demostrar otra cosa. Ahora sí, que sería él: el futuro Presidente del Gobierno del Reloj. No le cabía la menor duda de que daría la hora, y hasta podrían inventarle un slogan que le pudiera acarrear votantes: el europeo, el hombre del futuro, el padre de la democracia en Ostocal, el nuevo hombre nuevo; porque de acuerdo con lo que se conocía después de la revolución de Cleto Orlacha, el tal hombre nuevo del que habían hablado tanto, era apenas un viejecito descolorido, zarrapastroso, lleno de delirios de grandeza, con todas las mañas habidas y por haber del viejo vago y perverso que había vivido fresqueando, ilusionándose con historias de paraísos de vagancias, pero que jamás clavó un clavo.

Cuando le hablaron de usar el facsímil de hombre nuevo, lo primero que se le ocurrió fue mirarse al espejo y

examinar su rostro. De ninguna manera convendría usar esa propaganda de rey feo de novela barata, de concurso de belleza de kindergarden, alguna campaña de pomada para el cabello o milagrosa vitamina rumana para dárselas de joven. En el fondo sería un solemne disparate que no lo llevaría a ninguna parte. Pero, más aún, el espejo le hizo ver sobre su propio rostro, lo que él venía sospechando después de su regreso de París: sus ojos ya no eran los tiernos y sencillos, ni los relajados y tranquilos del relojero; del mejor relojero que jamás había tenido la Villa. Y su talante, peor aún. No parecía el talante de humildad con el que recibía a los clientes, haciéndoles saludos corteses, y hablándoles de la puntualidad de su palabra de honor, palabra de relojero con palabra, sobre todo con aquellos que venían de largo. De zopetón, en verdad, ahora era un hombre distinto, y hasta con cierta presencia desafiante, que no era muy razonable, en el caso de abandonar las locuras de la política, retornar a la vida doméstica y tranquila del vaso de leche con pinolillo al pie de la vaca, y de los sabrosísimos chicharrones recién fritos, los sábados, en el caldero mágico y sabroso, de la comadre Elisa Piñatera.

A él mismo, le pareció extraño que ahora no tuviera tiempo para nada, y permaneciera siempre en reuniones fantasmas, imaginando planes fantasmas, rodeado de espectros que se cubrían de gloria en el propio centro de su Gobierno del Reloj, como lo había imaginado desde que saboreó el indescifrable encanto de la dulce perdedera de tiempo y de paciencia de la política, complicado más tarde, con el viaje a París y todas sus divertidas consecuencias. Lo preocupante para el Presidente Valpulso, lo que ahora confiscaba su espacio mental y no lo dejaba dormir tranquilo, era lo de la advertencia del viejo pretencioso y matón, que había idolatrado como su hombre nuevo. Cuando le picó el alacrán de la política --el que consideró un mosquito--, jamás se imaginó que el circo público, que la res pública como la llamaba el doctor Calvo, estuviera matizada de tantas palabras. Y que los nombrecitos, y los adjetivos, y todas las otras cosas

que venían saliendo a flote, fueran una especie de cancha de tenis, en la que cada uno de los participantes tenía su propio As, y practicaba su propio enredo mortal. Recordaba la frase que el consideró brutal y amenazante del comandante Palo de Hule, quien le había puesto la piel de gallina y le había helado la sangre: "Usted es de los muertos que nunca mueren". En realidad desde su regreso del Club de París, se le había complicado la existencia. Por lo menos tres veces se lo habían susurrado al oído. Dando vuelta al repunte de su popularidad, se preguntaba: "¿No será Doña Blanca la del asunto de esa candidatura oficial, para que la sustituya con algún golpe de estado?". Para que un miembro tan prominente de los poderosos rescoldos de las fuerzas armadas de Cleto, se haya atrevido a sugerirme esa tácita amenaza, el punto de referencia del complot debería venir de adentro. No quería que lo incluyeran en los muertos del calendario de Cleto Orlacha.

Era preferible seguir siendo el mejor relojero de la Villa de Ostocal, que aparecer inserto en esa lista de héroes supernumerarios que después de cierto tiempo, todos vienen olvidando. Pero reaccionaba al momento, y aceptaba cualquier rol, porque a la postre, todo tiene su precio, y este es el enorme problema de un candidato: "Soy o no soy --recordó a la doctora Sara Mangolla--. O escabullo el bulto como Polito Lòpez, con la operación cusuco, a la hora de los problemas". Era la pregunta que se venía haciendo a solas.

"Si estoy sobre el macho, tengo que jinetearlo", se cuestionó.

Con el viaje al Club de París, hasta le estaban lloviendo las invitaciones de los clubes sociales, de las asociaciones de toda clase, de los sindicatos oficialistas, y de las embajadas de todo el mundo, que con el gobierno de Cleto habían proliferado en Ostocal. Le proponían hacerle miembro honorífico de alguna famosa institución de caridad, y nada menos, que Doctor Honoris Causa de la Universidad del Rifle. El acosamiento social, también complicó la vida a doña Candelaria, con la asistencia a tanto compromiso oficial: tanto

té, tanta reunión de Señoras de la Mesa Redonda, de Damas Diplomáticas, de Damas Chinas, de la Mesa Chata. Tantas misas de difuntos, que hasta parecía que los muertos anticipaban el viaje, y la gente se estaban muriendo por gusto.

Lo mismo, que de tantas fiestas de beneficio para ayudar a los niños de Acahualinca, en donde comenzaban a arrinconarse los pobres; y tanta rifa, para comprar papel matamoscas para los descansos de los caminos de macadán con la viajadera a los tenderetes. Todo esto, le adelgazaba la bolsa, pues con la renta de la leche, y lo de la manteca de chanco, apenas alcanzaba el dinero para pagar los trajes, las pinturas de labios, los peinados de pavorreal, y los variados matices de coloretes, de que se abarrotaban las pulperías y las boticas de Ostocal con la fiebre virulenta del petróleo.

Ella consideraba esto, como verdaderamente trágico y sin sentido. De tal manera, que la pobre Jefa de Campaña, se espantaba temiendo que cuando se acabara el dinero, le tocara experimentar la realidad insoslayable, de una vieja fotografía arruinada por el polvoriento acoso de la pobreza.

El colmo del regreso del Club de París fue la especie inventada por alguien. A lo por mejor, un enemigo escondido en los efluvios pavorosos de la burla. Le intrigaba eso de que el candidato del Partido del Reloj, fuera tenido como hombre de confianza de la Presidenta Blanca Ilusión, miembro directivo del famoso Club de Blanca, consejero privado y futura vaca sagrada del famoso Sanctum sanctorum de la política en Ostocal. Eso de que especularan con su nombre como sucesor del doctor José María Monetario, para impulsar la Estrategia del Reloj, en la negociación para la condonación de la deuda externa dejada por Cleto, dio lugar a que un grupo de micropartidos solicitara audiencia, para tratar asuntos de orden confidencial.

Ver la posibilidad que se tendría en integrar una fórmula electoral encabezada por don Cándido Valpulso, en la que la torta pública tocara por iguales partes. Ellos, en cambio, apoyarían con el voto al Presidente, y estarían con él, hasta las últimas consecuencias. Coincidieron a la misma hora,

con la delegación de protestantes.

--Es un grupo bonito --le susurró el doctor Ronco Calvo al oído--. Parece bien el amarre.

Era gente dura, descendientes de Mechudos, héroes de la guerra contra Walker. En el primer arranque de la República, habían sudado la gota gorda, cagado sangre, derribando montañas, abriendo trochas, despellejando serpientes, durmiendo con tigres y comiendo monos, para iniciar la construcción de la línea del ferrocarril, que comenzaba en Corinto, y que terminaría, no sabían dónde, dependiendo de quienes fueran los presidentes.

--Somos Mechudos de verdad --afirmó el delegado de los protestantes--, porque como dice el doctor Calvo: hay Mechudos de mentira que quieren cogerse el mandado.

Cuando entraron los Mechudos de Corinto, el Presidente del Partido del Reloj, estaba como iluminado. No sabía ni de donde le habían salido agallas para enfrentar los problemas: los de las iglesias sin reloj --todos los curas querían uno--; los de las viudas de la guerra de Cleto, que buscaban una pensión de retiro para rumiar la pobreza; los de los fabricantes de papel matamoscas, que amenazaban al fisco con suspender el pago de los impuestos; lo de los secuestros de productores, que recibían amenazas de muerte por armados de toda clase: por Pedrón el Gigantón, los comandantes Bala en Boca, Ciempiés, Muralla China, Pescuecín y Gorilón. El Presidente del Partido del Comejèn, y el de los Rosados, y el de los Dinosaurios Verdosos, que casi olían a muerto, con Paco Quieto a la cabeza, también solicitaron audiencias con el Presidente.

"Nos acecha la bestia" --había advertido el Presidente del Partido de los Protestantes.

La bestia había sido el tema de su queja. Su punto débil como diría el doctor Polito López, con su sabiduría de cálculo de máquina tragamonedas. Hablaba de ella, como si la tuviera en casa, con una increíble familiaridad bestial que daba miedo. Se esforzaba por querer decir algo que el Presidente no acertaba a comprender. La bestia negra, de siete cabezas,

cuerpo de escorpión y entrañas de hiena. La de la noche negra como el remordimiento de conciencia. Está entre nosotros, comiendo de nuestra propia carne. Aferrada a Ostocal, pervirtiendo los instintos más de lo que están pervertidos. Haciendo más daño que las diez plagas de la guerra. Y mucho más, que las más crueles: la de los amarres con las confiscaciones: y la de la repartición de los panes, que años más tarde, deberán ser sacados del horno y resarcidos a sus dueños.

--Usted, señor Presidente, debe salvarnos de la bestia.

--No la veo por ningún lado --buscó el Presidente.

--Nadie la ve. Nadie la quiere ver. Se pasea, sin embargo, a galope tendido, por sobre todo el cuerpo de Ostocal: en el parque de la Villa, alrededor de los tenderetes, en los suburbios de la población, en las carreras de ejercicios mostrando sus carnes encendidas, en el corazón del gobierno. Se posesiona de nuestra propia casa con nosotros de alcahuetes, y no hacemos algo para evitarlo.

--La política pone loco a cualquiera, y a estos, con mayor razón porque viven con la onda del diablo --le ronroneó Ronco Calvo al oído.

Fue un cambio de impresiones desde la hora del tiste con rosquillas, hasta la puesta del sol. El Presidente no había tenido tiempo ni para sentarse al almuerzo. Cada minuto, un saludo de los nuevos miembros del Partido. Cada golpe en la puerta, un regalo para el futuro Presidente, que era ya como un hecho irrefutable que sería difícil tomarle la delantera. El corredor estaba lleno de gallinas, venados y hasta un cuero de serpiente cascabel --presagio de buena suerte--, para un cinturón de la Jefa de Campaña. La carta de recomendación para un trabajo en los lanchones del lago; una que otra también, para las oficinas del petróleo. Estaban despidiéndose los protestantes del Presidente, cuando aconsejándoles tomar las cosas con calma, le dijo a su delegado:

--La política a uno lo vuelve loco, mi querido colega. Es peor que un circo de títeres.

--Yo ya lo estoy.

--No lo dude.

--Mi problema es que no es una locura cualquiera --insistió.

--Sólo hay dos tipos de locura: la de la política y la del amor maduro, porque a la del dinero, no se le debe llamar locura, sino una solemne tontería alimentada y angustiada por la pobreza. ¿Cuál de las dos padece usted?

--Pues yo, antes odiaba el canto. Solamente entonaba música evangélica con las hermanas del Coro de los Angeles. Un día de estos, se me ocurrió ir a pedir la contribución monetaria de mister Noescondes Coto, en la oficina del petróleo. Una negraza salió a darme la limosna. Chineaba una gata angora y estaba embarazada.

--¿La negraza?

--No. La gata.

--Si es el problema la gata, el problema no es problema.

--Para usted no. Para mí sí. Desde ese día me ha dado por cantar en el culto: "Cinco gatitos tuvo una gata, cinco gatitos detrás de una lata". Y es imposible dejar de hacerlo. Estoy en una lucha sin cuartel, contra los cuatro gatitos que no sé si habrá tenido la gata de Pepa. Y este es mi problema.

--¿La gata?

--No. ¡La Pepa!

--Olvide a Pepa y cante otra cosa. En vez de gatos, que sean perros, o loros: los loros lo hacen muy bien, lo entienden todo y aprenden rápido cualquier cosa.

--Loro viejo no aprende.

--No hablo de ese loro pelón --señaló el Presidente la foto de Sansón Pelayo en El Lavandero Popular.

--Aún así. No puedo. Estoy loco por la bestia de Pepa Torrentes.

--Muchos andan como usted. Por esa clase de bestia pierde la razón cualquiera.

--Entonces, ¿no soy el primero?

--Váyase tranquilo: no es usted el primero, ni piense que va a ser el último, porque es natural que a su edad,

muchos anden con el coco loco --aclaró el Presidente, olvidándose de sí mismo y acordándose del alma en pena del Alcalde, que andaba haciendo la mueca que trotaba en las madrugadas.

Terminada la entrevista, se ajustó el nudo de la corbata y caminó rumbo al parque. "Está como hace dos meses, antes del viaje a París", musitó con el celo senil de la competencia. Desde hacía meses, a Pepa Torrentes no sólo la rondaban los viejos en el parque, sino que también los jóvenes estaban alborotados por ella. Era divertido verlos, y hasta provocaban la burla de los puritanos jóvenes, al disputarse las preferencias de los saludos de Pepa en la competencia con los ancianos.

--"No por mucho madrugar amanece más temprano" --pensaba don Cándido. Y causaba hilaridad, las ingeniosas salidas de los sazones --como el Alcalde--, que se ponían a dar saltitos en los lugares donde pasaba corriendo Pepa.

--"Después de semejante terremoto, todo trigo es limosna" --suspiraba el edil.

Y llegó a despertar tanto interés la hora de los ejercicios de Pepa, que la niña Castita le puso su propio nombre radial: "La hora de Pepa". Espiaba por las hendidias de las paredes de la casa, cuando pasaba corriendo tras Pepa, el grupo de madrugadores.

--"Una negrita chocha tiene enredados a todos" --le contó a doña Pompa, sobre el desaforamiento en las carreras.

--"Hasta donde yo sé: parece una mosquita muerta" --contestó doña Pompa.

--¡Abeja africana será! --afiló la lengua la niña Castita, con una soltura muy suya, ante la que temblaban las amigas cuando hacía sus disparos--. Hasta hay dos horas para las carreras de ejercicios, sonrió.

--La única que conozco yo, es la hora de los madrugadores, a la que no falta su sobrino.

--También está la del parque. Esa es la linda --añadió doña Castita.

Y se empinaba, inmersa en el chisporroteo de los

fantásticos chismes con los que había hecho escuela en Ostocal, y de los que ni siquiera Monseñor Pitote quedaba a salvo. Se orinaba de la risa viendo a la fila de jóvenes admiradores de Pepa, correr por la madrugada: se desplazaban atléticos, bien comidos, rezongones y dando gritos de júbilo, con la lengua de fuera y babeándose con el olor a mujer que Pepa iba dejando en la pista. La de los viejos verdes era: las cinco de la tarde en el parque, cuando Pepa salía de la oficina. Aquello daba la sensación de las tandas del cine: los jóvenes en la carrera de la madrugada, cuando Pepa corría en pantaloncitos calientes y dejaba al aire libre los muslos de ébano y zafiro que habían vuelto dundo al Presidente; y la del parque para señores de edad respetable, que andaban huyéndole al retiro.

Pepa con su paso de yegua andaluza, pasaba empujando las caderas, y volando al aire el pelo negro azabache, al que las damas de las varias cofradías, le daban propiedades ocultas de presuntos pactos con el demonio.

--¡Qué demonio ni qué demonio! ¡Qué culpa tenía la Pepa de poner loco a cualquiera! --señalaba don Cándido.

A pesar del "Me estoy muriendo de amor Pepa", la cantidad de desesperados octogenarios del parque, hicieron imposible lo de la oportunidad de una nueva cita con Pepa. Fue con la llegada del servicio telefónico intra domiciliario de Ostocal, que don Cándido Valpulso y la calumniada Pepa Torrentes, pudieron hablar de nuevo.

El invento tenía tenso a todo mundo. Desde las seis de la mañana, hora en que Doña Blanca, cortó la cinta azul y blanca de la brujería telefónica, todo Ostocal hizo fila para pedir su llamada. Hasta quienes no tenían con quien hablar, hablaron a un número equivocado para decir cualquier cosa. En un sólo día, la compañía sacó los gastos de instalación de los teléfonos públicos, y fueron tales las proyecciones de las utilidades, que decidieron solicitar permiso a los petroleros, para que Pepa pudiera recibir llamadas de los admiradores del parque.

La estrategia de ventas resultó como la de instalación

del servicio domiciliario: fantástico éxito mercantil. Las cabinas telefónicas estaban llenas de viejitos queriendo hablar con Pepa. El Alcalde por su privilegiada posición se enfilaba el primero; el comandante Paco Quieto, se empinaba viendo el avance de la fila; don Benito Cacho de la Vaca y el doctor Polito López, con su sombrero de bombín y su secreta vestimenta de Arzobispo, hacían trampas por colarse en la parte delantera del tumulto, para llegar antes, cuando se dieron cuenta que del mismo recurso habían echado mano Fileberto Moreno Mínguez e Israel Oídor. Y el candidato del Partido del Reloj, sorprendido por los celos, haciendo caso omiso a su dignidad de Presidente en potencia, compró medio día de llamadas entre los revendedores, para poder hablar con Pepa.

Fue una verdadera tempestad de llamadas telefónicas. Los únicos que no pagaron un centavo, fueron los corredores de la madrugada que estaban seguros de hablar con Pepa cuando les diera la gana, siempre que hubiera carreras de ejercicios en las que corriera Pepa.

Cuando se cerró la oficina de las llamadas domiciliarias, el Presidente se despidió de Pepa Torrentes, recordándole lo de la cita. Al día siguiente, recibió el siguiente mensaje:

"Había pensado, que la cita podría ser mañana, en la bodega de la distribución de pescados que tiene la Petrolera; pero, como ayer hablamos bastante, y estoy amorosamente satisfecha con tus voces de aliento, y esas palabras tuyas de novela romántica que me dieron aliento, y me hicieron sentir el maravilloso cielo crepuscular del amor imposible. Romeo mío: Espera el próximo mensaje de tu Julieta. Tuya, aún sin serlo. Pepa".

Cuando leyó el mensaje tuvo deseos de contestarle en forma tajante, rompiendo la relación amorosa. Hasta se atrevió a pensar que se estaba burlando de sus acorralados sentimientos de tigre viejo en acecho, pues había escuchado a doña Pompa, calmar a doña Candelaria: "No te preocupés, mujer. Don Cándido es ya un pobre gato desmuelado". Pero, "¿qué voy a hacer?", se consoló, con su famosa timidez

doméstica, que como la uña a la carne, había sido muy suya antes de meterse en política. Cuando se fue a la cama, reflexionó: "Hay que tener paciencia. Saber esperar, que de la mano a la boca se pierde la sopa".

Estaba haciendo que rezaba la oración de irse a la región de las ovejitas para conciliar el sueño de Presidente, cuando estrenó su teléfono domiciliario con la llamada del Comandante Paco Quieto, quien le invitó a un cambio de impresiones sobre la situación política.

--De acuerdo. Nos vemos mañana --le confirmó.

--Hasta mañana, Presidente --dijo el comandante Quieto.

Bajo las sábanas, comenzó a hacer esfuerzos para meterse en el sueño. En la madrugada, de nuevo se puso a contar ovejitas. Todas le saltaban negras.

V

La cita acordada con el comandante Paco Quieto, fue de lo más sorpresivo. El Presidente intuía que como otros acontecimientos que le estaban sucediendo, debería encontrar su origen en el síndrome París. El efecto París, había rebasado los menos estimados cálculos de probabilidades. De pronto, se había visto atrapado por asuntos de toda clase. Fue tal su increíble necesidad de un análisis, que lo sorprendió la insólita auto valoración de sí mismo. Se le vino el recuerdo del famoso incidente de la lotería, que trastornó por años la paz de doña Candelaria. El Lavandero Popular publicó la especie de que la mujer de don Cándido, había ganado el Premio Grande de la Lotería de New York, y comenzaron a lloverle cartas, felicitaciones y proyectos de negocios. Invitaciones a almuerzos de ejecutivos que querían montar extraordinarias empresas rentables, antes de planear la sociedad y firmar la escritura. Visitas de vendedores de autos deportivos, yates para paseo y pesca en los océanos más peligrosos. Invitaciones a clubes con nombres raros que jamás había escuchado: "El Gato Flavio", "La Tajada del León", "El Paraíso de Melisandro Mamón" y "La Gatita Rosita". Después del boom del petróleo, habían proliferado las tentadoras tarjetitas con invitaciones a tentadores espectáculos de vodevil de lo más variado, en los que se programaban jovencitas en pelota, pero a la hora del show, al filo de la media noche, bajo el sopor del ron y el embrujo de las pitoretas, venían a ser sustituidas por jamonas importadas que salían a escena en camisones de sedas brillantes, correteando en puntillas sobre

el escenario; ensayando breves pasos de Can Can, con toda suerte de chilindrujes colgados de los bombachos. La falta de ética comercial había enfurecido al Alcalde: "Nos están dando gato por liebre o gallina vieja por pollo", gritaba a todo pulmón.

Este repunte de popularidad que lo hizo sentirse importante, fue el más espinoso problema que había enfrentado de candidato. A su regreso de París, estaba tan embebido en la búsqueda de la solución del mismo, que no encontraba cómo abordar las más absurdas solicitudes de todo. El efecto París lo tenía tan loco, que ni siquiera doña Candelaria pudo sacarle de su abstracción, con su ocurrente e insólita habladera, las veinticuatro horas del día. Se sentía como el novillero espontáneo saltando al enrevesado ruedo político. El toro de la alternativa, acosándole con las cornadas, y él a alma limpia y sin capa, intentando sacarle suerte en lances de toda clase. Un centenar de mujeres le invitaban a cualquier cosa. A apadrinar criaturas recién nacidas, con ansias de que los tales ahijados, se levantara bajo la frondosa sombra de un Presidente; o acaso el cumpleaños del primogénito, hijo de algún aspirante a diputado, a la búsqueda de padrinos, para entrar en las listas de los escogidos con Renato Pitote de testigo. Siempre había algo de por medio. La celebración de Bodas de Cementerio --así le llamaban en Ostocal a los veinticinco años de libertad con viudez-- en memoria del difunto. Y ya no digamos de las invitaciones de señoras solitarias abandonadas a la engorrosa caridad pública, o al sofisticado pretexto ocasional de pájaras sin cariño, que invitaban al Presidente, a ser excelso socio de su privado y exclusivo Club de Corazones Solitarios.

Todo mundo llamaba al Presidente con el pretexto de cualquier cosa. Solamente Pepa se había mostrado cautelosa: "Comprendo tus múltiples horas de trabajo en la política. Recuerda, que contigo me sobra paciencia. Hay más tiempo que vida", contestaba al teléfono cuando insistía sobre la pregunta de la cita. Una respuesta que le sacaba rabieta al pasionario Presidente, por lo tácito y explícito del mensaje.

La cita que lo ocupaba ahora, era con el comandante Paco Quieto. Como todo buen político, había husmeado información alrededor del Comandante, aún antes de que se concertara la entrevista. Con la fama de listo, que se había ganado el Presidente, como integrante de la Misión de París, sabía que debería estar informado del pedigrí del dialogante. Sabía que era un personaje interesante, porque había sido de todo. Había vivido luchando contra viento y marea con los azotes de la pobreza, a la que le tenía un terror obsesivo. Hijo de un marimbero de Masaya, había aprendido las primeras letras en la Escuela de las Osoritos, en donde hasta directores de estado, habían cancanearado el imprescindible y harto agobiante Silabario Catón, aprendido de memoria sabiamente bajo una lluvia de palos. Según había comentado el difunto padre de doña Pompa, el comandante Paco Quieto: "Era duro de testa y fue necesario de mucho cuero en el lomo, para ablandar sus entendederas". Pasó luego, a aprendiz de zapatero, en donde lo tomó a su cargo un alistador de suelas de cuero de res para las zapaterías del Mercado de Masaya. Seguía siendo tan duro, que el maestro Serafín Portobanco, antes de arreglar las suelas, arreglaba las costillas del muchacho para poder cumplir con los encargos.

"Soy escalador de montañas", hacía alarde Paco Quieto, de su furiosa tenacidad de luchador, acostumbrado a una desafiante marcha hacia arriba, sin darle mente al temor o al azote de la pobreza. Esto le había desarrollado agallas en la estructura del carácter.

Si lo consideraba necesario, era duro en el trato con los otros, y desconfiaba hasta de su propia sombra, como mecanismo de defensa. Desde las primeras gateadas, se había entretenido jugando con soldaditos de barro, de madera o de plomo. Esta afición por los soldados, despertó tanta curiosidad en los visitantes del taller de zapatería, que los clientes fijos, regalaban al niño soldaditos de toda clase. Cosa similar ocurrió en su vida de adulto con su afición a la lectura de libros sobre artes y técnicas marciales, que para matar el tiempo --a fin de matar cualquier cosa, aunque fuera el

tiempo muerto-- lo llevó a diseñar una Sala de Armas en el fondo de la casa, en la que montó la simulación de un verdadero campamento militar. Había réplicas de guerreros famosos hechos de plomo, de barro y de zacate. Lo mismo que de cañones con balas de pelotas de hierro de los tiempos de la heroína y pariente doña Rafaela Herrera. Así como de bergantines con corsarios, de fusiles con con, de mosquetes y mosquetones, de lanzas y puntas de toda clase, untando muchas de ellas, con venenos de serpientes. Tenía cuernos de todo estilo, zepelines y hasta globos japoneses para su estrategia de la guerra en el aire. De puentes, y cobertizos de puentes con toda clase de trampas a la medida del enemigo. Veleros, vapores, pipantes de todo tipo para sus tropas de asalto. Arrastrándose, o a gatas, se divertía jugando con los nietos. Lo de su locura por la guerra, era un estado mental que lo tenía sujeto, y no le abandonaba nunca, entrelazado al soliloquio triunfalista y militar de una guerra que siempre estaba ganando. De tal manera, que fuera donde fuese, y estuviera donde estuviese, la primera "visita oficial que hacía" --como él la llamaba gozoso, cuando salía al extranjero--, era la de las tiendas de juguetes de guerra, en las que se pasaba horas, y hasta días enteros, escogiendo soldados, examinando pequeños fusiles de juguetes, y aprendiendo el secreto en juegos de simulaciones, de cómo los grandes guerreros de la historia habían resuelto sus conflictos armados.

Ahora entendía por qué al comandante Paco Quieto, le decían el loco de la guerra. Su espacio mental disponible, era como una especie de plataforma de lanzamiento de cohetes de luces, o dardos con dulce de rapadura, o alfeñique en las puntas, para poner un sabor de chantaje a las acciones bélicas con los nietos. Antes de acondicionar la Sala de Armas, usaba como casco militar la bacinica de la abuela. La había pintado de verde musgo por las dos razones que él consideraba válidas en su delirio militar: porque verde musgo --verde mierda de vaca-- era el color de la guerra; y musgo enredado, musgo otoño, musgo decadente, era el color de la muerte. Era impresionante verlo desfilar dentro de su Sala de Armas, al

frente de sus soldados de plomo, en los carriles de sus potenciales y alucinantes carros de guerra. Vivía soñando con King Kong. Había viajado a Hollywood y New York, a repasar todas las películas, desde la primera hasta la última de su personaje de película. Lo que él hubiera querido ser si no hubiera sido Paco Quieto. Su otro yo: el gran señor Kong. Aislado en la seguridad providencial de su casa, a solas, tranquilo, viendo fotografías de sus viejos tiempos de soldado de la Tragedia Armada: de los caballeros de la guerra de allá, contra las bestias de la guerra de aquí; y de los arcángeles de la guerra de aquí, contra los demonios asesinos de la guerra de allá. Su otro yo, fulgurante, viviendo de mentirosos recuerdos y oropeles invalidados por la realidad circundante del conflicto armado, que aún clamaba sangre y muerte en el pueblo de Ostocal; y que todavía continuaba su proceso deformante y brutal en el alma de los pobres demonios asesinos venidos de allá, contra los bestias comunistas enviados por Cleto Orlacha, para defender la soberanía nacional enviados de aquí: ¿Cual desflorada y mugrosa soberanía nacional? Juego sangriento de palabras para poner un redoble de marcha triunfal al engañoso antifaz de la muerte disfrazado de paz romana. ¿Para morir por la libertad? ¿Cuál libertad? ¿O para justificar la Reforma Agraria que la Revolución que Cleto vivió predicando por años? ¿Cuál viciada Reforma Agraria para justificar el robo a los pobres: el robo de la revolución robada?

--"Todos sabemos perfectamente bien lo que ha sucedido al pueblo de Ostocal" --decían quienes habían encendido la mecha de la guerra.

--"Todos lo sabemos.No hay cómo engañarse ni en dónde esconder tanta infamia" --reflexionaban los muertos.

--"¿Algún día has visto a un muerto reflexionar? ¡Yo, no! Los muertos que reflexionan están enterrados" --decía el candidato del Partido del Embudo.

--"Yo sí" --le respondió el lisiado de guerra, llorando. Estaba hablando por los muertos que deambulaban como vivos en Ostocal. Por la sangrienta y brutal miseria moral y

económica que estaba viviendo el pueblo después de la loca guerra de liberación, encendida, ensangrentada y mantenida, por la pasión sin rostro de Cleto, y la contraguerra con rostros de robots humanos, de Paco Quieto: guerra que no terminaba todavía. Y la que apenas era una evanescente brutalidad disfrazada de atorrante torpeza patriótica, dentro de la gran miseria de patria.

De tal forma, que aunque no lo pareciera, ahí estaba Cleto flotando en el recuerdo, con su trágica Sala de Armas Nacional, y sus tristes soldaditos de carne y hueso, en el delirante tren mental de su obsesión. Todavía muriéndose por él, matándose por él, confesándose por él, mintiéndose mutuamente por él, para seguir teniendo vigencia en el gran cementerio de Ostocal, en el que intentaba gobernar Doña Blanca Ilusión, pero que no sabía cómo, ni siquiera tenía sospechas de cuándo. Paco Quieto, encerrado dentro de su propia obcecación de guerrero frustrado, escuchándose a sí mismo, en las afónicas grabaciones de Radio Mentira; con gran felicidad megalómana, recreándose en sus propios discursos que olían a desperdicios humanos, babeándose con sus gastados artificios, como si fueran incontrovertibles verdades.

--"No estamos interesados en derrocar a Cleto --reafirmaba el Presidente Larry Wonderpicture, en la Casa Negra--. Sólo estamos interesados en que Cleto cambie de actitud con relación a la democracia".

"Esas son babosadas de mister Wonderpicture --salía al paso Paco Quieto--. Con ese Congreso cabrón en manos del Elefante, tenemos que aceptar que diga tal cosa. Mister Presidente no puede decir otra cosa. Pero, Cleto Orlacha va para afuera, y eso no lo para nadie. Vamos a entrar marchando a la covacha del general Baldón Cerezo.

Se reía pensando, cómo había desenredado ese calidoscopio de fusiles, de cañonazos y de muertos. En el recuadro de la noticia, él siempre estaba seguro, fulgurantemente provisto, y jugando a la muerte con su Directorio Marcial. Brindando por sus fantásticos triunfos a la

salud de los muertos. No solamente le decían el Loco de la Guerra, sino que lo identificaban con otros, no muy santos nombres: Comandante Rifle Virgen, Comandante Agujero de Sarro, Comandante Casasola. El último mote le venía de perillas, y lo había ganado en sus primeras y últimas marchas de la montaña. Su fuerza de tarea nunca encontraba al enemigo. Jamás había tenido la gran suerte de romperse el alma con nadie. Sorprendía en la montaña, únicamente cuarteles en abandono. Sus patrullas siempre estaban agotadas por la espera de algo, o de alguien, en los recovecos, o a la orilla de alguna casa sola, de la montaña. El Presidente que estaba informado de su fama de tirador con mampuesta, esperó a Paco Quieto, con la inocencia del cazador inexperto, que espera a su presunta presa, en el terreno en el que no le favorece el giro del viento. En vez de dejarlo hablar, comenzó a disertar sobre su plan de gobierno, a pedirle su apoyo militar, a hacer una valoración de la estrategia con la que debería orientarse el rumbo de la próxima contienda electoral de la Gobernación. ¿Quiénes, y contra quiénes, y para quiénes, y por quiénes, era lógico definir el perfil de una posible alianza de partidos? Algo que no fuera como el cuento de la famosa UPECSA, que no había servido más que para embrollar la vida política y la crisis económica que el pueblo venía arrastrando, desde los tiempos de Cleto Orlacha. Cualquier alianza debería estar encausada dentro de términos, condiciones y objetivos, que tuvieran en cuenta a UPCORE. No dejar nada al azar, y manejar todo con la prudente seguridad de artículo de primera categoría, y de confianza total en la marca.

--Aquí en confianza, tengo el apoyo de la Presidenta Ilusión --comenzó el comandante Paco Quieto, que parecía hacer honor a su apellido, cuando exponía su colega. Y se extendió sobre las consabidas recomendaciones: "Tal vez sea imprudencia de mi parte. No se lo diga a nadie, que cuando hay más de dos en el secreto, el secreto deja de ser secreto".

Continuó sobre la exposición de sus planes, relatando el sentido de su estrategia: "Como usted sabe bien --el

Presidente no sabía nada--, mi primera intención fue vivir tranquilo, alejado de la guerra, sin más preocupación que mis pequeñas preocupaciones familiares, y el amor de mis nietos. Pero, como dice el adagio popular, el hombre propone, Dios dispone, viene el diablo y lo descompone: estaba feliz en mi casa, jugando solitario con mis propios recuerdos, entreteniéndome con los álbumes fotográficos de mis maromas guerreras, cuando se apareció el demonio. Y como reza otra sentencia sabia del pueblo: "El niño llorón y la china que lo pellizca", una violenta decisión cambió el rumbo mi vida. Como bien sabe usted, la facción Dinosaurio del Partido de los Mechudos anda buscando al hombre que pudiera ser un candidato de tapada para su grupo económico: Esta es la razón de mi visita.

--¿Quiere usted que le aconseje?

--No.

--Entonces. ¿A qué se debe el honor? --Vengo a proponerle algo que parecería una alianza de locos, pero de la cual estoy seguro, como que hoy es lunes, que sería una alianza UPCORE.

--Hoy es martes, señor Comandante.

--Es lo mismo. La alianza nada tiene que ver con el día.

--Ni que fuera el Día del Juicio Final --sonrió el Presidente de acuerdo con la opinión del Comandante.

Después de la tronada y larga visita, los candidatos, no dejaron nada en el tintero. Todo fue saliendo a flote. ¿Para qué continuar con la tontería de la guerra, si después de todo, triunfe quien triunfase, el pueblo no tendría vela en ese funeral, más que con el entierro de los cadáveres de jóvenes que morían por gusto, como en el juego de una ruleta rusa, en donde la locura de los bárbaros, es quien pone el dedo sobre el gatillo de la pistola. Después de todo, aunque amaba la guerra a nivel de su Sala de Armas, y de sus pequeños vecinos interesados en el sabotaje de los trenes cargados de colillas de tabaco, simulando cañones ingleses traídos por piratas barbudos y sanguinarios. En el fondo, quería vivir tranquilo, pastoreando a la conciencia, que de la guerra entre el Elefante

y el Oso, la había traído negra; y que con su alcahuetería hacia el Partido de los Dinosaurios, que le perseguían a él, que le buscaban a él, que le trasteaban a él hasta bajo los roperos de la Sala de Armas; que lo necesitaban a él, porque para mala pata suya, siempre había tenido el poco juicio de servir de fachada de alguien, y su vida, estaba gobernada por una fachada, desde su nacimiento hasta su... claro, no se había muerto todavía. Esa había sido su pasión, su sino, la extraña obsesión indescifrable dentro de su locura apocalíptica y angustiada del fantasma de aquella guerra, de la torpeza armada, en la que a fin de cuentas, de cualquier forma e intención había sido tornillo, tuerca, llave fija, combustible, mensaje, cadáver que dirigía a cadáveres, que les llevaba o les traía --lo mismo suele ser--, importantísimos mensajes logísticos enviados por cadáveres, robots sofisticados en grandes despachos de guerra, en los que Paco Quieto había confirmado la importancia vital de la Sala de Armas, y los juegos con los nietos. Muchos de ellos no existen ya, no habían existido nunca, como hombres, como seres humanos y andaban dirigiendo, amonestando, conduciendo, aconsejando a verdaderos hombres nuevos, generadores de virtud, ímpulsos: "Palabra de Dios...", --como repetía a cada instante el padre Simón Cruz--, hasta el sacrificio bárbaro en dos causas sin causa: la de Cleto Orlacha y la de Paco Quieto: dos torrentes de sangre sacrificada; sangre de un mismo y solitario corazón alienado y trastornado en el abandono. Sangre viril, encendida, tierna, futura sangre de generaciones vitales, que todavía siguen manando sangre: trágica, desperdiciada y temerosa, después de la Guerra de Cleto, y del olvido fatal de Paco Quieto. Olvidada la frase aquella que le gritó, porque no podía otra cosa, que dar gritos, para que le entendieran: "No voy a dejarlos en el abandono, jodido", sigue siendo interrogante destrozada por el terror en las comodidades de la puerilidad perversa, que pretende capacidad para engañarlo todo, para todo destruirlo.

La falta de piedad contra sí mismo, derruida, sofocada, corroída entre la crisis de valores. Falta de decisión para

enfrentar la dolorosa verdad concluyente de la mentira, en donde él había sido, y es, porque no puede cortarse de tajo el despreciable recuerdo: primicia de esperanza, fe, agua viviente, padre, mensaje de luz, logística, tuerca, tornillo, serrucho, yunque, mina, ataúd, cura, presidente y en último lugar: sepulturero, llorón y padre de familia putativo por un día, porque ahí mismo, después de las lágrimas, huyeron, se esfumaron las viudas, para siempre. Cuando se retiró a su Sala de Armas, el mismo comandante Paco Quieto, lo había comprendido al final: guerra no es guerra. Guerra es el irresoluto cementerio de una generación de valientes sacrificados con hedor a traición y estiércol en una guerra sucia que en nombre de la nada, de la sonrisa estúpida de la muerte, de la vejez rotunda del sanguinolento beso de la barbarie disfrazada de pretexto de patria, para quedar tendidos a lo largo de las colinas en la sumisión absurda; con una generación a espera de otros iluminados por las llamas de la locura y el disparate sutil y embobante que precede a la muerte.

"Ninguna guerra a resuelto nada --recordaba Renato Pitote, en la homilía del domingo en el Templo de San Juan Bautista, en la bendición de la Segunda Iglesia de la Gobernación de Ostocal, después de la derrota del filibustero Walker, cuando aún era un curita joven, recién llegado de Roma--. La guerra no sirve para nada. Nadie sale triunfante. Todo mundo pierde. Hasta Dios pierde. El único que gana es el Diablo. Perdónenme ustedes, queridos hermanos, pero la guerra es una mierda".

Era un recuerdo antiguo, que salía a luz cada vez que cualquier general de pacotilla, comenzaba a implorar por la guerra, como los pobres lloran, gritan, se despedazan por la tortilla con sal en los tiempos de hambre, los tiempos de ayuno y hasta en los de comer salteado, que generalmente, vienen después de las guerras.

Cuando el candidato Valpulso habló de la fachada de la paz, que era como las horas del reloj con la cuerda rota. La guerra y la hora repican cuando uno menos las espera, el

comandante Paco Quieto tuvo sutiles reminiscencias de su antigua función de poster. Era sabido, que en la escuela, por la ventaja de su pequeño tamaño, y la desventaja de su inteligencia, que lo mantenía al margen del proceso de enseñanza normal de los grados elementales, se complacía permitiendo a las maestritas de primeras letras que lo pusieran como ejemplo de superdotado, de inteligencia, de brillante vitrina de las generaciones venideras, de niño prodigio, de rutilante fachada, casi con las mismas intenciones y la mismos argumentos palúdicos, que después le sirvieron en la conducción de la Guerra del Burro, del Elefante, del Aguila o el Oso.

Ser fachada era su fuerte. Su pasión. Fachada de toda clase y en todas partes, con su altivez de fachada de pavo real. Era su ritmo interior de fachada. Lo que más interesaba a los buscadores de fachadas sin condiciones, a los especialistas en zapadores de fachadas. Pero este era Ostocal, sin más condiciones que las que habían gobernado y desgobernado siempre a la sociedad libre pensadora, repetidora de catilinarias a voz en cuello, de remedos de Cicerones: loco dolenti, con soltura de campanario, que vivían atropellándose cerebralmente, sumidos en sus propios enredos epistolares, de los que no entendían nada.

--Tiene usted un verdadero enredo con su posición de Comandante de la ex-Guerra del Elefante --interrumpió el Presidente--. Mucho más comprensible es mi problema.

--Usted no tiene problemas. No parece un hombre con problemas.

--Comenzaron, como usted, seguro lo sabrá, con mi regreso de París.

--Esos no son problemas. Si lo fueran, yo no estaría aquí.

--No lo crea. Uno no vive del aire y los relojes no se componen solos.

--Para mí, sus potenciales actitudes para la posición que pretende en la Gobernación de Ostocal, lo justifica todo. Aun lo que se rumora ahí, acerca de su estrategia política

sentimental.

--No sé de qué habla.

--Sí no lo sabe, mejor. Es prudencia de su parte. Pues como el Presidente había desplegado todo su servicio de inteligencia para informarse de las inquietudes, gustos y hasta debilidades del comandante Paco Quieto. El Comandante había hecho lo suyo, para estar al tanto de los hábitos, los recovecos, los planes y hasta las mañas de burro cimarrón del Presidente del Partido del Reloj.

Mientras él se quebraba la cabeza, calculando los tiros de ballestas, comparando las huellas de los cañones de Bismark con los del Emperador de los franceses, y examinando el tamaño de los cascos de los soldados, para sacar la media de inteligencia por el tamaño de la cabeza, el Presidente del Partido del Reloj --de acuerdo con informes a que tuvo acceso el comandante Paco Quieto, que eran de fuente irrefutable -- pues procedían de la mismísima Vicenta Santi, la cortadora de callos y lavandera de doña Candelaria--, mataba el tiempo, jugando con las muñecas negras de celuloide compradas en el "Africa Ruge", de París. Y además, vivía vistiéndolas y bañándolas con Eau de cologne Parfait Amour, limpiándoles el pipí, cambiándoles de traje y poniéndoles nombres: la una se llamaba Pepa, y la otra también Pepa. Le quitaba el nombre de Pepa a la una, y se lo ponía a la otra. Tenía Pepas negras y Pepas Blancas, Pepas rojas y Pepas verdes: "Esta bandida es la timbuca y aquella es la calandraca". Y hablaba con Pepe, su otro yo, que también ya tenía nombre, para no confundirlo con los Pepes que acompañaban a las Pepas. Vicenta Santi aseguraba que el Presidente estaba poseído por el diablo de Pepa, y que era Pepa misma, que se desdoblaba con sus poderes de bruja jamaquina, colándose como un demonio, en cualquier insospechado aislamiento doméstico, en el que el Presidente pudiera estar en paz cuando alguna crisis en el Gobierno del Reloj, se le venía encima y resultaba anímicamente abrumante. Estos detalles intradomiciliarios y super secretos, fueron evaluados, analizados y sometidos a un sistema de diálisis por penetración mental centrífuga

profunda, en el Laboratorio Psico-Cibernético de Investigación Militar de la Sala de Armas. De tal suerte que no había en donde perderse y tenía a mano, latentes y eliminados uno por uno, todo lo que no valía un comino; y además, tenía la capacidad de obtener los elementos de juicio que facilitarían concluyentes y óptimos resultados. Tenían algo en común: lo de los similares escenarios en los que, casi a cadena perpetua mantenían tras las rejas, a sus trastornados super egos: así como el comandante Paco Quieto contaba con su Sala de Armas; el Presidente del Partido del Reloj, tenía una República en la Casa.

Con la anuencia de doña Candelaria Azafrano, el Presidente había dividido con una pared de adobe, el olvidado taller de la relojería en dos secciones, y en el cuarto del fondo junto al pon pon, estaba levantando su República en la Casa. Era tan secreto el plan del Presidente, que fuera de la Jefe de Campaña, solamente el Ministro de la Presidencia y la Vicenta Santi, tenían conocimiento del proyecto.

--Aquí voy a construir mi imperio --le confió al doctor Ronco Calvo, su ex-Ministro de la Presidencia, temporalmente despedido por doña Candelaria, debido al turbio manejo de las escrituras de las fincas. --Me parece muy buena idea --aprobó el plan, sin estar muy seguro de haberlo entendido todo.

Algo que conocía Ronco Calvo y desconocía la lavandera, era lo del diagnóstico privado del doctor Serafín Saldaña, cuando viajó a París, con relación a la salud del Presidente: "Sarcoma Cerebral Diluviano".

--¿Grave?

--Sí y no.

--¿Cómo es eso?

--No moja, pero empapa.

--Le entiendo.

--Va a morir hasta que quiera. Los efectos de la enfermedad han comenzado a manifestarse con algún síntoma de locura grave, y creo que ya está en eso.

--¿Presidentitis aguda?

--Exacto.

--Entonces, sólo hay que esperar.

--No se sabe cuánto, pero sólo hay que esperar. Un poquito más o un poquito menos. La escalada sintomatológica aguda va a decir la verdad.

--Hay que decirlo a doña Candelaria --sugirió Ronco Calvo.

--No vale la pena. Déjela tranquila. Los médicos recordamos ese mal con la sentencia latina: *mors ultima ratio* --dijo el doctor del Mal de Pinto, de don Cándido.

Fue al lanzar los relojes al patio, y al usar las cuerdas para reforzar el adobe, cuando el doctor Ronco Calvo se dio cuenta de la presidentitis calamis, en que estaba entrando el Presidente. Faltando la palabra al médico, lo hizo del conocimiento de la Jefe de Campaña.

--¡Usted es el culpable y puede irse a la mierda! --gritó doña Candelaria que perdió la dulzura de su carácter cuando le llegó con el cuento. Meses más tarde, le confió al Obispo Pitote: "Sale más barato tener un loco en la casa, que encerrarlo en el manicomio".

--No lo irrite --había recomendado el Obispo--. Tenga piedad de él. Déjelo que se muera creyendo que va a ser el Presidente. Mi recomendación: lávele el camisón de la locura en la casa, y que no llegue a oídos de El Lavandero Popular. Es más cristiano así.

De tal manera que los planes candidaturales y las audiencias con dirigentes de partidos políticos, siguieron viento en popa y a toda vela. Continuaba con el levantamiento de la maqueta en la que planeaba representar la Gobernación de Ostocal con lo concerniente a una verdadera República del Reloj, como él lo había soñado. Lo primero que comenzó a construir fue el Palacio de Gobierno. Tres accidentes había tenido durante el proceso de construcción de la obra: llegaba al quinto piso y se le venía al suelo. Luego insistía en la construcción. Era una lucha titánica de lobo solitario. Ni siquiera doña Candelaria tenía acceso a la República en la Casa. Se conformaba con llorar secretamente tras las hendijas

del biombo. De vez en cuando, hasta se reía, viéndolo empecinado día y noche con aquella voluntad de delirio, que no tenía fronteras. Las cosas llegaron al colmo, con las transformaciones de personalidad que había venido sufriendo, comenzó trabajando con saco y corbata, por aquello de las audiencias presidenciales. Luego, quedó en chaleco, por la eventualidad de una visita del comandante Paco Quieto. Y días después, como una bailadora de streep tease, fue botando prendas, hasta quedar en el camisón de lanilla con pernils y mangas largas, para no perder el tiempo. Lloraba de furia doña Candelaria.

--¡Qué va a estar loco este sinvergüenza! Lo que tiene, es que está enfermo de pereza. En realidad está así de no hacer nada. Ya ni relojes compone, y para colmo de males, ni siquiera da la hora. Duerme como una boa y ronca como un rinoceronte --le confiaba al padre Cruz--. Nos estamos comiendo la finca, pero a él, ni le re ni le fa.

--No crea, doña Candelaria --la consoló el cura.

El asunto de la República en la Casa llegó a tal grado, que había ratos que se olvidaba de Pepa, y ni siquiera la llamaba por el teléfono para estar informado de ella. Con el único que mantenía fluida comunicación, era con el comandante Paco Quieto. Prevalecía entre ellos, el mismo escenario de siempre, y aquella pasión febril de todos los candidatos: la alocada danza de super egos, con el síndrome Doña Blanca Ilusión de por medio: "¿Si ella es Presidenta, por qué no yo?". Una especie de epidemia nacional, que amenazaba a todo mundo, como el azote del cólera. El síndrome de Doña Blanca, contaminó a los probos, severos, honorables y virtuosos ciudadanos de Ostocal, de los que ambos candidatos no habían quedado a salvo. Sacaron en conclusión, de que era necesario embonar la inteligente, virtuosa, categórica tajante y conciliadora actividad del fusil -- como afirmaba Paco Quieto, lo cual reflejaba necesariamente y de cuerpo entero, la cultura inculta, pero vital de las armas--, con la actividad prometedora, gloriosa, simpática, cursi, carismática y altamente programada del Reloj, a fin de

llegar a acuerdos --que aunque no acordaran nada--, podían acordar algo, como el glorioso pacto Orlacha-Quieto, que terminó con la guerra de baja intensidad en las cúpulas de la cultura del rifle, para dejar vigente la guerra de alta intensidad del dólar en las cuentas de los bancos. La salida inteligente, vivificante, conducente y domeñante, ante tantos instintos desbocados por la aridez económica, estaba muy clara al fin: la UPCKK. Y esto sólo podría lograrse con el enmarañado pacto de bola ensalivada, que ofrecía el candidato del Partido del Embudo. Y en el caso de que perdiera, hasta podía hacerse un amarre, por lo bajo, para provocar un golpe de estado.

El Presidente del Partido del Embudo era hombre tenaz, con una ambición desmedida, espíritu de batalla, y una formidable aceitada escuadra de cañones de última invención, que trepidaban y hacían temblar Ostocal, cuando disparaban sus salvas.

--Es un verdadero acto de locura. Un pacto de locos --señaló el Presidente del Partido del Reloj.

--¿Qué más quiere, usted, señor candidato?.

--Esto se volvería un manicomio.

--Estaríamos en lo nuestro --pensó en la ideal estrategia de zafarrancho con espíritu de emboscada.

--Ni usted ni yo estamos locos.

--Podría ser. Pero yo se lo advertí. No hay ninguna otra salida. Las reformas constitucionales tienen la sartén por el mango, y óigalo bien, quiero que lo tome en serio: las reformas nos reforman. Usted a jugar con muñecas negras...

--Y usted con niños cagones.

--Perdón, señor candidato. Soy soltero, pero juego con mujeres de verdad, no de pelo en el pecho como el candidato del Partido que usted sabe... sino sin pelo y con pecho, como la que tengo aquí. ¿La conoce? --sacó una fotografía.

--He oído hablar de ese diablo.

--Chela Algodón --se la presento.

--Gracias. No me interesa. Tenemos gustos contrapuestos. Pero eso no viene al caso. Mejor hablemos de

la UPCKK.

--Hablemos.

--Para serle sincero, es otro más de la misma onda nuestra.

--¿También candidato?

--También candidato --respondió--. Y los que faltan.

Pasaron hablando toda la tarde de todo. Cuando no era de la Sala de Armas era de la República en la Casa. Y el comandante Paco Quieto, le hizo un relato pormenorizado y a fondo, como decía él, de sus prácticas de salva sin tiros para evitar accidentes, de sus permanentes simulacros de luchas raciales en Los Angeles o New York, y de las guerras religiosas entre musulmanes y cristianos, cuando se cansaba de las tentativas de guerrilla y de las clásicas simulaciones de golpes de estado. Le fascinaba entretenerse en la formulación de revoltijos con sustancias aromáticas que hacían reír a los muchachos: los famosos pedos chinos. Y hasta había investigado cierto terrorismo de estado, por aquello de las dudas, si es que en alguna ocasión las condiciones normales no resultaban propicias.

--No crea que no tengo conciencia de mi propia razón de ser --le repetía con frecuencia al Presidente--. Ni en el tamaño, hay un comandante que se me parezca, pues Napoleón está en el cementerio, bajo siete cuartas de tierra.

--Le comprendo --interrumpía de vez en cuando el Presidente, que le escuchaba como si fuera un libro abierto.

Nunca había aprendido tanto, aún cuando le conocía muchos secretos. Por ejemplo, aquella manía del comandante con su delirio de altura, que era un secreto a voces para los soldados de plomo, que formaban sus batallones, y para quienes le habían observado detenidamente en secreto. Cuando viajaba a Madrid, pasaba por el Museo de Cera, viéndose en los espejos de la galería de entrada. Eran los únicos espejos que no eran víctimas de la compulsiva destrucción de su ira contra el enanismo superficial --no el de la inteligencia--, porque esa sí la tenía de un tamaño descomunal. Era prudente no entrar en el terreno privado de

su visible entorno somático: la figurita tonta, calva, estrecha y muy personal, que le venía de un gene recesivo, enredado con una familia griega del sur de Sicilia. Había días, en los que el condicionamiento genético, estaba dentro del sopor de un carácter endiablado: se lanzaba en un ataque inmisericorde y frontal contra los abominables yo, del super ego, proyectados en los espejos, o en las vidrieras de los primeros comercios elegantes establecidos en Ostocal, y que según él decía, no eran él, pero que sin ser él, querían ser como él, usurpando su propia personalidad interior, como si fuera él: el Comandante, el estratega, el organizador, el conductor, el padre de la patria nueva, el hombre nuevo, el apaciguador y el negociador de la Guerra de Cleto. Criticaba y maldecía ese amor a medias, con el que tenía sospechas, había sido engendrado. Se sentía abusado en los excesos de la operación tormentosa de la génesis de un ensayo, porque de haber sido favorecido con el deseo completo del amor total, hubiera tenido al menos cinco pies y cinco pulgadas, la mediana de los comandantes tenidos como ejemplos de valor, en el medio ambiente que conocía: Napoleón, Sandino, Fruto Chamorro y Trinidad Muñoz. Recordaba como el tatarabuelo defendía el tamaño, con la ferocidad de gallo de pelea: "La esencia no viene en barriles". En el álbum familiar, tenía muchas fotografías suyas de los alargados yo --los únicos que le llamaban la atención, que lo hacían un hombre justo, equilibrado y tranquilo--, tomados de los espejos del Museo de Cera.

En sus famosos viajes de cabildeos con generales traficantes de la muerte en Europa, se pasaba tardes enteras calentándose con vino tinto de la Rioja, mientras daba apetitosos mordisquitos, sobre el jugoso, preferido y oloroso jamón serrano, deliciosamente ahumado, el que recibía como tributo a la amistad de un Embajador, primo suyo, descendientes de sicilianos. Y cuando pasaba por el Museo de Cera, tomaba y tomaba, y no terminaba nunca de tomar rollos enteros de fotografías de la propia imagen, proyectada en los famosos espejos. Lo hacía con la pasión de una dicha futura, pensando en los nietos, y los biznietos, y los tataranietos, y los

contratataranietos, como lo habían acostumbrado a él, viendo las fotografías familiares, a recordar al abuelo, al bisabuelo, al tatarabuelo y al contratatarabuelo, que era costumbre y virtud de la familia. Cuestión de orgullo familiar de imagen, que debería grabarse en la historia: el glorioso Comandante Paco Quieto, que hizo rendir sus armas en una guerra endiablado, al valiente y brutal líder guerrillero Cleto Orlacha --muchos dirán: guerra de tigre suelto con burro amarrado, en que los jóvenes soldados fueron lanzados a morir sin causa--, que aunque habló de que la Revolución lo cambiaría todo, se hundió en la estructura incapaz que no mejoró nada. Y no sería nada utópico que estos pobres contratataranietos, sin darse cuenta, por la trágica Cultura del Fusil, estuvieran haciendo el ambiente para comenzar otra guerra, más criminal y devastadora que aquella en que los tatarabuelos malversaron las energías.

--Esa Cultura del Fusil, es como la cultura del vago --decía doña Candelaria, refiriéndose a lo que vivían hablando en la Villa las veinticuatro horas del día, junto a la comidilla de próximas elecciones, que casi olía a banquete.

--Es como la cultura del Presidente. Quieren serlo cómo sea, quién sea y como dé lugar.

--Para mí esa Cultura del Fusil es como la cultura de las mujeres de vida enredada --agregaba doña Catarinita, con su tono de solfeo de mona sabia, y* abriendo desmesuradamente los ojos, agregó--: Buscan la plata a como dé lugar, y se le llevan el hombre a una, para cualquier parte".

--Yo estoy de acuerdo con Monseñor Pitote. Hay que acabar con ellos --agregó doña Pompa de Jabón.

--Monseñor Renato Pitote, dijo con ella, con la Cultura del Fusil. No con ellos, con lo que queda de la pandilla de Cleto, y sus adláteres --aclaró doña Catarinita--. Cuidado se da cuenta su Excelencia, que usted lo quiere hacer aparecer en un genocidio, diciendo que él dijo, que debería comenzar otra guerra.

--Hablé de la cultura y no de los hombres, que son más locos que una cabra, y verdaderamente incultos. ¡Ni Dios lo

quiera, que Monseñor vaya a sospechar otra cosa, porque no me da la absolución, ni que le llore en el confesorio!

--En el confesionario --corrigió doña Pompa.

No era ésta la posición del comandante Paco Quieto, que vivía practicando golpes de sombra, como los boxeadores lo hacen con el boxeo de sombra, para mantenerse en forma. Opinaba más bien, que mientras hubiera algo que repartir habría guerra, porque esto de la repartidera era uno de los problemas de la República. Cuando no había que repartir, no había res pública. La res pública socialista, estaba dentro del entorno revolucionario del libro: la revolución que no salió del libro, que se quedó pintada como un verdadero tigre de libro. Los hombres nuevos con mañas viejas, fueron los que salieron de la teoría del libro. Es el evidente y claro fundamento de la negación de la negación: algo así como revolución sin revolución, o la paz se asienta sobre la punta de las bayonetas, como decía Napoleón.

"Con este socialismo hasta yo me hago socialista" --afirmaba el comandante Paco Quieto.

"Y yo también" --recordó al Presidente del Partido del Reloj que le había secundado.

Al comandante Paco Quieto, del odio a la guerra le venía el amor a la guerra. Cuando habló con el Presidente y salieron a relucir los contrarios, se hizo la reflexión, que a lo mejor era por los mismos contrarios que lo ligaban a Pepa. Y con el amor a la guerra, le asaltaba la maldita decisión soberana de Cleto, de defender la dignidad soberana de la nación, que ahora estaba contrahecha con la enorme deuda extranjera que se estaba tragando todo. De ahí, que así por así, no podía retirarse al descanso del retiro patriarcal dentro de la Sala de Armas, sin antes haber escrito sus memorias con sangre de Comandante, para que se alegraran los contratataranietos, y nadie les contara cuentos deformados del gran vencedor, no de molinos de vientos, sino de los grandes campos de batalla en la Sala de Armas, en donde perdía la vida a cada momento, y tomaba el libro que tenía para sus memorias, y lo apuntaba como sus memorias. Así los

muchachos tendrían suficiente material para defender, la gran figura del antecesor. No el gran tamaño del chaparro, porque no tenía tamaño: "de trompicón, de medio amor, de bocado de león, o del enano", con lo que lo habían burlado desde niño, sino del héroe histórico, del valiente, del incomparable, del que aunque se haya escrito todo acerca de él, no se habrá dicho nada, porque no habrá tanta tinta en el tintero, para narrar su inmarcesible gloria titánica.

"Nuestra entrevista, fue la Entrevista del Siglo" --le había dicho el comandante Paco Quieto lleno de euforia.

"No exagere, mi querido Comandante --reaccionó el Presidente--. Pero sí, quizá se pueda comparar, con la de Atila y el Papa San Leòn".

La entrevista del siglo levantó resquemores y expectativas en todos los sectores políticos. La escogencia de "El Santo", como bautizaba el pueblo al candidato que encabezaba la lucha electoral del partido, comenzó a tomar forma, a inquietar a cada uno de los que pretendían serlo, entre los supuestos líderes, de los cuarenta y cuatro partidos, registrados en el Tribunal Nacional de Elecciones. Fue tan peligroso el conato de alianza en la UPCKK, que muchos de los candidatos tomaron aceite de risino y masticaron ajo, para evitar derrames que pudieran ser provocados por el calor del termómetro político. Al candidato del Partido de los Mancos, le sobrevino una urgencia de viajadera al baño, cuando alguien le preguntó: "¿Y cómo va a votar nuestra gente sin manos? ¡Hay que hablar con el Partido del Comején que controla la Asamblea Nacional para que aprueben la Ley que permita votar con los pies!". Alarmaba además, la inusitada visitadera a correligionarios y amigos, que iban de barrio en barrio. Salía de un portón y se metía por el solar trasero del otro. Entraba por la puerta de una casa y salía por el pon pon de en medio de la otra. No tenía quietud ni en el baño. Cuando terminaba de comer, sobre todo a la hora de la cena, doña Catalina debería tener a mano, el bicarbonato y las píldoras digestivas, para palear sueños de imprevistos atragantamientos en arenas movedizas, colazos de

dragones o incesante persecución de arañas, en las que solía hundirse irremediabilmente entre gritos de socorro y cierta desesperación congénita, rayana en lo increíble. Las oníricas experiencias eran tan reales, y le provocaban tanto terror, que huía como alma que se la lleva el diablo, cuando veía lodazales.

"Otro loco más" --murmuraba inocentemente la señora, sin darse cuenta de los problemas de los restantes candidatos. Lo decía con calculado eufemismo matriarcal, oloroso a fatalismo y cierto mudo presentimiento de certeza.

Cuando se aburría de dar vueltas en la casa, improvisando citas fantasmas, y haciendo llamadas telefónicas con números equivocados, como hacen muchos con ese juego mental de enamorados sin esperanza, practicado con florecillas de margarita: me quieres, no me quieres; me quieres, no me quieres, sacaba la cabeza por la ventana del barranco, para que le vieran y le saludaran los que pasaban por el camino. Les soltaba una sonrisa de candidato, alzaba los puños optimista, y desde adentro del pasadizo, los motivaba con gritos de aliento y saludos de campeón olímpico, después de cualquier prueba de triunfo: "Animo que vamos en línea directa hacia el poder para poder".

"¡Viva el sin mácula, el intachable, el puro, el acrisolado y rectilíneo! ¡Viva el candidato del Partido de los Mancos! ¡Con Moreno Mínguez hasta el fin!" --le vitoreaban algunos de los que pasaban por el lugar. Y lo hacían igualmente, aunque no sacara el rostro, con el sólo hecho de verlo balancearse en la hamaca.

"¿Vos? ¡Qué vas a poder! --lo abucheaban otros que no eran de la devoción del santo.

"A fin de cuentas, uno no es monedita de oro de todo cristiano, para que lo quiera cualquier moro" --se consolaba con tono de protesta.

Con la comezón de la entrevista del Presidente del Partido del Reloj y el Comandante de la Sala de Armas anti Cleto, se desató la actividad política más prolífica que jamás se había visto antes. Como los panes del milagro bíblico, se

multiplicaron los candidatos a ministro, y los candidatos a diputados, y los que, a toda costa, y a costo de cualquier costo, aunque no hubiera con qué financiar los costos, querían integrar cortes de justicia, y hasta tribunales electorales. Las más incipientes secretarías que tuvieran algo que ver con cualquier Secretaría de Estado, tenían sus pretendientes. Se desató, en fin, una tormenta de ataques al futuro, sufrido, glorioso y vilipendiado gasto público, que parecía que no habría la suficiente asignación para semejantes partidas. De tal modo, que hubo mociones de futuros embriones de diputados, que se tomaron en cuenta para que antes de elegir el nuevo Congreso Nacional, se procediera a estirar, acomodar o encoger el enclenque presupuesto, presuntivamente calculado para hacer frente a las necesidades de financiamiento del gasto público.

Dentro del maremagnum económico de la nación, en donde no ajustaba para nada, muchos candidatos se dieron a la tarea de conseguir fondos para la campaña, recurriendo a las fuentes más sofisticadas de financiamiento. El comité de Paco Quieto, pensó en rifar el primer cañón que había sido disparado por Napoleón Bonaparte, si es que le fallaba el supersónico que disparaba atronadoramente, el candidato del Partido del Embudo. El tesorero del Partido del Reloj, ofreció bonos por relojes cuando fueran ganadas las elecciones. Bonos con mantenimiento de valor en cuerda de relojes, que no serían afectados por cualquier imprevista devaluación del vanidoso córdoba de oro, que ya no llegaba a cobre. El Presidente del Partido de los Mancos, ofreció rifar un caballo que hablaba, con sus respectivos aperos, y tenía tanta seguridad de llegar a la conquista de la Presidencia de Ostocal, que en una de sus comparecencias dominicales había repetido con la más absoluta convicción: "Es tanta mi seguridad en el triunfo, que hasta yo sería capaz de rifarme a mí mismo, para darle gusto al pueblo". --"¿Y si perdemos? --preguntó un músico que tocaba el acordeón en las misas de réquiem de los difuntos.

--"No se habrá perdido nada" --le respondió el

candidato, que no paraba de un sitio a otro, dentro de aquel bullicio político de la Villa, que con la famosa reunión de la familia de los Pelayo, se había afirmado aún más el sentimiento cosmopolita de la Gobernación de Ostocal.

Entre tanto, el Presidente del Partido del Reloj, después de la reunión con el comandante Quieto, había caído en un estado de depresión misterioso. Con mucha prudencia, y en privado, doña Candelaria Azafrano había consultado al pariente espiritista:

--Mal de amores --diagnosticó el curandero.

--¡Vaya, Dios mío, al fin este flojo! --se alegró doña Candelaria.

VI

Un nuevo acontecimiento vino a trastornar la Gobernación de Ostocal. La inolvidable "Reunión de los Pelayo", a la que se abocó la familia entera, convergiendo desde los cuatro puntos cardinales, no sólo de la Gobernación de Ostocal, sino que del mundo entero. Patriarcas, generales, comandantes, magnates, principitos de melcocha hechos en casa, y notables de toda índole y procedencia, se juntaron en desayunos, almuerzos, cenas, paseos, velorios, toques serenatas, bailes, cantaderas, veladas y todo tipo de encuentros y asuntos familiares, precedidos por los más conspicuos descendientes en línea directa de la décima generación, y con teléfono rojo por si acaso, del noble visigodo, aporreador de musulmanes en Covadonga, y primer Rey de Asturias, en los que brilló la gracia, la vivacidad, la camaradería, la audacia, la belleza, la determinación, la soltura, la altivez, la envidia. Destacándose los ángeles y los demonios, en toda clase de artes, formas, técnicas y habilidades de los Pelayo, entre los que dan lustre al nombre, los ilustres ciudadanos poetas y recitantes, Don Narciso Pelayo de la Hoz y Pelayo, y Don Clodomiro Francisco Cuervo y Pelayo, verdaderas joyas humanas encasquetadas por suerte, del destino de la Villa, en la brillante y compleja sociedad política ostocalense, en donde apenas se memoriza el deletreo del Silabario Catón, los aspirantes al máximo honor, hacen sus correspondientes inscripciones en la Escuela de Presidentes. La puntal y mentora reunión, sirvió para estimular a otros rimbombantes y no menos importantes apellidos, que hicieron

brillar y reverberar sus blasones genealógicos. Pero por supuesto, dos fueron los más ruidosos y trascendentes por la calidad de sus miembros, y lo masivo y universal de sus nombres. Claro está, además la complicada presión demográfica, que puso en evidencia, las facilidades y la capacidad de servicio en la infraestructura logística sanitaria de la Villa de Ostocal, y dio al traste con los famosos proyectos urbanísticos que planeaba el Alcalde: el famoso "Encuentro de los Sánchez", y la histórica y nunca bien ponderada "Cita al centro con los López".

Las tres demostraciones familiares sirvieron de múltiples comparaciones, entre los pacíficos y resignados vecinos que vivían matando el tiempo, especulando con cualquier cosa. Mientras algunos calificados sociólogos, antropólogos y vates, opinaban sobre las características de los Pelayo, entre los que había más blancos que negros, más judíos que cristianos, más flacos que gordos, más ricos y aparentemente ricos que pobres, con la media de más inteligentes que brutos. Computando el perfil de los Sánchez, se podía concluir, que había más gordos que flacos, más nativos que enrazados, más morenos que blancos, más jugadores de cartas que jugadores de dados, menos bebedores de vino que bebedores de guaro, y más promesantes que cumplidores, con una media normal, de más abiertos que cerrados. Entre los López había más simpáticos que pesados, más alegres que tristes, más normales que disparados, más morenos claros que morenos negros o morenos blancos. Más cantantes que guitarristas y más libertos que esclavos, y una mediana ni de tan buenos, ni de tan malos. En materia conyugal, sólo sabían leer en su propio libro y se acostaban temprano. Era ésta, una de las razones biológicas en la que afianzaban la prolífica, multitudinaria y claramente explosiva descendencia de los López.

La Cita al centro con los López, trajo tanta preocupación a los vecinos de Ostocal, que la reacción fue comparada con el tormentoso vendaval, que por poco inunda la Villa a la llegada de los petroleros; lo mismo que con la

brutal y pavorosa erupción del Cosigüina. El pueblo entero, después del Encuentro con los Sánchez, al sólo enterarse de la noticia, sintió tal estupor, que organizó plantones, quema de ruedas de diligencias, de petates pulgosos, de bombachos en desuso y de camastros de carretas y carretones viejos, frente a la Casa de Gobierno. Y además, pidió el ajusticiamiento a través del vil garrote o de la horca en la plaza pública, de su mentor Pancho López, prominente blasón de blasones y patriarca de la familia, quien encabezaría el memorable evento de la Cita al centro con los López. Pero lo más que llegaron a obtener de las autoridades del Gobierno, fue que el anuncio: "Despelote Siglo XIX con los Pérez", fuera sacado de los medios publicitarios y se prohibieran los preparativos en ciernes. Demás está referirse a las famosas protestas que en todo el mundo, encabezaron los Pérez con Zeta, junto a los Peres con Ese. En las inmediaciones del Golfo Pérsico, frente a la casa de un turco de apellido Pelayo, Embajador Itinerante de Doña Blanca Ilusión, colgaron y quemaron una réplica vestida de blanco de la imagen de la Presidenta. Y en la propia Casa Negra del Burro y del Elefante, fue entregado un Documento al Secretario de Estado, pidiendo la inmediata ruptura de relaciones con el citado Gobierno, por la inaudita violación de los derechos humanos de los Peres. No prosperó cierta gestión ante el tenaz y aún gobierno nómada del Estado de Israel, porque su canciller del mismo apellido, estaba sumamente ocupado en el Exodo.

El Encuentro con los Sánchez, con su proyección de alboroto novelesco, en medio de la fantasía familiar y del delirio de persecución y de grandeza, hasta cobró características tribales. La noche de clausura, en la que se encontraban los más impolutos y renombrados miembros del clan: famosos, desvencijados, locuaces, esotéricos Sánchez Cantones, Sánchez Guerrero, Sánchez Armijo, Sánchez Coello, Sánchez Siriales, Sánchez Pajaritos y Sánchez Sánchez, entre los que brillaban toreros, millonarios, domadores, beisboleros, guerrilleros, banqueros, asaltantes, violadores, ladrones de sacristía, relojeros, directores de teatro, políticos, poetas,

pintores, y bailadores de mambo, de rumba, de merengue. Y en los que también había noveleros, diestros y ambidestros, tenderos y vividores de toda especie, vuelo, calibre y condición, después del discurso de uno de los parientes cuarterones, del maestro español del toreo clásico, Salvador Sánchez (Frasculo), saltó otro Sánchez tribuno, y tomando el rábano por las hojas, contrapuso al famoso maestro Frascuelo, un tal Sánchez Deleo (El Gato), de Chontales, también famoso sorteador y montador de toros salvajes. Alzando su copa, gritó: "Sánchez Deleo (El Gato), es capaz de darles no sólo cuatro mulatazos, sino que veinte verónicas y cincuenta pases de pecho a esos toritos españoles hasta con los ojos vendados", lo que provocó la ira y desató un zafarrancho entre los admiradores eternos del noble Frascuelo, contra los seguidores fanáticos de Sánchez Deleo (El Gato), cuando comenzaron a llover chunches de toda clase: taburetes, silletas, sartenes, platos, mesas, zapatos, cascotes vacíos de cerveza y hasta los adornos florales, que estaban decorando las mesas.

Pero como estaba previsto, ni las más violentas demostraciones, ni los más sutiles consejos, hicieron posible la suspensión de la Cita al centro con los López. De tal manera, que aunque los López no eran ni muy ricos ni muy pobres, ni muy grandes ni muy pequeños, ni muy inteligentes ni muy escasos de cerebro, hubo recursos más que suficientes para comenzar la romería, que además hizo cambiar de dirección toda la planificación del gobierno con relación a la infraestructura de servicios.

Pareció un juguete de recién nacidos, el famoso éxodo de la Guerra de Cleto Orlacha, comparado con la estampida a los pueblos vecinos, de la angustiada población de Ostocal, con la Cita al centro con los López. Desde meses antes, saltó repetidamente, el precio de los alquileres. De tal manera, que hasta los terrenos periféricos, baldíos y sinuosos, alcanzaron plusvalía increíble.

Se organizó una Junta de Inscripción del apellido, fuere cual fuese el origen o la procedencia: "Aquí no hay castas ni

castos, ni descastados. López somos todos", invitaba la manta que había sido clavada en la puerta de la Oficina de Inscripciones. Todo mundo quería ser de la familia de los privilegios multiplicados. Los blancos, los negros, los morados, los azules, los rubios, los murrucos y los calvos. Ser López era ser López. Una carta de recomendación que servía al menos, para cobrar un salario en los próximos seis meses, obtener gastos de viaje y rebajas en los almacenes de los López. Y por supuesto, entradas gratis a los bailes y otras maromas y despelotes que darían ambiente a la Cita.

--¿Usted, doña Pompa, por casualidad, no es López?

--preguntó doña Candelaria, alterada por aquella fiebre de apellidos.

--Pues, verá usted, que no.

--Pues, menos mal, porque ya no aguanto a la vecina del lado con ese tal Pancho López, que dicen que viene a la Cita.

--No se preocupe. Acuérdesse que si con el Encuentro de los Sánchez, que eran menos, después de la guerra de las silletas, los platos rotos y los manteles voladores, muchos se querían cambiar el apellido, imagínese usted, lo que va a pasar con ese abrumante número de los López. Después de esta nueva guerra civil en la que se sospecha va a degenerar la Cita, miles van a desgazar el barco del apellido, y como cierto personaje que usted y yo conocemos, querrán sacarse hasta la última gota de sangre, si esta sangre no es de López.

--No creo que sea para tanto --repuso doña Candelaria.

--"Candelaria: ¿Vos, sos solamente Azafrano, o por virtud de la suerte, tenés sangre de López?" --soñó la Jefa de Campaña, que le susurraba al oído el Presidente.

--"Algún día los Azafrano vamos a celebrar la "Reunión del Azafrán?" --le contestó en el sueño.

--"Bonito nombre para un encuentro de familia. Pero, los Azafrano, se pueden contar con los dedos de la mano".

--"Más escasos son los Valpulso".

--"Es cierto" --se alejó la voz en la nubosidad gris del sueño.

A la mañana siguiente, la despertó una especie de procesión que venía sobre la Avenida de los Peloteros, rumbo a la Junta de Inscripciones, a esperar turno en la larga cola de los López que estaba enrollada en el parque. Marchaban alegrísimos, tocando jucos, clarines, tambores, bombos, marimbas y saxofones. Por lo menos, cuarenta bailes folklóricos: inditas, Chinegros, machos ratones, gigantonas, enanos cabezones, vacas, muertes, carretas nahuas, zopilote, zapateado y todo lo que olía bien y arrastraba en materia de alboroto. No sólo a López, sino que a Pelayos, Sánchez, Pérez o cualquier otro nombre o apellido, alegre y numeroso, de los que gustan de fiestas ruidosas, que parecen ferias o concentraciones políticas, en las que todo mundo pasa de lo más divertido, y hasta sobran oportunidades en las que se meten, no solamente las manos, sino que también los pies; y que quedan grabadas como en lápidas de concreto para el chiste, en la memoria de las computadoras humanas: la pedorrera de doña Fulanita; los enamoramientos de don Zutano, a las esposas de los amigos apenas se pone borracho: la gran regada de la sopa en el mantel de lino bordado de doña Menganita. Materia prima de los cuentachistes. Fijaciones en la memoria de la risa para recordar a los muertos simpáticos.

--Y esto que faltan quince días --dijo doña Candelaria, hablando con su retrato de matrimonio que estaba colgando en la sala.

--"Eso no es nada. Vas a ver lo que le espera a esta pobre Ostocal" --pensó que le contestaba el retrato.

Por esto mismo, se le ocurrió llamar al Presidente. Al sexto golpe en el biombo, cuando no contestó, se asomó por la rendija. Estaba dormido en cuclillas, empapada la lanilla por el sudor del camión de pernils. Parecía un alma en pena, abandonada en el limbo de la duda.

--¡Presidente! ¡Presidente! --le despertó.

--¡Calma! ¡Calma, señora Jefa de Campaña!--abrió los ojos legañosos, atolondrado por el desvelo de los reconfortantes sueños políticos y el trabajo de la construcción

del Palacio del Reloj.

--¡Asomate por la ventana, que ahí viene una manifestación de los López!

--¿Cuáles López?

--Los de la Cita.

--Creí que eran los desmovilizados de Paco Quieto, que andan desesperados buscando quien les solucione el problema del hambre. No les han dado, ni siquiera las semillas para sembrar granos básicos --recordó las protestas frente a la Casa de la Presidencia.

--No. Son los López.

--¿Ya examinaste bien el árbol genealógico de tu apellido?

--No voy a perder el tiempo en tonteras. No soy López ni quiero ser López.

--¿Estás segura?

--Segurísima.

--Es que de vez en cuando, te pareces a la comadre López.

--Eso de parecimientos, no creo que sea importante. Algunas veces vos, cuando estás hablando sólo, en tu República en la Casa, pareces presidente, y otras veces... bueno... mejor no lo digo...

--Tenés razón. No me había puesto a pensar en eso.

--Para que veas, pues, que no todo el tiempo tiene la razón el Presidente.

--Es cierto. Pero, vieras cómo me caen bien estos López.

En forma confidencial, Vicenta Santi le había dicho al Presidente que López era el segundo apellido de Pepa Torrentes, y que muchos López, caminantes del parque, estaban proponiendo al comité organizador de La Cita al centro con los López, el nombre de Pepa para que fuera la Reina de la Cita.

En materia de popularidad, Pepa doblaba a las otras candidatas. Contaba con el apoyo de los viejos López Verdes de León, Matagalpa y Carazo. En Granada, "La Gran

Sultana" --por algo le llamaban con ese nombre--, vivían los famosos López de la Huerta --algunos muy ricos, y otros locamente desesperados por serlo--; que invitaron a Pepa para hacerla su princesa y prometerla el apoyo incondicional del ilustre grupo que era una asociación de viejos cimarrones con poder de veto, que se reunían para sembrar en La Huerta, que era como arar en el mar, acompañados de simpáticas timoneles de arados ligeros, para que fueran las conductoras de sus tractores de agua. Metido dentro de su República en la Casa, la información de la famosa candidatura confirmada para Reina de la Cita, la recibió de la misma Pepa Torrentes, a través de la famosa Vicenta Santi.

--"Has tardado mucho. Cuidado te dejas alcanzar por mí. Voy a ser tu Reina de belleza, antes de que llegues a Presidente. Nos veremos en los próximos días, en la cita del alboroto. Se muere de amor por ti. Como siempre. Pepa".

No sólo era él, entre los candidatos, el que estaba a la espera de la Cita al centro con los López, sino que todo mundo, incluso quienes estaban colocados en la parte crítica de la curva del bajón del calendario. El Presidente del Partido de los Mancos, hasta suspendió los mítines mentales, multitudinarios, que venía montando en la radio. Después de que prometía poner todos los casos y cosas, matemáticamente exactas --aunque en Ostocal dos más dos no eran cuatro, sino que cualquier otra cantidad--, anunció que suspendía la campaña candidatura para sumarse y tomar parte del prudente receso festivo, que patrocinaban los López.

"No importa que Ostocal esté patas arriba --pensó--. A como dé lugar, a su tiempo, voy a ponerla patas abajo, y la voy a hacer andar derecho. Sólo yo soy capaz de poner las cosas en orden. Y si los precios del arroz, los frijoles, la leche y las tortillas están en los cuernos de la luna, los voy a bajar a tierra, a nivel de cola de chanco, y no de supermercado, para que el pueblo sepa que en Ostocal hay Alcalde, y no se siga practicando la sentencia latina, como dice mi querido monseñor Pitote, de homo homini lupus.

Había sido tal el entusiasmo en que había caído el

Presidente del Partido de los Mancos, que hasta le había prometido a Pepa Torrentes, que daría el voto por ella, y que mantenía a su total disposición, los cañones de Radio Serrucho. "Es usted un candor. Un angelito que Dios dejó escapar de su maravilloso cielo de bombones. Mande al diablo a ese ancianito candidato del Partido del Reloj, que no le va a dar la hora", había alagado a Pepa.

Y ya no digamos del comandante Paco Quieto, que por los cuatro costados, era tocado al mal de amores. Y lo único que lo aquietaba y lo absorbía cuando no estaba al frente de sus legiones de soldados de plomo, y sus generales prusianos, era el escribir cartas de amor a las casillas de anuncios en revistas románticas, a mujeres de toda edad, tipo, apariencia y gusto, abandonadas por el cruel y despiadado destino. Las que hablaban de sus fascinantes anzuelos físicos, y de sus virtuosas capacidades morales y artes amatorias. De vez en cuando, la susodicha dama y peticionaria de San Antonio, recibía la respuesta firmada por un amador volátil, con las mismas características y condiciones de la "Triste y abandonada locuela suspirante" del anuncio en la revista; y la que en ocasiones, abandonada a la ilusión sobre la tibia y solitaria almohada, soñaba con el escribidor de cartas y versos de amor. De vez en cuando, en el ir y venir de las cartas --mujeres ansiosas de protección y compañía--, llegaba la respuesta del lamento fúnebre de alguna señora rica, en busca de la protección de un hombre bueno, honorable, dulce como la miel que ella había soñado, en eso de entender el amor de una mujer ansiosa de cariño bajo la sombra de un árbol fuerte: un roble, como lo había vivido anhelando.

Se alegraba el comandante Quieto, de las contestaciones firmadas por las señoras ricas. Se imaginaba disfrutando del capital en los balnearios de Acapulco, Viña del Mar, Torremolinos o en la Costa Azul Francesa. Pero caía, en una frustración profunda, cuando la señora de la carta exigía para comenzar relaciones, la fotografía reciente, a fin de sacar conclusiones de lo que decía la carta. Lo que pudiera expresar el galán fotogénico o príncipe de cualquier cosa, con el que

soñaba la soñadora enamorada. Después de tres o cuatro intercambios epistolares, en los que quedaba aclarado todo lo concerniente a las inquietudes incendiarias de la triste y abandonada locuela, el comandante Paco Quieto, tornaba a su Sala de Armas, descargaba su furia con crueldad sin nombre, sobre los soldados de plomo, de arcilla, de porcelana, de zacate o de madera. Los ponía a régimen de pan y agua, o de sólo pan para que sintieran verdadera sed aumentada con el poroso secante de harina ahogada por inmersión en la humanidad del soldado; o de sólo agua, para que sintieran la vergüenza de no poder soportar las urgencias de un diabético, o un prostático, de los cuales, Igor, el general Alemán de sus batallones de Bismarck, estaba acostumbrado a burlarse. A los cuatro vientos, pregonaba a sus soldados, y en las francachelas, cuando invitaba a sus generales, a tomar cususa de Ostocal, para que supieran, lo que verdaderamente era bueno. La inmortal bebida de reyes --como lo había oído decir del general Ascencio Solano, quien nunca disparó un tiro--, pero que se jactaba de todo cuanto había pasado en la guerra de Cleto Orlacha, como si él hubiera encarnado la guerra, como si él hubiese sido la guerra, como si él al fin, hubiere ganado la guerra. De los tres candidatos, el más tranquilo, el más seguro de sí mismo, quien las tenía todas consigo, --de acuerdo con los mensajes y los guiñones de ojos en el parque-- era don Cándido Valpulso: "El Albino, El Ojo de Aguila, El Gato sin Botas o El Presidente", como gustaba que le llamara Pepa. Ese seguía tranquilo, pensando y planeando con la construcción del sexto piso --de ese dolor de cabeza en que fallaban los cálculos estructurales de sus conocimientos del péndulo: de su teoría del reloj, de su mañosa sensibilidad de minuterero, de balanceado punto de equilibrio de volante, de tic tac permanente, sin tomar en cuenta más que su propia misión de hacer lo suyo con su República en la Casa, como el reloj hace lo suyo sin importarle el tiempo. El significado de medirlo uno y otro día, repetidamente, en alegórica y ponderada manifestación de infinito--, con lo que estaba comprometida su voluntad de Presidente, y en el que no había podido

avanzar una pulgada. "Después del sexto piso, Pepa Torrentes", el pequeño pero inmenso demonio que se le había metido adentro, le susurraba al oído. Y volvía: "Nada ni nadie más que el sexto piso y Pepa". Era como si estuviera condicionado mentalmente casi sin percibirlo, arrastrado por la fosforescencia de la luminosidad de su obra monumental del Palacio de Gobierno de la República en Casa, como mariposa o luciérnaga hacia el encuentro con el fuego que quemaba sus alas. Llegaría hasta el fin. Tenía la certeza, de que a un candidato no lo abandonan sus duendes protectores. ¿Cómo van a dejarlo? ¡Ni pensarlo siquiera! Y si esto fuera posible: ¿A quién se le podría ocurrir, que en una tierra de milagros, el Señor de los candidatos, que era el Señor de los Milagros, pudiera olvidarse de él, que se había comprometido a precios razonablemente justos, a reparar y embellecer los relojes de las parroquias, lo mismo que restaurar el refrescante y fulgoroso brillo dorado de los altares? Estaba seguro de que jamás, eso acontecería. Nunca sería posible. Así como él se sentía obligado con las parroquias, era justo suponer, que el beneficiario de ese compromiso hiciera su parte con el candidato a Presidente. Era una especie de pacto, y un pacto con alguien de quien estaba seguro, nunca podría fallarle.

Era el preludio a la celebración de La Cita al Centro con los López, la que cada minuto cobraba mayor trascendencia, porque llegaban y llegaban más parientes López de todas las condiciones y colores habidos y por haber. Verdadera lluvia, caudal, torrente, río, ciclón de López, con tal incidencia alarmante y negativa, que se comenzó a escasear el agua, el querosén, el aceite para los faroles, así como el papel de envolver. Los primeros huecos de depósitos para pon pones, se fueron volviendo pequeños, con tantos pon pones auxiliares, que fueron bajados de las diligencias con los equipajes de los López, y luego anexados a los ortodoxos interiores tradicionales de la bullanguera, alarmada, alegre, sorprendida, dicharachera y aterrorizada villa de Ostocal, que tenía semanas de no pegar los ojos con el ronroneo de chismes, y la permanente vigilia de guitarras, marimbas, flautas,

guitarrones y chirimías, amenizando la fiesta desde días antes en víspera de la testimonial concurrencia multigeneracional de la Cita al Centro con los López.

El pobre parque estaba convertido en un hormiguero, y las hormigas carrereaban en un chiquero. Por doquier hamacas, sillas, silletas, jergones y petates, camitas plegadizas de militares y confortables camotas matrimoniales en donde muchos López en sus camas, como Juan se siente y se sienta en su casa, se contaban chistes y la pasaban de lo lindo. Fuegos con enormes ollas de nacatamales, mondongo, baho, bebidas de todas las clases, y hasta tortas de las constantes y masivas celebraciones de cumpleaños, todo dentro de un despliegue culinario que jamás se había visto antes, y que posiblemente, después de la complicada experiencia, nadie querría verla más, de quienes fuesen las celebraciones o los apellidos.

Después de la barrida de los vecinos de Ostocal. La mayoría salió en el famoso éxodo de la Cita: el mayor y más grande de los que había habido hasta entonces. Para poner un claro ejemplo, más estridente y doloroso que los de aquellos que salieron huyendo de Cleto. Y mucho más extensivo y numeroso, que el que encabezó Moisés, después de las famosas Plagas de Egipto, a la Tierra Prometida. La fiesta de los López había traído lágrimas a Ostocal, y la famosa hambruna de Ostocal había sido la hartanza de los López. Porque mientras los López disfrutaban de las inimaginables comodidades importadas, y todas las ricuras y preciosuras, con los dineros traídos de otras partes, los pobres de Ostocal, apenas se chupaban los dedos y disfrutaban del disfrute de los López --la imaginación atragantada en el alma--, pues era condición el ser López, para poder entrar en la relojina.

Hubo ciudadanos no López --definidamente contra López--, que en la alienante confusión del valor de los apellidos, y con el arrastre envolvente de la publicidad tendenciosa, en la que Radio Serrucho, Radio Bacín y Radio Bla Blá --las tres grandes de la cadena honorable, defensora de la libertad de prensa y del derecho a la archivocinglería

radial serenísima, llevaban la punta--, que gritaron a coro, arrastrados por el veneno de la imitación y la furia cabalgante de la claque: "López, López, López", para quedar luego, desvaídos y tristes, por el sonrojo agobiante de la vergüenza, estimulada y sacada a flote por el punzante azote de la sorna, y las amenazas irónicas de los Pérez, los Martínez, los Sánchez, los Pelayo, los González, y tutti quanti hijo de vecino, que se sentía con todo el derecho de meterse en la guerra irreversible de los nombres, iniciada por los Pelayo. En el decurso de las incidencias, la tal fue tomada como la sustitución del mensaje del triunfo en una carrera de relevo, por quienes estaban dentro de la lid, en la lucha por la punta. Guerra a toda costa, para mantener viento en popa y a toda vela, el apasionante testimonio de los clanes, los árboles genealógicos y la gloriosa sangre dispersa en los escudos y los blasones. No quedó títere con cabeza en la apretujada Villa de Ostocal.

Esta, nuevamente se sintió sin aire, sin algo en qué reclinar la cabeza, como cuando la llegada de los petroleros; o quizás como más antes, con la explosiva entrada insurreccional de los muchachos --así fueron llamados entonces, los revolucionarios malos creyéndolos buenos--, lo que puso los pelos de punta, el ánimo encendido, el patriotismo en todo cristiano ilusionado, agolpando la sangre en el rostro del pueblo, poniendo en vilo el corazón, que sin vacilación ni términos medios, se lanzó a la calle de Ostocal, hasta que no quedara un mínimo de presencia del dictador. Y ni siquiera el nombre garabateado, o el escarnio de imagen sobre las paredes. Fue tal la rabia, de los que querían borrarlo de la faz de la Gobernación de Ostocal, como realmente lo intentaron --por la utópica amenazante posibilidad del retorno, quien se va se va para siempre-- pero que no fue superado nunca, porque era como Caballo de Troya en el alma de la revolución, en el lujo de la revolución, en la pereza de la revolución y en el desfazado mensaje de la revolución que no salió del libro.

Entre aquel pandemonio de confusiones y carcajadas,

de gritos eufóricos de trastrocados valores, algunos candidatos prendidos por el enredo del alboroto, haciendo chacota de sí mismo, decían:

"Yo llevo agua a mi molino" --ponían en boca del candidato del azúcar.

"Yo desayuno con pólvora. Siembro vientos para cosechar tempestades" se referían al comandante Paco Quieto.

"A mí que me registren. Yo ya me monté en la carreta nahual" contaban del Presidente del Partido de los Mancos.

"Yo doy la hora y nada, pero hago sonar los relojes", decían del candidato del Partido del Reloj.

"Y aunque usted no lo crea, yo poseo mi propia retratera", alardeaba el propietario del nuevo pasquín "El Garabato", quien además, era candidato único del Grupo Yoyo, entre los iluminados del exilio.

El día anterior del encuentro, en la corredera del "Toro encohetado", con la que comenzó oficialmente la Cita al centro con los López, una escuadra de López gitanos, alegres, dicharacheros, malabaristas, cantaores y comilones, despertó con diana nocturna a los trasnochados fiesteros de la Cita, que con la abundancia de sonidos de toda clase, sólo podían dormir en la cuerda floja del filo del sueño. Entre la multitud que cabalgaba sobre el caballo rojo del alboroto, Pepa Torrentes saludaba a sus vasallos que reducían a cero el espacio de las calles, y caldeaban el ambiente con efluvios de toda clase.

--¡Viva Pepa!...¡Viva la Reina de los López! --gritaban.

--¡Eres la Generala del sex-appeal --silbaban y daban palmas otros, cuando descubrían a la encabriolada Pepa a lomo de corcel, dando saltos y haciendo bailar al bruto, que no lo parecía tanto.

--¡Peepa!... ¡Peepa!... Peeepa... Peeepa... --coreaba el apretujado Presidente, arremolinado en el bullicio, arrastrado por la estampida de los López. Su cabello albino parecía un señuelo de pescador, durante una jornada de pesca al troleo, y casi pierde el sentido del equilibrio, cuando la Reina Pepa, le contestó el viva entusiasta y conmovedor, con un beso

lanzado como una pelota de humo, contra el bate de Babe Ruth, en el Yanky Stadium, enroscando la pelota, imprimiéndola velocidad con las puntas de los dedos, lo que al Presidente le sonó como pedrada en la cabeza: estimuló su secreción de adrenalina, inundó su músculo cardíaco, aceleró su mecanismo de pulsaciones y de frescor del corazón, y le hizo rememorar el azaroso vendaval de la chineada y del beso, en aquel inolvidable día de la llegada de Pepa con los buscadores de petróleo.

--Menos mal que ahora tenemos en qué perder el tiempo perdido, valga la redundancia --comentó el Presidente del Partido del Comején, que se estiraba entre los candidatos, en el estrado especial para políticos de altura que habían preparado los López.

--Menos mal --lo secundó el Presidente del Partido del Candil, preocupado con la escasez de querosén, debido a la oscurana en que iba a quedar el pueblo después de la Cita--. Sin aceite, ni siquiera vamos a poder vernos los ojos. En esta negrura de Ostocal, sólo va a poder ser visto el Albino.

--Lo de la oscuridad me tiene sin cuidado --interrumpió la Secretaria de Cultura y Ética del Partido del Candil--. Para eso tenemos a sabios como usted, que nos alumbrar con su inteligencia. -- Gracias por el cumplido --contestó el Secretario General del Partido del Candil--. Felizmente en Ostocal, siempre hemos tenido con qué alumbrarnos. Antes de la Revolución de Cleto Orlacha, nos estuvimos alumbrando con la luz de la fe. En la Revolución de Cleto, con balas trazadoras y luces de Bengala, y después de la Revolución de Cleto Orlacha, con la luz de la esperanza, que es la última que se pierde --sonrió el Presidente del Partido del Candil.

El bullicio abracadabrante de las voces en tropel, ahogaba al parque, la plaza de armas, el campo de beisbol, el atrio de la Parroquia del Silencio, los patios vacíos, y las tres avenidas con sus doce calles, que iban a parar a las rondas, en las que por esos días se amontonaban los estancos, se arrinconaban las putas, los niños se divertían encaramándose en los cerdos, y las ancianitas piojosas se ponían en fila para

destriparse las liendres. Pero, este no era el día para esa tarea sanitaria. Todos estaban parados en las aceras --donde habían aceras, y la mayoría de los muchachos jóvenes encima de los árboles, colgando de las ramas, de tal suerte que parecían monos--, porque se estaba pendiente del espectáculo central: la llegada en zepelín de Pancho López, quien aterrizaría en la cúpula de la Parroquia del Silencio, con la serenísima venia del Padre Simón Cruz, que se mantenía con la presión alta debido a los chismes del vecindario.

Era inútil pensar siquiera, que la parada festiva de los López pudiera avanzar un palmo. Cuando el reloj de la Parroquia repicó las doce del día, no había podido pasar del parque.

"Todo está previsto dentro de los cálculos matemáticos de la Cita al centro con los López" --aseguró el coordinador de la venta ambulante de las famosas camisas con impresión a colores en pecho y espalda del: "Yo también soy un López". La consigna preferida por clanes, familias, organizaciones y tribus del famoso apellido de Pancho López.

En verdad, la concentración de los López no tenía precedentes ni comparaciones con nada. La explosiva celebración a balazos del triunfo de Cleto Orlacha, en las que se habían volado tiros al aire, a diestra y siniestra a la hora de cantar el Himno de Cleto, y en la que algunos resultaron heridos bajo la apoteósica lluvia de plomo frío. Cuando otros leyeron en los periódicos, el resultado de la zarabanda de balas, inmediatamente pensaron: "Sólo eso faltaba! "¡Salí vivo de la guerra entre el Tío y el Oso, y por nada me matan en la celebración del triunfo de Cleto!". Tampoco podía compararse con la última concentración electoral premonitora del gobierno de Blanca Ilusión, en la que el pueblo cantando el Himno Nacional, y recitando cuartillas patrióticas alusivas al triunfo de la UPECSA en contra de Cleto, y marchando hacia la Plaza de la Gobernación de Ostocal, el centro histórico, frente a la Parroquia del Silencio. Reunidos todos: Pelayos, Sánchez, Pérez, López, Martínez, González, y otros apellidos populosos, entonaban cantos de paz y de triunfo, solidarios y

apoyando a Blanca para Presidenta: Doña Blanca, en quien Ostocal confiaba que debería ser la respuesta. La multitud sedienta de justicia, hambrienta de libertad, de trabajo, alrededor de su futura administradora del poder para poder. Rodeado el estrado de madera construido sobre barriles de metal, en que Doña Blanca Ilusión, resurrecta del más allá, encarnación de la paz de los sepulcros en que estaba hundida la nación, levantaría el estandarte de la liberación del pueblo. Y ya no digamos de la controversial visita del Papa a Ostocal, en medio de insultos y amenazas, de las engalonadas nuevas sectas e iglesias, en esa especie de competencia mercantil: luchas a puñadas, chilillazos y garrotes --como aparentaba ser aquella guerra de pancartas, gritos y amenazas--, la que apenas parecía remedo de acciones de masa, fiestecitas de la familia sin trascendencia, si es que deberíamos hacer alguna comparación con la Cita al Centro con los López. En materia de lenguas, la pobre Torre de Babel, parecía un obsoleto y ruinoso gancho publicitario, si se contaban las germanías, trabalenguas, jergas, argots, escaliches, lenguas, idiomas o trucos lingüísticos, con los que se entendían los López. Y de otras materias, ni siquiera mencionar palabras, porque buscando en los libros que hablan de epopéyicas concentraciones, y hasta de las guerras mundiales en las que se ha suprimido parte del mundo, no se tenía idea de ningún tumulto humano de tal envergadura que se pareciese a la Cita al Centro con los López.

En un ambiente de acidez de fumarolas y comidas, y de continuo danzar, tomar aguardiente, whisky. De lanzar vivas a Pepa y de hacer cabriolas, los gitanos López que pudieron ser Sánchez, Pérez, Martínez o Pelayos, o de cualquier otro nombre o apellido, --que eso no viene al caso--, de anuncios de los reyes del tabaco y del aguardiente --beba mucho que es bueno para el hígado y fume más aún que no tendrá jamás cáncer en la garganta o los pulmones--, reyes de la moral y del hambre de salvación del hombre. La sublimación publicitada del amor con crímenes de aguardientes, con asaltos, con robos, con violaciones, con drogas, aunque condenemos el

crimen y todas sus lacras, y bendigamos al aguardiente con todas sus rentas productoras y generadoras de la muerte sin condición de ser muerte, en muchas ocasiones por serlo. Maldecir la vaca, pero beber la leche.

Cuando llegó la hora de la pólvora, se hizo presente la famosa comisión sin nombre específico, que representaba a todos los nombres y apellidos, todas las familias del mundo, todas las germanías, lenguas o idiomas, presionando con vehemencia, un sitio en la Cita al Centro con los López, para participar del encuentro. Expuso la comisión: "En el fondo, todos somos López. Dios hizo primero a Adán López y después a Eva López, su mujer, sacándola por la costilla falsa de la mala suerte: la número trece. Este es problema de la costilla de Adán López. Todos los demás apellidos y nombres son cuentos de López. Pancho a la cabeza, el que en breve tiempo estará con nosotros de acuerdo con la opinión de la Junta de Inscripciones. Aún cuando venimos de Pérez, de Sánchez, de Pelayo y de Martínez, Mendioroz, Blancos y Negros, somos Pérez López o viceversa, y Sánchez López y reversa, y Pelayo López y anversa. Todos parientes en generaciones alternas o centrípetas, de López de Vega, de Rueda López, de Ayala López, y como se quiera pensar sobre López, siempre habrá de por medio un López, en cualquier familia de por estas tierras que ruja y truene en el estadio de nuestra propia constelación interior; y por ello, pedimos un sitio en esta Cita al Centro con los López".

Cuando la inesperada Convención de Acuerdos de los López, diseñada y montada al instante para sancionar los Estatutos y dar curso a las medidas legales, aprobó la moción presentada por los apellidos y clanes solicitantes, se escuchó la primera descarga de pólvora. Fue la señal. Luego, al Norte, por el campo de beisbol, y al Sur por el sector de las Pilas, y al Este por la Estación de Diligencias, y al Oeste por el Mercado de Tenderetes. Los cuatro puntos cardinales se convirtieron en una rampa de lanzamiento de cohetes, torpedos, bombas, morteros, cargas cerradas, en las que sobresalían estrellas, círculos, triángulos, paracaídas, lirios,

nombres de López en luces que se desparramaban del cielo, en rosas, frutas, manos con adioses, y toda clase de dibujos en la noche de los López, diseñados y alumbrados con fuegos de colores en pólvora. El mismo perfil de la Reina Pepa, que ya había sido electa, brilló en el cielo sobre su caballo rojo de fuego encabriolado.

--¡Dios mío! ¿Ves lo que yo veo? --exclamó el Presidente que no salía de su asombro--. ¡Pepa sí que se las sabe todas!

Y comenzó a dar gritos, emocionado: ¡Peeepaaa... Peeepaaa... Peeepaaaaa...! --trastornado, pensando que Pepa estaba en el zepelín de Pancho López, que había aterrizado en el techo de la Parroquia.

--Estás empedado --protestó doña Candelaria con disgusto--. Con otra fiesta como ésta, te vas en la misma jaula con el garañón del Dumbar o del Atayde, o en ese bendito circo de los López.

--No estaría mal --contestó el Presidente, estirando la cabeza y descubriendo en el desfile de carretas, el rostro y la ecuestre figura de Tarantino Rivadiaba, montado en la rastra del aserradero "El Botarata". Iba lanzando besos a todos lados: "Este es para ti, mi reina. Mételo en la caja de caudales de tu corazón", gritaba satisfecho y orondo. Tarantino Rivadiaba había sido el impertérito e inveterado candidato potencial siempre. Su candidatura hacía el papel de careadora en la convenciones del Partido del Acomodo. Se envanecía oyendo pronunciar su nombre entre el discurso político. Tenía su grupo de adláteres, quienes le aplaudían con gozo, y él les daba cualquier cosa para tenerlos satisfechos, para hacer que no perdieran de vista su figura insípida de pasa arrugada. Decía: "Mi popularidad me viene de antaño. De viejas luchas partidarias dentro de los Mechudos". Era un aserrador salvaje. Lo sabía hacer muy bien cuando estaba metido en la escogencia de un candidato a cualquier cosa. Aserruchaba pisos y pagaba mercenarios para lograr lo suyo, aunque no sacara nada en cambio. El doctor Polito López, bajo el embrujo traidor de una jugada cacreca, había su víctima. "Es un tipo encantador. Me gusta sobremanera por la

flexibilidad de su espinazo" --decía la Presidenta Blanca Ilusión. "Pero hay que tenerle miedo" --recomendaba Pelayo: "No es chicha ni limonada".

De reacción contraria, fue exactamente el comportamiento del Presidente del Partido de los Mancos --de la misma facción de los Mechudos--, quien alardeaba y tenía la seguridad de que el dinero no servía, más que para engolillar a los tontos. Decía: "¡A mí qué me importa la plata. Esto no es asunto de plata sino de huevos". Y en sus sueños de glorias presidenciales, como todos los políticos de Ostocal, tenía la certeza, de que lo único que necesita el santo, es de buen mayordomo para organizar la fiesta.

"¡Qué culpa tengo yo de ser santo, para que me monten la fiesta gratis!", se rascaba la panza, riéndose satisfecho del gran éxito imaginario de sus manifestaciones mentales, y de esa indomable vocación de poner patas arriba, o como fuere, a la Gobernación de Ostocal que andaba patas abajo.

Era un espectáculo de feria, escuchar en las canchas de gallo y en las plazas de toros, así como en los campos de beisbol y en los parques de la Gobernación de Ostocal, una discusión de candidatos:

--Los López me podrían escoger a mí. Yo podría ser la salvación de los López. ¡Vamos a ver! ¿Por qué no?", pensaba Tarantino Rivadiava, atragantado, gritando, para poner énfasis en convencerse a sí mismo con su estilo de Carlos Gardel. --"Pero, ¿cómo te van a escoger a vos? ¡Estás loco!

--"Vamos a ver. ¿A quién van a escoger? Te van a escoger a vos, pues. ¡Ah, sí, como no! Te van a escoger a vos. ¡No seas chocho, me van a escoger a mí!".

--"¿A vos?"

--"¿Y a quién más, pues?"

--"Estás loco. Si se meten en la ola de la política, van a escoger a un López".

--"Yo soy un López".

--"Vos sos Rivadiava. No tenés madera de López. Los López son arrechos. Llegan hasta el fin".

--"Pues, hombré, si soy un López".

--"¡Qué vas a ser López".

--"Pues hombre, te repito que lo soy. Sería capaz de cambiarme el apellido. ¿Por qué no? Sería un triunfo fácil montado sobre la ola alegre de los López. Además ahí está la negrita esa: Pepa Torrentes. Sería pan comido, y hasta le gustaría a míster Yanki. Acordate que yo tengo muy buenas relaciones con míster yanki".

--"Vos sos Rivadiava, no López".

--"Lo digo en serio. Sería capaz de cambiarme el apellido. Pensándolo bien, a mí me gustan los López".

--"¿Estás seguro?"

--"¡Segurísimo! ¿Y por qué no, jodido?", dijo golpeándose el pecho.

Una explosión de alaridos provocó el aterrizaje del zepelín de Pancho López en el techo de la Parroquia del Silencio. "¡Alá te dé mucha vida!", le gritó un musulmán que había llegado con unos gitanos López de Turquía. "Hi, Mr. Pancho López", secundó alguien de la delegación de Miami, que lucía un enorme charro rockanrolero. "Ciao, signore López", se escuchó un saludo en italiano con acento puro de Sicilia. Y los otros López expresaron su júbilo y sacaron sus pancartas, saludando cada cual desde la Torre de Babel, que todos llevaban adentro. Entonces, fue que tronó el Toro encohetado con todo su poder explosivo, y sonaron los atabales, las sonajas, las chirimías, las marimbas, los jucos, las quijadas de burro, los trombones, los chischiles, las guitarras y toda una diversidad de instrumentos musicales que no todos conocían por las formas de su acabado, los que parecían no tener nombres, pues no daban razón de ellos, o era que los habían olvidados: "Suena, porque suena, y lo hace sonar un López", alardeaba un pariente de Walberto López, que sonaba una raqueta de su invención que tenía forma de clarín.

La explosiva manifestación demográfica, fue suficiente razón para que el Ministro Pelayo, se interesara en la participación de una delegación oficial del Gobierno de Doña Blanca Ilusión en los actos de inauguración y en la clausura de

la Cita al Centro con los López: "Sea bienvenido Don Pancho López, a esta tierra de paz y de López --comenzó Doña Blanca su protocolario discurso-- Aquí todos somos hermanos y la guerra ya se acabó. La única guerra que hay ahora, es la guerra entre los Pelayo y los Sánchez, entre los Pérez y los López, y entre los López, contra todo mundo. Pero, gracias a Dios, aquí todo es paz y las cosas se arreglan hablando y no a balazos. Es bueno que se sepa, que mucho menos a pedradas como lo que ocurrió ayer, cuando un grupo de resentidos sociales, al mando de un honorable y conocidísimo descendiente de nuestro gran amigo, el famoso Spirit González, haya recurrido a los mismos métodos de la gente del buen hombre Cleto Orlacha, del Sindicato de Transporte en Diligencias, para resolver diferencias de apellido. Gracias al Santo Cachón y a San Goloteo, virgen y mártir, todo quedó claro con el diálogo propuesto por mi Ministro del Diálogo. Pues, hablando se arreglan las cosas, y podemos seguir hacia adelante, aunque dejemos pedazos de gobierno en el camino. Como Presidenta de la República de Ostocal, los invito a que se diviertan sanamente. Si alguien se toma su guarito, pues que lo haga, pero sin molestar al otro. Y que si todavía quedan quienes tienen sus mosquetones, sus flechas o sus hondas rusas, inglesas o americanas escondidas, pues que las dejen en la casa, y que los usen para cazar venados en donde se cazan venados o una que otra lagartija --en las oficinas de El Lavandero Popular saben más que yo de estas cosas--, porque aquí no hay nada de eso. Claro, cuidadito con tocarme a los dinosaurios, porque estos sí que son sagrados, y hay que dejarlos que se extingan solos. Ahora todo mundo a gozar. Aquí con el amigo Pancho López a mi derecha, a quien he prometido una tarjeta de visitante para el Club de Blanca. Y aquí, a mi izquierda, con esta belleza que ustedes conocen por Pepa Torrentes, que no necesita de presentación, porque los tiene tarjeteados a todos.

Pues, además de que es la Reina de esta Cita al centro con los López, un pajarito me ha dicho por ahí, que tiene a todos los candidatos metidos en el manicomio de la casa. ¡Ja!

¡Ja! --ríe Doña Blanca a carcajadas y recibe una ovación.

--¡Blaancaj... ¡Blaanca!... ¡Blaaancaa!... que desató tan inenarrable ventarrón, que hizo estremecer los cocos del parque, y las pitoretas de las carretas sintieron tal golpe, que sonaron solas. Luego del estallido de lágrimas, gritos, aplausos, palmas y sonidos de toda clase, continuó Doña Blanca: "Cuiden pues, a Pepa, para que termine su reinado en paz, como yo. Aguántenle cualquier cosa, que bien vale la pena la democracia, y hay que saber esperar, en vez de desatar una guerra. Aquí sí que sería fatal con tanto candidato en el refugio de los cañones. Una última recomendación para ella y para ustedes: cuídenla de los dinosaurios que no sirven para nada. Ofrecen más de lo que pueden dar, y hasta se enredan en su propio ovillo. Acuérdense, que este es un problema de redes insalvables y madejas en la cabeza. Y ahora, mis muchachos, todo mundo a bailar. Yo voy a ser la primera: ¡Vamos, Don Pancho López, mueva esa cintura!".

Y entre cañonazos, gritos, vivas, tocaderas, bailes de especialistas en la cuerda floja, faquires levitadores que flotaban en el aire, bailando sobre sus camas de clavos filosos; y comedores de vidrio. Entrenadores de pulgas, de culebras y de murciélagos, así como de intoxicantes libaderas de ron, de chicha bruja y de cususa, traqueteó eufóricamente la plaza de la Villa de Ostocal toda la noche. Y todo el siguiente día, en una continua vigilia, como le traquetea el fundillo a los bailadores en las fiestas de los grandes patronos paganos: Becerro de Arcilla, porque el oro se lo llevó el viento de Cleto para el otro extremo del planeta; o se hundió en la nada, atado al cuello del barco de una nación de slogans, que sigue durmiendo bajo agrios y equivocados laureles del mito, en que todo es de todos, mientras la Res no sea de ellos, como la concibieron --la Res Pública de la Revolución-- los fiesteros, seguidito seguidito, a trote tendido, empecinado y continuamente, en medio de una sola pelota, que se va agrandando poco a poco, que comienza a llevarse en el alma a todo el mundo, y que va rodando y rodando e incorporando las angustias enmascaradas de alegrías, y todas las felicidades

dispendiosas y reuináticas, con sus antifaces de tristeza, de brujas, de reinas victorias o de condesas y arlequines brincones. Todas penas reales, hasta volverlos placeres, relegados masivamente a la colectivizante y apabullante región de una irresponsabilidad increíble, que sólo tiene presencia en la gran pelota popular. La gran furia, de la que fue imposible sustraerse, zafarse, hacerse a un lado, liberarse de la gran guerra de disparates, de la estentórea y alegre pachanga de los López, casi como fue harto difícil, imposible a la Gobernación de Ostocal, hacer a un lado, liberarse, de la gran guerra, de la gran matanza, de la gran pobreza, de la gran falta del rumbo predeterminado en la acción cerebral con clara orientación de gobierno, y de la gran pérdida fatal y obscena, del sentido de la realidad, el que todavía sigue zarandeando al Estado zombi dentro de la gran miseria social. Empecinado capitán de una condición masoquista frente al dolor, y aún de espaldas a sí mismo.

--¡Qué Dios salve a este pueblo, porque nosotros, quién sabe!, sermonéó el padre Simón Cruz, en la homilía del domingo posterior a la Cita al centro con los López. La misa se había celebrado en el parque, pues debido al pillaje fiestero, la iglesia estaba hecha un desastre. Descolgaron las campanas y las subieron a una rastra. Se robaron las bancas, arrancaron las cortinas y pintaron murales de todo tipo, clase e intención. Esto, no sólo en la Iglesia, sino que en la casa del Alcalde, en la Comandancia de Policía, en las oficinas del cuartel del Cuerpo de Bomberos, en donde --según el comandante Paco Quieto-- debería hospedarse la hiperespacial Chela Algodón, en la Casa del Partido del Reloj y en el corral de vacas de doña Candelaria. Además, en todas aquellas casas de políticos, identificadas cuando salieron a relucir las pancartas, mantas y banderas de sus respectivos partidos a la hora en que pasaba el desfile de los López. Todo mundo se había animado bajo el influjo de una condición de anarquía. Bailaban hasta de cabeza al son de toros y con el alma del macho ratón que llevan brincando dentro. Hubo más de un candidato que dijo: "Si me dan el voto en las elecciones de

1896, voy a poner el orden en Ostocal aunque yo sea un desastre".

--¡Viva el candidato de los Monoalegres! ¡Muera don Coquimbo Arteaga! ¡Abajo el panzón del Alcalde! ¡Abaajo! ¡Abaajo!

Y doña Candelaria sobrecogida de terror y enjugándose las lágrimas en el fondo de la cocina, desesperada como una loca, gritaba: ¡Qué horrible todo esto, Señor de la Bienaventuranza, si seguimos así, vamos a quedar en la calle.

VII

Después de la Cita al Centro con los López, la Villa de Ostocal entró en una especie de tímido aburrimiento, del que nadie quería despertar más allá de los afanes y preocupaciones de sus gentes. Estaban dados a la tarea de arborizar las calles, de combatir la plaga de moscas que se había multiplicado en grave y alarmante proporción geométrica, debido a la débil infraestructura sanitaria de la ciudad. Los botaderos de basura aumentaban por todas partes. Tan evidente el aumento de los desperdicios, que los amontonamientos daban la impresión de que la Villa estaba asentada en un hueco. "Después de un gustazo un trancazo", recordó el Alcalde. ¡Y qué trancazo! El padre Cruz no se cansaba de protestar en los sermones dominicales. De tal manera, que pasaron meses en que el pueblo entero, se abocó a la limpieza y al ordenamiento de la Villa. Se cerraron los ciclos escolares, y comenzaron a reubicar el mercado, porque el tumulto lo había arrinconado a la orilla del rastro. Quedaron suspensas las misas de a diario, junto a rosarios, novenas y las necesarias y obligadas sesiones de catecismo, porque el padre Simón Cruz no tenía tiempo para nada, convertido en el paño de lágrimas de los pobres y los arruinados de Ostocal, que se habían multiplicado después del brutal alboroto. Pues según lo que se decía en el pueblo, los cocineros turcos, a falta de provisiones para tanto López fiestero, habían echado mano hasta de los caballos de las diligencias para mandarlos al rastro, y hacer cortes al estilo

López de Turquía. Churrascos, filetes, embutidos diversos de carne de caballo, los que fueron engullidos sabrosamente por López de todo el mundo. La robadera de nobles brutos, fue detectada hasta que pasó la fiesta. Igual suerte habían corrido los burros lecheros, los acarreadores de leña, uno que otro perro callejero, que no pudo ladrar a tiempo, y el colmo de los colmos, corrió la misma suerte, la burrita de Jesús, que doña Candelaria ponía a la orden del padre Simón Cruz en Semana Santa, para la Procesión de las Palmas.

--"No había ninguna otra forma de resolver el problema", se justificó el turco Mohamad Muhamari ante la reconvención del Alcalde, para hacerle frente al boom de la demanda alimentaria. Por supuesto, que después de ver a un López chino comer culebras, y a un López australiano devorar con invitante fruición unas ancas de rana, y a un López neoyorkino comerse un plato de hormigas gigantes africanas, y a un López africano engullirse un revoltijo de huevos de lagarto con frijoles, resultaba un verdadero paseo gastronómico, y hasta fascinante plato de altura, comer chuletas de lomo de burro al horno de barro, o una sopa de mondongo de estómago de caballo al trote.

--¡Por Dios, Cándido! ¡Hay que limpiarlo todo --se quejaba doña Candelaria.

--Pues límpialo.

--¡Yo no tengo nada que ver con esto! ¡Ni siquiera salí de la casa a celebrar nada de nada!. Esta escoba ya me tiene harta. Es una verdadera tortura --protestaba la Jefa de Campaña, que cargaba con los rigores del trabajo, porque había despedido a Vicenta Santi por sospechar que alcahueteaba a don Cándido.

--Tú lo quisiste --respondió el Presidente desde el rincón de su República en la Casa, a la décima vez de la lloriqueante protesta.

--Bien estaba la Vicenta en su trabajo. Ahora, ni vos tenés lavandera, ni yo quien bata el chocolate. Se lo repetía como una estrategia de permanente acoso para hacer sentir a doña Candelaria, el peso del despido de Vicenta Santi, a la

que vivía tildando de ociosa, y hasta decía de vez en cuando, sin que Vicenta la escuchara: "Si se quiere ir que se vaya. Ni falta que me hace".

--¿Sabés una cosa?

--¿Sí?

--Vos, como Jefa de Campaña, deberías ser tolerante. Si no, no vamos a llegar a ninguna parte.

--¿Más de lo que he sido?

--Sí. Más de lo que has sido. No se puede de otra manera.

--Te he aguantado a ese sinvergüenza de Ronco Calvo, que poquito a poco, te ha ido despellejando. En vez de leguleyo debería ser matarife.

--Es buen hombre.

--Ya acabó con los reales de las fincas, y va a acabar con mi paciencia.

--Debés de tener más. A lo mejor enviudás y te quedás con el gobierno, si es que llego a Presidente, como voy a llegar.

--Sólo vivís soñando chocheras --rió la Jefa de Campaña.

--A propósito de yernos, ¿has sabido de Ernestito?

--No. ¿Por qué?

--Anoche soñé que era Presidente.

--Eso es viejo. Lo soñás hasta despierto.

--Es cierto.

--¡Ajá! ¿Y qué?

--Que me había muerto en el poder.

--Desde que te casaste conmigo, te vivís muriendo a diario, de todo.

--También es cierto.

--¿Y a qué querés llegar?

--Que yo había muerto en la Presidencia de la República, y la Corte Suprema te había nombrado mi sucesor. Nada menos, que la jefa de la nación. ¿Cómo lo ve usted, señora Presidenta?

--No me disgusta --rió a carcajadas doña Candelaria, lanzando la escoba al aire, rompiendo la araña de colgar faroles que le había regalado el Presidente el día de su cumpleaños, fecha en que también se firmó la hipoteca para el préstamo sobre las fincas, a fin de financiar la primera etapa de la campaña.

--Lo malo es que nombraste a Ernestito de Ministro de la Presidencia. Luego, yo había resucitado y me habías mandado de Embajador a la República de los Cocos.

--¿Cuál es esa República de los Cocos?

--No sé. La República de los Cocos.

--No le tengas miedo a Ernestito, que es un alma de Dios. No es capaz de matar una mosca, y mucho menos, que vaya a pensar nada malo contra su suegro. Es buen yerno --le gritó.

--¡Si vos lo decís, debe ser cierto! --agregó con sorna el Presidente.

--Lo que pasó pasó.

--Espero que no sea como el otro yerno que vos sabés.

--¿Cuál yerno?

--El que vos sabés. No te hagás la idiota.

--No tiene esòs hígados.

--Tal vez los tenga más negros, pero si es así, no hay problemas --aseguró el Presidente--Me muero y resucito.

Y continuó con el décimo piso de la maqueta del Palacio del Reloj, con el que pensaba recurrir a la Elgin, la Bulova, la Rolex o la Cassio a gestionar financiamiento externo, para arrancar con una República a imagen y semejanza de la gran locura en que estaban empeñados los ilustres oráculos políticos de la nueva ola de Blanca, que según Sansón Pelayo, debería proyectarse como la continuación del Gobierno de Cleto Orlacha.

Con la noticia del sueño, doña Candelaria había olvidado la tortura de la escoba, y en un dos por tres, arremetió contra todos los rincones de la casa, dejando limpio y brillante todo lo que tomaba brillo. Se colocó frente al espejo, se alisó coquetamente las trenzas con pequeños y

electrizantes cabezazos, como los de las protagonistas que veía en las películas mudas de Charles Chaplin, Hugo del Carril y Carlos Gardel, y se puso a soñar despierta, pensando en que si se llegara a dar el caso de que don Cándido Valpulso muriera en la Presidencia, y ella fuera la sucesora escogida por la Corte Suprema de Justicia, y le tocara la fascinante tarea de nombrar Ministro de la Presidencia... "¡Dios mío! ¡Qué horror!", estalló en una gran carcajada como poseída por el demonio de la risa.

De pronto, se vio metida en un berenjenal imaginativo que la dejó exhausta, sufriendo de una migraña profunda, los ojos llenos de lágrimas y una incomodidad increíble. Cuando se fue a la cama, tuvo igual experiencia onírica del Presidente, con el sorprendente estímulo de un gran lujo de detalles. Soñó que era la Presidenta de Ostocal, y que su nombre no era Candelaria Azafrano, sino que el atrayente, carismático y tronador nombre de Pepa López. En vez de la rústica rastra tradicional, chapiolla y corriente, en la que había sido vitoreado Pancho y su séquito protocolario de López, Sánchez, Pelayo, González y Pérez, ella iba suspendida sobre andas, en que corifeos ocasionales entre los que destacaban don Cándido Valpulso, el comandante Paco Quieto, el periodista Fileberto Moreno Mínguez, el doctor Polito López, el Presidente del Partido del Comején, y un abrumante grupo de políticos de todas las clases y colores, le hacían reverencias, doblando el angelical espinazo a cada salva de cañón que marcaba el jefe del coro. Nada más ni nada menos, que Ernestito, el angelical Ministro de la Presidencia. Y ella, la soñante, repartía besos, abrazos, saludos, promesas, lluvias de rosas, y cartas de recomendación a todo el mundo. Y decía entre otras bellezas oníricas replanteadas en su otro yo dormido, dentro del estimulado delirio de Presidenta: "Desde hoy, yo soy la solución a los conflictos políticos, los pleitos entre perros y gatos, la salvación de la patria, el problema de los desocupados, y la opción decente en la rebaja de la canasta básica de los pobres. En otras palabras, la continuación de la política social, de paz y amor de Blanca Ilusión. En el sueño

presidencial de Candelaria Azafrano, alcanzaba todo el mundo, especialmente los Azafrano, porque como decía el doctor Polito López: "El poder es para poder".

--¡Lástima que son tan pocos los Azafrano, y necesito mucha parentela para tanto puesto burocrático! --se lamentaba doña Candelaria en su sueño de Presidenta--. Aunque a la hora de la hora, es seguro que se multiplicarán los parientes al millón por uno, en el abordaje del barco del poder. Surgirán de todos los puntos del planeta. Serán como el bíblico grano de mostaza, volvió con el asunto de la familia.

--¿Ya te despertaste? --gritó el Presidente desde el noveno piso de su Palacio del Reloj.

--Estoy despierta, sólo que soñando.

--Me vas a decir cómo es eso.

--Te lo Sabés de memoria.

--¿Qué día es mañana?

--Domingo. Hay que ir a misa.

--Mañana voy a comenzar el décimo piso. Aquí tengo mucho trabajo. No voy a poder. Además, fui a misa el domingo pasado.

--Esa ya no vale.

--Depende. Cuando uno no le hace nada a Dios, Dios no lo necesita a uno.

--Sólo sos cuentos.

--Es la pura verdad. Así lo escuché de monseñor Pitote.

--Estás loco. Atenete al santo y no le recés.

--Ya fui el domingo pasado.

--Es obligación ir a misa todos los domingos. Si no vas, a lo menos mandá la limosna.

--La voy a llevar el lunes.

--No vas a llevar nada.

--Si te la doy a vos, sólo vas a dar la mitad.

--¡Tenés una lengua viperina!

--No la entregás.

---¿Sabes una cosa?

--¿Sí?

--Debe ser bonito eso de ser Presidente.

--¿Por qué lo piensas?

--Tuve un sueño, y si hay sueños que se cumplen, ojalá tenga suerte con el mío.

--¿Soñaste que te ganaste la lotería?

--No. Algo mejor que eso.

--¿Qué fuiste a París con Doña Blanca?

--Mejor que eso.

--¿Que te heredó la abuelita su famosa isleta de Granada?

--Mucho mejor que eso.

--¿Que trasladaron los restos de don Prudencio Azafrano del Cementerio de Malacatoya al de Masaya?

--Todavía andás frío.

--Si no soñaste lo que te mencioné, ¿qué jodido soñaste, pues?

--Soñé que te habían hecho Presidente.

--Buen sueño. Seguí contando que me interesa.

--No te va a gustar el resto.

--Todo lo que huele a Presidente tiene buen gusto. Continúa con el sueño.

--Pero, usted se había muerto, mi Presidente, y la Corte Suprema de Justicia...

--¿Cuál Corte? ¡Aquí no hay Corte! Eso no es Corte ni nada. Esos son una recua de cortados. Nunca deciden. En vez de la Corte deberían estar en los cortes.

--La que es la Corte, o la que no lo es la Corte, me había nombrado tu sucesora en el Gobierno. ¿Qué te parece?

--¿Y tú nombraste a Ernestito en el puesto de mando del tanque P-51 del Ministerio de la Presidencia?

--Lo adivinaste, Cándido.

--No te olvides Candelaria, que los sueños son. No te vaya a pasar como al doctor Polito López, que se quiso ganar la lotería sin haber comprado el billete.

--¡Atenete, porque todo lo que sueño me sale cierto! Calculaba el Presidente, el comportamiento estructural

del décimo piso del Palacio del Reloj, cuando observó con cierta alegría al grupo de negritas de barro, que estaban dispersas sobre el piso. "En mi oficina sólo voy a tener negras como Pepa, para que hagan juego conmigo --dijo--. El contraste siempre es importante", agregó. Hizo un recuento de los últimos días. Desde la despedida de Vicenta Santi, había quedado aislado. Fue esto lo que lo motivó al permanente acoso subliminal contra la Jefa de Campaña con el asunto de la limpieza: "Barré aquí, ponete estas silletas allá, haceme el favor de ponerle agua a las rosas, traeme un café caliente con rosquillas, hay que lavar y planchar las cortinas de la oficina del candidato, calentame el té de hojas de naranjo agrio para el sistema nervioso, póneme botones a los calzoncillos". El primer día, doña Candelaria echó sapos y culebras, quebró platos, dejó pedazos de lampazo en las patas de las silletas de mimbre, se le rompieron las medias, arrastró las cubrecamas, por poco le pega fuego a la cocina, cuando no pudo hacer un huevo frito; se le quemaron los frijoles, se le ahumó la leche y no tuvo tiempo siquiera para sentarse a la mesa con don Cándido que estaba hablando consigo mismo y comiendo a deshoras, atareado con su República en la Casa. Cuando se fue a la cama, triste, desanimada y llena de una profunda depresión, porque comprendía la verdadera importancia de Vicenta Santi, que además, le daba masajes en la rabadilla, cuando se sentía agotada de tanto matar el tiempo dándose cabezazos en la mecedora de la sala; o sentada a la puerta por las tardecitas, o en el corredor en las horas de las mañanas, cambiando información con doña Pompa de Jabón, y con doña Alina Buena, que eran, quienes la tenían al día con los dimes y diretes del conspicuo vecindario de la Villa.

El siguiente día, apenas pudo caminar la Jefa de Campaña. Los imperativos de fuerza mayor, siguieron como si se tratara de la Vicenta Santi, y al fin se daba cuenta con certeza de lo que hacía la Vicenta Santi. Además de planchadora y cortadora de callos, estaba esclavizada en labores de lavandera, pegadora de botones, pintora de muebles, abrillantadora de pisos, lustradora de zapatos,

remendadora de calzoncillos y calcetines, chineadora de los niños de la comadre Pompa, cuando la comadre Candelaria necesitaba una compañera para ir a hablar con el cura o para ir a dar un pésame. Cocinera de día y de noche, abridora de la puerta a deshoras en la madrugada, obligada recitadora de letanías y hasta chichigua, de la única hija mujer, que a duras penas, había sido capaz de engendrar el Presidente --la muchachita que doña Candelaria hacía referencias como aquello del último canto del cisne de un Don Juan llamado Cándido--. Veces había, que iba mucho más allá de la raya, con las repentinas, antojadizas y triviales maromas domésticas --cuando con sobijos, apretones, parches de poroso y hasta botellas de agua caliente, Vicenta Santi trataba de expulsar aires neuróticos de la espalda de don Cándido Valpulso, como antojadizas e interminables rascaditas en la cabeza de doña Candelaria, hasta que la Jefa de Campaña entraba en un profundo sopor de relajamiento, y se quedaba dormida--, como solía llamar a estos imprevistos, la atareada doña Candelaria.

Y en su estrategia de discriminado^r acoso, aunque no fuera usual para el Presidente tomar el baño todos los días, lo hacía con el propósito de complicar las tareas de la celosa despedidora de sirvientas. Se sacrificaba y llegaba tembloroso y caminando hacia la pileta de la ducha, que amanecía tan helada como las manos de un muerto. Chapineando y haciendo un gran esfuerzo se colocaba junto al cubo de la noria, y metiendo las puntas de las manos juntas, gritaba: "¡Uy, uy, uy, Dios mío! ¡Candelaria: Traeme agua caliente con flor del sauco, hojas de naranjo agrio, mi paste y el jabón de Reuter". Muchas veces lo hacía apenas despuntaba el día desde la República en la Casa, preguntando por cualquier cosa que le venía en ganas, y cuando amanecía sofocado por el síndrome de fregadera tan normal en los viejos lunáticos, deliberadamente la llamaba con el nombre de la sirvienta:

--"¿Ya está listo el baño, Vicentá?"

Ella explotaba, llena de furia, por la aparente confusión

con la doméstica. Era cuando el Presidente, abandonando las labores presidenciales de la construcción del Palacio del Reloj, se acercaba a la pared de la sala, pegaba la boca en la rendija del biombo, en donde doña Candelaria curioseaba secretamente su trabajo de artista presidencial, y a gritos, pero decentemente, le pedía disculpas con sofisticadas y amaneradas explicaciones, haciendo recuerdos de las mil una tareas en las que se desgobernaba la pobre Vicenta Santi, y cuan injustos habían sido con ella despidiéndola de su ruinoso trabajo de esclava. Después regresaba al décimo piso de su Palacio del Reloj, en el que ya estaban las negritas colocadas en los escritorios de barro, que motivado por sentimientos de lástima, había diseñado el maestro Manzanares, quien casi llorando, pensando en sí mismo, en la cuerda floja de la vejez con sus noventa y tres años a cuesta, exclamó: "¡Cómo no voy a hacer algo por este hombre. Mi camarada, mi colega, mi compañero de tragos y de aventuras, mi proveedor de cuerdas, de volantes, de ejes, de campanillas y de toda clase de herramientas de relojería con las que yo me gano el pan de la familia". Pensó, que el mal uso del juicio, y los agoreros cantos de sirena de los consejeros y aplaudidores de oficio, en el escurridizo terreno de la política, habían montado a su amigo, sobre el galopante delirio de grandeza del chúcaro, mañoso y complicado caballo de la psicosis de candidato a la Presidencia de la República: "¡Dios no lo quiera, pero si no lo mata la locura lo va a inatar la política", había expresado a doña Candelaria.

Al décimo día del acoso doméstico a la Jefa de Campaña, ella misma acompañada de doña Pompa de Jabón, fue a corretear a la Vicenta Santi, quien aceptó al instante el regreso al servicio de la casa del candidato. Venía extrañamente cambiada. Había comenzado a trabajar con Chela Algodón en la fundación de un Retiro para Ancianos Lisiados de Guerra que no hubieran estado en la guerra.

--¿Cómo es eso? --preguntó doña Candelaria, que estaba arrancando las escaras de la masa en el comal de las tortillas, cuando llegó Vicenta.

--Como lo oye. Lisiados de guerra que no hubieran estado en la guerra.

--No creo que haya un sólo lisiado de guerra que no haya estado en la guerra --insistió doña Candelaria--. ¡Eso es como que hubiera un asilo para pobres que no fueran pobres, y un hospital para enfermos que no fueran enfermos, o un manicomio para locos que estuvieran cuerdos! ¡No te entiendo! ¡No creo en eso!

--Aunque usted no lo crea. Hay bastantes ancianos lisiados de guerra que nunca han estado en la guerra.

--Sigo sin entenderte. No me da la cabeza, el pensar que hayan lisiados de guerra que no hayan estado en la guerra. Y a propósito, desde hace días he oído hablar de esa Chela. ¿Quién es ella?

Cuando Vicenta Santi comenzó a narrar la historia de Chela Algodón, tal y como a ella, se la habían secretamente contado, ya el Presidente había salido de su despacho de la República en la Casa, y era todo oídos, escuchando la maravillosa y novelesca versión acerca de Chela, que estaba narrando la empleada, la que experimentó un incontrolable impulso de reír, cuando vio a don Cándido Valpulso con su gorro de cocinera, su cotona de dormir con pernils, y sucio del barro de la construcción del noveno piso del Palacio.

"La doctora Graciela Pérez era una pieza maravillosa, si es que tenemos que referirnos a ella en el argot de los joyeros para ponerle un tono musical a lo esplendoroso de su belleza. Alta, rubia, ojos verdes de ensueño, caderas suaves, retozonas, con una radiante piel acanelada que no se sabía de donde le venía. Era un misterio. Su cabellera rubia plateada, le cubría la mitad de la espalda, deteniéndose en la cintura a la altura de las nalgas. Y cuando agitaba la cabeza en una especie de insinuante coqueteo a manera de tic nervioso, desataba un oleaje solar con el cabello, que hacía rugir multitudes. Cuando hablaba, lo hacía casi cantando. De acuerdo con las historias que comenzaron a salir a luz después de su llegada a Ostocal, con la dulzura de su voz era capaz de encantar serpientes, y detener a la fiera más pintada, fuere

cual fuese, el origen de su cubil. En aquella sedante y agitada locura armoniosa, sobresalían dos enormes senos que marchaban hacia adelante como la proa de una goleta victoriosa, desafiante y en son de guerra. Y dentro de la figura esbelta y musical, había abundante material erótico para múltiples comparaciones. Doña Pompa de Jabón argumentaba que la llegada de Chela Algodón era un indicio de mala suerte, y que había que ofrecer velas, orar día y noche, y echar azogue en las esquinas de la Villa para espantar a esos malos espíritus, porque algo trágico podría caer sobre el pueblo. Mientras que para el comandante Paco Quieto, el doctor Polito López y el Jefe de la facción de los Sacolargo, era como galaxia que había perdido el rumbo, y su llegada a la Villa, un presagio de buen agüero: "Es seguro que estos tales petroleros, después de tanto tiempo de estar explorando, tal vez encuentren petróleo", había pensado el Presidente. Pero, fue tanta la inquietud de la población con la llegada de Chela, que para calmar los ánimos, el Obispo Renato Pitote propuso hacer una encuesta, en la que cada encuestado además del "Sí o el No" de la tácita conveniencia, debería escribir concretando sus apreciaciones objetivas sobre la llegada de Chela.

--"Con una blanca blanca y una negra negra, este pueblo será el juicio final", vaticinaba una de las encuestadas.

--"Hay que vigilar a los viejos chochos come calzón", apuntó otra que no quiso poner su nombre. Entre los hombres, no hubo un sólo comentario en las papeletas de la encuesta.

El nombre de Chela Algodón le venía del quinto de sus maridos de Occidente, pues con las fincas y las cuentas de banco, había heredado las motas que le venían de perillas en el apodo, por su gran blancura celeste, que parecía de ángel. El primero en la fila había sido un militar, emparentado con William Walker, que murió testimoniándole su amor con una sonrisa en los labios y un: "I love you forever, Chela". Era un viejecito chimbarón, ya jubilado, que le costeaba la carrera de medicina, en una universidad de Boston. Habían pasado veinte

años y los hijos del primer matrimonio que eran de la edad de Chela, todavía comentaban extrañados aquel abrazo de amor de Chela, que lo había matado sonriendo. El segundo marido de Chela, fue otro viejito rabo verde y ojo alegre --como le decía Chela --Hombre de negocios mejicano, de temperamento triste, desabrido, antiguo tagarote venido a más en la bolsa de valores del Distrito Federal, y Presidente de la "Compañía de Seguros La Segura", quien cuando contrajo matrimonio con Chela, tomó un seguro de vida mancomunado de tres millones de dólares, pensando que con la inseguridad de la bolsa de valores, si es que falleciera, podría dejarla en la calle. A los tres meses, el licenciado don Gerancio Pelayo Musgoso y de la Friolera, murió también con una sonrisa en los labios al son de los mariachis y el "Méjico lindo y querido...", que tanto le gustaba a Chela, cuando saboreaba los tequilas. De acuerdo a lo que sabía Vicenta Santi, lo que venía de muy buena fuente, porque lo había escuchado de la propia boca de la desafortunada Chela Algodón, los maridos tercero y cuarto se habían divorciado repentinamente, desapareciendo sin dejar rastro o evidentes noticias grandes o chicas. Según supo Chela más tarde, sobrecogidos por un delirio de persecución y una psicosis de muerte, a lo que la pobre Chela, no le encontró razón alguna, y comentó extrañada: "Que se me hayan muerto dos maridos, no significa que van a morir dos más, como si la muerte estuviera jugando al póker". Y agregaba entre un rosario de lamentos: "Qué culpa tengo yo, de que mis maridos tengan vida corta, después de llegar a los ochenta. Si se murieron fue problema de ellos: sólo no quisieron seguir viviendo". "Del quinto marido, un rico algodonerero de Occidente, le vino el sobrenombre de Chela Algodón. Platón --como cariñosamente ella le bautizó, lo que le venía al pelo por aquel amor loco y sin límites que rayaba en la simpleza--, fue el más joven de todos.

Cuando conoció a Graciela, durante un Crucero en el Caribe, quedó prendado de las inenarrables bondades de su empaque, e ipso facto le ofreció matrimonio. El Capitán del barco llevó a cabo la boda, que luego fue registrada con el

respectivo papeleo legal requerido por el trámite. Revistió tanta importancia las inesperadas nupcias de Chela, que el Capitán del barco, uniéndose al regocijo de los casamenteros, decidió abrir el bar gratis para todo el mundo, lanzar al mar las monedas de las máquina tragamonedas como presagio de buena suerte, y financiar por cuenta de la Compañía de Cruceros, un nuevo tour por la Habana, Santo Domingo, Haití, Jamaica, Puerto Rico y otras fascinantes islas del Caribe. Fue el último matrimonio de Chela Algodón. Platón, quien además de las enormes plantaciones de algodón y las extensas y productivas haciendas de ganado, renqueaba por declamar poemas de amor de los clásicos, se empecinaba en largos relatos de reflexionantes versos del Dante, sentenciosas frases del Quijote, para concluir con sonetos suyos. La repentina inspiración de poeta se le había avivado --sobre todo cuando oía llorar a Chela o sonaba el golpeteo de las gotas de lluvia sobre el techo de zinc y las tejas de barro de la casa hacienda, en las que disfrutaba como un niño feliz, el juguete nuevo de su matrimonio con Chela--. Tristemente Platón tuvo una efímera felicidad de diez meses.

"Platón y Chela --decía ella--. Así lo voy a poner en la portada de la casa-hacienda. Y en lo que valés: letras de oro macizo. A la casa que estamos construyendo allá en frente, la vamos a bautizar con el nombre de la Casa de Platón", se entusiasma Chela, soñando con ladeslumbrante y dispendiosa locura residencial que le había regalado Platón.

Y así, junto a Chela, alegre como un palomo en invierno a la orilla del nido, tuvieron una felicidad tan fugaz como si nunca hubiese existido. Se les veía por el parque cual solícitos amantes, tomados de las manos y sonrientes. En los miradores naturales de los pueblos de Occidente y en los cines mudos al aire libre, gritando, haciendo alharacas como niños, y hasta rompiendo silletas cuando se reventaban las películas. En los paseos a la playa que de acuerdo a la tradición, se hacían en carretas haladas por bueyes, cubiertas con toldos de lona, y animadas con acompañamientos de guitarras, marimbas y libaderas de champán y aguardiente, las que arreciaban en

los descansos, se divertían de lo lindo.

Toda la felicidad de Platón quedó truncada un día de tantos, en una de las famosas fiestas en la Casa de Platón. Fue durante una bailada de Can Can, en medio de la alucinante alegría de esa edad del alboroto que estaba cruzando el feliz enamorado. Agitado Platón por la brincadera en calzoncillos, recordaban tiempos de William, en los que en la misma estancia, el filibustero bebió café y comió rosquillas. "Al hijo de puta, después le dio por ser Presidente de Ostocal", se carcajeó plantón feliz, señalando una fotografía del aventurero. Y continuó feliz en la fiesta con Chela.

Pero ese mismo día todo llegó al final, como había nacido el matrimonio del Crucero por las Bahamas, con rapidez increíble. Fue cuestión de segundos. Cuatro medias botellas de cususa filtrada, de las que preparaban en el estanco del primer Cucaracha que había llegado a León, y un plato de camarones gigantes al comal. Ahí se dobló Platón con los ojos fríos, vidriosos, absolutamente muerto de amor. Chela todavía tenía las fotografías de Platón en el último salto de Can Can. Aparecía sonriente, dando gritos, vestido con sus camisas cuadradas de seda de Holanda, y con las puntas de las botas vaqueras hacia adelante, un poco arriba de la cintura. Y en otras, con similar vestimenta, dando saltos, como un luchador de sumo dentro del ring, volando patadas al aire. "A Platón le encantaba el Can Can", recordaba Chela. Era increíble el carácter alegre y simpático de Platón. Chela, hasta había comenzado a quererlo ya sin interés del dinero, aunque había sido acicateada por éste. Jamás se le había cruzado por la cabeza, soportar pobreza en matrimonios extemporáneos. De aquí que su olfato de matadora, hacía que los encontrara listos para el disfrute de la amorosa entrega mortuoria. No vale la pena comentar lo que la gente murmuró de Chela: "Un sin fin de disparates, calumnias y maldades --se quejaba--. Ella había contraído matrimonio por amor y punto". No quería seguir hablando de nada, no quería enamorarse de nuevo, ¿Para qué? ¿Acaso valía la pena volver a sacrificar la libertad y ponerse en la lengua del pueblo? Ahora estaba dispuesta a

ser testimonio de sacrificio a la memoria de sus inolvidables maridos. De ahora en adelante, no toleraría de ninguna forma la menor insinuación que manchara su nombre de viuda. Recurriría a los críticos extremos del pudor, y al aislamiento si fuese prudente para guardar su honradez y su fama de mujer inmolada a una fidelidad post mortum. No se expondría a que la llamaran viuda alegre, o cualquier otro adjetivo, con el que las envidiosas y egoístas agitaran su honra como bandera de sorna, y estimularan a quienes estaban pendientes de su vida, aunque tenía la sensación de que ésta, ya no era su propia vida, porque tenía dinero. "Cuando se tiene dinero, no se puede ser uno mismo. Ya uno no es de uno, no se puede vivir sólo, porque la sombra del oro es como un fardo que se va cargando siempre. El dinero es como el amor --recordaba el dicho de su adorado Platón--. Lo dejás hasta que te mata". Por eso, decidió entregar el resto de sus dorados días, pues apenas tenía treinta años, a su famoso proyecto liberador de la Fundación de Ancianos lisiados de Guerra que no habían estado en la guerra".

--¡Qué interesante! --dijo doña Candelaria.

--La deberíamos invitar a jugar Canasta Uruguaya --recomendó doña Pompa, dándose enormes balanceos en la mecedora--, para que nos hable de ese proyecto.

--Ella sólo juega solitario --respondió Vicenta.

Escuchando la trágica historia de Chela Algodón, doña Candelaria había olvidado el almuerzo. Casi a la una y media, hizo entrega del arroz, los frijoles, la manteca y el queso a la diestra y complacida Vicenta Santi, que se moría de ansiedad por hablar con el Presidente, para darle el mensaje que le traía de Pepa.

--El resto de cosas, ya vos sabés donde están --agregó doña Candelaria, pensando en que la vida no era sólo y egoístamente la suya, sino que algo más amplio: casi un océano insondable de cosas extrañas, complicadas y hasta bellas, a las que no tendría acceso nunca. "Este de Chela Algodón es otro mundo. Ni soñarlo", pensó la Jefa de Campaña. Pero aquella noche soñó con Chela Algodón, que

ella era Chela Algodón y todas las famosas maravillas aumentadas y corregidas con los maridos de Chela Algodón, que eran los maridos suyos. De tal manera que al despertarse, palpó la cama pensando que podría estar en el barco del crucero, lanzando las monedas de las máquinas tragamonedas al mar --cosa que había hecho con el dolor del alma, casi llorando, como si se estuviera lanzando a sí misma, o como si estuviera lanzando la leche, tratando de que no la descubriera el Capitán--, o en la casa de El Realejo, tomando café negro con rosquillas, en la misma tertulia en la que Chela había estado con William Walker --así entendió doña Candelaria la narración de Vicenta Santi--, antes de tocar las canillas flacas y pegajosas del sorprendido Presidente, bajo el camisón con Perniles en las inesperadas incursiones de toqueo de doña Candelaria. Luego se palpó bajo la bata de dormir los coloridos bombachos de tafetán, con los que daba saltos de Can Can en las bailaderas del sueño, pero se sentó a llorar en el extremo de la cama, sumida en un mar de entrecortados sollozos, dolida de que tanta maravilla, tanto esfuerzo tirado por la borda del inconsciente, sólo hubiese sido malograda intención onírica, o el doloroso efecto de una reacción melancólica. Un deseo reprimido con el que el rebelde y humillado ego, elevaba su voz de protesta, por aquel cautiverio indigno, en el que doña Candelaria sin haberlo manifestado nunca, en la vida doméstica con esa inagotable docilidad de esclava, había visto marchitarse la perfumada y glamurosa flor de su existencia. Por supuesto, que todo el santo día fue víctima de la gran jaqueca, y la inevitable vergüenza, en que la sumió aquella incalificable infidelidad onírica. No estaba muy segura si sería pecado o no, el que había que confesar a Pitote. Ya pensando en el cura, se sintió tranquila, como liberada de culpa ante el doblez de su ensoñación inconsciente, cuando doña Pompa la hizo confidente, de un sueño similar al suyo: "¡Créalo doña Candelaria --arremetió abiertamente con un valor envidiable--, que me da vergüenza, pero así es, a como se lo cuento: Yo también anduve en el barco ese, de puerto en puerto,

haciendo chanchadales, el candil del rabo encendido y como una puta cualquiera! La verdad, después de la aventura, no sé qué decir".

Mientras el Presidente imaginaba a Pepa, acicateado por la angustia sentimental que le había ocasionado el mensaje, que le había hecho llegar Vicenta: "Ahora o nunca. Te espero en la noche, a cualquier hora en la oficina de la gerencia. Tuya y nada más que tuya. Pepa", Chela Algodón era asediada por los candidatos con la búsqueda de ayuda para ir a las elecciones. El primero que pidió audiencia para visitar a Chela, fue el Presidente del Partido del Comején: "Es usted una mujer de futuro --le dijo--. En política, usted puede llegar muy lejos, pues lo tiene todo". Pero Chela, lo paró en seco antes de que comenzara a hablar de contribuciones. Sus dos últimos maridos, le habían enseñado, que los que no tienen con qué, son los principales ilusionistas y formuladores de milagros. De cómo hacer dinero sin nada, de cómo hacer que el dinero trabaje para uno y no uno para aumentar el dinero. De cómo enriquecerse a la carrera formando compañías sin un centavo en la bolsa, y de cómo disfrutar el oro, frotando la lámpara de Aladino. En menos de lo que canta un gallo, le puso de patitas en la calle, pero ya estaba en la antesala el candidato del Partido de los Mechudos, facción de los Sacolargo:

--Formamos parte del Movimiento Renovador de las Lagartijas, y aunque somos de la facción de los Mechudos, rama de los dinosaurios, nosotros no queremos ser dinosaurios. No estamos con ese grupo ni queremos jugar con ellos. Ya están sarrosos y no nos interesan.

--¿Y yo qué?

--Irá en nuestra fórmula salvadora --dijo el candidato de los Sacolargo.

--Salvadora y libertadora --agregó el licenciado Tarantino Rivadiava, el padrino acompañante--. Además, una mujer como usted es carta de triunfo en cualquier empresa --recalcó dulzonamente con sus inveterados guiños de ojo, que le habían costado amonestaciones de jueces y acusaciones, por

agresión al pudor e insinuaciones inmorales.

--¡Ajá! ¿Y qué?

--Nuestro partido irá a las elecciones con su propio candidato.

--Si es que podemos --agregó el Presidente de los Sacolargo y logramos contar con la fórmula triunfadora.

--¿Y yo qué? No he comprendido todavía.

--Usted sabe que quien tiene plata platica...

--De plata, yo no quiero platicar. Mejor nos vemos votando en las elecciones --dijo poniendo atarantado a Tarantino, cuando agitó la cascada iridiscente de su cabellera plateada.

No terminaba aún la entrevista con el delegado del Movimiento Renovador de las Lagartijas, cuando en la sala de espera, soplando una taza de café con leche caliente, hacía audiencia el candidato del Partido de los Mancos.

--Como usted sabrá yo soy mi propio candidato, y como le dije a mis seguidores: No necesito que me lance nadie. Sé que usted tiene noticias ya --pues esta es una campaña de chismosos de la que no se salva nadie--, en mí no encontrará curvas ni escondrijos de ninguna clase. Yo tengo la popularidad y usted la belleza. No hace falta más que una cosa para arrollar en las próximas elecciones.

--¿Se refiere a un partido?

--No. Tenemos el Partido de los Mechudos.

--¿Y si fallan los votos, debido a los recovecos y compromisos que tienen los partidos en sus tomas de decisiones?

--Compramos los votos.

--Es usted un candidato inteligente.

--Que no le quepa la menor duda. Aunque no tengo dinero, la inteligencia me sobra.

--Se le sale hasta por los poros --rió Chela Algodón.

--Además, soy el más popular. Los otros son un fiasco. No tienen nada en la bola --dijo recordando el beisbol.

--Hay un peligro.

--¿Se refiere a Paco Quieto?

--Sí y no.

--¿Y a quién, específicamente?

--Paco tiene los sellos del Partido, y don Coquimbo Arteaga, la plata.

--El del Partido de los Colorados.

--El Jefe de los Alcalderos.

--Exactamente.

--Usted está más informada que yo de la política en Ostocal.

--En cualquier evento de esta naturaleza, el mejor informado es el dinero.

--Tiene usted razón. Mas, no hay que preocuparse por esto. Hacemos lo que el candidato del Partido del Embudo. Vamos al Supermercado de Partidos que fue organizado por Cleto, en el que hay para toda clase de gustos, condiciones y procedencias, y nos compramos un partido.

--Déjeme pensarlo con la almohada, que ahora es mi consejera política. Y Chela Algodón se fue a consultarlo con las cuentas de cheques, la caja de hierro y los valores certificados que había heredado, sobre todo, de los dos últimos maridos, los que seguían influenciando las decisiones financieras que no tenían algo que ver con inversiones de negocios políticos. Pensó en la sentencia crítica que el candidato del Partido de los Mancos, había lanzando como acusación contra la facción de los Dinosaurios: "Son adoradores del dinero como si les costara tanto hacerlo". Le recordó suave, pero incisivamente hablando, alertándola con la remarcación ácida del acento cuando se refería a los otros candidatos de la facción mechuda, cayendo en noveleros argumentos de auto alabanzas, sacando el gran incensario cuando se refería a sí mismo: "La solución soy yo. Yo soy el hombre de usted. La política es mala cuando no estamos metidos los buenos". Chela entendió que todo los argumentos del candidato en el turno, eran disparates de telenovela. De tal manera, que sólo necesitó un segundo para tomar la decisión acertada: "Ese dundeco quiere que sea adoradora del aire", quedó viendo a Platón fusilado, en la inmensa fotografía de la

sala en la que aún seguía reinando: "Te juro --dijo de rodillas ante la fotografía de Platón-- que voy a ser todo, menos candidata de nada". Y Chela vio sonreír con orgullo la imagen cancanando de Platón.

Mientras el Gobierno de Doña Blanca Ilusión, llegaba a su fin patinando, y anunciando su famoso despegue, había mayor desempleo, el billete de oro lanzado al viento sin respaldo, por José María Monetario bajaba y subía, como en la escalera eléctrica de una casa de varios pisos. Y como un salteador de caminos, vivía amenazando a todo dólar que lograba cruzar la frontera. Los diputados de Cleto, en nombre de la reconciliación de Blanca, a diestra y siniestra, aprobaban amnistías. Se agrandaba el espectro general de la crisis.

Los pobres y no el gobierno, estaban enfrascados en una guerra crucial contra el hambre para resolver sus problemas: los niños hambrientos limosneaban al paso de los semáforos en las esquinas; los huelepega en los mercados y en los barrios marginados en donde se arrincona el vicio. Las pequeñas princesas de la miseria, putitas analfabetas con sus descarnadas bellezas desnudas, pululaban día y noche, alrededor del ronroneo musical de las rockonolas, los restaurantes y los hoteles de aventureros y turistas. Una libertad absurda y endemoniada, en que amenazantes, sonrientes y además, armados, disfrutaban de libertad los asesinos confesos. El territorio de Ostocal estaba convertido en corredor de los reyes de los carteles de la droga de Cartagena y Cali; y los barrios de la Villa convertidos en angustiantes buzones de armas, para los traficantes: los capos de la guerra dueños de la honorable y caliente lavandería del narcotráfico. Como en alas de zepelín, pasaron los meses volando. Llegó por fin la hora en que el honorable y sapientísimo Tribunal Electoral qui habet aures audiendi, audiat, de la Gobernación de Doña Blanca Ilusión, anunciara la apertura del período eleccionario, y convocara a los partidos políticos a inscripción de candidatos. Fue el momento crucial en que se desató la pelotera, y todo mundo corrió a

buscar el molejón en donde afilar los fierros: las hachas, los rifles, la lengua, los cuchillos, las flechas, los anónimos, los falsos testimonios, la voluntad y la conciencia, para estar listos y participar en la operación barbarie.

--Es hora de las piedras pómez --se apareció el doctor Ronco Calvo a la casa del Presidente--. No me diga que no ha hablado con Chela Algodón. Esa es la que tiene la plata.

--Aunque pueda que sea así, no creo que necesitemos tal cosa. Vamos a pedir una audiencia con la Directora del Instituto del Petróleo.

--¿Pepa Torrentes?

--Ella misma. Si Chela tiene la plata, Pepa tiene los votos. Acordate que los López son la mayoría. Se me ocurre que podríamos hacer un amarre con las dos.

--Chela no quiere nada con nadie.

--En cambio, Pepa quiere todo con todos.

--Ese es problema de Chela.

De tal forma, que el candidato del Partido del Reloj preparó su manifestación política el día de la procesión de Santo Domingo de Guzmán, cuando la imagen bajaba de las Sierras. Buscó un grupo de los bailadores de vacas y machos ratones, alquiló una marimba de Masaya, y salió animado, a probar suerte, con los militantes del grupo de relojeros. Parecía un entierro de pobre, cuando comenzó a caminar en la calle. Apenas recorrió dos cuadras, se le ocurrió que era mejor buscar unas tantas carretas, montar en ellas parlantes, y comenzar a invitar al pueblo fiestero, para mejor obtención de resultados.

--Vamos a pescar con red, señor Presidente --recomendó Ronco Calvo cuando se vieron tristes y deprimidos, en la debutante y solitaria concentración con la que pretendía abrir los fuegos políticos el candidato del Partido del Reloj--. Desde ya, le recomiendo aprovechar todo alboroto. Si alguien se muere, aunque no lo haya visto nunca en la vida, diga un discurso y láméntelo como si el muerto hubiera sido un hermano suyo. Si hay algún alboroto, o una procesión de lo que sea, métase en ella, reparta consignas y

haga flamear la bandera del Partido para que lo vean en esos revoltijos de masa. Y si por casualidad, resulta un pleito político en el que pueda tomar parte y de paso sacar ventajas, póngase con el que gane, pero usando a Maquiavelo de consejero de almohada, para que no lo engañe nadie. Haga las de Sansón Pelayo que se levanta temprano, no pierde el tiempo con cuentos, sigue contra viento y marea y no detiene la marcha. Y acuérdesse de esta sabia sentencia: "En política no hay enemigo chico, y como en cualquier otra actividad de la vida, haga las cosas en serio, y cuando vaya a pegar, pegue duro, para poder hacerlo dos veces". Con cuatro tragos de aguardiente, enronquecido por los gritos y los efectos de la soberana asoleada, el bullanguero y estrafulario Ronco Calvo, gritó a todo pulmón, dando una palmada en el hombro del Presidente: ¡Adelante, Presidente, que luego es tarde! ¡Viva Cándido Valpulso, el candidato democrático del Partido del Reloj! ¡Acuérdesse, que si usted llega a Presidente, jodido, mi querido don Cándido, tiene que dar la hora aunque no tenga cuerda el reloj. Esto, a la hora que quiera el pueblo y cuando la quiera el pueblo! Acompañeme, jodido. No tenga miedo a nadie que estamos en un país libre. Dígalo fuerte y con huevos: ¡Viva Cándido Valpulso, el próximo Presidente de Ostocal! ¡Muera Cleto!

--¡Viva...! ¡Muera...! ¡Viva...! --contestó el Presidente, enredado en el juego de vivas y muertas de su Ministro de la Presidencia, distorsionada la voz, casi silbando, enronquecido por la abrumante insolación que le había cerrado la garganta.

VIII

Cuando se presentó el corre corre de las elecciones para 1896, los partidos políticos sin excepción, soñaron, que de sus filas debería salir el sucesor de Blanca Ilusión, quien con la cacareante estrategia de hermandad y reconciliación, todavía no gobernaba. Como cuando llegó la misión de los japoneses, la oficina de planificación se mantenía huérfana de proyectos. Unos a otros se quedaban viendo, perdidos en lejanas improvisaciones que deberían ser el principio del fin del caos heredado para la solución del conflicto social, económico y de conciencia política, que se cernía en el pueblo. Un lejano y harapiento Ministerio del Trabajo vivía enfrentando huelgas, plantones, demandas salariales, reformas laborales, tomas de carroñas industriales que en otro tiempo habían producido algo, además de reclamos de porcentajes sociales --aún en litigio--, de los famosos bienes confiscados que había regalado la tristemente célebre Oficina de Repartidera de Piñata. La situación social y política era de tal gravedad, que era cosa normal, el que los pocos trabajadores que estaban empleados plantearan problemas laborales a diario. Las asociaciones de vendedores de agua helada amenazaban con botar el gobierno, porque los vendedores de chicha de maíz, les hacían una competencia desleal, haciéndola de colores chillantes. Y la mutual de artesanos en la producción de cotonas de manta y de caites de cuero crudo de res, se ponían a conspirar con los publicanos del Mercado de Ostocal, a fin de impedir que los comerciantes indúes y

turcos de los tenderetes, hicieran lo mismo que los de la chicha a colores, vendiendo cotonas de yute y caites de cuero de zebra importados, a precios de hambre.

--¡Abajo el contrabando! ¡Abajo los lavadores de reales! --gritaba, amenazando con ambos puños, el Secretario General de la Asociación de Aguateros.

--¡Hacen lo que les da su regalada gana, porque están apoyados por los soldados de Cleto! ¡Abajo Cleto! --secundaba el agitador de los artesanos de la cotona de manta, blandiendo una cotona manchada de sangre, con la que encabezaron la marcha del lunes, a la Casa de la Presidencia.

--¡Vivan los colectivos de la cotona de manta! ¡Maaantaa...! ¡Maaaantaaa...! ¡Maaaantaaaa...! --rugían, coreando los marchistas.

Al pie del Monumento a los comandantes Panchito y la Rana, hicieron su aparición los virulentos discursos:

--Esta es una demostración pacífica --comenzó su intervención el aguatero que tenía un mortero de fabricación casera en la mano--. ¡Esto que tengo aquí, no es una amenaza contra la Blanca ni contra nadie (aclaró despectivamente), pero es necesario que sepan, que los trabajadores no estamos cotos, y que no le tenemos miedo a los que con los reales del estado, quieren burlarse del pueblo.

En el centro del montón de cotoneros, el grupo bien entrenado de comejenes repartían pinol con dulce, para animar a los marchistas y llevar agua a su molino: "Esos somos los comejenes --repetían a uno por uno, de los que iban tomando el pinol con dulce--. Aquí y en donde sea, el Partido del Comején, en los momentos difíciles, estará siempre con ustedes".

A las nueve de la mañana del martes, mientras la Asociación Empírica de Maestros de Primaria --que aún no sacaban el título, porque no había algodón que cortar--, quemaba un santo retratón del Secretario de Educación Pública del Gobierno de Hermandad y Reconciliación Nacional de la Presidenta Ilusión, amenazando con suspender

el año escolar si no había aumento en el salario, el Movimiento Nacional de Trabajadores de la Limpieza Pública de Ostocal, con la furia de un toro miura, la fuerza de un elefante salvaje de Africa, y la vocación de Nerón cuando estaba incendiando Roma, pegó fuego a los edificios de la Alcaldía, danzó alrededor de la violencia brutal de los morterazos de sus fuerzas de choques, y amenazó con regresar las veces que fuera necesario, hasta alcanzar el aumento de salario y las prestaciones sociales a las que tenían derecho de acuerdo con el costo de la canasta básica, y la dignidad de los derechos humanos. El candidato de la facción rojioscura de Cleto Orlacha, bajo la agobiante melancolía en que se apagaba la demagogia recordando los días del triunfo, retó al doctor Coquimbo a salir a la calle, para así verse las caras.

--Poder popular...! ¡Poder popular...! --saltaban los ojos de la masa buscando al edil que jugaba solitario.

--¡Poder para joder! ¡Joder popular! --enfaticó don Coquimbo, lanzando la baraja al canasto de la basura.

--Leí en el Termómetro que van a implementar un plan de acción en la Secretaría del Trabajo para dar respuesta a las huelgas --informó al edil, el consejal Megaterio Sanarrusia, Secretario y Asistente de la Alcaldía.

--Lo que debería de implementar Doña Blanca, es una Secretaría del Vago, porque aquí nadie trabaja --respondió el Alcalde con disgusto. Pues según los importantes titulares de los periódicos, incluido El Lavandero Popular, hasta los policías planeaban una huelga, amenazando con no capturar a los delincuentes comunes. "Es por asunto del barco". Barco le pusieron desde hace años, a los cuatro frijoles rancios, y al posillo de agua con dulce con los que viven hambreado los prisioneros.

La protesta laboral del miércoles, fue debido al paro de los músicos populares. Los alegres chicheros, hicieron plantón en el parque. Desde todos los rincones de la Gobernación de Ostocal, llegaron tocando saxofones, clarinetes, trombones, bajos, platos, trompetas, bombos, tambores y quijadas de burros. En la plaza fue la ruidosa francachela, en contra las

rockolas importadas --que con sus discos automáticos y sus orquestas de todo el mundo--, estaban siendo preferidas en las fiestas patronales, en los cumpleaños de los viejos alborotados, y en los bautizos de los niños de pecho, debido a la onda mágica de echar la moneda en la ranura niquelada del invento del siglo. Era cuestión de hincar la tecla con el dedo, y escuchar el vals, el tango, la ranchera o cualquiera otra carajada que se ponía de moda. Las tales rockonolas todo el día pasan tocando "La Cumbancha" --rezongaban de arrechos los músicos del pueblo--. "Hasta con el dedo del pie podés marcar en una rockola", alardeaban los defensores del enloquecedor aparato musical.

--"Es un insulto contra los trabajadores del pentagrama", decían los viejitos músicos que habían recibido lecciones de solfeo.

--Es una agresión contra la libertad de comercio de los sinfónicos. Ahora nadie quiere saber nada de "La Mamachilindrá" ni de "La Puta que te parió" --protestó Zoropeta el Trompudo, que con el clarinete y el bombo era un maestro de la música de toros cuando tocaba en las fiestas patronales.

Cuando Doña Blanca Ilusión recurrió a mil excusas para no dar la audiencia solicitada, el grupo de los chicheros se declararon en guerra abierta contra la decisión de la Presidenta, y dispusieron una marcha musical hasta que Doña Blanca escuchara su pliego de peticiones.

Peor que en el Harmagedón de la Cita al centro con los López, resultó el ruido de los chicheros sinfónicos. Fue una algarazara de instrumentos, y una aporreadera de tambores y bombos, latas, tubos, baldes, campanas, rieles, pitos de papallo, matracas, barriles y peines, toda la tarde. Al son de la Mamachilindrá, el terremoto musical de los chicheros, se prolongó hasta muy entrada la noche, cuando la población de la Villa, ya estaba al borde de la locura, y una comisión de la UPECSA, se organizó para solicitar intervenir y mediar a Monseñor Renato Pitote.

--¿Qué puedo hacer yo por ustedes, si ustedes no han

podido hacer algo por ustedes mismos? --preguntó Monseñor. Y continuó--: El problema es que en esta Villa todo mundo ha perdido el juicio. Ostocal es una selva, en donde el hombre se ha convertido en lobo del hombre. ¿Qué podemos hacer? ¡Tal vez orar, mientras las dignidades que representan las instituciones se dejan de repartir el cuero antes de matar el venado! Recuerden que no hay peor sordo que el que no quiere oír, ni peor ciego que el que no quiere ver. Ojalá que Doña Blanca sea capaz de reaccionar ante ese trueno con el que tienen sorda a la población pacífica de Ostocal.

--Ayúdenos a parar esto, Monseñor --dijo llorando la niña Nicolasita Serrano, quien se presentó como la primera víctima de sordera por el ruido musical de la marcha.

--Voy a intentarlo --repuso el Obispo.

La protesta llegó a su fin, cuando la Presidenta ofreció hacer justicia, aprobando un Decreto Ley de subsidio para los conjuntos de chicheros. Tocarón diana de despedida en honor de la mandataria, y se retiraron a sus casas echando vivas a Blanca Ilusión: "¡La protectora de los chicheros sinfónicos!".

A tres meses de conatos de asonadas, plantones, marchas, amenazas de huelgas, y huelgas de todo tipo, el Sindicato de Transporte en Diligencia anunció la suya, con la que amenazaba de una vez por todas, sentar al gobierno de Doña Blanca, en el banco del desastre.

--Ahora sí que viene la de vaqueros --amenazó Moreno Mínguez en su comentario sobre civismo y patria, con que despertaba al vecindario diariamente.

--"Si no ha querido gobernar ella, vamos a gobernar nosotros que tenemos experiencia --declaró con gran desparpajo el Secretario General del Sindicato--. Así es que vamos a la huelga con todos los fierros. Y aunque esta es una huelga cívica, no nos provoquen. No se metan con nosotros... no quieran burlarse de nuestras miserias y sentimientos, porque no vamos a permitirselo a nadie... no y no, a la derecha fascista neo-liberal con mentalidad de pulpo, que pretende liderar el ingeniero Sansón Pelayo.

--Aunque somos gente de paz, vamos a responder con

esto --amenazó Pablo Laguna, al que le decían Morterito Ambulante, mostrando el idem de su apodo fabricado en Masaya, y lo acarició como a un niño de pecho, frente al Secretario del Trabajo de Doña Blanca--. Amor y paz es nuestra consigna, aclaró, pero por si las moscas...

Era una cola enorme la marcha de diligencias. Y más grande se volvió con la solidaridad de las carretas pedreras, las pipas de la aguadora, y los carretones lecheros. Hasta unas famosas carretas naguas --según doña Pompa--, fueron vistas en el desfile.

--Es una huelga que no tiene sentido. Es ilícita, ilegal e inexistente --afirmaba el Secretario del Trabajo de Doña Blanca.

--Si no quieren oírnos, nos van a oír --fue el grito de la marcha, acompañado de morterazos, cohetes, sonidos de barriles y baldes que armonizaban con el ambiente ruidoso del Sindicato.

--¡Que renuncie! ¡Mejor nos gobernamos sin gobierno! --decían los menos exaltados.

--¡Estamos por un gobierno de orden! ¡No puede funcionar el país bajo esta anarquía! --gritaba Morterito Ambulante con el morterón en alto.

Y fue tan elocuente la voz de protesta del Sindicato de Transportes en Diligencia, que no pasaron muchas horas, sin que efectivamente los oyeran. Al canto del primer gallo en la madrugada, se instaló la Comisión Laboral Bipartita para dialogar acerca de los problemas del aumento del precio de las candelas de cebo, de la prohibición de echarle agua a la leche, de la injusta y desleal competencia de los burros aguateros de los ricos, que querían sacar del negocio del agua a la asociación de piperos descalzos, y de la reducción en el precio del manojo de zacate para los caballos de las diligencias que había subido un centavo.

En medio de este escenario de huelgas, desocupación, amenazas, asaltos y choques en la montaña, nada menos que treinta y tres partidos y agrupaciones políticas se inscribieron en el Tribunal Nacional de Elecciones para presentar

candidatos a Presidente. No hubo un sólo sector social que quedara afuera. Era un calidoscopio de ideologías, religiones, tendencias, conceptos sociales, posturas filosóficas y costumbres. Estaban metidos en la lucha electoral, desde ateos e indiferentes, hasta los profundamente religiosos, en los que se enfilaba apoyando a un político, el Obispo Pitote. Además había masones, iglesieros, protestantes, santos de los primeros y los últimos días, travestis y sus defensores, grupos organizados de homosexuales y hermafroditas, así como armados de los dos bandos desmovilizados, simpatizadores del feminismo libertador y defensor de los derechos de la mujer, especialmente de las abandonadas por los Don Juanes frustrados. Simpatizantes de la Iglesia Popular, y sus iglesias para revolucionarias y asociaciones secretas. Sin que quedaran fuera, los grupos y sociedades de parasicólogos sondeadores y preparadores de la visita de ciudadanos del ultramundo espacial, en sus platillos voladores, junto a moravos, metodistas, defensores y conservadores de la ecología. Como no podían ser inscritos todos por no reunir los respectivos requisitos legales, la selección de los que participarían en el evento, fue una tarea de titanes. Y tan difícil en aquel tiempo, como lanzar un hombre a Marte, de acuerdo a la opinión de los magistrados del honorable y sapientísimo Tribunal Electoral Nacional *qui habet aures audienti, audiat*, quien como era ley y costumbre --después del P-51 del Sansón Pelayo en el turno-- era quien diría la última palabra.

Veintiocho fueron los partidos escogidos por los imparciales "Jueces del Fraude" --como eran bautizados por quienes tenían menos oportunidades para una sonrisa de aprobación del Tribunal Nacional de Elecciones--. Nada menos que dieciséis más, que los que habían participado en la elección de Doña Blanca. En esta materia, nada rebasaba este acto histórico en las contiendas electorales, desde que la Gobernación estaba registrada como estado libre de Ostocal. Todas estos movimientos, sectas y organizaciones políticas, tenían sus propios trompos enrollados, y urdían sus propias estrategias, propagandas y planes para la conquista del

gobierno y el control del poder, si es que esto fuese posible, y estuviesen a mano el empleo de artimañas con las que cualquier grupo o partido pudiera recetarse el gobierno. Y así, mientras los rectos metodistas tenían sus propios métodos racionales, los agoreros mensajeros del diablo de la catástrofe en los diversos bandos y bandas armadas: rasos, sargentos, capitanes, flecheros, cazaperros, espías, tanquistas, secuestradores, agitadores, pone bombas, asaltantes, zapadores, jefes de escuadras y comandantes de desmovilizados de la guerra de Cleto Orlacha, o de cualquier otra guerra, ordenaban también los suyos, bajo el ruinoso concepto de la napoleónica tesis: la paz alcanza su punto de equilibrio en el filo de las bayonetas. Estaban también quienes pretendían dar respuesta al problema de la falta de producción con huelgas, clavazos, discursos demagógicos y ensarrados consejos de dinosaurios con aureolas de vacas sagradas: profetas de una paz imposible, enmascarada en la cínica, brutal y malabárica verborrea oficiosa enmarcada en terrible violencia verbal --lenguas de puñales--, disfrazadas de paternal solución a la crisis de las crisis en las que devenía históricamente enferma la Gobernación de Ostocal.

--"Vengan de donde vengan. Sean quienes fueren. Hay que expulsar a los profetas del odio del santoral de la política: ellos no han resuelto ningún problema verdaderamente del pueblo", comenzó a tronar la propaganda electoral cuando arrancó la campaña.

Despuntó con un ataque al obsoleto y olímpico Santoral, al que había que expulsar del juego político. ¿Para qué tener en los altares a santos que no hacen milagros, y ni siquiera dan alguna esperanza de hacerlos? Santos que se habían formado bajo el temor y la indecisión, o la mentira de una sociedad anacrónica, que se ha negado a sí misma. Y que en los tiempos del cambio --no del no cambio como les gusta distraerlo con marrulleros embrollos de elefantes blancos y vacas sagradas, dentro de sus ensimismados y prudentes exilios de abandono social-- con el que no tuvieron compromisos o evadieron tenerlo para desgajarse en la mazmorra de la

frustración más tarde. A la hora del escenario vacío, hicieron lo que sabían hacer. Especularon alrededor de lo mismo, como lo habían hecho en el ocaso del poder, en la que se perdió hasta la justa y mínima presencia de partido --no en la negación de la realidad cambiante que obligaba a gritos el debido paso hacia adelante--, sino en lo que fue la realidad cambiante dentro de la crisis del no cambio en las periferias de sociedades dispersas, abocadas al caos, a la destrucción del hombre, atrapadas en ideologías totalitarias. Y aún mantienen sus tesis de embustes, mentiras y malabares. Hablan de darlo todo, de moverlo todo, de entregarlo todo. Los falsos profetas del juego político, sucio de disfraces y convencionalismos políticos de progreso, de pasos hacia adelante en el desarrollo social, pregoneros de virtuales destinos manifiestos liderados por determinados nombres, y aprendices de políticos recién salidos de la herrumbre, débilmente poderosos dentro del cementerio de lápidas mal olientes de las miserias que todavía permanecen insepultas ante los ojos del pueblo. Líderes enterradores desde hace más de medio siglo. Quizás más aún. Desde el origen del estado mismo, con una misérrima razón en la lucha armada que entonces podía justificarse. Desdichadamente, después de tanto navegar contra la corriente, de haber acumulado tanta experiencia, aún no hemos aprendido a leer en la cartilla de la verdad, en el catecismo de la honradez, a tener el valor de llamar a cada cosa con su verdadero nombre. Cuando las cúpulas no pueden arreglar sus crisis, buscan como se las dirima y agite el pueblo, pero ellos continúan manipulando el desastre. Si no están en un lado, suelen estar en el otro, y en ambos a buen recaudo, a la espera de acontecimientos de consabidos resultados. En esto, nada ha cambiado de lo que se puede leer en los libros de historia. Agitan al pueblo, hablan de darse a él. Lo azuzan y exigen cuando tienen la red en las manos y hay río revuelto. Piden llegar al fin, si es que fuera necesario, sin haberlo hecho nunca ellos. "Hay que estar listos a entregarse de cuerpo entero al pueblo, para el pueblo y con el pueblo, hasta las últimas consecuencias". Famosa fracesita prefabricada para

impresionar, para romper cráneos, subida en el zepelín de la revuelta, de la insurrección iconoclasta, de la euforia popular, de una sola vez, a impetuosa velocidad. Y venida a pique, con el descalabro de la experiencia real: *natura non facit saltus*, en que la había colocado el vicio de la irreflexión y el odio irracional innecesario, y el caos en que finiquitó el tiempo hueco en que se desgastó el elán vital del pueblo envenenándose con mensajes sin mensaje, con improvisación de discursos bailables, atosigantes, kilométricos, mal hilvanados, anunciadores de paraísos celestiales, de los cuales el pueblo tiene clara conciencia de que terminan en la fantástica ruta de la nada. Eso y más. La tónica y la intención de los hombres, pareciera que hubiesen salido de un refrigerador de voluntades. Sus cerebros y sus corazones en nada habían cambiado. No habían aprendido la lección del general Cleto Orlacha ni ninguna otra lección antes o después de los desgastantes acontecimientos. El escenario electoral de Ostocal, casi pasó a tener una dimensión de tenderete. Los grupos de partidos disputaban el espacio mental de los posibles votantes. Hablaban de fórmulas mágicas para resolver el problema del desempleo, la mortificante plaga de las enfermedades, el pobre abandono de la educación y el acorralante estigma del hambre. Con simpleza de pulpero, hablaban del problema de la producción. Tenían el mismo criterio de la gente de Cleto, que nunca había producido nada. La opinión pública los dividió en tres grupos: moderados, iluminados e insípidos. Mientras el candidato Cándido Valpulso estaba entre los iluminados, debido a su controversial estrategia del Gobierno del Reloj, la que según su Ministro de la Presidencia, las intenciones y planes encajaban en el incriminante disparate colectivo, en que había quedado la Gobernación después del período del general Cleto Orlacha, y había tomado la decisión de participar en el proceso electoral, única y exclusivamente con el compromiso político y social de echar a andar al país con la precisión de un Rolex, un Bulova, un Elgin o un Cassio. En la Casa de Campaña del candidato del Partido de los Mancos, centro de

operaciones también, de la facción mechuda de Paco Quieto, --funcionaba además de un museo antropológico, el Centro de Investigación del dinosaurio real--, ubicado por las encuestas en el grupo de los insípidos, porque no olían a nada, y entre los que todavía no se producía la decisión de ir solos o acompañados al proceso electoral. Estaban a la espera de que el sacro elefante blanco y dinosaurio mayor, diera la señal bajando el dedo; indicara el rumbo del consabido interés económico que privaba sobre lo político, fluctuando y bailoteando en la cuerda floja de los amarres del poder para poder, o no poder --lo que podían entender quienes manejaban los hilos de la conjura política y social--, dependiendo del juego, las tácticas y los resultados maquiavélicos, en las que deberían responder las razones como respuesta de poder. Los insípidos tenían puesta la puntería en la mira del candidato del Partido del Embudo, que había desplegado su campaña electoral, sonando las matracas a rebato, en la propia catedral del Gobierno en donde hibernaba Doña Blanca.

--¡Aquí está la piedra, señor Presidente! --bailoteó el doctor Ronco Calvo, alrededor de don Cándido Valpulso--. ¡O nos apuntamos ahora al caballo ganador, o nos quedamos fuera para limpiar los establos y servir de burro a los otros!.

--¿Y nuestro candidato, qué? --protestó doña Candelaria--. ¡El no será furgón de cola de nadie!

--Nosotros seguimos adelante, señora Jefa de Campaña. No se preocupe que para ser buen político en Ostocal, hay que situarse arriba como el aceite, y para esto, hay que aprender a flotar y pensar en grande. Recuerde que en política, pero sobre todo en Ostocal, dos más dos no son cuatro.

Y de acuerdo con los informes confidenciales y la compra de espías de todo nivel, en los que menudeaban personajes de los más virtuosos, honorables e informados, casi todos de los restantes partidos y grupos políticos inscritos en el Tribunal Nacional de Elecciones, se empeñaban en desarrollar estrategias de vuelos rasantes, sin mayores

fluctuaciones, pero con mucha trama de poder, que echara por el suelo los planes cupulares para participar en un amarre político electoral sacando a los otros, mientras salían adelante los propios, asegurando el respectivo bocado de cardenal, como chanceaba don Coquimbo.

--Me conformo conque me den un ministerio --expresó uno de los del Grupo del Sofá.

--Yo me amarro si me dejan dos diputados. La curul de mi Secretario General y la mía como Presidente. Las bases estarán representadas y satisfechas con nosotros en la Asamblea --aclaró el dirigente de una facción de Las Lagartijas Renovadas, a quien le decían "El Generoso".

Don Cándido que sólo entendía de relojes, calificaba de genial a su Ministro de la Presidencia. Le pareció extraordinaria actitud el asunto de sus malabares, aún cuando sólo los hacía con el Bla bla bla de la lengua. No le cabía dudas, que de acuerdo a su oficio de relojero, tomando como punto de referencia el exacto mecanismo de los relojes, Ronco Calvo era como la volante o el eje, una pieza necesaria. O daba la hora exacta o la daba a su manera, pero que la daba la daba. La experiencia la sustentaba en la inutilización del candidato ocasional que apodaban Alcón, que se había venido a pique antes de agitar las alas.

A tres meses de la convocatoria electoral, la Gobernación de Ostocal estaba que ardía, convertido en un tiangue político al aire libre, en el que había de todo. Golpes bajos, codazos, mordiscos y pintas de lo más salido de tono, en las que campeaban los trapos sucios del chismorreio y la calumnia como entrada, y los anónimos, las declaraciones radiales, y las amenazas de muerte como entremés, en el gran banquete de la res pública, a la que los inexpertos estaban seguros de cambiar, si es que podían dar un golpe de suerte --como si fuera un juego de lotería--. "Vamos en línea directa al poder para poder", coreaban los partidarios del candidato del Partido de los Libertinos, --facción populista de los rojos--, que según algunos, era recto como un riel del tendido telefónico. Según otros, callado como un estorbo, con un

super ego que lo arrastraba hasta la inseguridad verbal del insulto, en los que era un experto. Pero de todas formas, muy en el fondo un buen hombre. Humilde y nervioso, como un venado lampareado, un verdadero luchador venido desde abajo, experto conocedor de su oficio. Un ilustre sin pedigrí, una verdadera historia de la vida real para ser ejemplo de otros, pero que al final comenzaba a doblarse, como pabito de difunto.

--"Y ese loco, ¿con qué va a poder?. Si es eso precisamente lo que le falta. El poder se tiene con el poder, no con el no poder", contraatacaban los del grupo de los Dinosaurios --facción de las Lagartijas Renovadas--, pues esperaban por el angustioso amarre político que no echara a perder el buen nombre de su candidato a la Presidencia de la República para poder, quien con el amenazante y trágico problema de la peste de las ratas, que estremecía los cimientos de la gobernación de Ostocal, encaramándose en el taburete público de una barrera de toros, habían gritado y jurado a pie juntillas: "La desratización de Ostocal es algo toral en la ejecución de nuestro Plan de Gobierno. No habrá lavadero, rincón, albañal, urinario o pon pon, que no vaya a ser revisado por nuestras brigadas anti-ratas. Me comprometo a poner una fábrica de raticida y vamos a regalar ratoneras contra la peste. La Leptospirosis no se burlará de mi gobierno. El Movimiento de las Lagartijas Renovadas no lo permitirá jamás. No quedará rata en bodega, ni ratón en algún ministerio de estado, que no sea perseguido. La desratización vendrá por casa, como ejemplo de servicio público. Desde ya, anunciamos que si ustedes nos dan el voto que saque adelante a nuestro candidato con un triunfo electoral, el Año de la Rata entrará en función el mismo día que asuma nuestro partido las gestiones de gobierno, para que sea esto el testimonio de nuestro compromiso con el pueblo". En otros niveles del global desaforamiento que vivía Ostocal, los grupos de desmovilizados de Cleto Orlacha y los abandonados de Paco Quieto, hacían también sus planes:

--"Somos la voz del fusil. Estaremos con el que nos dé

más, con el que nos garantice aunque sea el gallo pinto con tortilla", gritaban los ejecutores de secuestros, y los salteadores de bancos, que aún no olvidaban las mañas: "Cualquier cosa que hagamos, lo hacemos porque tenemos hambre", lo escribían en las pancartas.

De los más recalcitrantes, era el doctor Coquimbo Arteaga, Alcalde Municipal de la Villa. Desde que tomó la determinación de lanzarse al ruedo político, juró con limpiar Ostocal de cualquier clase de ladrones: "De chaleco o de cotona. Los que se hayan robado algo, van a devolver lo robado".

--Así dijo Doña Blanca cuando la eligieron Presidente. Vamos a ver si don Coquimbo puede --respondió el Presidente del Comité Nacional de los Piñateros.

--No vamos a perder el tiempo --afirmaba el incorruptible jefe edilicio, como a él le gustaba llamarse-- Es la ocasión propicia para enterrar a los enterradores de la libertad, a los hambreadores del hambre, a los dilapidadores de la conciencia nacional, por la que el pueblo ostocalense está clamando justicia.

Con la propaganda política, el edil había recurrido a todo. Concursos de niñas bonitas, carreras de encostados, competencias de tragaderas de huevos crudos, bailes de rencos que duraban una semana, montaderas de toros, bailes de chinegros, vacas, gigantonas y torovenados. Bebederas de guaro sin despegar, a pico de botella, hasta caer redondos. Palos lucios y chanchos encebados. Megaterio Sanarrusia era el promotor del despliegue publicitario cuando don Coquimbo asomaba la cara.

"Voy a hacer esto. Voy a hacer lo otro. A este pueblo le voy a poner un ferrocarril para que vayan a misa en tren. Vamos a hacer una Compañía de Zepelines para que vayan al Japón cuando les dé la regalada gana. Cuando yo sea el Presidente, Ostocal va a ser como el país del dólar. Todo el mundo va a comer aunque no trabaje. Voy a construir cuarenta rotondas y cien fuentes públicas, con estatuas musicales, para que el pueblo se bañe en ellas, oyendo toda

clase de música y viendo todo tipo de estatuas".

--"¡Qué bello este don Coquimbo! --se reía Chela Algodón--. ¡Qué loco suelto más lindo en el Paraíso de Ostocal!".

Por supuesto, con la carrera presidencial de los candidatos todo mundo vivía como en una fiesta. De brindis en brindis, brindando.

--"Brindemos por este pueblo. Levantaban la copa. Uno más por los colorados. Brindemos por el candidato, brindemos por el discurso de este viejecito general, héroe del Guindo y guerrillero insigne de las filas de Guardiola. Brindemos por los Libertinos, hagámoslo por cualquier cosa, pero brindemos, jodido. Y además, hay que echar vivas: ¡Viva don Fulano López! ¡Viva don Zutano Pérez! ¡Vivan los vivianes de la Villa de la Gobernación de Ostocal! No paraban de brindar los brindadores ocasionales que abundan por todas partes.

--"Aquí está el freno de Cleto Orlacha", gritaban fuera de sí, los entusiastas seguidores del Alcalde.

--"Lo apoyamos por sus virtudes y no discutimos sus defectos --que esos salen sobrando--. ¿Como podían dar su apoyo a algún otro candidato que no fuera el que habían escogido para llevarlo a la Presidencia? "No tenemos la conciencia en venta", gritaban en las concentraciones para dar crédito a la escogencia.

Uno de tantos domingos de 1895. El domingo todavía sigue siendo el día estratégico, en que los políticos programan sus reuniones al aire libre para sacar la cara y reunirse con sus posibles seguidores, un nuevo candidato se lanzó a la arena en medio de un escándalo de sartenes. Sansón Pelayo, Ministro de Doña Blanca Ilusión, expuso elocuentemente su Proyecto del Embudo. Fue la revelación noticiosa que conmocionó a la clase política.

--Otro salto con garrocha, reaccionó el Presidente del Partido del Comején --recordando la famosa política del ingeniero Sansón Pelayo del "Agua Limpia en Tanque", que a inicios del Gobierno de Doña Blanca, significaba: Sacar dinero sin respaldo del circulante, aumentar los impuestos,

constreñir los créditos y cobrar los saldos insolutos de las habilitaciones en las Casas de Préstamos, y claro está: Meter todo el dinero posible para dar impulso a la producción exportable y combatir el desempleo heredado de Cleto Orlacha, y afirmó--: lo que estuvo limpio fue el tanque, porque el agua sigue saliendo tan sucia, que el pueblo todavía vive sediento.

--Voy a convertir Ostocal en un paraíso --prometió Sansón Pelayo--. Vamos a arrollar a quien se ponga frente a nosotros, porque este es un proyecto del pueblo.

--¿Cuál pueblo?

--Aquí está el pueblo.

--¿Dónde?

--Aquí.

--No lo vemos.

--Yo soy el pueblo.

--Tenés siete años de estar diciendo lo mismo --lo increpó el grupo de los Alcalderos.

--Hemos tenido que navegar en aguas podridas --decía en los discursos sarteneros.

--Eso ya lo sabemos --respondió sonriente el vocero del grupo Los Libertinos.

--El camino de la transición ha sido largo y escabroso, y necesitamos tiempo para lograr éxito de este compromiso crucial con la patria y la Presidenta Doña Blanca Ilusión.

--Paren a ese hombre --exhortó el padre Cruz en la homilía del domingo. Tendremos siete años más de vacas flacas. ¡Hagan algo por Dios, antes que esos cañones, más potentes que los de Navarone, acaben con todos nosotros.

El Proyecto de Sansón Pelayo provocó la reunión emergente de la tentativa de alianza UPCORE. Como no había un sitio apropiado en donde juntarse --porque poquísimos partidos tenían casa del partido, y los que las tenían, no eran lo suficientemente amplias para poder dar cabida a los representantes de UPCORE que estaban alborotados pensando en las elecciones--, la reunión tuvo lugar en la Casa de los Florentinos, como respuesta a la oportuna

invitación de la doctora Sara Mangolla. Como quien asiste al velorio, en el que no se conoce a la familia del muerto, con cierta curiosidad, fueron llegando uno a uno los delegados de las agrupaciones políticas. Tomaban asiento dando el nombre del partido, criticaban o aprobaban la hora de la reunión de acuerdo a sus propios tiempos hábiles, firmaban el libro de asistencia y leían los otros nombres. Algunos hacían mordaces comentarios sobre Sansón Pelayo con el Proyecto del Embudo: "A este pueblo le han visto cara de pendejo", y preguntaban por la doctora Mangolla.

--A las cinco de la mañana de hoy, hicieron explotar una bomba en la Iglesia de Guadalupe --comentó el de la gorra azul, del Grupo de los Alcalderos--. La tienen contra el Obispo Pitote, desde el último Mensaje de la Conferencia Episcopal que habla de publicar las Reformas.

--Aquí no se sabe quien manda --habló el delegado de los Sacolargo--. Si es que te van a joder manda todo mundo. Si es que andás buscando justicia, gritás y nadie te escucha. Es como arar en el mar. Este gobierno de Doña Blanca sólo entiende con señales de humo.

--¿Eso qué es? --preguntó el delegado del Partido de los Rosados.

--Señales de humo son señales de humo.

--¿Como a las que recurrió el Sindicato de Transportistas en Diligencia con los morteros encima de la Casa de Gobierno? ¿Serán ésas? --preguntó el del Movimiento de Lagartijas Renovadas. --¿Y cuáles, pues? Desgraciadamente, son las únicas señales con las que entiende esta gente --agregó la doctora Mangolla, que ya estaba con la pierna cruzada balanceándose en la mecedora.

Se pasó lista de los asistentes. Los líderes de los grupos, partidos, facciones de partidos, tendencias ideológicas, económicas y toda clase de intereses creados y por crearse. Cañeros, piñeros, bananeros, cebolleros, arroceros, corredores de bolsa en el mercado negro, cafetaleros y otros grupos con problemas de deudas bancarias --interés del 20, del 30 y del 48 por ciento-- ¿Qué clase de rentas se pretende

obtener de la cenicienta agrícola para pagar semejantes intereses? Un financiamiento tan absurdo, como si la habilitación fuese para siembra de amapola, y como final del proceso, la alegre y divina comercialización de coca. Los millones de Cleto y de Doña Blanca para los que producen nada.

Luego, se procedió a dar sentido a la vieja idea de formalizar la famosa alianza UPCORE. Antes de comenzar la sesión, la doctora Mangolla preguntó si estaban presentes todos.

--Se supone --respondió el delegado del Partido del Comején.

--Realmente no esperaba tanta gente --comenzó la Presidenta de Los Florentinos--. Aunque todavía faltan algunos.

--Aquí vengo yo --respondió don Cándido Valpulso, tomando asiento entre el grupo.

--Vino como sus relojes --agregó la doctora Mangolla que le tenía en la mira desde el día del cabildeo.

--¿Un poquito atrasado?

--¡Qué va! ¡Adelantado! --volvió la doctora Mangolla con su ironía de animador de espectáculos.

Una lluvia de aplausos sonó entre los ojoalegres políticos, cuando en la puerta se detuvo Pepa Torrentes, que representaba al Grupo de los López, que se había inscrito como nuevo movimiento en la Junta Nacional de Elecciones.

--Para los que no me conocen, Pepa Torrentes, representante del Grupo de los López.

--Jesús, niña, ¿quién no te va a conocer a vos, si por nada acabás con Ostocal en la famosa Cita con los López? --agregó la doctora Mangolla.

--Con todos mis respetos y perpetua admiración por usted... y sin compromisos... --bromeó don Cándido, guiñando el ojo, haciendo una ridícula genuflexión a Pepa, desde el extremo de la sala.

--Gracias, señor candidato --contestó la homenajead--. Como siempre, ya sabe que puede contar con mi voto.

--No se le vaya a ocurrir a don Cándido, comenzar a decir: ¡Viva Peepa! ¡Viva Peepa! --dijo la doctora Mangolla. Aquí no estamos en la plaza de toros de Las Sierritas.

La reunión formalmente, comenzó con fuego graneado y menudas incidencias de toda clase. Cada quien suponía que tenía la piedra en el buche para resolver los problemas.

--Nosotros estamos por el diálogo --explicó el delegado del Partido del Comején.

--¿Cuál diálogo? --preguntó el delegado del grupo de los Libertinos.

--El diálogo de las partes en conflicto.

--Hemos estado dialogando desde hace tiempo, y siempre nos hacen la guatuza.

--No ha habido un diálogo inteligente.

--¿A qué le llama usted diálogo inteligente? --preguntó la doctora Mangolla, frunciendo la boca.

--Un diálogo inteligente es un diálogo inteligente --reafirmó el interpelado del Comején.

--Eso de inteligente me huele a C.I.A. --interrumpió el delegado del Partido Socialista Renovado, quien conocía el manejo del horno político porque había sido panadero.

--Creo que estamos hablando sonseras --interrumpió Paco Quieto del Partido de los Dinosaurios--. Lo que debemos hacer aquí, es delinear un plan de acción, seleccionar una estrategia de lucha, formar nuestras propias barricadas mentales para contrarrestar las barricadas del enemigo, preparar nuestra artillería ligera, y fortalecer nuestro ejército cívico para comenzar la lucha política.

--Estoy y no estoy de acuerdo con el comandante Paco Quieto-- dio un paso al frente el candidato del Partido del Reloj--. Por un lado, lo que propone el comandante es un solemne disparate. Ya eso vivió en Ostocal, y es como desandar lo andado, volver a comer lo comido como si fuéramos avestruces, y nadar contra la corriente. De ahora en adelante, la única guerra que debe vivir el pueblo a la hora de la hora, es la de la política del Gobierno del Reloj, que quiere decir lo siguiente: 1.- Que viva quien quiera vivir sin molestar

al otro; 2.- Que se muera quien se quiera morir, aunque no tenga quien se haga cargo de las cuentas del cementerio. Mejor para él y peor para el estado, si se toma en cuenta el dicho popular: una mula muerta vale más que cien vivas. Aquí el Partido reconoce que es función social del mismo enterrar a los muertos sin dueño; 3.- Que coma el que trabaje y el que pida, y el que no quiera pedir ni trabajar, que no coma; 4.- Las escuelas son para los que quieran estudiar y los establos para los burros. El que saque notas menos de seis, va para fuera; 5.- El que tiene reloj ve la hora y el que tiene plata platica; 6.- Es obligatorio usar reloj, y quien no lo tenga pagará una multa. Se va a promover una política de créditos, a fin de que los bancos habiliten sin intereses a los vendedores de relojes, y estos se puedan vender a plazos; 7.- El Gobierno del Reloj cambiará el uso del billete de cualquier tipo que sea por el retorno al cacao como moneda. Así que no habrá problemas de valor con el circulante, como en los tiempos del pulcro doctor José María Monetario. El encaje legal y la Reserva del Banco Emisor estarán regulados por el control de las fincas de cacao, bajo la supervisión de los financistas, los banqueros y la Contraloría de la República. El Contralor en el Gobierno del Reloj deberá ser nombrado por el Presidente. El doctor Ronco Calvo y un equipo de científicos que forman parte de la estructura del Gobierno del Reloj, trabajan en la producción de la muestra de semilla de cacao que servirá de patrón de la moneda, y para aquellos que quieran falsificarla, les adelantamos: "Las monedas de cacao van a ser infalsificables", como dijo alguna vez el doctor Macario Vita, que Dios lo tenga en el santo reino de los bancos; 7.- El pago de las deudas por relojes, es prioritario sobre el pago de las deudas por alquileres, comida, escuela y alumbrado de faroles; 8.- Desde ya, quiero que ustedes sepan que quedará terminantemente prohibida la importación de carne de pollo. Estoy en pláticas con un hombre de negocios de Miami, para importar lomo de lagarto. La carne de lagarto tiene mucha proteína, y es más competitiva y barata que las aletas de pollo yanki --puro colesterol--, que venían en furgones. Es

lamentable recordar, que esos pellejos de pollo en furgón, fue lo que dio lugar al fenomenal aquelarre financiero entre honorabilísimos comerciantes. Además, no se sorprendan, de acuerdo al calendario chino, este servidor de ustedes nació bajo el Signo del Lagarto... Alguien sobresaltado, interrumpió al expositor.

--¡Doctora Sara Mangolla...! ¡Doctora Mangolla...! ¡Doctora! --grito Megaterio Sanarrusia, interrumpiendo al expositor que se mantenía como en el limbo, con los ojos volteados y abstraído en la exégesis de los Doce Puntos Torales del Gobierno del Reloj, que él consideraba una especie de desideratum bíblico para el irredento pueblo de Ostocal--. Que me perdone el señor Presidente del Partido del Reloj, pero nosotros no hemos venido aquí a perder el tiempo oyendo disparates...

--¡Un momento, por favor! ¡Aquí no está entre concejales comprometidos con la conciencia del Edil, sino entre ciudadanos libres comprometidos con nuestra propia conciencia, y con la conciencia libre del pueblo! ¡Acuérdese que la conciencia del pueblo es la conciencia del pueblo, y la conciencia del pueblo es sagrada. No se debe tocar con las manos sucias y muchos menos con manos sin conciencia, llenas cualquier cosa como las suyas! --señaló con elocuencia de discurso de barricada, el director del "Termómetro Rojo", vocero del Grupo de los Comepatos del exilio.

--¡Eso! ¡Eso! --Aplaudió Pepa Torrentes, quien se subió a la mesa en la que presidía la doctora Sara Mangolla. Con el tacón del zapato machucó los dedos al Presidente del Partido del Comején, y acusó de turba al representante de los Alcalderos--. Está usted en una reunión de políticos, y le exijo que deje terminar las sabias palabras del señor Presidente del Partido del Reloj. Además recuerde usted que no está en su casa, sino en la de la doctora Mangolla.

Una ovación cerrada, atronadora despidió a Pepa Torrentes, diez minutos más tarde, cuando agradeció los ¡hurra! después de la brincada y el taconeo en el escritorio de

la doctora Sara Mangolla.

--Usted se merece más respeto, mi apreciado don Cándido --dijo Pepa al Presidente cuando saltó de la mesa--. Hay que poner el punto sobre las íes para ordenar estas reuniones.

--Aquí no respetan a nadie --comentó la doctora Sara Mangolla.

--Te voy a llevar de Vice --la alagó el candidato sonriendo.

--Su generosidad me abruma. Recuerde que aquí hay antecedentes no muy santos. No me venga con cuentos --respondió irónica Pepa, haciendo alusión al Vice de Doña Blanca Ilusión.

--Usted es harina de mi costal --insistió juguetón el candidato del Partido del Reloj. Y mientras pasaban los meses con sus noches, se discutía y discutía y no se concretaba nada del tambaleante proyecto de la famosa alianza UPCORE, los partidos seguían hablando lo mismo. El licenciado Venerando Santón, delegado del Grupo de los Impecables Arrepentidos pidió la palabra, la que fue negada por la doctora Sara Mangolla por no haberse inscrito a tiempo. Entonces, el licenciado Santón se retiró de la reunión diciendo improperios: "Que el Grupo de los Impecables Arrepentidos era la única solución al conflicto de los poderes, que con la ayuda de San Benito y San Pedro, y el auxilio de las ciento cuarenta y cuatro mil vírgenes del cielo, sólo el Grupo de los Impecables Arrepentidos, estaba en capacidad de dar una solución a la gobernabilidad del pueblo de Ostocal, y que todo lo demás era puro fraude, demagogia y mentira. Los únicos que podemos arreglar el problema de este vacío de poder, somos nosotros, los pundonorosos manos blancas del Grupo de los Impecables Arrepentidos", escribió en el primer número del otro periódico, "La Bacinica", que había salido a luz pública.

--Quiero dejar sentada mi protesta --alzó la voz el delegado del Partido de los Protestantes, que protestaba por cualquier cosa--. Le ruego registrarla en el acta.

--Ya está registrada, reverendo Job --contestó la doctora Mangolla.

--Haga el favor de anotarlo en el acta --insistió el reverendo Job.

--Está anotada desde antes que tomara la palabra --volvió la doctora--. Para un protestón, una adelantada, sonrió rascándose la cabeza con el lápiz.

No se hicieron esperar risas y risotadas con los respectivos comentarios de los honorables representantes de los partidos, que no parecían preocupados por los bombazos de la madrugada, llevados a la reunión por el joven cincuentón y hablantín, a quien le decían el abuelo, a su vez Presidente de las Lagartijas Renovadas.

--Por lo visto aquí todos somos nuevos. El delegado de las Lagartijas Revonadas, el delegado del Grupo Nuevo de Salvación Democrática que todavía no ha dicho esta boca es mía; el delegado del Grupo de los Impecables Arrepentidos, el delegado del Grupo de Renovación Cletista que tampoco ha dicho nada. El delegado del Grupo de los Sacolargo, que más que saco, parece camisón el que lleva encima. El Grupo de los Comepatos, aunque un poco obsoleto, viene con su segundo aire. Y también son nuevos en este tiempo de novedades, nuestro querido delegado del Partido del Reloj y el ínclito comandante Paco Quieto. En fin todo mundo es nuevo, con el pequeño agravante --y que me perdonen los amigos y piensen lo que quieran, los que no lo son--, que ni en edad, ni en ideas ni en nada, veo nada nuevo en el grupo. Es el mismo cuento de Cleto. El famoso hombre nuevo, o lo que es igual: la misma mona con distinto rabo. Las mismas ideas, las mismas estrategias, las mismas mañas y la misma habladera de siempre. Tenemos seis meses de estarnos reuniendo para hacer una alianza que supere la UPECSA, y aún no nos ponemos de acuerdo en nada. Lo que pretende mi grupo, como abanderado de la salvación de Ostocal, como impolutos ciudadanos que quieren salvar a la nación de las lacras sociales, tanto de un bando como del otro, tanto de la derecha como de la izquierda, tanto del frente como de la

espalda, es que los que somos honestos, limpios, puros y una verdadera santidad en política, y además, no tenemos cola de ningún tamaño --porque no hemos tenido vela en ningún entierro del estado--, nos pongamos de acuerdo para buscar el nombre de la alianza. Primero: una verdadera UPCORE, y segundo: la escogencia de quienes nos deberán representar en la lucha por el poder presidencial --y para esto, me propongo a mí mismo como el más calificado, y el más puro, y el que tiene el apoyo hasta en los más recónditos lugares. Pueblos, barrios, cañadas, criques, arroyos. Y ya no digamos de las ciudades y del corazón del país, en donde me tienen como a un Niño Dios, esperando que les haga el milagro de hacer de este pueblo salvaje, vejador de papas y ladrón de santos, un pueblo cristiano, recto y puro, además, de su candidato. Ese soy yo. Quien les habla. Para que juntos todos, conmigo a la cabeza, enfrentemos la lucha que se avecina para 1896. Desde ya, quiero asegurarles a los que me apoyan, que son millones en la Gobernación de Ostocal, que vamos a entrar en una era democrática. El poder civil va a estar por encima del gorilato de las Fuerzas Armadas, haciendo cumplir las leyes. Vamos a dar trabajo a todo el mundo, los vagos se van a podrir en la cárcel, no voy a permitir más huelgas, y se van a acabar los tranques en las carreteras, y los plantones por gusto. En otras palabras, va a haber gobierno en este país hasta el día de hoy, desgobernado. Así, que les pido el apoyo, concluyó el Presidente del Partido de los Mancos, con una gran sonrisa en los labios. Y quiero anunciar a quienes estén dispuestos a apoyarnos: Cuento con la plata de Chela Algodón, que me está organizando el batallón de karatekas, que serán mis fuerzas de choque para llevar adelante la estrategia de las Tres P, si es que fuera necesario: Plata para los amigos, Plomo para los enemigos y Palo para los indiferentes.

Cuando el periodista Moreno Mínguez terminó su intervención, la sala estaba vacía. Los delegados de los partidos se habían retirado al corredor, a contar chistes inventados por el pueblo contra la clase política. Abundaban

los de Doña Blanca, y no se diga de los del ingeniero Sansón Pelayo. Los del doctor Coquimbo Arteaga eran para cagarse de la risa. La doctora Mangolla le dijo:

--Parece que la gente está cansada. Lo que le pasa a usted me pasa a mí. Cuando uno está con la palabra en la boca y la vela de la cabeza encendida, no escucha recomendaciones.

--Así he sido desde chiquito. Mi madre me decía el ciego. De todas maneras, esta gente aunque oiga no oye.

--Como usted puede ver, llevamos seis meses de reuniones y nunca llegamos a nada. Ni siquiera nos ponemos de acuerdo en el famoso nombre de la unión. Unos recomiendan que debe llamarse UPECSA, y otros la quieren poner UPCORE; y hay quienes insisten en bautizarla con el pavoroso UPCKK.

--¿Y que quiere decir eso?

--Pues por aquello de las dudas: UNION PEGADA CON KAKA, porque se tuvo la experiencia de la famosa alianza UPECSA.

--¡Ah, sí. La UNION PEGADA CON SALIVA, que mandó al diablo Doña Blanca.

--Así es.

--Nos está cogiendo la tarde. ¿Es cierto que a Sansón Pelayo le lanzaron huevos podridos y él, sonriente, contestó con versos a los huevazos? Ustedes lo repitieron en Radio Serrucho. ¿Cuáles son los versos?

--Si mal no recuerdo, creo que decían así: "El Proyecto del Partido del Embudo, no va a aplicar la Ley del Talión: huevazo por huevazo ni sartenazo por sartenazo, porque en todo enredo dudoso, la solución es el cañón.

--También salió poeta.

--Recuerde que en Ostocal, de políticos, poetas y locos, todos tenemos un poco.

--Lo que dice el dicho popular es: de niños, poetas y locos...

--Es lo mismo, en lo que hace a niñerías.

--¡Niñerías peligrosas! --exclamó la doctora Mangolla.

--¡Peligrosísimas! Ya se olvidó de la experiencia en canal caliente de San Siete Pañuelos, que lo elevaron de un bombazo.

--Así es.

--Esto puede enredar las cosas.

--Ya las tenemos enredadas.

--Yo no

--Ni yo tampoco.

--El tipo ese de los Sacolargo me parece que anda oyendo lo que platicamos aquí. Debe ser de la Cía.

--Tal vez de la Silla Presidencial, porque los yankis no son tan menso para ensillar a un tipo como ése --sonrió la doctora Mangolla, caminando hacia el corredor de pizzas en donde ardía la contadera de chistes picantes--. Mejor le invito a que nos comamos un pedazo de pizza con algunos chistes de aperitivo.

--Usted siempre tan gentil.

--Así me enseñó mamá desde que estaba en la escuela.

--¿Usted también estudió dónde las Osoritos?

--¡Ni quiera mi Dios! Allí solamente matriculaban a los retardados mentales.

--Gracias, doctora por el piropo --se sonrojó el candidato del Partido de los Mancos.

--Yo estudié en el famoso Colegio de la Niña Sérvula Sequeira. Lo de Niña es con mayúscula, porque hasta su muerte se mantuvo inviolable, y no como la soberanía de Cleto. Nosotras hasta pedimos que la enterraran de pie para que no perdiera el tiempo en el viaje a donde usted sabe.

--No sé nada, doctora.--Pues ya debería de saberlo porque le está llegando el tiempo --rió la doctora Mangolla.

--Voy a interesarme en eso.--Volviendo al caso, fue una verdadera heroína de la docencia --insistió la doctora Mangolla, atragantada por el recuerdo--. La matrícula era selecta. Para entrar ahí, hasta las muy pequeñas teníamos que usar bombachos con bordados de pétalos de rosa para no enseñar ni le digo qué, y cada niña tenía su baciniquita linda, de porcelana. ¿Está rica la pizza? --preguntó a su interlocutor

que ya la tenía aburrida.

--Todo lo suyo es magnífico, doctora.

--Cuenta el de la Leche de Magnesio --oyó que le dijo el delegado del Partido del Comején al delegado del Grupo de los Sacolargo.

--Ese mucho hiede, y estamos comiendo pizza --contestó el delegado de los Sacolargo.

--Entonces, contate el de aquel que murió de felicidad.

--Esperemos que venga la doctora Mangolla --dijo--. De todas maneras, ella fue quien me lo enseñó, y lo cuenta con mucha gracia.

--Ahí viene la doctora Mangolla. A ver doctora Mangolla, cuéntese ese chiste del que se murió de felicidad.

--Voy a darles gusto --comenzó la doctora Mangolla--. Dicen que había una vez... ustedes saben que yo no creo en nadie... bueno, pero vamos a contarle... un anciano millonario --como de noventa años--, que se casó con una muchachita linda de 20 --así como Pepa, pero aquella era blanca--, que servía de modelo a Play Boy, y a otras publicaciones famosas de España, Inglaterra y los Estados Unidos...

De pronto se oyó un estruendo que se fue quebrando en el cielo. Se apagaron las luces de los faroles, y un segundo bombazo hizo trepidar los cimientos y las paredes de la casa. Luego surgió en la penumbra el grito desgarrador del comandante Paco Quieto:

--Todo mundo al suelo, que estamos siendo atacados por el lado de la cocina. Mantéganse en silencio, y sin respirar muy fuerte. Que nadie respire muy fuerte, para que no nos detecte el enemigo.

En la oscuridad se escuchó un tropel en dirección contraria. Dio la impresión que había comenzado una lucha cuerpo a cuerpo. Por aquí, decían algunos. A la doctora Mangolla le pareció la voz de su amigo el doctor Moreno Mínguez.

--Aquí, Pepa.

--Por este lado.

--Me están fallando los ojos.

--Desde hace ratos --dijo Pepa.

--Se me perdieron las gafas en el alboroto. Ahora si, creyó reconocer al Presidente del Partido del Reloj.

--¡Qué pizza más cara esta jodida! --se lamentó alguien que pareció el delegado de los Sacolargo.

--¡Amárrese los pantalones, que esta chochera de la política no es caviar con champán en estos países salvajes! --identificó la voz del delegado del Comején.

--En cualquier parte es la misma cosa, y si no que lo pregunten a María Antonieta --aclaró el delegado del Grupo Verdoso Pálido.

--Por eso decía Aristóteles que el hombre es un animal político --dijo tímidamente el delegado del Partido de los Mancos.

--Todavía sigue siéndolo. No creo que haya cambiado --se escuchó el grito del comandante Paco Quieto. Un grito amenazante, bestial, lleno de terror:-- ¡Quisiera tener por lo menos, uno de los batallones de mis soldados de infantería para poner fin a toda esta mierda! Salió a todo correr, disparando metralla con la boca.

--¿Qué hora es? --preguntó el delegado de los protestantes.

--Pregúntele al candidato del Gobierno del Reloj --contestó la doctora Mangolla.

--La hora de encender los faroles --dijo la sirvienta de la doctora Mangolla, que se apareció con los fósforos de la cocina, y comenzó por el farol de la esquina de la alacena, en donde se había arrinconado en posición de ataque, pero con las manos sobre la nuca, el comandante Paco Quieto, antes de salir en carrera.

--¿Qué sucedió? --volvió el delegado de los protestantes.

--Nada.

--¡Cómo que nada! ¿Y ese bombazo que sonó en la casa?

--¡Fue un rayo en seco!

--¡Pero, qué rayo, Dios mío! ¡Por nada nos mata del susto!

--Limpia ahí, niñá --dijo la doctora Mangolla a la empleada--. A alguien de estos valientes se le salió un motete.

Después del rayo en seco, nadie había quedado en la casa. Los ruidos de soldados al ataque que dijo escuchar el comandante Paco Quieto --y que todos daban por un hecho que el militar estaba en lo cierto--, no fue otra cosa que saltos en la oscuridad, choques de cuerpos contra los cuerpos que estaban en el suelo, y cuerpos contra butacas que hacían de barricadas. El escritorio de la doctora Mangolla apareció en el jardín. La mesa y el mantel de la pizza en el fondo, al otro lado del cerco. "Yo vi que alguien corría con él de sombrero, y lo lanzó sobre los claveles", aclaró el jardinero de la Presidenta del Partido de Los Florentinos.

--¡Maricas! ¡Andan metidos en cosas de hombre! Con esa clase de gente a lo más que se puede llegar, es a una UPCKK. Nos vemos pasado mañana --dijo la doctora Mangolla, despidiendo a Pepa Torrentes --. Vos sos López. Vos si vas a llegar largo.

Y mientras la famosa alianza UPCORE no se firmaba todavía debido a las múltiples condiciones del Grupo de Sofá, que pedían diputados, magistrados, ministros y la Vice-Presidencia de la UPCORE --si es que se concretaba la alianza-- los ortodoxos de Cleto Orlacha y el Sindicato del Transporte en Diligencia, llamaban a una huelga general para botar al gobierno.

--Vamos a entrarle a esto con todos los fierros, amenazaba orondo el que le decían Papá de Gulliver, porque tenía seis pies y nueve pulgadas de alto.

Papa Gulliver tenía fama de matón. Desde muy niño había andado en pleitos de barrio. En la escuela, colocaba mostacillas en los asientos de los profesores, y les enganchaba colas con pega en las nalgas. Gozaba, aporreando a los más pequeños y les robaba los confites. Vivía copiándose de los más listos, y les untaba cera de chicle con miel de abejas, a la hora del examen de matemáticas si no le daban la piedra.

Era apreciado por el director del centro, por ser ahijado suyo, y porque no había un sólo día que no le metiera un chisme. Al bueno del padrino, le fascinaban los chismes. Con la revolución de Cleto, Papa Gulliver había llegado muy lejos. Hizo lo que ni siquiera había hecho el otro dictador y ladrón que no aparece en la historia, porque según los que se ocupan de estas crónicas, se perdió en el hoyo negro del tiempo.

Mientras Sansón Pelayo continuaba la propaganda política del Proyecto del Embudo, yendo de pueblo en pueblo, abrazando viejitas, visitando guarderías infantiles y hospitales, cantando y bailando "El Garañón" y "La Mamarramona", con gente que detestaba, y a la que generalmente pasaba de lejos, increpó a Miramón Pérez, vocero de Los Libertinos que vivía volándole plomo en El Lavandero Popular: "Para probarte que son pendejadas lo que dicen de mí, apostemos mil pesos que yo como del mismo plato, y bebo de la misma jícara que el campesino de mi finca. Ustedes sólo se dedican a hablar babosadas". Sansón Pelayo logró el calificativo de Reverendo, porque iba dando absoluciones morosas a los que estaban empeñados con las casas de préstamos, para compra de ganado que no estaba en los corrales, ganado perdido que se había volatilizado. Y contra viento y marea, seguía avanzando y no daba paso atrás, bajo su estrategia de capear el vendaval de huevos podridos que arreciaba desde los cuatro puntos cardinales de la Gobernación de Ostocal. De tal manera que ya olía a huevo podrido. Y él contestaba con el argumento nacido del primer baño de huevos podridos que era su verso preferido: "No vamos a responder con la Ley del Talión: huevazo por huevazo y sartenazo por sartenazo, porque en todo enredo dudoso, la solución es el cañón".

Las reuniones en la Casa de Campaña de la doctora Sara Mangolla continuaban en lo fino, con el problema de los alimentos en los que nadie quería gastar un cinco. Los primeros días eran pizzas, obsequiadas por la eximia dirigente de Los Florentinos. Fueron tan apetecidas, que muchos ni siquiera llevaban alguna idea con que oxigenar las reuniones,

sólo recomendaban el restaurante de algún italiano recién llegado, en dónde podían comprar la pizza. Durante el primer mes, la comedera de pizza llenó la casa de la doctora Mangolla, porque no faltaba nadie a la cita. Cuando pasaron al chicharrón con yuca, porque no habían suficiente colaboración para comprar pizza, la asistencia al hablatón que ya llevaba seis meses, fue siendo precaria, y cuando se llegó a los linderos de la miseria, sustituyendo al chicharrón con yuca por el sobrio pinol con rosquillas, los habladores fueron menos. Pero mejoró la calidad de las reuniones. "Ahora viene más gente de la que piensa, y menos de la que come", se congratuló la doctora Sara Mangolla. Lista, la Presidenta de Los Florentinos, cuando la reunión obligaba a la firma del cualquier asunto para exhortar al gobierno, o el anuncio de alguna toma de decisiones importantes para la clase política de Ostocal, las invitaciones llevaban el solitario mensaje: "Reunión el jueves, a las tantas horas, con la consiguiente invitación a comer pizza". Llegaba tanta gente, que no alcanzaba la pizza, y se ajustaba con tamal y queso, del que llevaba el diputado chontaleño, que formaban parte del entorno de óptimas relaciones con la Jefa del Partido.

La lucha de oposición de lo que había sido la UPECSA, estaba centrada en las Reformas Constitucionales, a fin de que ningún miembro cercano al Presidente pudiera aspirar al cargo que dejaba el pariente.

--"Voy a meter un recurso de amparo contra ese artículo de la Constitución Reformada que viola mis derechos humanos", dijo Sansón Pelayo, al periodista de Radio Serrucho, cuando le invitaron a una Conferencia de Prensa sobre las inhibiciones de los artículos reformados.

--La Ley es general --contestó el periodista.

--A mí me daña en lo particular --aclaró el perjudicado.

--Son normas constitucionales que nada tienen que ver con la persona --aclaró el entrevistador.

--Pero tienen que ver conmigo, yo soy persona, luego me dañan. ¿Por qué no las dictaron antes de que yo fuera el Ministro de la Presidencia?

--Porque nadie sabía que usted iba a ser el Ministro de la Presidencia. ¡Cómo haberlo sabido! --Lo debieron haber sabido. He oído a muchos de ustedes que hasta tienen una bola de cristal. Me dicen que el doctor Polito López es especialista en bolas de cristal.

--Usted juega con las bolas de cristal.

--Defiendo mis derechos humanos. La Declaración Universal de los Derechos del Hombre, de la cual es signatario el Gobierno de Ostocal.

--Son las reglas del juego democrático en todas partes del mundo, en donde la democracia se practica.

--Aquí en Ostocal no conozco a esa señora ---dijo con sorna el entrevistado.

--Yo quisiera ser Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, pero dice la ley que no puedo serlo, porque no soy abogado. Y mi hijo tiene veinte años, y ambiciona ser presidente, pero la ley no lo permite hasta que cumpla 25.

--Deberían de cambiar la Ley. La libertad y los derechos humanos no pueden estar metidos en un libro.

--Han sido las declaraciones del candidato del Partido del Embudo --cerró el espacio el entrevistador de Radio Serrucho. Hasta aquí lo que había leído en el Lavandero Popular, Megaterio Sanarrusia, que siempre llevaba un mensaje de don Coquimbo, que aquella tarde estaba ausente de la reunión, porque inauguraba un "Arco Iris en el Cielo de los Difuntos del Cementerio de los Mártires", lo que según el asesor cultural Megaterio Sanarrusia, sólo faltaba encontrar la solución de un simple problema para finalizar el Arco Iris en el Cielo de los Difuntos del Cementerio de los Mártires. Todavía no había sido posible encontrar al sabio arquitecto que diera la fórmula de cómo colgar los extremos del Arco Iris en el aire.

Aunque no se había adelantado mucho en la aprobación del nombre de la Alianza, la reunión de la tarde había sido convocada para hablar de cómo debería estar integrada la Asamblea Nacional, pues el Gabinete de Gobierno sería una opción del Presidente y cierta negociación de las partes

representadas en la Asamblea. El asunto toral --como solía llamar a lo difícil el doctor Coquimbo Arteaga--, de la escogencia del candidato a Presidente de la República en representación de la Alianza, por ser arena movediza, tarea escabrosa, había que tratarlo con pinzas, aunque al final fuera resuelta con puñales, balazos o sierras. La elección se dejó para la última sesión del domingo, ya que el lunes era el último día hábil para inscribir la Alianza UPCORE.

Todo mundo andaba en puntillas. El Termómetro y el nuevo Benemérito Tribuno hablaban de golpes de estado: "El Ejército se mantiene al acecho", "No se sabe quien manda en Ostocal". Y del corte de la ayuda para estabilizar la moneda y la importación del aceite para faroles. Las fuerzas del orden enfrentaban las turbas del Sindicato de Transporte en Diligencia con resultados de heridos y muertos. Una señora vendedora ambulante del mercado que pregonaba la Oración del Gato Negro, el Padre Nuestro al Revés y una Novena para acostarse con el Diablo sin ser quemado por él, fue alcanzada por un endiablado mortero del Sindicato del Transporte. "Ella no necesita de ninguna oración especial, porque se la llevó el diablo", aseguró otra vendedora de oraciones. A la reunión llegó la noticia de que el grupo de karatekas de Chela Algodón había chocado con el Sindicato de los Faroleros. A la cabeza iba Chela Algodón con la efigie del Presidente del Partido de los Mancos. "¿Mancos? ¡Ya no lo van a ser! ¡Ya no lo van a ser! Necesitamos las dos manos para defender al Jefe", decían las mantas y las pancartas que llevaba el Grupo de Chela Algodón.

Cundía verdadera confusión en las esferas de uno de los tantos grupos políticos para ganar imagen. Un sector del grupo de las Lagartijas Camufladas, para aparentar molestias al gobierno, montó un zafarrancho operático bajo la dirección económica de un alemán despistado, que representaba una fundación que ya se había fundido por no haber fundado nada. Los marcos habían volado en el marco de un despelote sin objetivos, que aterrizó a su tiempo.

En el orden de los milagros, todo mundo quería tener

de árbitro y gran componedor, al pobre Obispo Renato Pitote. Lo pedían a gritos. Los del Gobierno de Blanca, hacían cola para entrevistarse con él. Un eminente grupo de los Coseperos Privados hacía lo mismo.

Las Lagartijas Renovadas metían chismes y preparaban un documento de intenciones para acercarse al Obispo, con intenciones de chantajear a Paco Quieto; y el Grupo Renovador de Cleto, con el famoso cambio de rumbo, intrigaba y se persignaba ante monseñor como nunca lo habían hecho. Al fin habían descubierto que el Obispo Pitote era un personaje importante. Los sindicatos y asociaciones, los bailadores de San Vito y los apedreadores de vidrios de carros y vitrinas de todas partes, los trabajadores desocupados que nunca había producido un almuerzo, y hasta el Sindicato de Transporte en Diligencia, llegaron a buscar el palio de Monseñor Renato Pitote, que era lo único que quedaba. Ya no digamos UPECSA, UPCKK, el ánimo de UPCORE y todas las sopas de letras con las que se vivía matando muerto en Ostocal, y que a decir verdad, sólo servían para enredar lo enredado en la vida política de la gobernación.

En la reunión de los partidos políticos se habían puesto de acuerdo, en quiénes serían los presuntos candidatos a diputados de la nueva Asamblea Nacional. Los Comejenes, aunque no eran muchos, quedaron a la cabeza, por una serie de considerandos que no venían al caso. En cuanto a la discusión para escoger al candidato de la Alianza, eso sí que fue como tocar un avispero o la herida en carne viva de la señora Política, pues a los candidatos de los partidos, les faltó paciencia para esperar que alguien propusiera sus nombres para ser considerados en la lucha por la Primera Magistratura.

--Propongo la consideración de ustedes a mi persona, para candidato a la Presidencia de la República por la futura Alianza --rompió los fuegos el Presidente de Partido de los Colorados--. Voy a darle una respuesta a este país. Vamos a terminar, si es que me acompañan ustedes, con la barbarie y la anarquía que se vive en Ostocal. (Breves aplausos y tímidos silbidos). La concurrencia era escasa. Fue una especie de misa

negra, a la que no interesaba que se hubiera invitado a los comedores de pizza.

--Que me perdone el colega --llamó la atención el Presidente del Grupo de los Dinosaurios--, pero también propongo mi nombre y mi prestigio para Presidente de la Gobernación de Ostocal, y siento en el alma, que mi amigo el doctor Coquimbo Arteaga haya volado solo, porque estaba pensando en él, para mi Vice-Presidente.

--Usted está loco. No soy furgón de cola de nadie.

--Si usted me lo permite. Ahí se va a quedar vistiendo santos en la catedral de la política. Aproveche la oportunidad que sólo le puede dar una tendencia de la tradición nacional.

--O a la cabeza o en ningún lado. Le repito: el glorioso Partido Colorado no puede ser furgón de cola de nadie.

--Perdone, doctor Arteaga. Olvide el ofrecimiento.

--Está olvidado.

¿De tal manera que queda planteada mi posición de candidato con el apoyo del Grupo de los Dinosaurios. Ellos son mis amigos, mis padrinos. Es un honor pertenecer a la clase política más beligerante y conspicua de la Villa de Ostocal. Nosotros hemos hecho la historia de este país. Pusimos el primer poste del tendido telefónico, y organizamos el mejor ejército de soldados de caite de la época. Fuimos los que inventamos los primeros caites para el ejército, porque antes los Colorados andaban descalzos. Conmigo, podrán tener la seguridad de que habrán escogido al hombre que vienen buscando: un líder nato, general de ejércitos de todas las clases. De aviación, infantería, artillería, flecheros, inteligencia y contra inteligencia. Del mar y del espacio ultraterrestre con el que vivo en contacto...

--Ya se fregó esto --comentó en voz baja la doctora Mangolla al candidato de los Comejenes--. Insisto, en que este país está lleno de iluminados que creen que cualquier perico de los palotes puede llegar a ser Presidente.

--Nosotros tenemos la culpa.

--Así es.

--Esperemos que hable el Presidente de los

Protestantes. Ese cree que es Dios --susurró el Presidente del Partido del Comején.

--Así que les pido el voto, y la confianza para este humilde servidor de ustedes, que sólo quiere y aspira al bien de Ostocal --dijo el comandante Paco Quieto, quien concluyó gritando a todo pulmón--: ¡Viva el Partido de los Dinosaurios! ¡Viva el Presidente Paco Quieto!

Mientras algunos aplaudieron, alguien de Las Lagartijas Renovadas lanzó un huevo podrido que no dio al comandante Quieto, sino que se estrelló en el sombrero de la doctora Mangolla, que había llegado elegante a lanzar su candidatura. Ahí comenzó el desastre.

--¡Saquen a ese sinvergüenza! --reaccionó furiosa.

--¡Turba! ¡Turba! --se despertó su Secretario General, y volvió a cerrar los ojos.

--El turba sos vos, dormilón. Andá dormí a otra parte --dijo el del huevo podrido.

--¡Imbécil! ¡Vos sos turbero! --respondió el interpelado, y volvió a quedarse dormido.

Casi por cinco horas se prolongó el encuentro electorero, entre insultos de todo orden y agresiones de toda clase. La sesión fue suspendida cuando sonaron tiros en la Plaza y grupos de hombres armados hicieron barricadas en el parque. Fue tomado el atrio de la iglesia y el Centro Municipal: "Que no salga el padre Simón Cruz a la calle, porque corre peligro", alertaron los soldados.

--¿Qué pasó? --preguntó a uno de los alzados, doña Sábila Mengambrea que estaba muerta de terror y con los ojos desorbitados.

--Nada --dijo el sargento.

--¿Cómo que nada, sargento?

--Se alzó en armas el Grupo de los Sargentos --dijo el Sargento Segundo.

--Está bien, Sargento. Lo felicito --vaciló doña Sábila Mengambrea.

--Desde hace muchos años conozco bien al Sargento --

afirmó el periodista de Radio Serrucho dirigiéndose al vendedor de relojes, que tocaba el tambor del bando militar que anunciaba el Golpe de mano de los Sargentos.

--Silencio, pueblo --desparramó el vozarrón el Sargento Tercero, encaramado en la banca del parque--. Escuchen esta Ordenanza Oficial, bajo los apercibimientos de la Ley Militar si no se cumple: ANTE EL VACIO INVETERADO DE LA CLASE POLITICA DE ESTA GOBERNACION, OSTOCAL VOLVERA A SER GOBERNADA POR SARGENTOS. Diez años más tarde, Chela Algodón acondicionó un complejo turístico en El Realejo. El espectáculo central del night club, era gran brincadera de Can Can, a la que de vez en cuando, cuando había gente importante, se sumaba ella.

La Casa de Platón era la residencia de Chela y la oficina del protocolo. Pepa Torrentes fue nombrada la Embajadora en Jamaica, del Gobierno del general Rutilio López. La doctora Sara Mangolla cambió de nombre, y montó la Gran Pizzería Presidente, que abrió sus puertas frente al Ilustre Cementerio de los Generales, en el que Paco Quieto tenía un monumento, sobre el que estaba un ángel tocando una gran trompeta.

A pocos metros de éste, se divisaban dos mausoleos. Uno de mayor tamaño al Comandante Cleto Orlacha, con ángeles guerrilleros a manera de columnas. Y hacia la derecha, otro sencillo, a San Siete Pañuelos el Mártir, que lo añoraba el pueblo sin cruces ni ángeles anunciadores.

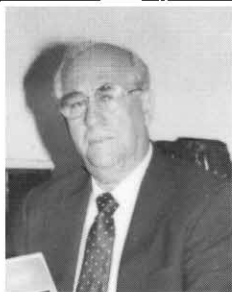
Dofia Candelaria había muerto calva y de tristeza, regateando precios de los cosméticos en el mercado de los pobres.

Lloraba lágrimas de sangre cuando recordaba a sus vacas lecheras y los billetes de la renta diaria. El ancianito Presidente, con su agrietada piel de albino por el mordisco de los años, casi sordo y ciego, deambulaba y se instalaba en el parque. Hacía abrir la boca a los colegiales y limpiabotas, relatando sus experiencias de candidato a la Presidencia, los increíbles disparates amorosos con Pepa, la anécdota del

terremoto y su estampida en la oficina de los petroleros con los pantalones en las manos. Hasta se escapaba de atragantar, presionado por el silbido de la risa, que se enroscaba en el enfisema pulmonar que se le complicó con la pobreza. Sólo le hacían guardar silencio, cuando le preguntaban por Candelaria.

FIN

**Esta Novela se imprimió en los talleres de
Industrias Gráficas Minit Print de
Corporación Roberto Terán G.
En Enero de 1996, ésta primera edición
consta de 2000 ejemplares.
Managua, Nicaragua.**



EL CANDIDATO, la segunda novela de Róger Mendieta Alfaro (San Marcos, Carazo, 1930), asegura un narratario: el público a que está destinado. Porque, es fácil advertirlo, se inscribe en la corriente más auténtica del carácter nicaragüense; me refiero a la risa en forma de guasa. Nunca ésta se había transformado en escritura como en la presente ficción.

Desengañado de la política, su autor realiza una sostenida sátira carnalesca, retomando una corriente -que se remonta con nosotros al Güegüense-, identificada a nivel teórico por Mikhail Bajtin. ¡Cuánto hubiera disfrutado el formalista ruso con estos capítulos consagratorios de su aporte!

No es **EL CANDIDATO**, por tanto, un título más, sino una radiografía y un mural. En la primera se revela la farsa y el fraude de nuestra realidad política; en la segunda, se retratan los personajes nuestros de cada día.

Con este logro, Mendieta Alfaro ha dado un salto cualitativo al conformar una estructura, un clima, una lengua y un mundo personales. Yo lo celebro. Y el lector -su narratario- lo confirmará.

Jorge Eduardo Arellano
Escritor

Es menester hacer un reconocimiento especial a una singular obra como ésta, que no sólo deleita con el encanto y la nobleza del estilo narrativo irónico, sino que también nos muestra a través de la ficción, el crudo realismo de una de las más intensas etapas de nuestra historia: La transición a la Democracia.

EL CANDIDATO es el retrato vivo de la decadencia de nuestra clase política, con una ingeniosa carga de humor que nos llama a la reflexión necesaria sobre el destino de nuestros gobernantes y gobernados.

EL CANDIDATO es historia, humor y amor, pero sobre todo, es una obra irónica necesaria.

Manuel Guillén
Caricaturista